



CERCA DE UN MARQUÉS

JANE SHOUP

Cerca de un marqués

Jane Shoup

Contenido

[Página del título](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Capítulo dieciocho](#)

[Capítulo diecinueve](#)

[Capítulo veinte](#)

[Capítulo veintiuno](#)

[Capítulo veintidós](#)

[Capítulo veintitrés](#)

[Capítulo veinticuatro](#)

[Capítulo veinticinco](#)

[Capítulo veintiséis](#)

[Capítulo veintisiete](#)

[Capítulo veintiocho](#)

[Capítulo veintinueve](#)

[Capítulo treinta](#)

[Capítulo treinta y uno](#)

[Capítulo treinta y dos](#)

[Capítulo treinta y tres](#)

[Capítulo treinta y cuatro](#)

[Capítulo treinta y cinco](#)

[Acerca de la autora](#)

Capítulo uno

Jane era un desastre empapado y lamentable.

Ella todavía estaba en la cama, acurrucada de lado, con la almohada debajo de su cabeza incómodamente mojada. Además, los pañuelos arrugados, que tenía en la mano, estaban empapados y ya no quedaba ninguno seco. Los había usado todos.

«Levántate, ¡maldita seas!», susurró enojada.

Le costó un esfuerzo titánico, pero se levantó y logró lavarse la cara.

¡Cielos, cómo le dolía la cabeza! Los repetidos chorros de agua fría le ayudaron a aliviar el enrojecimiento y la hinchazón de la cara y los ojos, pero no borraron por completo la evidencia de su autocompasión.

Tenía veinticinco años, pero, ¿parecía que tuviera diez más?

Sintiéndose aletargada, se puso la bata, dirigiéndose al aula para echar un vistazo, sin siquiera molestarse en atarse el cinturón. La puerta del dormitorio de su hermana menor estaba abierta y Jane escuchó voces desde adentro. Desafortunadamente, su madre, su hermana y la modista estaban adentro. Jane intentó pasar desapercibida.

No tuvo éxito.

«¡Jane!», exclamó su madre al verla. «Son más de las diez».

Jane suspiró, antes de volver a la puerta del dormitorio de su hermana.

«Gracias, mamá», respondió. «Eso me ahorra la molestia de mirar el reloj».

Alexandria, la hermana menor de Jane, estaba de pie sobre un taburete, mientras le colocaban los alfileres al dobladillo de un vestido nuevo, observándose en el espejo de cuerpo entero. ¿Por qué no? Era su imagen favorita para el mundo entero. Muy bien podría tensar el cuello, tratando de mantener una visión de sí misma, mientras la obligaban a girar. Sin duda, Alexandria era hermosa.

La modista se arrodilló en el suelo con alfileres entre los labios, mientras la madre de Jane, Lady Carrick, estaba sentada en una silla ancha con flecos frente a su hija menor. Sin embargo, su atención se había centrado en Jane.

«Sabes muy bien que no me gustan los sarcasmos», la reprendió. «Como puedes ver, la señora Hightower está aquí».

«Sí, ya lo veo», replicó Jane con calma.

«Buenos días, señora Hightower», añadió, antes que su madre pudiera volver a hablar.

La señora Hightower asintió con la cabeza con una sonrisa tensa, en sus labios cerrados.

«Deberías tomarte las medidas para algo nuevo», dijo Lady Carrick. «El baile de Navidad llegará, antes que te des cuenta».

Alexandria hizo una mueca amarga.

«¡Oh, mamá! Ella no querrá ir a eso. ¿Cierto, Jane?».

La suposición de su hermana, resaltando esa certeza, irritó a Jane.

«¡Oh! No lo sé», respondió, a pesar que no le importaba mucho el evento, que debió haberse llamado «Lanzamiento no oficial de la temporada» o «Avance del mercado matrimonial». Ella se encogió de hombros. «Podría ser».

«Parece una tontería», dijo Alexandria con indiferencia. «Después de todo, tuviste tu oportunidad».

Jane se puso rígida y Lady Carrick se aclaró la garganta, una sutil advertencia que eso era suficiente.

«Estábamos discutiendo los matrimonios apropiados para tu hermana», le dijo a Jane.

«Hice una lista de mis principales opciones», expresó Alexandria con voz alegre. «Y papá compiló una lista de las tuyas, teniendo en cuenta su posición social, su riqueza y todo eso. ¿Has hecho eso?».

«No», respondió Jane rotundamente.

«Gírese», dijo la señora Hightower con voz apagada, como quien tiene los labios delineados con alfileres. Alexandria dio la vuelta en el taburete.

«Sabes que tu hermana se casó muy joven», manifestó Lady Carrick con firmeza. «Conoció a Hammond en su primera temporada y nunca miró atrás. No tuvimos la oportunidad de hacer una lista».

«Tenía dieciocho años cuando nos conocimos y diecinueve cuando nos casamos», corrigió Jane. «Si te acuerdas».

«Por supuesto que lo recuerdo bien», afirmó su madre irritada.

«¿En serio?», la desafió Jane.

«Sí, Jane. ¡Es así!». Hizo un gesto con la mano. «Ve a vestirme».

«No te enfades», le dijo Alexandria a su madre, mirándola con fingida compasión. «Seguro que te gustaría poder volver hacia atrás y elegir de otra manera».

Jane se esforzó por permanecer inexpresiva. No quería darle a Alexandria la satisfacción de ver que el comentario se había metido bajo su piel.

«No», respondió. «Nunca. No me arrepiento en ningún momento de lo que pasó con Hamm. Nunca elegiría algo diferente».

«Por supuesto que no lo harás», dijo su madre. «Cierto, Alexandria, eso no fue muy amable de tu parte».

Alexandria resopló.

«Era una pregunta. Simplemente estaba siendo honesta... ¡Ay! No nos enojemos. Ven a ver mi lista, Jane, y dime qué piensas».

«*Creo que prefiero comerme esos alfileres*», pensó Jane.

«¿A quién debería elegir?», insistió Alexandria.

«Estoy segura que elegirás a quien quieras y, con suerte, conseguirás a quien te mereces. Eso espero». Jane dio la vuelta para marcharse, dejando a Alexandria preguntándose si la habían insultado, pero se detuvo y volvió a voltear. «Mamá, dices que recuerdas, cuando me casé».

Lady Carrick estaba claramente enfadada.

«Estuve presente, ¿no?».

«Entonces recuerdas que fue hace seis años, justo hoy». Jane esperó el jadeo revelador y las señales de angustia, giró, y luego siguió caminando, sintiéndose extrañamente mejor.

~~~

«No te sientas mal», le dijo Alexandria a su madre, en voz baja. «Ella tomó sus decisiones».

«Olvidé que fue hoy», le susurró su madre.

Alexandria puso los ojos en blanco.

«¡Se ha ido! ¿Qué importa? ¿Sigue siendo un aniversario, si uno de ellos está muerto?».

«Gírese», dijo la señora Hightower, hablando lo mejor que pudo.

Si Lady Carrick no se equivocaba, la modista tenía el rostro tenso por el desagrado, lo que la irritaba, aunque era fácil enfadarse con la petulancia de Alexandria y sentirse mal por las

desgracias de Jane. Lady Carrick se levantó y se acercó a la ventana para mirar la calle. Brook Street estaba bordeada de casas señoriales, pero el día frío y sombrío hacía que la vista fuera deprimente. Se alegraría mucho cuando terminara el invierno. Estaba lista para la primavera y la temporada.

Lady Carrick estaba segura que lograría un matrimonio para su hija menor este año o el próximo, y, esta vez, con su asesoramiento, se elegiría al hombre adecuado. Jane no la había consultado y luego rechazó su consejo. No era que no se hubieran preocupado lo suficiente como para intentarlo. Después de reflexionar esto, Lady Carrick pensó que ojalá se hubiera acordado del aniversario. Detestaba que la pillaran de esa manera.

~~~

Jane fue al aula y abrió la puerta en silencio para no interrumpir la lección, que estaba dando la nueva institutriz, la señorita Philippa Starr. La señorita Starr tenía unos cincuenta y tantos años, el pelo gris acero y entre treinta y cuarenta libras de más, que resaltaban sobre sus cinco pies y tres pulgadas de estatura. Lady Carrick había contratado a la señorita Starr, mientras Jane y Arthur estaban fuera, visitando a los Lloyd, los abuelos paternos de Arthur. Jane se rió por la interferencia, pero, una vez que se calmó, aceptó a regañadientes darle una oportunidad justa a la señorita Starr, ya que la institutriz tenía credenciales impecables.

Esto no fue fácil porque no le gustaba la dama. Incluso no le agradaba la forma en que la señorita Starr juntaba las manos frente a ella. Había demasiada tensión en esas manos, en todo su cuerpo, de hecho. Jane sospechaba que a la señorita Starr no le gustaba su suerte en la vida, pero se vio obligada a mostrar una expresión agradable, en su rostro, y ponerse a trabajar de todos modos. A Jane no le importaba si la mujer amaba o detestaba su vida, siempre y cuando su hijo no sufriera por ello. Jane quería que a él, el aprendizaje le resultara divertido y atractivo.

«No, más bien es la letra D», dijo la señorita Starr, mientras señalaba una «D» escrita con elegancia en la pizarra. «D como en *Duh-dog*», afirmó, pronunciando: «*Duh-duck*».

Arthur escuchó con el ceño fruncido por la ansiedad, lo que hizo que a Jane se le apretara el estómago.

«Y ahora, ¿cuál es la letra?».

«D», repitió Arthur, obedientemente.

«¿Como en?».

«*Duh-dog*, perro».

La señorita Starr entrecerró los ojos, tratando de determinar si el niño se estaba burlando de ella. Con credenciales excelentes o no, Jane sospechaba que la señorita Philippa Starr era básicamente una vieja malvada.

«¡Oh, por supuesto! Cariño», dijo Jane, mientras abría la puerta por completo, sorprendiendo tanto a la maestra como al alumno. El rostro de Arthur mostraba una alegría pura y eso le dio un impulso instantáneo a su espíritu. «O pepinillos en vinagre», dijo juguetonamente, mientras se acercaba a él. «Ding-dong. Pásame el pastel de dinosaurio».

Arthur se rió.

«No existe tal cosa como el pastel de dinosaurio».

«¿Qué?», replicó Jane, mientras se agachaba a su lado con expresión alarmada. «Será mejor que así sea. Lo pedí para tu cena, por supuesto».

«No lo hiciste».

«Muy bien. Dinosaurio empieza con «D». ¿Qué más?».

Arthur pensó en ello, mientras susurraba: «da-da-da».

«¿Qué es?».

«¡Sí! No me pegues en la nariz. Y el rocío cae por la noche, ¿no?». Jane miró a la señorita Starr con la sonrisa más cordial que pudo. «Hoy es un día especial, señorita Starr, así que llevaré a Arthur de paseo».

La mujer no parecía particularmente contenta.

«¿Cuándo?».

«Tan pronto como esté vestido».

«¿A dónde, mamá?», preguntó Arthur. «¿A dónde vamos?».

«Es un secreto», susurró ella. La verdad era que no había ningún plan. Recién había decidido rescatar a Arthur, mientras lo decía. Pero se sentía bien, y ya había tomado una decisión.

«Señora Lloyd, es muy extraño...».

Jane se puso de pie y miró fijamente a la señorita Starr. Como Jane medía cinco pies y ocho pulgadas, la señorita Starr se vio obligada a mirarla.

«Es decir, tenemos que ceñirnos lo máximo posible a un horario», afirmó la mujer mayor.

«No estoy en desacuerdo, pero hoy es un día especial, como le dije». Le sonrió a su hijo. «Volveré en breve y emprenderemos nuestra aventura». Volvió a mirar a la señorita Starr. «Le daré un día libre, espero que lo disfrute».

«Si hubiera planeado uno...», expresó la señorita Starr con rigidez.

«Tiene razón, por supuesto. Intentaré avisar con más antelación la próxima vez». Dicho esto, Jane dio la vuelta y salió de la habitación, dejando la puerta abierta de par en par. Mientras caminaba, escuchó si la puerta se cerraba de nuevo. Si así fuera, volvería enseguida, la volvería a abrir, e insistiría en que permaneciera abierta. De vuelta en su dormitorio, llamó para pedir que trajeran el carruaje.

~~~

«¿A dónde vamos, mamá?», preguntó Arthur de nuevo, cuando ya estaban en movimiento. Iba envuelto en su abrigo, gorro y guantes, y sus ojos brillaban de emoción.

«Para ser sincera, no tengo ni idea. Decidí que necesitábamos unas vacaciones en el mismo momento en que lo dije». Ella se encogió de hombros. «Tendremos que ir improvisando sobre la marcha. ¿Empezamos por almorzar afuera?».

Él asintió exuberantemente.

«¿Y luego un paseo por el parque? Ahora, si prefieres no hacerlo, puedo llevarte directamente a casa de la señorita Starr».

Él frunció el ceño y sacudió la cabeza con expresión seria.

«Ella no es muy agradable».

Jane pensó en cómo responderle.

«A veces, cuando una persona no parece muy agradable, es porque no es muy feliz. Estoy de acuerdo en que se toma muy en serio su responsabilidad».

Él le dirigió una mirada interrogativa.

«¿Es realmente un día especial?».

«Sí, lo es. Hoy, treinta de noviembre, es un aniversario. ¿Sabes lo que es un aniversario?».

Él negó con la cabeza.

«Es un día en el que celebramos algo especial que sucedió el mismo día de un año anterior. Como un cumpleaños, pero por un motivo diferente». Hizo una pausa para que la idea se asimilara. «Hoy es el día en el que tu papá y yo nos casamos. Fue hace seis años».

«¡Oh!».

«Nos amábamos mucho y por eso te tuvimos a ti».

«Ojalá papá no hubiera muerto», manifestó Arthur, solemnemente.

«Yo también lo deseo, cariño. Pero murió como un héroe que luchaba por su país. Nunca lo olvides. Y vive en mi corazón y en el de toda su familia y amigos que lo amaron. Fueron muchos».

«Abuelita y abuelo».

Ella sonrió.

«Sí. Era su pequeño».

«Y la tía Tess y el tío Morgan».

«Así es».

«¿Y el abuelo y la abuela?», preguntó dubitativamente.

Sus padres probablemente nunca habían pensado en Hamm en los últimos años. Tal vez si a Arthur le pareciera, esto podría lucir diferente, pero no se parecía a ella.

«Sí», respondió de todos modos.

«¿Y la tía Alexandria?».

Jane asintió, aunque mentir le ponía los músculos del cuello rígidos.

«Mmm...». Al menos, era una mentira por una buena razón. Abrazó a Arthur. «Nos divertiremos mucho hoy. Y encontraremos todo tipo de palabras con «D». Te amo, mi amor».

«*Darling* o cariño es una palabra que empieza por «D», ¿cierto?», dijo él.

«Sí, lo es». Eso fue... obviamente... muy inteligente de tu parte».

## Capítulo dos

Era poco más de mediodía, cuando Jonathan Stewart entró por la puerta principal de la casa adosada de su familia, en Grosvenor Square, después de haber pasado la mañana, en una lección de boxeo. Se detuvo frente al espejo del vestíbulo para apreciar la hinchazón de su ojo derecho. Era una insignia de honor, en lo que a él respectaba.

Siguió caminando y echó un vistazo al comedor y a la sala de estar, antes de encontrar a su hermano gemelo en la biblioteca. Joel estaba sentado, detrás de una mesa de caoba, hojeando documentos. Sobre la mesa había un libro de mapas abierto.

«Hola», dijo Jonathan.

Los hermanos eran idénticos en cuanto a su altura de seis pies y tres pulgadas, cabello castaño oscuro, ojos de color azul claro y rasgos faciales. Jonathan llevaba el cabello un poco más largo, mientras que Joel lucía bigote, pero esas eran las pocas diferencias, en apariencia, aparte del ojo morado que Jonathan había adquirido recientemente.

Joel miró a su hermano y se estremeció.

«¿Qué te pasó?».

«Jugué un par de rondas con el mismísimo caballero Jackson», respondió Jonathan con un brillo de orgullo. «Todavía tiene fuerza».

«Todavía la tiene, está bien. Y parece que te dio un poco».

«Sí, lo hizo. ¿Cuál es tu excusa para estar triste? ¿Alguien te lanzó un gancho de izquierda por sorpresa?», preguntó, intentando causarle algún efecto.

Joel se reclinó en su silla.

«De hecho, sí. Gerald Gibbon, también conocido como Larrowford... Y el gancho de izquierda es toda una hazaña, teniendo en cuenta que murió el quince».

«No te sigo».

«Era un primo lejano por parte de nuestro padre».

«Espera un momento», expresó Jonathan. «Larrowford... Me suena familiar».

«¿Estás seguro que no te zumban los oídos por los golpes que te dieron? De todos modos, el hombre murió sin hijos ni hermanos».

Jonathan se acercó.

«El quince», repitió Joel. «Hace cinco años».

«Cinco y medio, sí... ¿Por la guerra?».

«No. Era un hombre de sesenta años que murió en su casa. Al parecer, nuestro padre se enteró de su fallecimiento y solicitó a la Corona el título».

«¿En serio? ¿Cuándo?».

«No lo sé. La carta no lo dice».

Jonathan acercó una silla a su hermano y se sentó.

«Continúa», dijo, mientras comenzaba a examinar los papeles que estaban sobre la mesa.

«Aparentemente, la petición se perdió entre las grietas, debido al fin de la guerra y a la mala salud del rey, su locura y muerte. Pero recientemente se encontró y se procesó. Es decir, pasó por la Cámara de los Lores y luego por la Comisión de Privilegios y... fue concedida».

Jonathan lo miró fijamente.

«¿Concedida?».

Joel deslizó la carta de reconocimiento más cerca.

«Sí».

Jonathan extendió la mano para agarrarla.

«¿Cuál es el título?».

«Marqués», respondió Joel significativamente.

Jonathan lo miró fijamente.

«¡Cielos! ¿Serás un maldito marqués?».

«De eso acabo de enterarme. Aunque, para ser más precisos, soy un maldito marqués. Simplemente no lo sabíamos hasta ahora».

«¿Dónde?».

«Gloucestershire». Se detuvo y suspiró. «¿Por qué papá no nos lo dijo?».

«No lo sé. ¡Qué barbaridad! Serás marqués». Jonathan resopló. «¡Y nunca lo hubiera pensado! Pero, por ocho minutos, podría haber sido yo. Es muy injusto que hayas salido tú primero».

«Creo que ya lo has mencionado», dijo Joel con sequedad. «Pero, en serio, no veo por qué no puedes conseguir la baronía».

«Porque esto no funciona así. El primogénito se queda con todo. El triste gemelo que le siguió ocho minutos después tiene suerte si le tocan las sobras de la mesa». Él se reclinó. «Lord Larrowford», dijo, revisando la carta. «¿Cuál es la propiedad?».

«La casa se llama Manoria. Está cerca del pueblo de Larrowford».

«Manoria», repitió Jonathan, lentamente. Se dio cuenta que el formulario oficial había sido firmado nada menos que por el rey. «Recuerdo que la visitamos. Teníamos nueve o diez años».

«Más bien teníamos doce».

«No éramos tan viejos». Jonathan negó con la cabeza.

«Sí, lo éramos. No pasó mucho tiempo hasta que fuimos a la escuela. Vimos una fábrica en Gloucester y luego fuimos a Manoria... ¿Hall? ¿Se llama Manoria Hall?».

Jonathan se encogió de hombros.

«¿No lo dice?». Buscó otro documento. «No. Solo dice Manoria. ¡Hay mil setecientas acres ahí!», exclamó Jonathan.

«Sí», replicó Joel con calma.

Jonathan lo miró, preguntándole:

«¿Por qué no estás contento?».

«No es eso. Estoy sorprendido. Estoy profundamente sorprendido».

«Es comprensible. Tú también puedes estar feliz por ello. No te odiaré más de lo que ya te odio».

Joel sonrió.

«Es bueno saberlo».

«¿Disfrutaste del almuerzo?».

«No, no tengo hambre».

«Te vendría bien algo de comida. Te ves un poco pálido. Comí en Cribb's con algunos de los muchachos».

«¿Para presumir de tus ojos?».

«Y deleitar a mis admiradores con los detalles de la pelea».

«Admiradores», repitió Joel. «Mmm...». Empujó su silla hacia atrás y se levantó. «Tal vez coma y luego investigue los registros de nuestro padre».

«Empezaré por ellos», propuso Jonathan. «Estoy buscando algo relacionado con Larrowford o Gibbons».

«Gibbon», corrigió Joel. Salió de la habitación con un aire un poco inestable. La noticia que recibió, realmente lo había sacudido.

~~~

Jonathan tardó casi una hora en encontrar el archivo. Estaba etiquetado como: «*Gibbon/Larrowford*».

«Lo encontré». Lo abrió y sacó una copia de la solicitud, que había hecho su padre. También había cartas escritas a él y copias de misivas, que él escribió sobre el asunto. Había un mapa y página tras página de notas detalladas.

«*El canal de Bristol fluye justo al oeste de...*», leyó.

Joel se acercó para ver, así que Jonathan se lo entregó. Se enteró que el marquesado se había creado en 1763, al final de la Guerra de los Siete Años para honrar a Sir Tobías Gibbon, que había sido fundamental de alguna manera. Luego pasó a su único hermano tras su muerte y ahora le tocaría a él. ¡No! Este le había llegado a él. Ahora, él era el marqués de Larrowford, aunque no lo pareciera.

«La petición estaba fechada el 1 de agosto de 16», expresó Joel. Luego de leer de manera silenciosa. Era cuatro años y medio atrás. Un año antes del accidente, que se llevó la vida de su padre. Joel y Jonathan estaban de gira por Italia, cuando su padre hizo la petición, aunque habían regresado en septiembre.

«Debió haber querido que fuera una sorpresa, si llegaba a buen puerto».

«Supongo», murmuró Jonathan. «Me pregunto cómo funciona esto, exactamente. ¿Puedes simplemente aparecer en Manoria y decir: «*Hola. Soy el nuevo señor de la mansión*»? ¿Usted puede indicarme dónde está la bodega?». ¿Es así?».

Joel sonrió.

«Esa sería tu primera petición».

«Probablemente lo haría. Pero, en serio...».

«No tengo ni idea. Es la primera vez que me nombran marqués». Joel se encogió de hombros.

«El abogado de nuestro padre», replicó Jonathan, asintiendo. «Fowler sabrá todos los detalles. Probablemente sabía de esto desde el principio». Se reclinó en su silla y suspiró en dirección al artesonado del techo. «Pero, por ocho malditos minutos», se quejó.

«Es verdad», se lamentó Joel. «Podrías estrangularme en menos tiempo».

«Es una buena idea», dijo Jonathan con agrado.

Ambos se resistieron y luego sonrieron al mismo tiempo.

Capítulo tres

«¡Qué divertido y transparente se ve todo!», pensó Alexandria Kingman, mientras observaba a los que estaban sentados alrededor de la mesa, al servirse el siguiente plato. Lord y Lady Graveston habían organizado esta cena sin ningún otro motivo que evaluar la competencia de su hija para la próxima temporada. Seguramente, todos se dieron cuenta de ello, ya que entre los veinticuatro invitados, que asistieron, se encontraban las jóvenes que se esperaba que salieran mejor paradas, y ninguna de ellas era particularmente amiga suya.

Meredith Hill, la hija mayor de Lord y Lady Graveston, era indudablemente hermosa, pero esta sería su segunda temporada. Se decía que había recibido tres propuestas de matrimonio, el año pasado, pero, aparentemente, no eran lo suficientemente buenas. Alexandria, por otro lado, era un año más joven, luciendo más fresca. Esta era su temporada de debut. Había asistido a bailes el año pasado, después de ser presentada en Almack's, pero en este año sería presentada a las hermanas del rey en la corte. Este era su año, el de la temporada de Lady Alexandria Kingman, aunque nadie se diera cuenta todavía. «*Que el Cielo me ayude a ser capaz de lograrlo*», pensó con aire de suficiencia, «*también a la ilustre Lady Meredith*».

Las otras jóvenes notables, que estaban en la mesa, eran Eloise Carmicle, Henrietta Paul, Rosamund Whitman y Constance Baldwin, esta última era considerada la principal candidata, debido a su fortuna, más que a su apariencia o linaje. Su padre era solo un caballero, pero todo contaba: rango familiar, fortuna, belleza y linaje.

Alexandria había elaborado una fórmula matemática, que asignaba cinco puntos por categoría. Teniendo en cuenta que los padres de Meredith y Rosamund eran duques, ellos eran los que mejor se desempeñaban en esa categoría, pero su propio padre, un conde, superaba a Eloise Carmicle y Henrietta Paul. En términos de belleza, la señorita Hill estaba cerca de la cima, pero ella también. Las otras obtuvieron una puntuación menor, la señorita Baldwin solo dos. Henrietta era bastante bonita, pero tenía el pelo rojo. No era un tono castaño rojizo recatado, más bien era rojo.

«No pudo venir esta noche», dijo Lady Graveston.

Alexandria levantó las orejas.

«¿Quién no pudo venir?», le preguntó discretamente a su madre, que estaba sentada a su lado.

«La señorita Walston», respondió su madre en voz baja, apenas moviendo los labios.

Era Lakely Walston. Tal vez, ella también debía ser considerada como una de las candidatas, aunque su padre era solo un barón y últimamente ella tenía mala reputación. Además, esta debía ser su cuarta temporada. Si no fuera por la belleza casi incomparable de la señorita Walston, Alexandria nunca la habría considerado para la lista.

«¿Dónde está tu hermana, esta noche, querida?», le preguntó Lady Williamson a Alexandria, desde el otro lado de la mesa.

Era la tercera vez que le preguntaban por Jane esa noche, lo cual era más que molesto.

«No sale mucho», respondió Alexandria con sequedad. «Tiene a su hijo para ocupar su tiempo».

«Sí», murmuró Lady Williamson. «Estoy segura que el niño es un tesoro».

«Lo es», replicó Lady Carrick con una sonrisa.

«Espero que pueda asistir al baile», dijo Eloise Carmicle. «Me encantaría volver a verla».

Alexandria se encogió de hombros, delicadamente.

«Las cosas son diferentes cuando eres madre».

«Estoy segura que eso es verdad», aclaró Eloise. «Pero ella es tan hermosa y lo suficientemente joven como para casarse de nuevo».

«*Esta es mi temporada*», pensó Alexandria con amargura. «¿*Por qué diablos están hablando de Jane?*». En su opinión, Eloise lo hacía para fastidiarla.

«Tienes razón, por supuesto», asintió Lady Carrick, sonriéndole a Eloise. «Pero no percibo mucho interés en ella. Como dijo Alexandria, está muy ocupada con su hijo».

Alexandria notó que Meredith Hill la observaba. Alexandria sonrió dulcemente y Lady Meredith le devolvió la sonrisa, antes de apartar la mirada suavemente.

«¡Sí! Soy tu competidora más dura», pensó Alexandria. «¡Buena suerte!».

~~~

Después de la cena de seis platos y de la posterior partida de los caballeros para fumar y hacer lo que fuera que estuvieran haciendo, las damas se reunieron en el salón de la casa. Pronto empezaron a llegar más invitados. Sus invitaciones eran para una velada de intercambio social desde las nueve hasta la medianoche.

«Carrick», saludó Lord Hamesbury, quien había llegado más tarde.

«Hamesbury», respondió Lord Carrick. «Buenas noches».

«Veo que otra de tus hijas está a punto de casarse este año».

«En efecto».

«Quizás tenga un consejo para ti en ese sentido. Después de todo, te debo algo por tu ayuda en ese asunto, el invierno pasado».

«¿Qué será eso?», preguntó Lord Carrick sin demasiado interés.

«Hay un hombre al que hay que prestar atención. Stewart. Lord Stewart es un barón y un excelente ejemplo de hombre. Me atrevo a decir que tu hija no se opondría».

«¿Por qué es un buen candidato?», preguntó Carrick. «¿Un simple barón? El negocio...». Hamesbury mencionó una situación que pudo haberle costado la reputación y su cargo. Si pensaba que un poco de información poco convincente sería suficiente para convencer a su amigo, no estaba tan equivocado.

Hamesbury frunció los labios.

«Soy miembro de la Comisión de Privilegios», explicó en voz baja. «Digamos que Stewart se encuentra en una situación ventajosa. No me está permitido ofrecer detalles sobre los asuntos de la Comisión, pero si fuera mi hija, me alegraría de tener una relación con el caballero».

«Mejoró su posición, ¿no?».

«Sí, sí. Mejoró y mejoró... y mejoró».

Carrick asintió, entendiendo la idea.

«¿Estás deseando que llegue la cacería de Gwenn?», preguntó, cambiando de tema. «Aunque el momento sea un tanto extraño».

Hamesbury hizo una mueca.

«¡Cielos, no! La dejé hace años, después que Lord Everett se rompiera el cuello. Yo estaba allí ese día. Créeme, no es una escena que se olvide».

Carrick gruñó.

«Antes ese salto se llamaba Deadman's Ridge».

«Lo sé. No fue la primera víctima mortal, pero para mí fue así. Nunca había visto una cabeza desde ese ángulo. Repugnante... ¡No! ya me harté... Vendí a mis cazadores».

«Ya no monto mucho, pero jamás habría intentado saltar así. Una locura. Una locura totalmente...».

Al otro lado de la sala, Alexandria charlaba con su amiga, Irena Mattingly, que acababa de llegar. Irena no figuraba en la lista de las debutantes *crème de la crème* porque su padre era solo un baronet, y no había ninguna fortuna familiar de la que hablar. Además, no era ninguna belleza. Un último punto en su contra era que Irena tenía un ligero ceceo.

«Neil Buxton está mirando hacia aquí», expresó Irena, en voz baja. Se ruborizó, y como estaba nerviosa, utilizó su abanico.

«Lo sé», replicó Alexandria con indiferencia. «Me ha estado mirando toda la noche».

Irena frunció el ceño. Probablemente quería que la miraran a ella.

«Pero solo es un vizconde», añadió Alexandria. «Para mí, esto sería casarme con alguien de menor rango. En mi lista...».

«No todo debería ser una lista», replicó Irena.

Alexandria le dedicó una sonrisa comprensiva.

«Deberías evitar decir oraciones que contengan «No», ¿cierto?».

Irena parecía dolida.

«Me gustaría que no me lo recordaras tan a menudo», replicó, en voz baja.

«¿Estás enfadada? Solo estaba siendo sincera. A nadie le gusta la petulancia».

Irena levantó la barbilla.

«¿Me disculpas? Necesito un poco de limonada».

Alexandria se quedó desconcertada, cuando Irena dio la vuelta y se alejó. ¿Qué le había pasado a ella?

## Capítulo cuatro

Joel y Robert Reilly, conde de Greenwich, paseaban por el sendero de Rotten Row, en Hyde Park. Era viernes, el primero de diciembre, una época del año en la que el parque no estaba tan transitado, como cuando hacía buen tiempo. Era una pena. Hacía frío, aunque los momentos de sol eran agradables.

Los hombres se habían reunido, a petición de Joel, pero ir a parque fue una sugerencia de Reilly. Solía tomar el aire a esa hora del día, durante el receso del Parlamento.

«Es un cambio maravilloso, después de todo el aire caliente, que nos rodea con tanta frecuencia», bromeó Reilly. «Sobre todo en estos últimos meses».

«En efecto», respondió Joel.

Gran parte del último año había girado en torno al asunto indecoroso del intento del rey de divorciarse de la reina, quien había vivido mucho tiempo en el extranjero. Para lograrlo, se había llevado a cabo una investigación contra ella, acusándola de adulterio, y presentando un proyecto de ley, llamado: «*Ley de penas y castigos*». Una vez aprobado por el Parlamento, este permitiría al rey divorciarse de su esposa por adulterio. Se había celebrado un juicio en la Cámara de los Lores con la reina presente. Nunca antes se había llevado a cabo un juicio así.

Los procedimientos, incluyendo las acusaciones sórdidas, se repetían a diario, en periódicos de dos peniques, y la nación estaba fascinada. Los periódicos estaban llenos de caricaturas del impopular rey, y de la reina, comportándose de manera escandalosa. Una caricatura la mostraba, en una bañera, con un sirviente italiano sospechoso de ser su amante. Las especulaciones escabrosas consumieron al país, que, en su mayor parte, despreciaba al rey.

Desde mediados de agosto hasta principios de noviembre, la Cámara de los Lores se vio envuelta en el proceso. Irónicamente, la votación sobre el proyecto de ley sobre penas y castigos se produjo en el tercer aniversario de la muerte de la princesa Charlotte, hija única de la infeliz unión de los monarcas. Después de meses de testimonios, argumentos y pruebas, cada miembro tuvo que ponerse de pie y expresar su «conformidad» a favor del proyecto de ley y del derecho del rey al divorcio, o su «no conformidad», votando en contra.

El voto de Reilly fue:

«¡No estoy satisfecho!».

No dudaba que la reina fuera culpable. Pocos dudaban de esto. Más bien, el asunto se trataba de un voto en contra del rey para que él no promulgara una nueva ley, que le permitiera salirse con la suya. Jorge no servía a sus súbditos. No servía a nada más que a sus propios intereses glotones. Reilly se sintió decepcionado, aunque no estaba sorprendido, cuando se aprobó el proyecto de ley, pero el margen fue tan pequeño, que el mismo se retiró de inmediato. Una decisión acertada, ya que no había ninguna posibilidad que el mismo se aprobara en la Cámara de los Comunes. El público ya estaba a favor de la reina.

Durante la mayor parte de su vida, Robert Reilly fue un político apasionado, que sirvió en la Cámara de los Comunes. Se lo consideraba un reformista, un rebelde, un Whig, y se enorgullecía de su posición. No le importaban las etiquetas. Más bien le preocupaba que su nación fuera el centro financiero del mundo, mientras que demasiados de sus ciudadanos estaban privados de sus derechos y sufrían la pobreza.

Debido a la formación militar, que recibió en su juventud, se sintió llamado a servir, cuando Napoleón amenazó con invadir el país. Había ascendido a un alto mando, destacándose en ese

puesto y, tras la guerra, le concedieron el título de conde de Greenwich, un título que llevaba mucho tiempo en el olvido.

Hubo quienes se sintieron ofendidos por su ingreso en la nobleza y se negaron a reconocer su título, cuando se le presentó la oportunidad. Incluso si el Parlamento estaba en sesión, había formas de hacer comentarios astutos.

*«Si lo que dice el señor Reilly... oh, le pido perdón. Lord Greenwich, quería decir».*

El paso en falso fue inevitablemente seguido por las burlas de sus detractores, aunque no tenían por qué haber perdido el aliento. Las supuestas afrentas nunca le molestaron porque no se tomó en serio su ascenso a la nobleza. Muchos hombres habían servido, en la guerra, con tanta capacidad o mejor que él, y no fueron tan generosamente recompensados. Lo que el título significaba era un cambio en su estatus parlamentario. Había pasado de la Cámara de los Comunes a la Cámara de los Lores, aunque solo fuera para ser la voz del pueblo y una espina en el costado de los poderosos torios.

«¿Te quedarás en la ciudad durante las vacaciones?», preguntó Joel, mientras paseaban.

«Sí. La finca que me dieron está en tan mal estado, que nadie ha vivido allí durante años. El título de propiedad estuvo en suspenso durante más de veinte años, antes que me lo transfirieran».

«Ah. ¿Dónde está?».

«North Lincolnshire. Algún día me ocuparé de las restauraciones, pero no ahora».

Salió el sol y se sintió bien en su cara.

«¿Has estado en tu nueva propiedad?», preguntó Reilly.

«Desde que me enteré, no. Fui una vez cuando era niño con mi padre y mi hermano. Tenemos pensado ir la semana que viene o la siguiente».

«Es emocionante, ¿no?».

«Lo es», respondió Joel con seriedad. «Pero no me lo esperaba. Ni Jonathan ni yo teníamos idea que nuestro padre lo había solicitado».

Reilly asintió.

«Que te den algo que no esperabas, algo que cambia tu identidad, lleva tiempo asimilarlo. Bueno, para algunas personas, debería decirlo... Hay hombres que saltarían de alegría y publicarían un anuncio en los periódicos para que todo el mundo lo supiera».

«Para mí, no parece del todo real».

«Lo entiendo. Hace apenas unos años que me acostumbré a que me llamaran Greenwich, pero eso me pasó más tarde en la vida. Te acostumbrarás más fácilmente».

«Eso espero».

«Me propuse conseguir que el baronato se le asignara a tu hermano, tal como lo solicitaste». Joel se detuvo abruptamente.

«Es muy inusual», continuó Reilly, «pero conozco al hombre adecuado para realizar el trabajo y le he escrito».

Joel sonrió.

«Gracias».

«Me alegra poder ayudar en todo lo que pueda. Ya te he dicho lo mucho que me agradaba tu padre. Veo mucho de él en ti».

«Él fue la mayor influencia de mi vida».

Empezaron a caminar de nuevo.

«Es raro que dos gemelos ocupen un escaño en el Parlamento», dijo Reilly. «Solo ocurrió una vez antes, en el setenta y cuatro. Hace medio siglo».

«¡Qué interesante!».

«¿Tu hermano sabe que estás persiguiendo esto?».

«Cuando nos enteramos del marquesado le dije que quería hacerlo, pero él no quiso hacerlo. Cree que no se puede hacer. Se queja con frecuencia que, si no fuera por los ocho minutos, el título habría sido suyo en lugar de mío».

«Es cierto, pero ninguno de nosotros elige nuestro orden de nacimiento», replicó Reilly.

## Capítulo cinco

Ese lunes, en la tarde del once de diciembre, fue un día turbio y frío, mientras Jane paseaba por el cementerio de Bunhill Fields, después de visitar la tumba de su marido. El viejo cementerio era un lugar encantador y sereno, cuando hacía calor, pero era desolador en invierno.

Rara vez llevaba a Arthur con ella porque no quería que asociara al padre, que nunca conocería, con ese lugar desolado. Era mejor que asociara a Hamm con sus abuelos paternos, su tío y su tía, y con los relatos de sus hazañas. Hammond había estado muy vivo, lleno de humor, travesuras y compasión.

Un hombre alto y de cabello oscuro se acercó a ella, sumido en sus pensamientos. Cuando estuvo más cerca, la vio y se quitó el sombrero. Fue como si los segundos se hubieran extendido más allá de sus límites permitidos, cuando ella notó sus ojos azules y pálidos, y la única lágrima, que se aferraba a sus pestañas oscuras. Cuando ella asintió, en respuesta, la lágrima cayó sobre su mejilla y él la secó, avergonzado. El momento la conmovió, aunque ya había desviado la mirada.

~~~~~

El rostro de la dama, que había pasado por su lado, permaneció fijo en la mente de Joel, mientras regresaba al carruaje. Tenía ojos castaños y labios generosos, que él sospechaba que sonreírían rápidamente. El cabello debajo de su sombrero era rubio ceniza. Una bella dama caminando por el cementerio no era algo tan extraordinario y, sin embargo, su imagen permaneció en su mente.

Salió del cementerio, rumbo a la casa de su amigo, Nigel Walston, donde su grupo de amigos se reuniría para pasar una noche de diversión. Nigel acababa de regresar de la finca de su familia en Somerset. Antes de eso, había viajado a Boston con la esperanza de reconciliarse con la mujer que amaba, Alice Weatherly. Nigel y Alice no solo se habían reconciliado, sino que casaron, antes de zarpar de nuevo. Los dos eran completamente felices, algo que pocas parejas conseguían, por lo que Joel podía ver.

Desde que Joel ascendió de rango, le habían aconsejado que se casara para fortalecer su posición. La idea era inquietante. ¿Por qué no debería todo el mundo intentar casarse por amor y compañía, como lo hicieron Nigel y Alice? Tal como lo habían hecho sus propios padres. ¿Acaso no todos merecían esa oportunidad?

Joel quería hacer el bien por su familia, tanto la existente como la fallecida. Como hijo primogénito, siempre había sentido una deuda de responsabilidad con sus padres y su título. Mientras que Jonathan nunca tuvo una carga tan grande. En muchos sentidos, ser el hijo menor era lo más envidiable. Ciertamente, eso implicaba más libertad. El título era el derecho de nacimiento del primogénito, pero el resto, cualquier riqueza, se dividiría entre ellos. Eso siempre lo había entendido.

~~~~~

Joel se alegró de llegar a Larkspur House, la casa de los Walston. Estaba cansado de sus pensamientos sombríos y le gustó oír la alegría, que provenía del salón. El mayordomo, Crichton, le quitó el abrigo y el sombrero, pero no fue necesario que Joel fuera acompañado al

salón. Era un invitado frecuente.

Entró y recibió un coro de saludos. Jonathan estaba sentado en el borde de un sofá y armaba un intrincado rompecabezas. Debía tener quinientas piezas o más, y parecía que ya tenía las tres cuartas partes del rompecabezas completado.

Hugh Pritchett estaba en un rincón opuesto al de Jonathan y también examinaba el rompecabezas. Con su pelo rubio rojizo y sus gafas, Hugh podía hacer que cualquier tarea pareciera un estudio científico, aunque pocos hombres eran tan cordiales como él.

Dabney Adams estaba de pie junto a la chimenea con una copa en la mano. Con una estatura de seis pies y cuatro pulgadas, cabello y ojos oscuros, Dab era ridículamente atractivo. Pocas mujeres podían resistirse a desmayarse, en sentido figurado, y Dab rara vez dejaba de cautivar a alguien, si lo intentaba. Era plenamente consciente del magnetismo de su aspecto, pero sus atractivos rasgos eran como tener dos manos y dos pies. Eran suyos. ¿Y qué? En todo caso, su aspecto había sido un detrimento en su vida.

Nigel estaba sentado en una silla y parecía sumamente satisfecho. Al igual que Hugh, tenía el pelo rubio y rasgos agradables. En otro grupo, podría haber sido considerado el hombre más atractivo del lugar, pero no con Dab presente.

JG Bailey se interpuso entre Jonathan y Nigel, y evaluó el rompecabezas, mientras lo armaban. JG nunca habría sido considerado el hombre más atractivo de la sala, a menos que tal vez fuera el único hombre allí. El aparente heredero de un ducado medía cinco pies y diez pulgadas y tenía el pelo rojizo. Llevaba unas libras de más, en la cintura, durante muchos años, pero las había perdido, en los últimos meses, tras una mala salud provocada por su abuelo, el estimado Lord Morguston.

El anciano había cometido el grave error de ponerle una droga al vino de JG para que se quedara en casa una noche, y así poder ahuyentar a la joven, que JG había elegido como su objetivo. Para Lord Morguston, JG era su heredero, mientras que la señorita Jocelyn Weatherly, la hermana de Alice, era una americana de origen inferior. Por desgracia, la dosis de morfina, que le echaron a JG, en el vaso de vino, casi lo dejó sin respiración. Si no hubiera sido por la aparición de Hugh y Jonathan, JG habría muerto.

«Es una imagen inusual», le comentó Joel a su hermano, mientras se adentraban en el salón. «No recuerdo la última vez que te vi armando un rompecabezas».

«Lakely ha hecho la mayor parte», replicó Jonathan sin levantar la vista.

«Y», dijo Nigel, «dejó instrucciones estrictas que no se tocara en su ausencia, y así las transmití».

«Lo hizo», dijo Hugh. «Puedo dar fe de ello».

Jonathan sonrió.

«Pienso terminarlo y dejarle una nota al final, expresándole lo agradable que fue».

Joel gruñó.

«Me imagino que se pondrá furiosa».

«Sí, lo estará...». Nigel estuvo de acuerdo.

«Allí». JG señaló, «la pieza roja y verde va justo ahí».

«¿Va a ser una emocionante velada de rompecabezas?», le preguntó Joel a Nigel. «¿A esto te ha reducido la vida de casado?».

Nigel se rió.

«El rompecabezas no fue idea mía. Sírvete algo de beber».

Joel se acercó al aparador de madera de cerezo y reflexionó, antes de elegir un whisky. Se sirvió un vaso de una pesada licorera de cristal al plomo.

Hugh se inclinó para colocar una pieza del rompecabezas, en su lugar.

«Estaba a punto de hacer eso», se quejó Jonathan.

«Por supuesto que lo estabas», respondió Hugh, sardónicamente.

«Tal vez esa va ahí», propuso JG.

Jonathan los miró.

«¿Recuerdan que les pedí ayuda a alguno de ustedes?».

«Sí», mintió Hugh. «Me parece recordar haber oído eso».

«Prácticamente nos lo rogaron», agregó JG. «Ahí está. Esa...», destacó, al ver dónde encajaba otra pieza.

«¿Dónde está Alice, esta noche?», le preguntó Joel a Nigel.

«Está con su abuela, su tía y su prima, porque Jocelyn regresó».

JG sonrió radiante, ante esas palabras. Estaba locamente enamorado de Jocelyn Weatherly.

«Eso explica por qué brillas de felicidad», le dijo Joel a JG.

JG estuvo de acuerdo.

Joel tomó un sorbo de su bebida y miró a Nigel.

«¿Cuándo regresa tu familia?».

«Todavía están en Reims, así que, ¿quién sabe? Las cartas de mi madre parecen sorprendentemente optimistas sobre la posibilidad de vivir allí parte del año. Sé que Ada querrá volver pronto, y me imagino que Lakely se unirá a ella».

Ada era la hermana menor de Nigel y se parecía mucho a él. Era de modales apacibles y estaba muy enamorada de su prometido, Harrison Bower. Lakely, por otro lado, era una belleza de cabello oscuro y el temperamento vivaz de un semental premiado, que se negaba a estar confinado en un establo, sin importar cuán espacioso y bien formado fuera.

«Lo sientes, cuando Lakely no está aquí», comentó JG.

«Eso es porque hay más oxígeno en el salón», replicó Nigel.

Jonathan se rió entre dientes.

«¿Quién necesita todo este oxígeno?».

«Entonces», dijo Joel, «¿alguien tiene alguna novedad que compartir, antes que yo dé la mía?».

«Ninguna de mi parte», respondió Dab. «¿Y tuya?».

Joel sacó un trozo de pergamino doblado de su bolsillo interior.

«Ven a verlo», le dijo a Dab, quien obedeció sin dudarlo. «Léelo y luego pásalo, pero no digas nada hasta que haya dado toda la vuelta».

«¡Qué misterioso!», resaltó Nigel.

Dab abrió el pergamino, lo leyó, frunció el ceño confundido, y miró a Joel.

«No entiendo».

«No es un misterio», comentó Jonathan. Se puso de pie y se enfrentó a Dab y Joel. «Gracias a un primo fallecido, en dos ocasiones, mi hermano, que gozaba de privilegios, ha llegado a poseer un marquesado».

«¿Qué?», suspiró JG. «¡Felicidades!», le exclamó a Joel.

«Gracias», respondió Joel.

Dab le pasó la carta de cesión a Nigel, quien la agarró y también la leyó. Miró a Joel con curiosidad, sonrió divertido, y se la pasó a Hugh, quien la examinó. Él sonrió y murmuró:

«Interesante».

Jonathan suspiró profundamente.

«Ya lo saben», dijo con tristeza. «Pero...».

«Ocho minutos», respondieron todos.  
«Podría haber sido yo». A esto le siguió una risa estridente.  
Jonathan fue el único que mantuvo la cara seria.  
«Esto me va a dar pesadillas», manifestó, cuando las risas se habían calmado.  
JG miró la carta, asintió lentamente y se la entregó a Jonathan.  
«Aquí tienes. Completando el círculo».  
«Lo he visto». Jonathan la tomó y se la ofreció a su hermano sin siquiera mirarla.  
«No creo que lo hayas hecho», dijo Joel. «Lo conseguí hoy mismo».  
Jonathan ladeó la cabeza y volvió a mirar la carta. La leyó y se quedó sin aliento.  
«Felicitaciones, Lord Stewart», le dijo Dab a Jonathan, dándole una palmada en el hombro.  
Jonathan miró a su hermano, demasiado emocionado para responder.  
«Lo lograste», susurró.  
Joel asintió.  
«¿Y quién eres, mi buen lord?», preguntó JG a Joel.  
«Larrowford», respondió Joel. «Me han dicho que soy el tercer marqués de Larrowford.  
Está cerca de Gloucester».  
«¿Ya lo has visto?», preguntó Hugh.  
«No lo hemos hecho desde que éramos jóvenes. Nos vamos el día diecinueve. ¿Te gustaría acompañarnos?».  
Hugh negó con la cabeza.  
«No puedo perderme la Navidad con la familia».  
Joel asintió.  
«Debería haberlo pensado».  
«No me importaría ir contigo», dijo Dab. «Si te parece bien».  
«Está más que bien», respondió Joel.  
«Bueno», manifestó Dab, «para resumir la noticia: recién creada en la sociedad», señalando a Joel. «Recién creada en la sociedad», expresó, viendo a Jonathan y luego a Nigel:  
«Recién casado y feliz como un cerdo en el barro».  
Nigel sonrió.  
Dab hizo un gesto hacia JG.  
«Recién adelgazado y perdidamente enamorado de la cuñada de un hombre casado». Hizo una pausa. «¡Maldita sea! Hugh, ¿qué has estado haciendo?».  
«Lo sé», respondió Hugh. «Me parece que estamos entre los últimos de la clase».  
«Eso es porque lo somos», concordó Dab.  
Joel se sintió de maravilla.  
«Ha pasado mucho tiempo desde que hicimos esto. No nos rindamos nunca».  
Todos levantaron sus copas y gritaron:  
«Viejos harrovianos».  
«Más uno», añadió JG, como siempre hacía, ya que no había asistido a Harrow.  
«Uno más, de hecho», destacó Hugh.

*«Lord y Lady Carrick, Lady Jane y Lady Alexandria  
Están cordialmente invitados a:*

***El Cotillón de Navidad***  
*16 de diciembre de 1820*  
*Ocho p.m.*  
*Bannen Hall*

*¡Vengan para estar alegres y contentos, queridos amigos!».*

## Capítulo seis

El Cotillón de Navidad fue un evento suntuoso organizado conjuntamente por Lord y Lady Vale, y Lord y Lady Freidan, quienes se turnaron para celebrar el baile. La gala comenzó a las ocho en punto, y se prolongó hasta las dos de la madrugada. Fue la fiesta de las fiestas, un primer vistazo a lo mejor y más brillante de la temporada venidera.

Durante las primeras horas, se producían presentaciones formales, entre los bailes, que estaban reservadas para miembros de la realeza, miembros selectos de la aristocracia y celebridades de la época. En el pasado, la lista de celebridades incluía al poeta William Wordsworth, al famoso actor Edmund Kean, y a la bella cantante de ópera italiana Angélica Cataloni.

Este año, tras haber ascendido recientemente de rango, Joel y Jonathan fueron invitados a participar. Jonathan aceptó. Él acompañaría a una de las cinco debutantes elegidas para el honor de ser presentadas. Joel había declinado el honor. Hasta donde él sabía, no se hizo ninguna publicidad sobre su cambio de rango, y él prefería que las cosas siguieran así.

«¿Por qué no quieres?», le preguntó Jonathan, mientras se dirigían al baile.

Joel se encogió de hombros.

«Simplemente, no». A él no le importaba esto. Además, Jonathan merecía una oportunidad de destacarse, si ese era su deseo. Jonathan era y siempre había sido mucho más extrovertido que él.

~~~~~

Rebecca, una de las doncellas favoritas del piso de arriba, sostenía un collar de perlas delante de Jane para que ella pudiera mirarlo, mientras estaba sentada frente al tocador.

«¿Este?», preguntó Rebecca. «O...». Se lo quitó, lo dejó a un lado y tomó la otra opción probable, un collar de plata intercalado con trozos de cristal tallado. «¿Y este?».

«¿Qué te parece, Arthur?», preguntó Jane. Su hijo estaba de pie, junto a ella, asombrado al verla vestida de gala. Su vestido era de un verde azulado intenso, el tono del mar, antes de una tormenta. Era uno de los tres vestidos nuevos, que había mandado a hacer, y estaba contenta por ello. Se sentía bien estar arreglada para variar.

«Ese», dijo Arthur. «Es brillante».

Jane asintió.

«Estoy de acuerdo».

Rebecca sonrió, mientras lo abrochaba.

Se oyó un carraspeo en el pasillo, y Jane giró la cabeza para ver a la señorita Starr de pie, con las manos entrelazadas frente a su robusta figura.

«¿Está listo el amo Arthur para irse a la cama?», preguntó la dama.

«No», suplicó Arthur, en un susurro.

«Yo lo arroparé», le dijo Jane a la institutriz. «Buenas noches».

«Muy bien. Buenas noches». La institutriz siguió caminando.

«No quiero irme a dormir todavía. Quiero verte ir al baile».

«Puedo llevarlo a la cama», se ofreció Rebecca. «Después que él se despida de usted», añadió, guiñándole un ojo a Arthur.

«Está bien», convino Jane.
«Pareces una princesa, mamá», dijo solemnemente.
«Gracias, cariño». Volteó a mirar al espejo. Hacía mucho tiempo que no cuidaba tanto su aspecto.

~~~

Comenzó a nevar, cuando la familia Kingman subió al carruaje. Todos lo hicieron, excepto Jane, que se quedó en la puerta, despidiéndose de Arthur. Era la primera salida social importante, a la que asistía, en dos años, por lo que ambos se sentían extraños. Ella prometió traerle un regalo del evento y contárselo todo por la mañana.

«¡Date prisa, Jane!», gritó Alexandria con impaciencia desde el carruaje. «¡Cielos! Es una salida nocturna, no un viaje a África». Resopló, mientras se reclinaba en su asiento. «Y ahora, hablemos de ese tal Lord Stewart», le dijo a su padre.

«Ya te he dicho lo que sé», replicó con paciencia. «La transferencia de título se produjo hace poco. Le pedí a mi abogado que hiciera una discreta investigación para confirmarlo».

«¿Confirmará que él será el próximo marqués de Larrowford?», dijo ella para asegurarse, que lo había dicho bien.

«No lo será», destacó su padre. «Más bien, ¡lo es! El título ya ha sido transferido».

Alexandria se inclinó hacia delante para llamar a su hermana de nuevo, pero vio que Jane se acercaba.

«Por fin», se quejó Alexandria. «Entonces debería ser anunciado como Larrowford esta noche».

Su padre se encogió de hombros.

«Es posible. Creo que esta noche se darán un buen susto. O quizás en primavera. Pasar de barón a marqués es algo muy especial, en verdad».

Jane fue ayudada a subir al carruaje y tomó asiento.

«Lista», dijo con entusiasmo.

Cuando el carruaje se puso en marcha, Alexandria abrazó su manguito de piel.

«Sigo pensando que mi elección será Carlton Crowther o el heredero de Lord Willingham del que todo el mundo habla».

«¿Uno de ellos será tu elección?», repitió Jane.

«Sí».

«Un prometido», dijo Jane. «Un marido... Aunque no sabes el nombre del heredero de Lord Willingham, lo que significa que no lo conoces».

Alexandria levantó la barbilla.

«Espero conocerlo esta noche».

Jane intentó permanecer inexpresiva ante tal absurdo, pero lo logró, mirando por la ventana cómo caía la nieve.

~~~

El Bannen Hall estaba magníficamente iluminado y decorado, además de abarrotado de gente. Jane iba detrás de sus padres y su hermana, que estaban todos en su elemento, mientras ella se esforzaba por pasar desapercibida. Llevaba años alejada de la escena social sin haberla frecuentado nunca de forma significativa, y lo sentía profundamente. Esto era abrumador.

«Respira, sigue moviéndote y finge que perteneces allí».

Una señora de mediana edad, entre otras, se propuso mirar a Jane con ironía, casi con crudeza. Jane sintió un incómodo rubor, pero siguió caminando.

«*Como si pertenecieras. Como si pertenecieras*».

Un caballero, de pie junto a otros caballeros, la miró con una expresión nada desfavorable, que casi la hizo estremecer. Se mordió la punta de la lengua y siguió caminando, preguntándose si no haría nada más que dar vueltas por el salón, durante toda la noche. Se irían a la una, lo que dejaba cinco horas por delante.

Cuando vio a Charlotte Richards, una mujer que le sacaba una cabeza, a todas las que la rodeaban, y era una vieja amiga de sus días, en el seminario privado para señoritas de la señorita Nevin, Jane se sintió mareada de alegría y alivio. Antes que pudiera acortar la distancia que las separaba, Charlotte la vio y le sonrió.

«¡Jane!», gritó.

Ellas se abrazaron.

«¡Charlotte!»,

«No puedo creer que te esté viendo», dijo Charlotte con júbilo. «¿Cuándo fuiste a un baile por última vez?».

«Ya hace tanto tiempo que no recuerdo cómo debo comportarme. Tampoco conozco a nadie aquí».

«No seas tonta. Me conoces y te ves maravillosa. Estoy tan feliz de verte».

«Hola, Jane», la saludó otra señora de su misma edad. Era evidente que estaba esperando un hijo.

«¿Nora? Oh, ha sido...».

«Demasiado tiempo», convino Nora, tomando las manos de Jane. «Al menos seis años, ¿no?».

«¡Felicitaciones!», exclamó Jane, mirando el abdomen hinchado de Nora.

«Gracias, es el segundo».

Charlotte tomó a Jane del brazo con una actitud protectora y reconfortante.

«Recordarás que Nora se casó con el señor Billings. Joseph Billings».

«Sí», mintió Jane. La verdad era que no sabía qué le había pasado a la mayoría de la gente en los últimos cinco o seis años. La reunión de esa noche parecía una visita a un lugar extraño. Más correctamente, ella era la extraña o la extranjera. Todos los demás estaban en su hábitat natural.

«Y tienen un hijo pequeño», continuó Charlotte, «tiene tres años, ¿no?».

«Sí», respondió Nora. «Adán... Joseph bromea diciendo que si esta es una niña, deberíamos llamarla Eva, o Evelyn».

Todas las damas sonrieron.

«¿Cómo está tu pequeño?», le preguntó Nora a Jane.

«Está muy bien, gracias. Arthur tiene casi cinco años».

«Cinco», repitió Charlotte con asombro. «No puedo creerlo. Recuerdo que lo tenía en brazos, cuando era un bebé. Luego empezó a caminar y no quería saber nada de mí».

Jane asintió.

«Hasta que se cansó por completo».

Charlotte le dedicó a Jane una cálida sonrisa.

«Me encantaría visitarlo pronto y verlo de nuevo».

Las palabras fueron música para los oídos de Jane.

«Por favor, hazlo». Miró a Nora. «Y tú también».

«Nos mudamos a Manchester», dijo Nora con pesar. «Solo estamos aquí para Navidad».
«¿Ah, sí?», preguntó Jane. «¿Qué te parece?».
«Preferiría estar aquí», confirmó Nora. «Pero hacemos lo que debemos».
Charlotte asintió.
«Por supuesto que sí».

~~~

Alexandria estaba escuchando a Eugenia Lee parlotear sobre los últimos chismes. Alexandria mantenía una expresión benigna, pero un poco aburrida, en su rostro, aunque parte de la charla era entretenida. Eugenia siempre estaba al tanto de los últimos chismes.

«Y luego Vincent Demery dijo que Lady Meredith no es ni la mitad de exquisita de lo que ella misma cree», comentó Eugenia, en voz baja. «Ah, ¿y sabías que la colección de vestidos de la señorita Baldwin para la próxima temporada costó veinte mil libras?».

«Eso es absurdo», replicó Alexandria.

Eugenia negó con la cabeza.

«Todo se hizo en París. Ah, ¿sabías que la señorita Lunsford acaba de comprometerse con un noble escocés llamado McIntyre, que casi le dobla la edad?».

«Quizás haya oído algo al respecto», dijo Alexandria, distraídamente, al notar a un extraño guapo y rubio entre el séquito de Meredith Hill. Parecía impresionante y Meredith lucía complacida. «¿Quién es el caballero que está allí con Meredith Hill?».

Eugenia lo miró.

«Ese es Templeton Rutley. El sobrino de Lord Willingham».

«*Así que es él. Ah, sí. Lo haré muy bien*».

«¿Eso dijiste?», le preguntó Alexandria a Eugenia.

~~~

Un alegre reel escocés dio paso a una cuadrilla y Jane disfrutó viendo a los bailarines. Nadie le pidió que bailara, pero eso estuvo bien. Ponerse al día con Charlotte había sido un verdadero placer. Cuando el maestro de ceremonias hizo otra serie de presentaciones, el salón de baile, lleno de gente, se había calentado lo suficiente, como para que se abrieran las puertas del balcón y entrara el aire.

Joseph Billings se unió al grupo, durante unos minutos, antes de llevarse a Nora a encontrarse con alguien. Poco después, le pidieron a Charlotte que bailara. Ella dudó, no quería dejar a Jane sola.

«Vete», la animó Jane. «Te veré luego».

Charlotte se fue a regañadientes y Jane siguió adelante. Lentamente, ella recorrió el salón, y saludó con la cabeza, a algunas personas que reconoció. Afortunadamente, ellas le devolvieron el saludo. Se dirigió a un salón de refrigerios, donde la variedad de comida y vino dejaba claro, que no se había escatimado en gastos. Había carnes cortadas en lonchas finas, fuagrás bellamente preparados, sabrosos hojaldres, langostas, quesos, frutas, pasteles y chocolates. Todo parecía delicioso. No podía olvidarse de llevarle algo a Arthur.

Se inició otra serie de presentaciones y la multitud que se congregaba, alrededor de las mesas de refrescos, se fue reduciendo. Jane aprovechó la situación. Puede que allí fuera una presencia extraña y que nunca volviera a asistir a un baile, pero había comida y champán para disfrutar. ¡Quería probarlo todo! Tomó un plato y eligió lo que quería. Cogió un vaso de

limonada y se dirigió hacia un lugar donde sentarse, pero se detuvo en seco, al ver a un apuesto hombre de cabello oscuro y ojos azules pálidos, que la miraba desde el otro lado del salón. Ambos parpadearon sorprendidos.

Rápidamente, él cerró la distancia entre ellos para disculparse.

«Le pido disculpas», dijo él. «Normalmente no soy grosero».

«No, no lo fue», le aseguró. «Nos vimos hace poco».

«En el cementerio», asintió él.

Era tan guapo con esos inusuales ojos azules pálidos.

«Sí».

«Aún así», expresó él, «usted me pilló mirándola».

«Puede que haya uno o dos crímenes peores», bromeó ella.

Él miró su comida y se hizo a un lado. Ella comenzó a caminar hacia la mesa vacía más cercana, pero dudó.

«Siéntase libre de acompañarme, si usted lo desea», se ofreció.

«Gracias. Lo haré». Aún así, él se demoró, así que ella hizo lo mismo. «Sé que deberíamos presentarnos adecuadamente, antes de conversar...».

«Pero como ya ha cometido el pecado casi imperdonable, y lo he pillado mirándome...».

Él sonrió.

«Gracias por hacerlo menos embarazoso».

«No debería sentirse avergonzado en absoluto. Si no lo hubiera pillado, mirándome, usted me habría pillado mirándolo».

«Eso hubiera sido mejor», afirmó él.

Ella se rió y su sonrisa en respuesta fue tan instantánea y conmovedora, que hizo que el corazón de él saltara, como una piedra liviana, rozando la superficie del agua.

«Volveré», dijo él, antes de ir a comer.

Había sillas en la habitación, así como media docena de mesas y sillas, la mitad de ellas estaban ocupadas. Él eligió una mesa de esquina, ideal para dos.

Volvió con su plato y un camarero que les trajo copas de champán.

«Gracias», le dijo al camarero. «Me tomé la libertad», dijo, cuando el camarero se fue. «En caso que quisiera una».

«Gracias». Y de hecho, ella agarró una copa.

Él se sentó.

«Soy Joel Stewart», manifestó, en voz baja.

Nadie tenía por qué saber que se estaban conociendo por primera vez. Tampoco es que alguien les estuviera prestando atención. Aún así, ella respondió en voz baja:

«Jane Lloyd».

Joel se sentó frente a ella y tomó su copa.

«Es un placer conocerla, Jane Lloyd».

Ella tocó su copa con la de él.

«Y a usted, señor».

Bebieron un sorbo. Desde el salón de baile, las presentaciones formales sucedieron, una y otra vez. Jane estaba contenta por ello. Se sentía, como si se hubieran deslizado por una grieta secreta en la pared, que conducía a una habitación privada de la que nadie sabía nada. Esto no duraría mucho, pero fue un momento maravilloso.

Él se acercó más y le dijo en voz baja:

«¿Sabe que no vi a nadie más ese día en el cementerio?».

Ella parecía afligida antes de susurrar:

«¿Vio a algún muerto?».

Él se rió.

«No».

Las sonoras presentaciones terminaron y la sala de refrigerios comenzó a llenarse de inmediato.

«Es divertido cómo todos se apresuran a ver quién es el presentador», comentó Jane, mientras se quitaba los guantes, y los escondía debajo de la mesa.

«Mientras que usted y yo tuvimos el buen tino de aprovechar su ausencia».

Ella asintió y probó un dulce hojaldre.

«Antes presentaron a mi hermano», dijo él. «Me interesó ver esto de cerca».

«¿Ah, sí? ¿Cómo le fue?».

«Perfectamente. No es que haya mucho que decir». Se detuvo y ladeó la cabeza. «¿Por qué no la había visto antes, señorita Lloyd?».

Ella dudó un momento antes de decirlo:

«No es señorita, es señora». Levantó discretamente su mano izquierda.

«Oh», dijo él, mirando la fina banda plateada, que rodeaba su dedo. «Lo siento».

Ella volvió a poner la mano en su regazo.

«No se preocupe, por favor».

«Espero que su marido no me desafíe a duelo por mi... demasiado ansiosa atención».

Ella negó con la cabeza.

«No», le aseguró. «Él nunca lo habría hecho. No es un tipo celoso. Pero es a él a quien estaba visitando».

«¿Visitando?».

«En el cementerio».

Le llevó un momento comprenderlo.

«¡Oh! ¡Oh, lo siento!».

Ella sonrió con nostalgia, esperando aliviar su inquietud.

«Yo también. Era un hombre maravilloso. Desde que falleció, parece que solo me divierto con mi hijo».

«Su hijo», repitió. «¿Qué edad tiene?».

«Casi cinco».

«Me imagino que es una edad divertida».

«Lo es».

«¿Su marido se perdió en la guerra?», adivinó Joel.

«Sí. En la batalla de Waterloo». Hizo una pausa antes de añadir, «casi lo logró».

«Lo siento mucho, señora Lloyd».

«Es muy amable de su parte decirlo, señor Stewart. ¿O prefiere que lo llame por su título?».

«Tengo uno, pero es tan nuevo que todavía no lo siento como mío».

«Podríamos simplemente utilizar los nombres de pila», sugirió ella.

«¡Qué escandaloso! Hagámoslo». Él sonrió.

«¿No sería un evento interesante si nadie usara sus títulos? Ni puestos, ni rangos, ni menciones de nombres».

«Y si tampoco se permitieran chismes», añadió él.

«En ese caso, ¿cree que alguien aparecería?», preguntó ella.

«Probablemente no. Después de todo, ¿qué harían? ¿De qué hablarían?».

«Me presentaría», dijo ella. «Tal vez así encajaría. Esta noche, sin duda, no me he sentido como en casa».

Esa afirmación lo desconcertó.

«¿Por qué?».

«La explicación más fácil es que he pasado mucho tiempo, desde la última vez que me aventuré en las fauces de la sociedad». Ella se encogió de hombros levemente.

«Las fauces de la sociedad... ¿Por qué de repente me imagino una boca enorme y abierta con dientes afilados, dispuesta a masticar tiernos bocados?».

«¿Por qué, en efecto?».

«Supongo que más de uno ha sido masticado y escupido».

«Sí. Cuando a la bestia no le gusta el sabor o el olor. O simplemente porque la bestia se siente cruel y puede hacerlo». Ella probó un trozo de queso.

«Como regla general, las mujeres se preocupan mucho más que los hombres por los sentimientos y la aceptación de la bestia», dijo él.

«Estoy segura que hay caballeros que se preocupan tanto como cualquier dama presente esta noche», replicó.

«Puede que tenga razón. No puedo decir que yo lo haga. Ni mis amigos. Nosotros nos presentamos para el entretenimiento».

«Ni siquiera eso he hecho», aclaró ella. «Hace años que no lo hago».

«Espero sinceramente que vuelva a hacerlo».

«Creo que lo haré. La abstención ha terminado». Ella sonrió.

«Bien». Disfrutaron del refrigerio por unos momentos. «¿Cómo se llama su hijo?».

«Arthur. Le pusieron el nombre del difunto hermano de mi fallecido marido». De pronto, ella frunció el ceño cómicamente. «¡Oh, cielos! Se me ocurre que hay demasiadas cosas que decir en esa descripción. Especialmente para alguien tan enérgico como mi Arthur».

Él sonrió.

«¿Lo es?».

«Oh, sí».

«Y usted lo adora».

«La maternidad es lo que más me gusta en el mundo». Ella probó el fuagrás, bañado en salsa de cerezas, que contrastaba maravillosamente con la exquisitez. «Mi segunda cosa favorita puede ser este paté».

«Está bien», convino él. «Muy bien... Es agradable estar en su compañía, señora Lloyd».

«Jane».

«Jane», repitió en voz baja. «¡Qué impactantes somos!».

«Ojalá la bestia no lo descubra», susurró ella, antes de dar un escalofrío fingido.

~~~

Se habían anunciado cinco debutantes, pero no a Alexandria, quien estaba enfadada, pero decidida a no reflejarlo. Si alguien le preguntaba, diría que había rechazado la oportunidad, ya que era la primera incursión de Jane en la civilización.

Alexandria aún no había conocido al heredero de Lord Willingham, pero había visto a Lord Stewart, cuando lo anunciaron, y era extremadamente atractivo. Se llamaba Jonathan Stewart. El otro honorable Lord Stewart, que en realidad era Lord Larrowford, le interesaba mucho. No sabía por qué no lo habían presentado como Larrowford, pero tal vez querían que se hiciera notar en algún momento posterior. ¿Acaso no quería que las damas se le acercaran simplemente porque le

habían concedido un marquesado? Por suerte para ella, lo sabía, pero él no sabía que ella lo sabía, por lo que podía actuar, como si él no tuviera ni idea.

Se dirigió hacia su padre.

«Puedes presentarme a Lord Stewart», le dijo.

«Oh, ¿puedo?», dijo con afectación.

Ella simplemente levantó una ceja y esperó.

«Está bien. Vamos».

~~~

La misma horda, que había hecho que Jane se sintiera tan fuera de lugar, cuando llegó, ahora le servía de escudo, mientras paseaba, conversaba y bailaba con Joel Stewart. Estaban en su propia burbuja, en medio de la masa de elegantes y grandes damas, jóvenes pavos reales y debutantes sin aliento. Se sentía como si lo conociera a él, desde hacía años.

~~~

Cuando la familia Kingman se fue, Alexandria estaba satisfecha con la velada. Casi regodeándose. Se enorgullecía de su capacidad para conquistar a cualquier hombre, que valiera la pena el esfuerzo, y ahora era el momento de demostrarlo. Como tenía una cara bonita y un buen linaje, simplemente, solo le hacía falta una mirada de adoración, estar pendiente de cada palabra de un caballero, y estar de acuerdo con todo lo que dijera. Había hecho eso con Jonathan Stewart y más tarde con Templeton Rutley. Serían dos de sus conquistas, en esta temporada.

También le fue divertido observar a Meredith Hill, observando disimuladamente sus interacciones.

«Quiero organizar una cena», anunció Alexandria. «Quizás a principios de febrero».

«Está bien», convino su madre. «Podría ser divertido. ¿Una cena para... dieciséis, tal vez?».

«O más», dijo Alexandria, tapándose la boca y bostezando.

Lady Carrick miró a Jane.

«¿Disfrutaste esta velada, querida?».

«Sí, lo hice... Mucho».

Alexandria miró a su hermana con curiosidad.

«¿Estás siendo irónica? No lo sé».

«No», respondió Jane.

«Me alegro mucho de oírlo», dijo su madre. «No pude evitar notar que al principio parecías un poco... bueno, perdida».

La declaración desconcertó a Jane por un momento. Era cierto, pero, ¿su madre se había dado cuenta?

«Me sentí así hasta que vi a mis amigas».

«Me alegro mucho de oírlo».

Le resultó inquietante que su madre se diera cuenta y no acudiera a rescatarla. Pensó en la señora, que la había mirado con mala cara, cuando llegó. ¿Por qué? ¿Con qué propósito? Pero no quería seguir pensando en cosas tan angustiosas, después de una velada tan maravillosa. Miró a su padre, que parecía a punto de quedarse dormido.

«¿Lo pasaste bien, papá?».

«Estas cosas son para jóvenes», respondió. «Yo disfrutaré de mi cama».

Jane sonrió. Ella también disfrutaría de su cama, pero estaba muy contenta de haber venido

con su padre. Joel Stewart había despertado en ella sentimientos que no se había dado cuenta que todavía poseía.

## Capítulo siete

A la mañana siguiente, Jane se vistió y fue a la guardería. Era domingo, el día libre de la señorita Starr y uno de los días en que Arthur se reunía con la familia para el almuerzo y la cena. La mayoría de los días, almorzaba en el salón de clases con la institutriz, y cenaba con su madre a las seis de la tarde, una hora y media, antes que comiera el resto de la familia.

¿Resultaba extraño las pocas veces que comía la familia junta? Desayunaban en sus habitaciones o degustaban los platos, que había en el aparador del comedor, y con frecuencia almorzaban por separado. Normalmente, su padre estaba fuera la mayor parte del día, ya que se encontraba en uno de sus clubes o en el Parlamento, cuando el mismo estaba en sesión, y le interesaba cualquier asunto político, que estuviera sucediendo. Las actividades de su madre incluían: el club de jardinería, el club de cartas y la sala auxiliar de damas. Y Alexandria vivía para socializar, haciendo visitas por la mañana o por la tarde, al menos tres días a la semana.

¿Y qué había sido de ella? ¿Qué hizo? ¿Qué había estado haciendo durante los últimos cinco años? Jane se sentía como si estuviera atrapada en una especie de caja, una que había construido, a partir de su desamor, pero luego se quedó adentro por pura costumbre. No es que hubiera querido hacerlo, pero dejó de lado, a casi todo el mundo, y se dedicó exclusivamente a cuidar de Arthur. No había contratado a una niñera hasta que él cumplió dos años. Después, lo educó, durante unas horas, todos los días, enseñándole letras, números, animales y colores... Le encantaba enseñarle, jugar con él y verlo crecer. Él era su vida.

Él seguía siendo su vida, pero quería algo más. De repente sintió una necesidad casi desesperada de experimentar lo que había ignorado, durante los últimos cinco años. Quería salir de la maldita caja, que había construido. La misma no era lo suficientemente grande.

Abrió la puerta de la habitación de los niños y encontró a Arthur, jugando con sus bloques.

«¿Eso es un castillo?», preguntó, maravillándose de la fortaleza, que él había construido. Se arrodilló en el suelo. «¿Cuándo puedo mudarme?».

Él se rió.

«No cabrás».

«¿Qué pasa si me encojo?».

Lo pensó y preguntó:

«¿Cómo?».

«Voy a pedirlo». Juntó las manos, cerró los ojos y frunció el ceño, mientras se concentraba.

«¿Está funcionando?», preguntó sin abrir los ojos. «¿Me estoy haciendo más pequeña?».

«¡No!».

Ella tomó aire y puso cara de enfado.

«¿Y ahora qué?», preguntó con voz divertida.

«No». Él se rió.

Ella abrió los ojos y parecía triste.

«Supongo que no puedo hacerlo solo deseándolo».

«Podríamos conseguir bloques más grandes», sugirió.

«Tengo una idea. Podríamos hacer una tienda de campaña más tarde. Puedo meterme en ella».

Él jadeó de emoción.

«¡Sí!», exclamó. «¿Podemos?».

«Por supuesto». Agarró algunos de los bloques, que él no usaba, y los apiló, como si fueran escaleras. «Hoy es domingo, así que comeremos con tus abuelos y la tía Alexandria».

«Prefiero comer contigo en la tienda».

«Haremos una tienda de campaña, después».

«¿Puedo jugar un poco más?».

«Sí, puedes. Iré a buscarte cuando sea el momento». Se acercó y le besó la cabeza. «Feliz domingo».

«Feliz domingo, mami. ¿Te divertiste en el baile?».

Ella sonrió.

«¡Oh, cariño! Esto fue muy divertido».

«¿Me trajiste algo?».

«Algo rico y con chocolate para tomar después del almuerzo».

«¿Es un bombón?».

Ella asintió.

«Tu favorito».

«¿Puedo ir contigo al siguiente?».

«Me temo que no, cariño. Son para adultos. Un día, cuando seas mayor, irás». Hizo un puchero. Ella sonrió y le revolvió el pelo. «Ahora juegas tú». Jane bajó las escaleras, sintiéndose animada, y encontró a su madre en la sala de estar, respondiendo la correspondencia.

«Buenos días, mamá».

«Buenos días, querida», respondió su madre sin levantar la vista.

«Entonces, ¿qué sigue?», preguntó Jane, alegremente.

Lady Carrick levantó la vista.

«¿Siguiente?».

Jane se sentó en una silla.

«¿Qué baile, cena o evento importante?».

Su madre parpadeó.

«¡Oh!».

A esto le siguieron varios segundos de silencio, durante los cuales Jane ladeó la cabeza.

«Por mucho que te preocupes por la agenda social, creo que podrías recitar todo sin siquiera mirar».

«Bueno, no es eso, querida». Estando nerviosa, Lady Carrick miró su libro. «El día veintidós se celebra la gala de Urwiler».

«¿Qué es lo que mi madre no me dice?».

«¿Entonces no hay nada hasta el viernes?».

«Tenemos una cena esta noche», dijo su madre con expresión de dolor.

Alexandria entró en la sala de estar.

«No es algo a lo que te hayan invitado, me temo», dijo. «Eso es lo que no te quiere decir».

«¡Alexandria!», la regañó su madre.

Jane se sintió aturdida, luego avergonzada y después herida.

«¿Eso es cierto?», le preguntó a su madre.

«Querida», dijo su madre, «hace mucho que no socializas».

«¿Desde hace tanto tiempo que ya no me invitan, retirándome el felpudo de bienvenida?».

«¿Y la gala del viernes?».

«Es prácticamente un evento público», dijo Alexandria. «Puedes asistir».

Jane se levantó rígidamente y salió de la sala sin siquiera mirar a su hermana otra vez.

«Eso fue innecesario y cruel», le reprochó su madre, en cuanto Jane se fue.

«Solo estaba siendo honesta».

Esas malditas palabras y el gozo inherente a ellas se quedaron en Jane, que naturalmente había oído el intercambio. Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero parpadeó y se las secó, no dispuesta a ceder ante un rencor tan mezquino. Fue a la cocina y pidió que enviaran su comida y la de Arthur, a la guardería.

«A menos que sea demasiada molestia».

«De ningún modo», le aseguró Nicolson, el ama de llaves.

Jane se dirigió a la guardería porque tenía asuntos importantes que atender, una carpa que armar y un banquete real que compartir. No volvería a pensar en eventos sociales, a los que no estaba invitada. De hecho, tenía un pensamiento más sobre la cena de sus padres y su hermana esa noche.

*«Espero que te ahogues allí».*

## Capítulo ocho

«*Has estado callado últimamente*». Dab lo había pensado, así que finalmente se lo dijo a Joel, mientras viajaban a visitar Manoria.

Jonathan, que estaba sentado al lado de Dab, asintió y dijo:

«Leí en alguna parte que un marqués debe ser un tipo serio».

«¿Estoy siendo sombrío?». Joel arqueó las cejas.

«Yo no iría tan lejos», replicó Dab. «Sospecho que estás siendo introspectivo».

Joel lo pensó y dijo: «Estoy de acuerdo con eso».

«No te sientas solo», lo instó Dab. «Es cierto que has dejado muy atrás al resto de nosotros, pobres hijos de malas madres, pero...».

«Siempre serás así para nosotros», finalizó Jonathan.

«Soy hijo de un barón y estoy orgulloso de ello». Joel sonrió.

Más de una vez, durante el viaje, el conductor había hecho una parada para estirar las piernas y contemplar el paisaje. Era una zona de pastoreo conocida por sus exuberantes pastizales. Debajo de la hierba había una base de piedra caliza de color dorado miel que, en su día, se utilizó como base para construir muchos de los pueblos, ciudades y fincas de la región.

Cuando llegaron al pintoresco pueblo de Larrowford, se detuvieron en el pub del pueblo y cenaron conejo galés con cerveza. Los tres eran los únicos desconocidos y los principales puntos de interés, en el establecimiento, pero nadie les preguntó qué hacían allí.

Después de la comida, los tres pasearon por la calle, que va desde el pub hasta la iglesia, pasando por varias tiendas bonitas, muchas de ellas con escaparates, que mostraban sus productos.

«El pueblo es más grande de lo que esperaba», comentó Joel.

«Parece un lugar próspero», replicó Jonathan. «Modistas, confeccionistas y mercerías», expresó, leyendo en un cartel colgado de uno de los establecimientos. «*Artículos de mercería, boticarios*», leyó en otros carteles.

«¿Qué recuerdas de Manoria?», preguntó Dab.

Joel negó con la cabeza.

«No tanto. Recuerdo que era alto en el medio. Nos parecía grande y embrujado, pero éramos jóvenes y llenos de imaginación».

Jonathan asintió.

«Hay un área central alta y alas a cada lado».

Joel se detuvo de golpe, repentinamente ansioso. Podrían llegar en menos de una hora.

«Vamos a verlo».

«¿Por qué no?», dijo Dab con ligereza. «Hemos recorrido todo este camino».

Cuando volvieron al carruaje, Jonathan dijo: «Casi te llamé Larrowford allí solo para obtener una reacción. Te habrías ganado admiración y respeto... instantáneos».

«Respeto», indicó Joel, mientras miraba por la ventana. «Lo único que hice fue heredar. No me lo gané».

«Te lo concedieron», confirmó Dab, «pero, imagino que esto conlleva una gran responsabilidad».

Joel asintió. Le ayudó pensar que el trabajo y las responsabilidades equilibraban la recompensa que le habían dado.

«Recuérdame nuevamente el elenco de personajes», insistió Jonathan.

«La finca está a cargo de un administrador, que vive en el pueblo», replicó Joel. «Se llama Kerr, Triston Kerr. Supongo que deberíamos haberlo buscado allí».

Jonathan gruñó.

«Ahora lo recuerdo». Miró a Dab. «El abogado y amigo de mi padre me dijo que Kerr había hecho un trabajo admirable durante unos dieciocho años. Es un hombre que no tiene ni cuarenta años, así que lleva en esto casi toda su vida profesional».

«En cuanto al personal», continuó Joel, «Reedman es el mayordomo. O'Hanlon es el ama de llaves. Y hay algunos más...».

«Es una idea extraña», expresó Dab. «Adquirir un nuevo título, una casa, una propiedad y personal».

A Joel esto le pareció un pensamiento incómodo.

«¡Oh, por el amor a la bondad!», se quejó Jonathan. «Es motivo de emoción, de celebración desenfadada, pero, en cambio, te ha puesto melancólico».

«No estoy melancólico, pero es extraño que haya cambiado mi identidad. No quiero que la gente me vea o me trate de manera diferente. No soy diferente a antes».

«Bueno, yo soy diferente», declaró Jonathan con una sonrisa burlona, que desmentía sus palabras. «Nunca he sido un lord antes. Me gusta», arqueó una ceja. «A las damas también les gusta».

Dab sonrió.

«¿Ya los deslumbraste con eso?»

«Por supuesto. Me presentaron en el Cotillón, ¿sabes?».

«Sí, lo sé, Lord Stewart. Lo vi».

«Entonces, también habrás visto que después me volví popular. Las señoritas y sus madres competían por hablar conmigo».

«Sí, en efecto», ratificó Dab, quien lo apoyó. «Creo que vi a una o dos pelear para llegar a ti primero».

«Las faldas volteadas», añadió Joel. «Los adornos para el pelo al viento».

«Lamento haberme perdido eso». Jonathan frunció el ceño.

«No lo desperdiciamos», replicó Joel. «Estarías aún más orgulloso de lo que estás ahora».

«Se están burlando», afirmó Jonathan con desenvoltura, «pero quiero que sepan que la ilustre Lady Meridith Hill nunca me había dedicado un minuto, antes de esa noche».

Joel frunció el ceño consternado.

«¿No te molesta?».

«¿Por qué? A la mayoría de nosotros nos gusta llamar la atención».

«Sé lo que estás diciendo», le dijo Dab a Joel. «Quieres que la atención de una dama se centre en ti y no en tu título».

«¡Sí!».

«Bueno, yo también», replicó Jonathan. «Concédeme algo de crédito. El coqueteo y los halagos son agradables, pero tengo cierto discernimiento sobre lo que es real y lo que no. Francamente, me sorprendió la atención que me dieron ciertas damas, pero no soy un idiota. Lady Meredith no se casará con un barón. Se quedará en lo más alto de la jerarquía. Lo mismo harán, una o dos más, que me proporcionaron distracción, en la noche del Cotillón. Me colmaron de atención, durante la velada, y lo disfruté». Se detuvo. «Si recuerdas, no fui yo el que salió enamorado esa noche».

«¿Enamorado?», le preguntó Dab a Joel con interés. «Cuéntame. ¿Por qué me entero de esto

recién ahora?».

Joel sonrió, pero negó con la cabeza.

«Mi hermano está exagerando, como siempre».

«No lo niegues», replicó Jonathan. «Desde el día en que te enteraste de lo del marquesado, solo te mostraste alegre, en dos ocasiones, que yo recuerde. La noche en que nos reunimos todos, en casa de Nigel, después que tú organizaste que lo de la baronía, y justo después del baile».

Los mismos dos días que había visto a Jane.

«Se llama Jane Lloyd. La señora Jane Lloyd».

«¿No es señorita?», dijeron Dab y Jonathan al mismo tiempo.

Joel asintió.

«Es una viuda de la guerra y tiene un hijo pequeño», añadió.

«No es lo que esperaba», replicó Jonathan. «Solo dijiste que se llamaba Jane y que era encantadora, ingeniosa y adorable».

«Por extraño que parezca, la vi por casualidad los dos días que señalaste que estaba alegre. La primera vez, simplemente me la encontré en el cementerio, pero nos vimos. De hecho, el recuerdo de ella permaneció conmigo. Todavía lo tengo. Luego nos encontramos en el Cotillón. Hablamos, reímos y bailamos. Fue increíblemente fácil estar con ella».

«¿Bailaste?», se maravilló Jonathan.

«Hace tiempo que sé cómo hacerlo», respondió Joel secamente.

«Jane, ¿eh?», dijo Dab. «Bueno, creo que ella podría ser la indicada, si te hizo bailar».

«Ella no me hizo bailar. Yo le pedí que bailara. Pero ella me fascina».

«¿Quedaste en verla otra vez?», preguntó Jonathan.

Joel suspiró.

«No lo sabía. Lo cual fue una idiotez. Al principio de la conversación, hicimos un juego de no compartir títulos y cosas así, pero ahora no sé el apellido de la familia, y ella vive con ellos. Simplemente asumí que la seguiría viendo, a partir de este momento».

«Lo harás», dijo Dab para tranquilizarlo. «Sus caminos se volverán a cruzar pronto. ¿Cómo no van a cruzarse?».

«Espera un minuto», indicó Jonathan. «El viaje al cementerio de ayer, ¿fue porque esperabas volver a verla allí?». Cuando Joel no respondió, Jonathan y Dab comenzaron a reírse. «Usando el cementerio como lugar de encuentro», dijo Jonathan. «Tsk –tsk».

«No creo que a papá le importe», respondió Joel. «Desafortunadamente, ella no estaba allí».

«La verdad es que a mi padre le hubiera encantado», manifestó Jonathan.

«A él le hubiera gustado. A ti también te gustará. A los dos». Joel estuvo de acuerdo.

~~~

Manoria está construida con la misma piedra color miel, que permanece en gran parte del condado. Tiene un centro de tres pisos y con alas, dispuestas en una ligera diagonal. Un camino de entrada en curva conduce allí. Se encuentra rodeada de robles enormes y vides bien cuidadas, que cuelgan de los enrejados del frente de la casa. Es un sitio imponente, que le robó el aliento a Joel.

El carruaje se detuvo y ellos bajaron. Él solo pudo mirar con incredulidad. ¿Esta gran mansión era suya? ¿Por una decisión de la Comisión y un trozo de papel? ¿Por un primo lejano fallecido, al que ni siquiera conocía?

«¡Esto es magnífico!», exclamó Dab. «¿Es tal como la recuerdas?».

«No, en realidad no... No es así». Joel negó con la cabeza.

«Era más grande», respondió Jonathan. «Y mejor. Es como si la recordara en tonos grises pero... ¡mírala! Es invierno y tiene colores vivos y vibrantes. Imagínatela en verano. No esperaba que fuera tan bonita y estuviera tan bien cuidada».

«Yo tampoco», convino Joel. Se sentía entumecido, mientras se dirigía hacia la puerta principal. Caminaba en sueños. Eso era lo que sentía.

Fue el mayordomo, Reedman, quien abrió la puerta y les dio la bienvenida con alegría. Reedman era un hombre atractivo, que no tenía aún cuarenta años, según Joel, y tenía el pelo de un gris plateado brillante, algo que parecía extraño en alguien tan joven como él. No era lo que Joel había esperado.

«¿Lord Larrowford?», le preguntó Reedman a Joel, probablemente porque estaba un poco más adelante que los demás.

«Sí, lo soy», respondió Joel con una sonrisa avergonzada. «Aunque todavía no me he acostumbrado del todo».

Reedman le hizo un gesto de empatía y le sonrió. Incluyó la cabeza y dio un paso atrás.

«Bienvenido a casa, milord».

«Gracias», dijo, y entró en un enorme vestíbulo. Lo primero que vio fueron cabezas de ciervo disecadas. Recordó las que había visto antes. «Este es mi hermano, Jonathan. Lord Stewart», añadió con timidez. «Y nuestro amigo Dabney Adams».

Reedman inclinó la cabeza.

«¿Cómo están ustedes?».

«Muy bien, gracias, Reedman», respondió Dab.

«Estoy muy emocionado de estar aquí», añadió Jonathan, «mi hermano y yo visitamos este lugar hace años, pero ahora es como verlo por primera vez».

«¿Cómo estuvo su viaje?».

«Fue excelente», respondió Joel. No pudo evitar mirar alrededor del vestíbulo. Probablemente, había una docena de cabezas, montadas en las paredes de veinte pies de alto, y un fuego, en la chimenea frente a ellos. A ambos lados de la gran chimenea de piedra había entradas arqueadas. La más grande de ellas conducía al siguiente salón, mientras que la abertura más pequeña, más cerca de la pared, parecía misteriosamente oscura.

«¿Puedo ofrecerles una visita guiada?», preguntó Reedman. «Tan breve o extensa, como lo deseen. ¿O preferirían descansar o que les muestren el salón?».

«¡Un tour!», exclamó Jonathan.

«Sí», convino Joel. «Uno breve, creo».

«Muy bien, milord. Esta zona principal», comenzó Reedman, «a veces llamada la torre, se terminó en mil setecientos once. Las alas llegaron décadas después».

«¿La casa siempre estuvo en manos de la familia Gibbon?», preguntó Joel.

«No. El hombre que la construyó era un noble escocés. Se dice que nunca utilizó el lugar. Creo que cambió de dueño, dos veces, antes que Sir Tobías la comprara, cuando aún no tenía treinta años. Era un lugar muy animado, cuando él vivía aquí».

Jonathan miró a Joel.

«Sería interesante saber más sobre este lugar».

Joel estuvo de acuerdo.

Reedman abrió el camino y los demás lo siguieron.

«En este piso están las áreas de recepción, el comedor y lo demás. Las cocinas están debajo y los dormitorios están en los pisos superiores, aunque no se han usado en años. En las alas de la casa se agregaron dormitorios, baños, salones y lo demás. El ala este alberga al personal. Las

habitaciones familiares y las de invitados están en el ala oeste».

Cuando llegaron al final del vestíbulo, Joel señaló la puerta más oscura.

«Hay una escalera por allí».

«Sí», respondió Reedman.

Joel se acercó a verla. Jonathan y Dab lo siguieron, mirando hacia la sinuosa escalera de madera oscura.

«La escalera embrujada», expresó Jonathan con una sonrisa divertida. «Así la llamábamos».

Joel sonrió y asintió.

«Tiene un aspecto un tanto amenazador», concordó Dab.

«No es el mejor diseño arquitectónico, me temo», aclaró Reedman. «Los caminos son estrechos y sinuosos, y no hay lugar para lámparas de pared».

Continuaron avanzando, a través del gran arco, hasta llegar a un comedor, donde el personal se había alineado para recibirlos.

«Lord Larrowford, Lord Stewart y el señor Adams», dijo Reedman, mientras señalaba a cada uno de ellos. «Les presento al ama de llaves, la señora O'Hanlon».

O'Hanlon era una mujer de unos cincuenta años con aspecto serio. Incluyó la cabeza.

«Espero que todo le parezca satisfactorio, milord».

«Seguro que será así», respondió Joel con una sonrisa.

«Nuestra cocinera», dijo Reedman. «La mejor de al menos tres condados, la señora Duffy».

Duffy se sonrojó de orgullo, e hizo una torpe reverencia. Era una mujer regordeta, que parecía un poco más joven que el ama de llaves.

«Ellas son nuestras muy capaces doncellas, Clarice y Georgia».

Georgia, la mayor de las dos, tendría unos veinte años. Era delgada y tenía el pelo oscuro debajo de la gorra. Clarice era más alta, tenía el pelo más claro y una cara más bonita.

«Y por último, este es Ben. Él hace lo que necesitamos: traer leña, carbón, agua, fregar, pelar patatas y limpiar botas».

Ben era un muchacho fornido, que no podría tener más de once o doce años.

Joel asintió.

«Estoy muy contento de conocerlos a todos».

«También hay un jardinero y un mozo de cuadra», expresó Reedman. «Se quedan en el anexo, excepto para las comidas. Hace años que no empleamos a un ayuda de cámara ni a un lacayo, pero se puede contratar a uno o a ambos, si usted lo desea».

Joel se sintió un poco fuera de lugar.

«Nos instalaremos aquí por un día o dos, y veremos cómo funciona todo».

«Muy bien, milord. ¿A qué hora se servirá la cena?»

«En cualquier momento entre las seis y las siete estará bien», respondió Joel.

«¿Hay algún plato que no le guste?», preguntó Reedman, mirando a los demás hombres con una mirada.

«No somos exigentes, señor Reedman», respondió Joel. Miró a la señora Duffy. «Todo estará bien».

La cocinera asintió.

«Usted me lo pone más fácil».

A Joel le agradó esto, instintivamente.

Reedman se dirigió hacia el personal y les dijo:

«Gracias a todos».

Era la señal para que salieran, lo que hicieron de inmediato. Joel miró los tapices de las

paredes y los pasillos, que conducían a las alas, a ambos lados del salón.

El recorrido continuó por las habitaciones, que se encontraban más allá del comedor. Vieron una pequeña biblioteca, un salón de fumadores, una sala de estar, una oficina y dos cuartos de baño. Hicieron una breve parada para utilizarlos.

Una antorcha de pared iluminaba el espacio, que solo contenía una mesa y una cómoda alta. Esta tenía un asiento de madera para mayor comodidad y los desechos se depositaban en un hueco. Una palangana y un jarro de cerámica se encontraban sobre la mesa, junto a una caja llena de cuadrados de lino.

Mientras se dirigían hacia el ala oeste para ver los dormitorios, que habían preparado para ellos, Joel preguntó:

«El hueco debajo de la cómoda...».

«Este es uno de los diseños más ingeniosos de la casa», respondió Reedman. «Conducen a pozos negros de piedra, a ambos lados de la casa».

«Ah».

«Cada pocos meses vienen los recolectores de excrementos para limpiarlos».

«Es una buena práctica», dijo Dab con una sonrisa.

«El último señor era muy sensible a los olores desagradables, e incluso a la idea de percibirlos». Entraron en el corredor del ala oeste de la casa. «Hay ocho habitaciones en este lado, el doble en el ala este. Esas habitaciones son más pequeñas, por supuesto».

Reedman abrió la puerta del primer dormitorio y Joel entró. Las paredes estaban pintadas de un color dorado intenso, las cortinas y la colcha eran de color marrón y dorado. Era espaciosa, pero estaba decorada con sencillez. Era evidente que no había habido ningún toque femenino. El fuego de la chimenea había erradicado el frío y las cortinas de las altas ventanas habían sido descorridas para dejar entrar la luz. Joel asintió y volvió a salir.

«Esta ala tiene dos cuartos de baño», continuó Reedman, «un cuarto de baño y un salón que no estoy seguro que haya sido usado nunca». Atravesó el pasillo y abrió otra puerta que daba a un dormitorio similar. Sus paredes eran rojas. «Además, hay un invernadero, que lamentablemente ha sido descuidado. ¿Lo ven todos?».

«¿Podríamos pedirle indicaciones para llegar a la bodega?», preguntó Jonathan». «Uno solo puede ver un número determinado de habitaciones y mantener un interés ardiente».

«Por supuesto, milord. Estas primeras cuatro habitaciones ya están preparadas para usted. Si tiene la amabilidad de elegir una, haremos que le traigan sus baúles».

Jonathan y Dab miraron a Joel, quien se encogió de hombros y negó con la cabeza.

«Me quedo con la primera que vimos. Realmente no me importa».

Jonathan abrió la puerta de al lado y vio paredes de un azul oscuro.

«¿Azul o rojo?», le preguntó a Dab, quien se dirigió a la cuarta puerta. Estaba decorada en un azul más claro.

Dab señaló la de azul más oscuro.

«Esta es hermosa».

«Tomaré la roja», le dijo Jonathan a Reedman, quien asintió y luego abrió el camino de regreso.

«No es una bodega muy grande», expresó Reedman, mientras se dirigía al lugar. «Al último lord no le gustaba mucho el vino. Lo compraba, cuando alguien le sugería tenerlo a mano para recibir invitados, aunque rara vez recibía invitados. Era un caballero solitario».

«¿Cuáles eran sus intereses?», preguntó Joel.

«La horticultura era su pasión. Hizo construir el invernadero y pasó gran parte de su tiempo

allí. Fue la única reforma que hizo en la casa».

«¿Cuánto tiempo lleva usted aquí, señor Reedman?», preguntó Dab.

«Once años, señor. Once años felices».

A diferencia de las escaleras embrujadas, la que conducía al primer piso era amplia, recta y bien iluminada. Cuando llegaron al final, Reedman se detuvo.

«La cocina principal está por allí y la despensa y el lavadero están al otro lado». Él señaló en la otra dirección. «De este lado están las otras despensas, la sala de salazón y el destilador. El sótano está al otro lado de esta puerta».

Jonathan le echó un vistazo a Joel, vislumbrando la complejidad de estas operaciones. Parecían divertidas.

Reedman abrió un cajón de una mesa estrecha, junto a la puerta del sótano, y sacó velas. Le dio una a cada hombre y las encendieron con la vela, que ardía en la mesa.

«Los escalones son tortuosos, pero suaves y más anchos por fuera», dijo, mientras empezaba a bajar. Hacía más frío, a medida que descendían. Al pie de los escalones, se encontraron con una habitación de piedra de veinte por doce pies, construida con nichos para botellas, en dos de las paredes, y espacios para barriles en el otro extremo. Había al menos cien botellas y una docena de barriles. ¿No estaba bien abastecido? Las velas proyectaban formas y sombras peculiares, en los oscuros recovecos del sótano.

«¡Excelente!», destacó Jonathan.

«Entonces, ¿usted es un experto en esta materia, milord?», preguntó Reedman.

«No iría tan lejos, pero lo disfruto».

«Inmensamente», añadió Dab. «Enormemente. Profusamente».

«Creo que entiende la idea», dijo Jonathan.

El señor Reedman sonrió cortésmente.

«En el estudio hay notas sobre las diversas adquisiciones de vino, si quiere verlas».

«¿Siento agua?», preguntó Joel con curiosidad. Creyó oír un leve goteo y percibió un olor a humedad muy característico. No era la humedad de un sótano, sino algo más.

«Así es, milord. Nuestra cisterna de agua está al otro lado del muro».

«¡Ah!».

Reedman asintió.

«No es para beber, por supuesto, sino para limpiar y bañarse».

Jonathan analizó la etiqueta de la botella que tenía en la mano.

«Creo que encontré una buena».

«Creo que el señor Kerr se reunirá con usted mañana, ¿no?», le preguntó Reedman a Joel.

«Sí, lo espero con ansias», respondió Joel. «En cuanto al resto del día, creo que simplemente nos quedaremos curioseando un poco».

«Muy bien, milord. No dude en llamarme, si necesita algo».

«Lo haremos. Gracias».

«¿Entonces, podrá encontrar su camino?».

«Y de regreso otra vez», dijo Jonathan con una sonrisa.

Reedman hizo una reverencia y los dejó. Jonathan y Dab estaban sacando botellas y quitando el polvo.

«¡Parece que la Navidad llegó antes este año!», exclamó Jonathan.

Dab miró a Joel.

«¿Ya se siente más real?»

«No», respondió Joel sin ambages.

~~~

Encontraron de nuevo el salón y se instalaron. El lugar, decorado en tonos marrones, tenía otra cabeza colgada en la pared. En opinión de Joel, la mayoría de ellas debían ser removidas.

«¿Existe algún tipo de mercado para las cabezas, me pregunto?», expresó, mientras miraba hacia arriba.

Jonathan estaba preparando un tablero de backgammon.

«¿Sientes como si te estuvieran observando?», preguntó Dab, amenazadoramente.

«Se sienten muertos», respondió Joel, ladeando la cabeza. «Y como si nos estuvieran observando».

«¿Quién quiere jugar?», preguntó Jonathan.

Joel sacudió la cabeza. Estaba demasiado inquieto.

«Yo no...».

«Lo haré», dijo Dab.

Joel decantó otra botella de vino y la probó.

«¿Cómo está esa?», preguntó Jonathan.

«Necesita respirar, pero está buena». Se sirvió más en el vaso. «Voy a dar un paseo».

«Diviértete», le recomendó Jonathan.

~~~

Joel se dirigió primero a la oficina revestida de madera. La oficina en su casa le parecía más personal. Jonathan y él trabajaban allí. Pensaban, planificaban, escribían agendas y notas. Llevaban calendarios y preparaban su correspondencia. Pero usar el lugar, después de la muerte de su padre fue difícil porque había sido solo la de él. Era su pluma que estaba en el soporte. Su pipa permanecía en el escritorio. Y los archivos eran suyos. Incluso él había garabateado notas con su inimitable caligrafía, y cada una de ellas tocaba las fibras del adolorido corazón de Joel.

Aunque esta oficina le parecía impersonal. Por supuesto, no conocía a Gerald Gibbon. Joel se sentó en el escritorio y notó que el tintero estaba vacío. Abrió el cajón central y encontró una pila de papel de pergamino, dos plumas, y una llave pequeña y de aspecto extraño. La cogió y la miró, antes de volver a guardarla. En un cajón inferior había un libro desgastado sobre botánica. Entre las páginas se habían prensado docenas de hierbas y flores. Fue lo primero que le pareció personal hasta el momento.

Miró la estantería de cristal, llena de libros impecables y figuras de pájaros, antes de levantarse y dirigirse al vestíbulo de entrada. Subió la escalera de caracol hasta el segundo piso. Los numerosos dormitorios estaban barridos y casi sin polvo, pero parecían vacíos. Sin alma. ¿O estaba siendo sensiblero?

Se preguntó qué pensaría Jane del lugar. Sonrió, imaginando que este cobraría vida con ella al timón y el pequeño Arthur como su primer oficial. Estaba pensando en una tontería, pero la idea le dio ánimos y una sonrisa permaneció en sus labios, mientras seguía caminando.

Capítulo nueve

Triston Kerr, administrador de la finca, era un hombre de aspecto normal, de pelo oscuro y patillas espesas, que le llegaban hasta la mandíbula. Parecía lúcido, atento y pensativo, antes de hablar. Los acompañó para desayunar y les contó sobre la región. Dijo que Larrowford era un pueblo amistoso y animado de casi seiscientas personas.

«No hay verdaderas tiendas especializadas. Kixmiller's vende té, tabaco y especias, ese tipo de cosas, pero para comprar dulces o ir a una imprenta, buscar libros o buenos vinos, vamos a Gloucester. Si les apetece comer en un restaurante, ir a una cafetería o ver una obra de teatro, deben ir a la ciudad».

Jonathan asintió.

«Dab y yo nos vamos después del desayuno, y nos quedaremos unos días».

«Lo disfrutarán. Les recomiendo alojarse en el Old George Inn, si no tienen un lugar en mente. Hay un excelente restaurante llamado The Courtyard».

Los hombres asintieron.

«La ciudad instaló alumbrado público con gas, a principios de este año, lo cual es bueno para salir de noche. Pero las cosas más prácticas se pueden encontrar aquí. Hay una tienda de comestibles en el pueblo y tenemos una herrería y un carretero excelentes. Hay una carnicería. Tengo una pequeña tienda allí, que ofrece servicios legales, y hay alojamiento, en el piso de arriba. Hay un buen médico. Hay muchos habitantes del pueblo, que nunca han puesto un pie en la ciudad, y no tienen planes de hacerlo».

«¿Usted es de este lugar, señor Kerr?», preguntó Joel.

«Sí. Soy de Hallen. Cerca de Bristol. Fui a Oxford y luego pasé unos años en Londres, pero... llevo esta parte del mundo en la sangre, así que regresé. Y aquí me quedaré».

~~~

Después de la comida, Jonathan y Dab se fueron a Gloucester, y Joel y Kerr se dirigieron a la oficina para ponerse manos a la obra. Kerr llevaba dos juegos de registros detallados, de modo que uno siempre estaba a mano para el señor de la finca. Los registros eran precisos y la finca era razonablemente próspera. Las reparaciones, las mejoras, los salarios, los impuestos e incluso las donaciones caritativas se documentaban cuidadosamente. Incluso la iglesia del pueblo recibía un gran apoyo.

«Hasta la muerte del ex lord, los beneficios se depositaban rutinariamente en tres lugares diferentes», afirmó Kerr. «Un banco en Gloucester, un banco en Londres y aquí. Esto ocurría aquí, generalmente trimestralmente».

Joel se echó hacia atrás.

«¿Qué quiere decir con «aquí»?».

«Quiero decir aquí, en esta casa. El antiguo lord, al que llamo el amo Gerald para que quede claro, insistió en ello. No confiaba plenamente en los bancos».

«¿Dónde está?».

Kerr negó con la cabeza.

«No tengo ni idea. Lord Gerald me dijo que tenía una caja fuerte en la casa. Creo que confiaba en mí sin reservas, pero no me dijo a mí ni a nadie donde está, que yo sepa. Cuando al

final se puso frágil, le pedí que compartiera los detalles con su abogado para que se los dejara al nuevo lord. Sé que después de eso vio a su abogado».

«Vaya», dijo Joel en voz baja. «No mencionó ninguna caja fuerte, pero preguntaré. Puede que tengamos un misterio entre manos».

«Pero, ¿el señor Scott se ha puesto en contacto con usted?».

Joel asintió.

«Sí. William Scott de Gloucester. Envío información sobre la finca y me proporcionó sus datos de contacto. Me envió una carta sellada en el paquete escrita por el amo Gerald, pero era breve, simplemente me deseaba lo mejor». Joel abrió el cajón del escritorio y sacó la misiva. En realidad, era poco más que una nota.

Le echó un vistazo y se la entregó a Kerr.

«Debió ser extraño escribirle una nota al próximo hombre que ocuparía su lugar, aunque no tenía idea de quién podría ser o cómo era».

«Sí», murmuró Kerr, mientras la examinaba.

*«Mi estimado lord,*

*Me fue concedido el marquesado, en el año **noventa y seis**, y ahora le corresponde a usted. Le deseo suerte y sabiduría en su mandato. Cuando llegué por primera vez, a este lugar, pensé que tendría una **docena** de ocupantes en la tierra, pero cada **uno** conlleva una responsabilidad considerable. Rezo para que sea uno de los que se tome esto en serio.*

*Un cordial saludo,*

*Gerald Gibbon».*

Kerr se le devolvió la carta.

«No se mostró especialmente expresivo».

«Encontré una llave aquí», dijo y la levantó.

«Parece que podría ser eso», replicó Kerr.

Joel la guardó en su sitio.

«Ahora lo único que me falta es la caja fuerte».

«Espero que sea fácil de encontrar. Puedo decirle aproximadamente cuánto debería haber dentro. De hecho, todos los depósitos están anotados en el libro de la tapa gris».

Joel lo recogió y miró.

«Desde la muerte del amo Gerald, y sin saber cuándo o si habría un nuevo lord, todos los fondos se han dividido entre los dos bancos».

«Los registros son excelentes, señor Kerr».

«Triston, por favor. La verdad es que siempre me han gustado los detalles que la mayoría de la gente detesta», añadió con una sonrisa de desprecio.

«No puedo decir que lo detesto», dijo Joel, «pero, tampoco lo disfruto».

«Me atrevo a decir que la siguiente parte del día le resultará más agradable, ya que podrá ver la tierra y conocer a los arrendatarios. Le sugiero que vayamos a caballo para que pueda conocerla de verdad».

«Estoy deseando que llegue ese momento».

~~~

El establo estaba limpio y bien cuidado. De los ocho puestos, solo tres estaban ocupados por dos caballos y una vaca. Una mula gris pastaba a lo lejos. El mozo de cuadra, Reggie, era un muchacho alto y desgarrado, que presentó a Joel a los animales con reverencia. Era afable, pero Joel se preguntó, si no estaría un poco conmovido.

«Querrá montar a esta dama, milord», dijo Reggie mientras la acompañaba afuera. «Olga».

«Gracias por prepararla, Reg», dijo Triston.

Reggie se quitó la gorra y asintió.

«Está claro que quiere irse. Ha estado dando tumbos por el suelo, queriendo irse».

«Yo también», replicó Triston, alegremente. «Bueno, no estoy pateando el suelo».

«¡Qué gracioso, señor Triston! ¿Pateando el suelo? ¿No sería un espectáculo?»

«En efecto. Después nos vemos».

«Fue un placer conocerlo, Reggie», dijo Joel.

Reggie se puso rojo como un tomate y se inclinó.

Mientras Triston montaba en su caballo, Joel miró hacia la cochera de piedra.

Triston siguió su mirada.

«Tiene cuatro compartimentos con habitaciones para el servicio encima. Hay un carro y un carruaje allí. Es viejo, pero todavía es bonito. Reg se encarga de esto también».

«Y ahí es donde vive, me dijeron».

«Así es. Jackie Martin, el jardinero, también vive allí, pero ahora está en el pueblo con su esposa».

«¿Su esposa?».

Triston sonrió.

«Son una pareja muy divertida. Mejor separados que juntos, si sabe a lo que me refiero. Y eso es algo que recuerdan cada vez que están juntos».

Joel se rió entre dientes.

«Volverá y se quejará durante un mes».

~~~~

Mientras viajaban, Kerr explicó que había seis arrendatarios, que se dedicaban a la agricultura o la ganadería, y que era posible añadir algunos más. Los alquileres variaban según la superficie, la calidad de la tierra y las comodidades.

«¿Qué quiere decir usted con «comodidades»?», preguntó Joel.

«Si les dan una casa, por ejemplo», respondió Kerr. «Un buen ejemplo es el señor Pendergrass. Tiene una parcela de ochenta acres, en la esquina noroeste que él y su familia han cultivado durante cincuenta años. Cumplirá ochenta y uno, este año. Es un buen hombre y construyó una casa maravillosa, pero se ha hecho demasiado viejo para seguir trabajando la tierra, como es necesario. El mayor de sus hijos tuvo un accidente y perdió la mayor parte de su brazo. Debe haber sido hace ocho o nueve años. Afortunadamente, un tío le puso un negocio en Gloucester y le ha ido bien. Tan bien, de hecho, que el otro hijo se unió a la empresa hace unos años». Sacudió la cabeza. «Joseph no esperaba eso. Fue un golpe muy duro, en verdad».

Joel asintió.

«Porque había construido algo que creía que pasaría a las generaciones futuras».

«Exactamente. El problema es que se debe pagar el aumento del alquiler. En realidad, ya se ha retrasado». Hizo una pausa antes de añadir, «Joseph simplemente no puede hacerlo todo solo».

«¿Lo obligaron a abandonar la tierra?», preguntó Joel, esperando que la respuesta fuera no.

«No fue así. Hablamos y le expliqué cuál era el alquiler. Él lo entendió. Sabe el valor de la tierra y sabe que sus hijos no quieren esa vida. Le ofrecieron un lugar, por supuesto, pero esta es su casa. La tierra es parte de él». Viajaron en silencio durante varios minutos. «Puedo decirle una cosa: si no me importaran los inquilinos, mi trabajo sería más fácil, pero mi responsabilidad es la administración de la finca».

«Nunca consideré lo difícil que podría ser ese aspecto del trabajo», replicó Joel.

Triston asintió.

«En el caso de Joseph, no vi ningún problema en permitirle quedarse, mientras yo buscaba a otro inquilino».

«¿Tiene esposa?».

«Es viudo. De todos modos, publiqué un anuncio y me llegaron respuestas en masa. Empecé a escribirles a los mejores candidatos. Les dije que el inquilino actual deseaba quedarse en el terreno, si se presentaba la situación adecuada, que podía pagar el alojamiento y la comida, y que había construido la casa. Y, por cierto, tiene un conocimiento inestimable del terreno, ya que ha disfrutado de una larga y exitosa vida en el mismo».

Joel escuchó con profunda curiosidad:

«¿Qué pasó?».

Triston sonrió.

«Se presentó la situación adecuada. Una familia de inmigrantes irlandeses, los McConnell, se hicieron cargo del contrato de arrendamiento. Tienen cinco hijos, incluidos tres varones de entre ocho y dieciséis años, creo... Joseph se ha convertido en parte de la familia».

«Eso es maravilloso».

«Lo es. No siempre funciona tan bien. El primer contrato de arrendamiento que tuve que rescindir fue el de un hombre, que no había sido tan trabajador ni tan erudito como Joseph Pendergrass. El pobre hombre tenía una dependencia del alcohol, que acabó convirtiéndose en su perdición».

«¿Qué le pasó?».

«Vive en el pueblo. Sus hijos pagan su alojamiento y... nosotros nos aseguramos que tenga comida en la mesa».

«¿Nosotros?».

«Bueno, ahora usted es parte de esto, a menos que me dé instrucciones diferentes. Usted verá, además del alquiler, cada inquilino proporciona un porcentaje de los bienes, en la época de la cosecha, ya sean corderos, trigos o coles, lanas o manzanas, lo que cultiven o fabriquen. Los suministros se destinan a apoyar a Manoria, y a la gente del pueblo, que tienen algunas necesidades».

Joel asintió.

«Me gusta eso».

«Esto funciona bien. Como es un porcentaje, los inquilinos no se ven afectados, si el año es peor de lo normal. Es el cinco por ciento de la rentabilidad, aunque con frecuencia pagan más».

Llegaron a la cima de una colina y se detuvieron para contemplar la vista del valle, que se extendía, ante ellos. A lo lejos, una cabaña de piedra tenía una espiral de humo, que se elevaba de cada chimenea. El día estaba despejado y el cielo era de un azul brillante, salvo por unas pocas nubes. A lo lejos, unas ovejas blancas pastaban en la ladera de una colina.

«Esto no se consigue en Londres», expresó Joel, apreciando la sencilla belleza, que tenía frente a él.

«Lo sé», convino Triston. «Esa es la parcela de los Nolan», dijo, señalando con la barbilla

hacia la cabaña. «Son criadores de ovejas. Su parcela es más pequeña que la mayoría, va desde aquí hasta el río, pero el rebaño también pasta en los páramos y pantanos de algunas de las tierras de otros arrendatarios, que no se utilizan para cultivos. Hacen tratos entre ellos, derechos de pastoreo a cambio de ovejas, carne o lana».

Joel asintió.

«Cuando llegue la primavera, tendrán unas doscientas cabezas. Venden todas, salvo unas treinta o cuarenta ovejas al comienzo del invierno».

«Ya veo».

«Este condado se ha convertido en un mercado importante para las ovejas. El consumo ha aumentado en Londres, lo que significa que los precios han subido. Por eso podemos conseguir arrendatarios».

Empezaron a bajar la pendiente.

«Probablemente deberíamos haber preparado un almuerzo tipo picnic», dijo Joel.

«No hace falta. Todos le ofrecerán comida», expresó Triston alegremente.

~~~~~

Joel sintió el peso de la jornada, mientras examinaba los libros de los estantes de la biblioteca, esa noche. Había sido una aventura agradable y enriquecedora, y ya se sentía muy orgulloso de la propiedad. Después de darse un baño y cenar, había buscado la caja fuerte sin éxito. Al día siguiente haría una búsqueda más exhaustiva y sistemática.

También le había escrito una carta a William Scott para pedirle información sobre el asunto. Pero, ¿no se lo habría dicho el abogado, si lo supiera? Esto no es el tipo de cosa que se le hubiera escapado.

Los libros que había en los estantes eran eclécticos, muchos de ellos sobre plantas exóticas. Joel sacó un volumen sobre historia romana para ver si le llamaba la atención. Al oír que alguien llamaba a la puerta, miró hacia la puerta abierta, donde se encontraba el ama de llaves.

«¿Sí, señora O'Hanlon?».

«¿Tiene un momento, milord?».

«Claro que sí. Adelante».

Ella entró, cerró la puerta, detrás de ella, y caminó rígidamente hacia la habitación.

«¿Le importaría sentarte?», le ofreció.

«Lo haré. Gracias».

Él esperó a que ella tomara silla y luego se sentó frente a ella, dejando el libro a un lado.

«No nos dijeron cuánto tiempo planea permanecer en la residencia», comenzó.

«Será una visita breve. Nos marchamos el día después de Navidad, pero pienso volver pronto».

«¿Qué ha pensado usted de todo esto?».

«Estoy encantado con todo lo que he visto», le aseguró. «No sabía si me gustaría tanto el lugar».

«Ah», murmuró ella, tensamente. La respuesta no fue la que ella esperaba.

«Milord, no conozco sus puntos de vista», empezó de manera vacilante.

«¿Mi opinión sobre qué? ¿Hay algo que desee decirme, señora O'Hanlon?».

«Lo haré. En confianza».

«Está bien».

«Es el señor Reedman», dijo severamente.

«¿Y qué pasa con él?».

«Yo soy una dama cristiana».

«Continúe», la instó, cuando ella se detuvo, que pareció un lapso de tiempo desmesurado. Ella parecía dolida.

«Lamento decirlo, pero el señor Reedman y el señor Kerr son socios muy particulares».

«¿Socios?», parecía una elección de una palabra extraña, aunque ella había hecho hincapié en algo particular. «Continúe», le dijo con calma.

«Son antinaturales en sus... inclinaciones. Pensé que querría saberlo, dado que el señor Reedman dirige el personal y el señor Kerr representa sus intereses comerciales».

Joel intentó mantener la expresión impassible, pero a él no le gustaba la señora O'Hanlon. ¿Por qué la gente siempre tendía a anunciar que era cristiana, antes de denunciar a otra persona? Lo había visto, una y otra vez, cuando salía el tema de su hermana menor. Era cierto que Jillian se había vuelto rebelde en la adolescencia, pero solo tenía catorce años, cuando perdieron a su madre, justo en una época en la que una chica necesitaba a su madre.

«¿Cómo que son antinaturales?».

Ella resopló.

«Se tienen cariño de una manera íntima, quiero decir. Se sabe que comparten el mismo dormitorio», añadió, «creen que nadie lo sabe, pero todos lo saben».

Él asintió lentamente.

«¿Esto le preocupa porque me representan?».

«Es un pecado vil y un crimen. Seguramente, usted estará de acuerdo conmigo».

«Señora O'Hanlon, soy miembro de la Cámara de los Lores y de la Iglesia de Inglaterra. Sé perfectamente qué se considera pecado y qué se considera delito».

«Por supuesto, milord».

«¿Ha compartido sus sentimientos o sospechas con el señor Reedman?».

Ella resopló ofendida.

«¡No! No estoy dispuesta a mantener una conversación sobre ese tema con él».

Él ladeó la cabeza.

«¿Reedman ha hecho bien su trabajo?».

«Supongo», respondió ella de mala gana.

«¿Alguno de los sirvientes no puede trabajar para él?».

Una expresión de desagrado cruzó el rostro de ella, y la hizo parecer bastante desagradable.

«No».

«¿Cuánto tiempo lleva usted sirviendo aquí, señora O'Hanlon?».

«Seis años, milord». Se recompuso y se levantó. «Temo haberle robado demasiado tiempo. ¿Me disculpa?».

«Por supuesto, aunque no fue una pérdida de tiempo. Buenas noches».

«Buenas noches», respondió ella, luciendo triste. No estaba menos rígida, cuando salió de la habitación.

Joel se reclinó contra la silla tapizada, reflexionando sobre todo lo que había aprendido ese día.

Capítulo diez

«He cambiado de opinión sobre hablar con el personal», le dijo Joel a Reedman, a la mañana siguiente. «Me gustaría reunirme con ellos, uno a uno. Conocerlos un poco. Digamos que en la sala de la mañana, después del desayuno».

«Sí, milord. ¿Le gustaría verlos en algún orden determinado?».

«Primero la señora Duffy, ya que el desayuno ya está listo. Después, pueden hacerlo en cualquier orden, aunque no es necesario que incluya a la señora O'Hanlon, ya que ella y yo hablamos anoche».

El rostro de Reedman se tensó, mostrando sorpresa y luego decepción.

«Me encargaré de esto».

«Gracias, Reedman».

Reedman inclinó la cabeza y salió de la habitación con el aspecto de un condenado.

~~~

La cocinera, la señora Duffy, parecía cautelosa, mientras tomaba asiento.

«¿Tiene usted suficiente ayuda, señora Duffy?», empezó Joel.

«Sí, milord. Esta no ha sido una casa para recibir invitados».

«Y si le avisara que vienen invitados, permitiéndole salir para contratar ayuda adicional, ¿le parece bien?».

La pregunta pareció sorprenderla.

«Sería muy bueno, milord».

«¿Cuánto tiempo lleva aquí, señora Duffy?».

«Dieciocho años. Más que nadie. Puede que haya un poco de tierra en el patio, que no ha estado allí durante tanto tiempo».

Él sonrió.

«¿Usted creció en el pueblo?».

«Crecí aquí. En esta casa. Mis padres estaban en el servicio militar».

«Bueno, eso sí que es algo», comentó.

Ella asintió.

«Mi madre era la cocinera», dijo orgullosa. «En esa época tenían más personal. El doble de personal. Y había mucho entretenimiento».

Joel se recostó y disfrutó del discurso.

«¿Ah, sí?».

«Lo cierto es que nací, antes que existiera el marqués de Larrowford. Mamá decía que Sir Tobías se convirtió en Lord Larrowford, así como así, chasqueando los dedos. Pero nunca le importó que lo llamaran Sir Tobías. Los viejos hábitos son difíciles de abandonar».

Joel asintió.

«¿Era un buen amo?».

Ella asintió.

«No era malo. Era un tipo bullicioso. Le encantaba tener compañía y sus amigos eran tan bulliciosos como él. Cazaban aquí en esta época. Ahora bien, su hermano era tan diferente como puede serlo. No disfrutaba de la compañía y no cazaba ni hacía mucho al aire libre, en absoluto».

«¿Ha permanecido en servicio aquí todo este tiempo?».

«No, milord. Me fui cuando tenía quince años para trabajar como ayudante de cocina en Beckley House. Solo me fui cuando mamá empezó a sufrir demasiado y no pudo seguir trabajando. Al final tenía unas articulaciones terriblemente complicadas, pero pude ayudarla, lo cual fue agradable. Siempre mantuvo un espíritu alegre sin importar cómo se sentía». Hizo una pausa. «Falleció en el invierno del año cuatro».

Joel murmuró con simpatía:

«¿Hay algo que pueda hacer para que su vida aquí sea más satisfactoria o más fácil?».

Ella dudó.

«Me vendría bien una chica que me ayudara con el fregadero».

«Entonces, contrataremos a una. Ella trabajará para usted, así que deberá ser usted quien la contrate».

Ella se echó hacia atrás sorprendida.

«¿Cuándo empezaría?».

«Cuando usted diga».

Ella parecía desconcertada.

«¿Cuánto es la paga?».

«Sea cual sea la tarifa vigente, el señor Reedman puede asesorarla, y hacer correr la voz para encontrar candidatas».

«Hay muchachas del pueblo que saltarían de alegría por trabajar aquí».

«Entonces, se lo dejo a usted. Siempre que necesite algo, por favor, pídale. Sé que tiene un trabajo difícil que hacer».

«Es el único que he tenido», replicó encogiéndose de hombros. «Es el único que conozco».

«Tengo una última pregunta: ¿Tiene algún problema o queja sobre el resto del personal?».

Ella lo miró con ironía.

«Si tengo un problema o una queja, lo soluciono. No me inmiscuyo y aconsejo a los demás que hagan lo mismo».

Él sonrió.

«Estoy agradecido por su servicio, señora Duffy».

Su rostro se sonrojó y rápidamente se puso de pie.

«Gracias, milord. Buen día».

«Buen día para usted».

~~~

«Clarice Riggins, milord», dijo la muchacha tímidamente. «Cumpliré dieciséis años en junio».

«¿Cuánto tiempo lleva aquí, Clarice?».

«Casi un año, milord».

«¿Le gusta?».

«¡Ah, sí! Georgia y yo nos repartimos el trabajo de forma justa, y yo tengo los domingos libres para estar con mis padres. Tengo seis hermanos y hermanas menores».

«Debe extrañarlos».

«Sí, pero, me gusta que estemos menos en la cama».

Él se rió entre dientes.

«Además, los veo todos los domingos», añadió. «Casi siempre les llevo un pastel».

«¿Necesita algo para que su vida aquí sea más satisfactoria?».

«No me falta nada, milord», respondió ella con seriedad.
«¿Hay alguien aquí que... haya causado dificultades?». Ella parecía incómoda.
«¿Dificultades, milord?». «Es posible que haya habido una queja sobre algún miembro del personal». «Entonces, esa sería la señora O'Hanlon. Me refiero que es la que se queja». «¿Y de quién se queja?». «Supongo que del señor Reedman». «Preferiría no confirmar ni desmentir, pero... ¿qué opina del señor Reedman?»
«Es muy amable, milord. Siempre dispuesto a ofrecer una mano y una palabra alegre. Georgia ha trabajado para otros mayordomos que no eran nada agradables. Eran arrogantes y desconfiados, siempre asumiendo que ella estaba eludiendo sus tareas. No es cierto. Ella hace la mitad del trabajo, de manera justa y honesta». «¿Por qué usted cree que la señora O'Hanlon se queja del señor Reedman?». «Ella no lo aprueba. Dice que es inmoral». Joel intentó mantener la cara seria.
«¿Inmoral?». Ella lo pensó.
«Quiero decir que no es una buena persona. No es cristiano, dice. A mí no me parece que sea judío, así que supongo que debe ser católico». «No tengo idea de cuáles son sus convicciones religiosas, ni soy quién para juzgarlo en base a eso». «Yo tampoco, milord. La amabilidad cuenta mucho más, si me lo pregunta. Y la alegría». Él sonrió.
«Estoy de acuerdo. Gracias, Clarice». Ella le devolvió la sonrisa, se levantó e hizo una reverencia, antes de irse, mirando hacia la puerta con la sonrisa todavía en su rostro. Hasta ahora, esa había sido la mejor parte de su día.

~~~

Joel se quedó de pie frente a la chimenea, observando las llamas, cuando Reedman volvió a entrar en el salón.  
«¿También desea hablar conmigo, milord?». Joel volteó hacia él. Reedman parecía tenso, algo que Joel lamentó.  
«Sí. Supongo que se podría decir que para sacar conclusiones». Reedman cerró la puerta y entró más adentro.  
«En general, se trata de un personal satisfecho y que funciona bien», comenzó Joel.  
«Sí, creo que lo están». «Añadiremos una criada para el fregadero, en cuanto podamos encontrar una. La señora Duffy elegirá a la chica. Ya se lo dije». Reedman asintió.  
«¿Qué otra ayuda cree usted que se necesita?»  
«Una lavandera dedicada sería un gran apoyo». «Eso tiene sentido». Joel se acercó y tomó asiento. «Siéntese, por favor». Reedman se acercó, sentándose.  
«No lo voy a dejar ir, si eso es lo que está pensando», dijo Joel. Reedman parpadeó.

«¿No es así?».

«Por supuesto que no. Solo hay una persona que está disgustada con usted».

«Es una descripción muy generosa, milord. Esa dama me detesta».

Joel pensó en su respuesta.

«Ella también mencionó al señor Kerr».

«Es brillante en su puesto», afirmó apasionadamente el mayordomo. «Si alguno de nosotros debe irse...».

Joel asintió.

«Alguien tiene que irse, pero no es ninguno de los dos».

Reedman parpadeó con sorpresa.

«No tengo intención de inmiscuirme en la vida privada de nadie. Solo exijo que las situaciones delicadas se manejen con prudencia».

«Por supuesto, milord».

Reedman se sonrojó y Joel también se sintió avergonzado. No tenía ninguna duda que sus delicadas situaciones habían sido manejadas con discreción y seguirían siendo así.

«Espero estar de vuelta dentro de un mes o dos, y tal vez traiga invitados conmigo. Una cierta señora y su hijo pequeño».

Reedman asintió.

«Es cierto que estoy poniendo el carro delante de los bueyes, pero esta señora significa algo para mí y acabo de conocerla».

«Eso puede ser así». Reedman sonrió.

«Eso es lo que siempre he oído. Pero es extraño cuando le pasa a usted. De todos modos, no creo que la señora O'Hanlon sea la más adecuada para el rol de ama de llaves, aquí. Preferiría a alguien más amable y tolerante. Especialmente con un niño pequeño, que de vez en cuando puede hacer travesuras, como suelen hacer los niños».

«Ya veo», respondió Reedman con calma.

«¿Me encargo de hablar con ella?», preguntó Joel.

«No, milord. Es parte de mis funciones. Sin embargo, deberíamos proporcionarle una referencia».

«Por supuesto. Escribiré una carta, antes de irme. ¿Le parece justo un aviso de unas semanas y un mes de salario?».

«Es perfectamente justo. Me encargaré de ello».

Joel se levantó y ofreció su mano.

Reedman, que se había levantado con él, le estrechó la mano.

«Gracias, milord», dijo Reedman con tono significativo. «Mi posición y esta casa significan mucho para mí».

«Me alegro de tenerlo a cargo del personal».

«Todos estamos contentos de tenerlo como nuevo señor de la mansión, milord. Si se me permite decirlo».

«Gracias». Reedman dio la vuelta y se fue, cerrando la puerta detrás de él, y Joel respiró un poco más tranquilo. Sus decisiones lucían correctas.

## Capítulo once

En las últimas horas de la víspera de Navidad, Jane yacía acurrucada con su hijo, dormido en la habitación de invitados de la casa de los Lloyd, una vivienda de ladrillo de cuatro habitaciones, cubierta de hiedra que, en lo que a ella respectaba, había alcanzado la perfección. Toda la familia Lloyd se encontraba allí para las vacaciones, incluyendo al hermano menor de Hamm, Morgan, que había regresado de la India, después de renunciar al ejército privado de la Compañía Comercial de las Indias Orientales. Esto había sido una maravillosa sorpresa para la familia.

Jane no había visto a Morgan desde el funeral de Hamm. Le pareció que él cambió, no solo que era mayor, sino también más reservado. Era evidente que su paso por el ejército no fue fácil. Había soportado la violencia y una epidemia de cólera, que mató a miles de soldados y a un número incalculable de indios.

Jane estaba agradecida de estar con los Lloyd por su propio bien, pero, aún más, por el de Arthur. Gracias a ellos, su hijo podría conocer a su padre y vivir las tradiciones familiares: juntar ramas fragantes de árboles de hoja perenne y acebo para decorar la casa, encontrar el tronco de Navidad perfecto y envolverlo con ramitas de avellana, antes de llevarlo a casa, para que ardiera durante el mayor tiempo posible. Siempre se guardaba un trozo del tronco de Navidad del año anterior para encender el fuego del año nuevo.

Hoy, los hombres habían salido a comprar carne de venado para la cena de Navidad, mientras que las mujeres asaban fruta, preparaban ponche de wassail y comenzaban a cocinar el pudín de Navidad. Jane ayudó a cortar y Arthur removía ramitas. Hubo cantos y risas. Al día siguiente, la abuela Bea, de ochenta y dos años, la bisabuela de Arthur, se uniría a ellos para la cena de Navidad, al igual que Simon Monroe, el prometido de Tess. Jane no tenía ninguna duda que este sería un día alegre.

Tiró de las mantas con más fuerza. Pensó en Joel Stewart, y se preguntó dónde estaba y qué haría durante las vacaciones. Habían hablado y compartido tanto en el Cotillón, y sin embargo, ella sabía poco sobre él. Con suerte, eso se rectificaría pronto. El sueño la llamaba, así que cerró los ojos.

*«Buenas noches, Joel. Feliz Navidad».*

~~~

«Es Navidad, mamá», susurró Arthur, en voz alta.

Jane abrió los ojos y vio que su hijo la observaba.

«¡Feliz Navidad!», respondió. El olor a jamón y canela ya impregnaba el aire. Dio la vuelta, tumbándose boca arriba. «¿No huele de maravilla?».

Arthur asintió con la cabeza.

«¿Puedo levantarme ya?».

«Sí».

«¿Tengo que vestirme inmediatamente?».

«¿Quieres ir a saludar a la abuela y a quien esté despierto primero?».

Él asintió.

Ella sonrió.

«Vete». Lo vio salir apresuradamente de la habitación, tomándose el tiempo de cerrar la puerta detrás de él. «¡Oh, esa imagen!». Su hijo de casi cinco años, en camión, estirándose para cerrar la puerta, con su entusiasmo por unirse a la familia, que estuviera despierta la mañana de Navidad.

Sabía que debía levantarse, pero en lugar de eso se arropó con más fuerza. Estaba muy agradecida de estar allí y no en casa.

Fue el sonido de una risa, que provenía de abajo, lo que la hizo levantarse y ponerse en marcha. Se vistió, acompañaría a la familia para desayunar y luego prepararía la cena. No había pasado mucho tiempo con Simon Monroe antes, pero él era servicial, divertido y siempre estaba atento a Tess, la más joven de los hermanos Lloyd, quien estaba radiante de felicidad. Después que Tess y Simon se fueran a buscar a la abuela Bea, Morgan le preguntó a Jane si le gustaría dar un paseo.

«Por supuesto», respondió ella. Se puso la ropa de abrigo y partieron. Morgan había hablado poco de su estancia en la India, y ella se preguntaba si quería abrirse a ella, lejos de la familia, temiendo que la verdad pudiera angustiarlos.

«No puedo explicarte cuánto extrañé el frío», expresó Morgan, mientras caminaban.

«¿Qué calor hacía en Mombasa?».

«¿Has oído hablar del infierno?».

Ella hizo una mueca.

«¡Oh, cielos!».

«Un poco más genial que eso. Es una de las principales razones por las que he decidido reformar mis malos hábitos».

El sentido del humor de Morgan era similar al de Hammond. Los hermanos no se llevaban muy bien. Morgan era más alto, tenía más rasgos de su padre y el pelo más oscuro, pero sus ojos y sonrisas fáciles eran similares.

«¿Qué harás cuando termine tu trabajo?».

«Acepté un puesto de oficinista en la empresa».

«¿La Compañía Comercial de las Indias Orientales?».

Él asintió.

«Se presentó la oportunidad, así que... más vale que la aproveche. El puesto es de escritor. O me llevará a un puesto mejor, o encontraré otra cosa dentro de unos años».

«Lo veo».

«Viviré en casa durante un tiempo. Tanto por la comodidad como porque así lo desean mis padres. Incluso cuando encuentre mi propio lugar, quiero quedarme lo suficientemente cerca para poder estar al tanto de todo».

Ella lo comprendió. De los hijos de Lloyd, solo quedaban Tess y él. Habían sido cinco: una niña pequeña que perdieron tras un parto difícil, Hamm, quien murió mientras luchaba en una batalla contra los franceses, y Arthur, el tocayo de su hijo, quien sucumbió, a causa de una fiebre, cuando era niño.

«Es extraño», dijo Morgan. «Salí de aquí con hambre de aventuras».

«¿Y regresaste a casa más viejo y más sabio?».

«Más viejo, sí. Más años de los que yo había muerto, de algún modo. ¿Más sabio?». Lo pensó. «Eso espero. Estoy listo para instalarme en una nueva vida. Una vida tranquila y normal... muy parecida a la que despreciaba, cuando era joven».

«Bueno», respondió Jane con una sonrisa cariñosa. «Eso fue en tu juventud. Creo que recuerdo vagamente la mía».

Él se rió entre dientes. Se detuvo, dirigiéndose hacia ella, todavía con una sonrisa en su rostro.

«Jane».

Ella volteó hacia él.

«¿Sí?».

«Creo que deberíamos casarnos».

Ella parpadeó y esa sonrisa desapareció.

Él levantó las manos y su expresión era seria.

«Sé lo que vas a decir. ¡Que esto es impulsivo! Pero, no lo es, en absoluto. Hace tiempo que lo pienso. ¡Escúchame!»

«*¡Como si pudiera hablarme así!*».

«Ya nos queremos el uno al otro. Podría ser un padre para Arthur y un buen marido para ti. Podríamos tener otro hijo. Arthur podría tener un hermano o una hermana». Ella tomó aire para hablar, pero él se apresuró a continuar, «sé que no soy mi hermano, un hombre al que tú y yo amamos entrañablemente, pero podríamos ser felices juntos. Lo sé». Se detuvo. «No te importaría vivir aquí».

«Morgan», dijo ella con dulzura. «¿Matrimonio?».

«Sí, matrimonio. Estoy listo».

«Aún no te has dado la oportunidad de enamorarte», replicó ella, sacudiendo la cabeza. «Te lo mereces».

«Todavía no te has dado la oportunidad de enamorarte de mí», replicó él. «¡Oh, Jane! Te mereces la oportunidad de ser feliz de nuevo. ¿No tiene sentido lo que te estoy sugiriendo?».

Ella se quedó estupefacta y sin palabras. ¿Tenía sentido? No podía comprender la idea de casarse con Morgan.

Empezó a nevar.

«¿Al menos lo pensarás?», suplicó.

¡Cielos! Era Navidad. Pronto se reuniría toda la familia Lloyd. ¿Qué tan incómodas serían las cosas? ¿Los demás sabían sobre qué estaban hablando?

«¿Quieres volver?», preguntó preocupado.

Antes que ella pudiera responder, Arthur salió corriendo de la casa.

«¡Espérenme!», gritó y corrió hacia ellos. «Quiero ir».

Morgan le sonrió al niño y luego miró a Jane.

«Puedo llevármelo, si quieres volver adentro, donde hace más calor».

Ella negó con la cabeza y Arthur se colocó en medio de ellos y les tomó las manos. Sacó la lengua, le arrancó un copo de nieve y se rió. Jane captó la mirada de Morgan. ¿Tenía mérito su idea? Fue el pensamiento de Joel Stewart lo que la hizo apartar la mirada, pero, ¿y si nunca volvía a ver a Joel? ¿Y si había malinterpretado su interés por ella? Arthur era tan feliz allí. ¿Podría ella ser feliz allí también? ¿Casada con el hermano de Hamm? ¿Al final parecería natural? En ese momento, esto parecía absurdo.

~~~

En la víspera de Navidad, Joel, Jonathan y Dab cenaron cerdo asado con verduras, pan fresco y manzanas al horno, seguido de un rico pudín y brandy. Después, se quedaron, en la mesa, en un estado de estupor. El comedor brillaba con la luz de las velas y las lámparas.

«Tengo una nueva tradición que proponer», dijo Jonathan. «Todos pediremos un deseo para el año entrante y... se hará realidad».

«Me gusta esa idea», replicó Dab. «Elijo la riqueza infinita». Levantó su vaso.

«¡No! Tienes que tomártelo en serio. Tiene que ser algo que hayas pensado bien. Algo que realmente quieras».

Joel asintió.

«Yo tengo el mío».

«Ahí lo tienes», manifestó Jonathan con tono de aprobación. «Yo también espero que la señora Jane Lloyd caiga en tu regazo».

Joel se rió entre dientes.

«¡Ah! No lo niegues», bromeó su hermano.

Joel se encogió de hombros.

«No lo estaba pensando así».

«No sé qué pediría yo», dudó Dab. Miró a Jonathan. «¿Y tú?».

«Dejando de lado las tonterías», respondió Jonathan, «aunque eso generalmente me causa incomodidad física, quiero llenar bien el lugar de mi padre». Miró a Joel, «y de mi hermano».

Las palabras conmovieron a Joel.

«También me gustaría encontrar la fortuna escondida en esta casa», añadió Jonathan.

Joel sonrió y miró a Dab.

«¿Y qué?».

«Creo», comenzó Dab. Los hermanos se prepararon para la broma, «me gustaría sentir más...».

«¿Más qué?», preguntó Jonathan.

Dab se encogió de hombros.

«Solo más. Paso demasiado tiempo... en silencio».

«¿Silencio?». Joel reflexionó sobre la palabra.

«¿A propósito, qué quieres decir?».

«No. O quizás. En realidad no lo sé. Solo sé que me gustaría poder sentir más. Sería maravilloso encontrar a mi propia Jane, pero no estoy seguro de poder hacerlo».

«¡Oh, por favor!», replicó Jonathan. «Lo dice el hombre al que llaman el Adonis de Londres».

Dab se burló.

«Estaba hablando de amor o al menos de estar enamorado. Del tipo de relación que tienen Nigel y Alice. Y JG y Jocelyn, por cierto».

«Pero no estás seguro que la tendrás», repitió Joel.

«No creo tener lo que se necesita», dijo, encogiéndose de hombros. «De todos modos, la mayoría de las mujeres no lo esperan. Quieren un marido adecuado y una buena casa. Dinero suficiente para comprar lo que quieran y estar a la última moda».

«¡Qué romántico eres!», exclamó Jonathan.

Dab sonrió de soslayo.

«Nadie me acusará jamás de eso. Aunque me gusta la idea de tener un hijo. Sin duda podría amar a un niño. En cierto modo, sería como empezar de nuevo, tal vez para hacerlo bien». Se dio cuenta que los hermanos lo observaban. «Voy a parar».

«No», dijo Joel.

«Bien», manifestó Jonathan al mismo tiempo. «Pero, ¿sabes que vas a tener un hijo el año que viene? Dije que los deseos se van a cumplir».

«Si es así, lo llamaré Jonathan en tu honor».

«¿Y si es niña?».

«Jonathan, en tu honor».  
Jonathan levantó su vaso al aire.  
«Por el pequeño Jonathan».  
«Pequeño Jonathan», repitieron los demás y luego se rieron.  
«Espero que sea un niño, por el bien del niño».

~~~

El día de Navidad, casi a medianoche, Jane fue sorprendida por un suave golpe en su puerta. Se levantó de la cama y se puso una bata, antes de cruzar hacia la puerta y abrirla. Morgan estaba allí de pie con una camisa de mangas.

«¿Te desperté?», preguntó suavemente.

«No».

«Me voy por la mañana, a casa de mi amiga».

Él ya lo había dicho. Después, iba a ir al East India College, cerca de Hertford, para entrenarse en su nuevo trabajo. Ella esperó que él continuara, con la esperanza que no estuviera allí para presionarla y obtener una respuesta a su propuesta.

«Y luego al entrenamiento», dijo ella. «¿Sabes lo que vas a aprender?».

«El derecho, los clásicos, la historia, el sánscrito, el indostánico...».

«Eso suena difícil».

«Ya he aprendido muchos idiomas. Creo que me irá bien».

«Eso espero... Espero que lo disfrutes».

«Sobre lo que mencioné hoy temprano», dijo él, vacilando.

«*Por favor, no me preguntes eso*». Se le hizo un nudo en el estómago.

«No quiero que respondas todavía».

Ella apenas pudo contener un suspiro de alivio.

«Principalmente porque necesito mantener viva la esperanza», añadió. «Volveré en febrero o quizás en marzo. Depende del entrenamiento». Sostuvo un papel con una dirección. «¿Me escribirás?».

«Por supuesto que lo haré». Ella lo tomó, pero él siguió allí de pie. Era muy incómodo. Se sentía atrapada debido a su afecto por él, su amor por toda la familia, y el hecho que estaba en su casa, en Navidad.

El reloj de pie del salón sonó y dio la hora. Ya no era Navidad.

«Fue un buen día», dijo él.

«Lo fue», asintió ella. «Nos alegró mucho haber sido parte de esto y volver a verte».

Él se inclinó hacia adelante y la besó en la mejilla. Cuando dio un paso atrás, ella se dio cuenta que estaba conteniendo la respiración. Deseaba que él se fuera.

«Buenas noches», expresó.

«Que-e te-engas un bu-uen viaje», replicó ella, tartamudeando por los nervios.

Él le dedicó una sonrisa tierna y se alejó. Ella cerró la puerta y se apoyó en la misma, sacudiendo la cabeza.

«*Me gusta tanto él, pero, ¿casarme con él?*».

Capítulo doce

El cuatro de enero, Jane se puso a trabajar en su invernadero. Podó una pequeña higuera, que replantaría en primavera. Un golpe en la puerta la sobresaltó. Antes que pudiera gritar, la puerta se abrió y una de las criadas apareció allí.

«La señorita Charlotte Richards quiere verla», anunció.

«¡Oh!», exclamó Jane. Dejó las tijeras y empezó a quitarse los guantes de trabajo. «Iré enseguida».

«Quiero decir que ella está aquí».

«Insistí», dijo Charlotte, desde detrás de la criada, quien rápidamente se hizo a un lado.

Jane se rió.

«¡Adelante!».

Charlotte entró, emocionada con el invernadero.

«¡Mira esto! Tienes una jungla privada. ¿Cuándo surgió todo esto?».

«Ya hace tres años. Le insistí a mi padre hasta que finalmente accedió a que lo construyeran. Mi madre insistió en que no se viera, así que aquí estamos, en el rincón más alejado, lo cual me parece bien».

Charlotte no era muy bonita, pero era tan vibrante y amable, que Jane siempre la había encontrado atractiva. Era divertida y segura de sí misma. La seguridad, afirmaba Charlotte, provenía de conocer sus limitaciones. Medía seis pies, lo que significaba que era mucho más alta que algunos hombres, algo que tendía a resultar desagradable tanto para hombres como para mujeres.

«Creo que esto es maravilloso», manifestó Charlotte. «Afuera es invierno y aquí es verano. ¿Cómo se calienta?».

«Debajo hay un horno, que se ventila hacia el exterior, y también hay un caldero de vapor. En realidad no lo llaman así, pero así es como yo lo veo. Las tuberías recorren el suelo, calentándolo, y tienen aberturas que añaden humedad».

«¿Cómo haces para no quemarte con el vapor?».

«Es poca la cantidad de vapor y se libera cerca de las paredes, allí y allá», respondió ella, señalando.

«Es muy ingenioso. Y, por supuesto, tienes el calor del sol, en esas raras ocasiones, en las que se muestra». Se inclinó para oler una flor roja en ciernes. «¿Hibisco? ¡En diciembre!».

Jane sonrió y asintió.

«Este año me ha ido bien, después de haber abandonado todo el año pasado. Mi gran proyecto, este año, son las piñas».

Charlotte miró con expresión atónita los grandes contenedores, que ella había señalado.

«¡Notable!».

Jane se sintió tan emocionada, como una colegiala, que había hecho su primera amiga. De hecho, Charlotte era una de sus primeras amigas en la escuela.

«¿Entramos y tomamos el té?».

«Solo si puedo volver y ayudar alguna vez. O al menos aprender algo».

«Eso es música para mis oídos», admitió Jane. «Necesito urgentemente una amiga en estos días».

«Ha pasado demasiado tiempo», expresó Charlotte, cálidamente.

«Voy a buscar mi abrigo. Acabo de darme cuenta que tengo mucha hambre».
«Ya me conoces», replicó Charlotte. «Siempre tengo mucha hambre».

~~~

Después de volver a presentarle a Arthur a Charlotte, interrumpiendo una vez más la lección de la señorita Starr, para gran disgusto de la dama, Jane llevó a Charlotte a la sala de estar más pequeña para atenderla. La misma era acogedora y privada, siendo una de sus favoritas. Disfrutaron de té y pastel de té irlandés, mientras se contaban mutuamente sobre sus vidas.

«En resumen», dijo Charlotte, imitando a una antigua profesora, que concluía todas sus clases de la misma manera y con la misma afectación. «Tienes el hijo más maravilloso del mundo, nunca has llegado a simpatizar con tu hermana, con razón, si me perdonas que te lo diga, y te has convertido en una paria de la sociedad».

Jane se rió de la exageración.

«¡Nunca dije paria! Solo que aparentemente me han olvidado... cuando, casi no me conocen».

«Veamos qué podemos hacer al respecto. Ayudaré a difundir que Jane Kingman Lloyd está lista para volver a la sociedad. Para ser sincera, dudo mucho que te excluyan de todas las invitaciones, que llegan aquí, pero, sea como sea, esta no es la época de mayor actividad social. Pero pronto lo será. La primavera llegará, antes que nos demos cuenta».

Jane se mordió el labio inferior. Esperaba ver a Joel Stewart mucho antes de la primavera.

«Charlotte, ¿conoces a un caballero llamado Joel Stewart?».

«No me suena. ¿Por qué? ¿Quién es?»

«Alguien que conocí en el Cotillón... Muy simpático».

Charlotte entrecerró los ojos y ladeó la cabeza.

«Más que agradable, ¿creo?». Esperó, pero Jane no respondió. «¿Guapo?».

«Mmm», murmuró Jane, como si intentara recordarlo. «Pudo ser así».

Charlotte sonrió.

«¿Pudo ser así?», dijo. «¿Qué edad tiene?».

«Creo que aún no tiene treinta años».

«¿Qué más puedes decirme?».

«Dijo que tenía un hermano que fue presentado en el Cotillón».

«¿Stewart? Ah, sí. ¿Es alto? ¿Tiene el pelo oscuro y los ojos claros?».

Jane se sentó más erguida.

«¡Sí!».

«¿Tiene un gemelo?».

«No lo sé. Dijo hermano. No lo conocí».

Charlotte asintió.

«Es muy agradable. Reservado. Forma parte de un grupo de amigos que son todos ridículamente guapos, incluido Dab Adams, que sigue siendo tan esquivo como siempre». Hizo una pausa y adoptó una expresión traviesa en su rostro. «Así que... Joel Stewart».

«Lo conocí y es agradable», afirmó Jane con calma. «Simplemente tenía curiosidad por saber si lo conocías».

«Por supuesto que sí. Lo conociste, es agradable y ahora tienes el deseo de reincorporarte a la sociedad».

«Lo dices como si hubiera una conexión», respondió Jane en tono de broma. «¿Qué te parece el pastel?», preguntó Jane, mientras tomaba otro trozo.

«Simplemente delicioso», respondió Charlotte de un modo que dejaba abierto el significado de sus palabras para la interpretación de Jane.

## Capítulo trece

Jane llevaba una corona de bayas de acebo por el cementerio, sumida en sus pensamientos. Llegó a la lápida de Hammond y apoyó la corona contra ella, lo que le proporcionó unas pocas manchas de color. Se preguntó si él sabía que Morgan le había pedido matrimonio. No creía que Hamm se hubiera opuesto a que se casara con su hermano, dadas las circunstancias. Nunca hubiera querido que se sintiera tan sola. Y no era que no pudiera imaginarse el matrimonio con Morgan. Podía formarse una especie de imagen tibia de acuarela en su mente de ella, Morgan y Arthur viviendo en la casa de los Lloyd. Pero no podía concebir la intimidad con Morgan.

Es cierto que vivir con los Lloyd sería agradable. Siempre habría compañía, cariño y calidez, así que no se sentiría sola. ¿O sí? ¿Acaso un matrimonio saludable no comienza con el deseo y la amistad? Los mejores matrimonios se sustentan en estas cosas. Pensó en Joel y suspiró, antes de ir a sentarse en un banco cercano.

*«¿Recuerdas la noche en que nos conocimos, amor mío? Fue en el salón de actos de Almack's. Tú ibas de uniforme. Yo iba de blanco con una banda rosa».*

Había pasado los dedos sobre esa suave faja, cientos de veces, nerviosa. Incluso ahora, sus dedos se flexionaban sin que ella se diera cuenta.

*«Parece que esto fue hace mil años, pero lo recuerdo con claridad. Tú con tu uniforme escarlata. Esos botones dorados brillantes».*

Ella parpadeó para contener las lágrimas.

*«Una vez que nos conocimos, no había nadie más en el salón... a pesar de la multitud».*

Ella podía volver a ponerse en ese lugar. Y así lo hizo. Se quedó sentada, completamente inmóvil, recordando, hasta que se dio cuenta que tenía mucho frío. ¿Cuánto tiempo había estado allí, perdida en sus pensamientos?

Se levantó con rigidez, sabiendo que no podía casarse con Morgan. Ya no se engañaría a sí misma ni a él. Lo amaba, pero como a un hermano. Se acercó a la tumba de Hamm.

«Se llama Joel Stewart», dijo en voz baja. «Mi corazón nunca se habría dirigido a él ni a nadie más, si tú estuvieras vivo. Pero no lo estás. Y así ha sido. Tan rápido y seguro, como te dirigiste a mí, aquella noche en Almack's».

Ella presionó sus dedos enguantados con un beso, y los apoyó en la parte superior de la lápida, antes de alejarse.

~~~

«Lo sé», murmuró Joel, mientras se encontraba frente al cementerio de su familia. «Nunca me habías visto tanto. Y siempre los lunes, últimamente».

Habían pasado cinco largas semanas, desde que vio a Jane por primera vez, y treinta días, a partir de la última vez que la había visto. Desde entonces, él asistía a la sinfónica, al teatro, a un concierto y a varias cenas con la esperanza de volver a verla, pero no lo había hecho. ¿Lo estaba evitando? ¿Se había imaginado la conexión que sentía por ella?

Se acercó y tocó la parte superior de la lápida de su hermana. Si hubiera vivido, Jillian ya se habría casado y hubiera tenido un hijo. Esto se convirtió en un viento amargo para empezar a volver a casa.

~~~

Jane vio a un hombre a lo lejos. ¡Joel! Se alejaba de ella y había una gran distancia entre ellos, pero era él. ¿De alguna manera lo había deseado allí? Aceleró su marcha, queriendo alcanzarlo, pero él caminaba a paso rápido y tenía las piernas más largas. Giró por un sendero y desapareció detrás de una hilera de setos. Sintióse casi desesperada, tomó aire para gritarle, pero, ¿y si no era él? ¿Y si lo era? ¿Qué pensaría él de ella, gritando como un marinero?

Siguió adelante tan rápido como pudo, pero cuando llegó a la misma curva, que él había tomado, ya no lo veía por ningún lado. Las lágrimas brotaron de sus ojos.

«Estúpida», se reprendió sin aliento, pero el dolor en su corazón no se disipó.

~~~~~

Al mismo tiempo, Alexandria tarareaba, mientras recogía los dos sobres, que habían llegado por correo. El primero era para su madre y el segundo para Jane.

Alexandria miró a su alrededor y luego metió una uña debajo del sello de la carta para Jane hasta que el sobre cedió. Sacó la invitación y la examinó: una invitación a tomar el té en la casa de Lady Wrotham. Alexandria no conocía a ninguna Wrotham, pero la dirección era impresionante. ¿Cómo había conseguido Jane la invitación? Y lo que era más importante, ¿por qué no la habían invitado a ella? Volvió a meter la invitación en el sobre y se lo metió en el bolsillo, antes de llevarse la carta de su madre.

La encontró sentada en el escritorio de la sala de estar, mirando un menú.

«Llegó algo para ti», dijo, mientras se acercaba y se lo entregaba. «¿Terminamos de planear mi cena?».

«Tenemos la fecha y todo salvo unos pocos invitados», expresó su madre, mientras abría la carta y la miraba. La dejó a un lado y le dedicó su atención a Alexandria. «Debes esforzarte para que haya un número igual de damas y caballeros».

«Entonces, agregaré dos damas más y un caballero», indicó Alexandria.

«No, uno de cada género. Espero que no te olvides de tu hermana».

Alexandria puso los ojos en blanco.

«¡Oh, mamá! Ella apenas conoce a nadie».

«Una cena es una manera excelente de hacer nuevas amistades», dijo su madre con frialdad. «¿No es así? ¿Contratamos a alguien para que nos entretenga? Un cantante o un arpista, tal vez».

Alexandria arrugó la nariz con disgusto.

«¡Qué aburrido! ¿Dónde está la lista de invitados?».

Lady Carrick la encontró entre sus papeles y se la entregó.

Alexandria la tomó y se acercó a la ventana para mirarla.

«¿Conoces a Lady Wrotham?», preguntó con indiferencia.

«No muy bien. ¿Por qué? Es una señora mayor. Seguramente no encajaría en tu cena».

«Mmm...». Alexandria empezó a colocar mentalmente a los invitados alrededor de la mesa. Lo importante de la velada era que tenía suficientes pretendientes potenciales y así era: Templeton Rutley, Jonathan Stewart y Carlton Crowther. También era importante que ella fuera la mujer más hermosa presente, y lo era porque habían excluido a Meredith Hill. El desaire causaría un revuelo, pero no mucho. Era probable que en el próximo evento, que organizaran Lord y Lady Graveston, la excluyeran a ella, pero todos sabrían que sería por represalia, por lo que la ventaja seguiría siendo suya.

«Quizás invite a una pareja casada», dijo, mientras caminaba hacia su madre. «Gente joven y divertida».

«Posiblemente los Howes o los Walston», empezó su madre.

«¡Sí! Nigel Walston se casó con la americana. Prácticamente se robaron el espectáculo en el baile de Lord y Lady Roxon, el verano pasado. El vals para el que no me eligieron», añadió con amargura.

«Estoy segura que este año sí estarás», le dijo su madre, en tono consolador.

«Señor y señora Nigel Walston», dijo Alexandria con un brillo en los ojos. «Diana Fletcher la odia a ella. Será muy divertido tenerlas a ambas allí. Las sentaré, una frente a la otra». Su madre tomó aire para protestar, pero Alexandria dejó la lista y salió de la sala con paso ligero, dejando a su madre perpleja y con el ceño fruncido.

«¡No puedes esperar que yo me encargue sola de las invitaciones!», gritó su madre con dureza.

Se oyó una carcajada musical. «Gracias, mamá». Esa fue la respuesta de ella.

Capítulo catorce

«¿Qué opinas?», preguntó Jane en silencio, a un helecho, mientras lo regaba. «Ah», dijo un momento después, observando la planta pensativamente. «Dicen que estoy lo suficientemente sola como para hablar con las plantas, pero hablaría contigo, incluso si no estuviera sola». Echó un vistazo alrededor del invernadero. «Todos subestiman su valor como excelentes oyentes. Rara vez interrumpen y no hacen comentarios groseros. Cuando no aprueban cómo los he podado, pueden estar de mal humor, pero eso es lo peor que se puede decir». Dejó la regadera y suspiró. «Pero tienen razón. Necesito estimulación de la variedad humana».

«Y como nadie parece buscar mi compañía».

Se puso el abrigo y se fue, inclinando la cabeza para protegerse del viento helado y el aguanieve.

«¡Qué día más horrible!», se quejó cuando entró para que la envolviera el calor. El hielo brillaba en su abrigo, cuando lo colgó en el perchero con astas y subió las escaleras para cambiarse de ropa, decidiendo que visitaría a Charlotte. No había tenido noticias de ella, en unas semanas, ni de nadie más.

En el segundo piso, se dirigió a su habitación, pero se detuvo en seco y volteó para mirar la puerta cerrada del aula. ¿Acababa de oír una palabra dura de la señorita Starr seguida de un pequeño grito de su hijo? Se apresuró a llegar a la habitación.

«¡Fuera!», espetó la señorita Starr. A continuación se oyó un crujido y un gemido de Arthur.

Jane abrió la puerta con la boca entreabierta. La señorita Starr tenía una regla en la mano y las palmas de Arthur estaban extendidas para recibir un golpe.

«¿Qué...?». Esto fue todo lo que logró decir. Lo expresó con un suspiro de alivio, ya que estaba tan furiosa.

La señorita Starr mantuvo la barbilla en alto.

«¿Qué es esto?», preguntó Jane.

«Disciplina», respondió la señorita Starr con sequedad. «Por no mantener la atención en la tarea y por insolencia. Señora Lloyd, realmente no puedo tolerar estas interrupciones».

«¿Usted no las puede tolerar? ¿De verdad acababa de decir eso? ¡Usted está despedida!».

«¿Despedida?».

«¡Sí! Despedida o Retirada».

«¿Por hacer mi trabajo? No puede despedirme. ¡Usted no me contrató!».

«Puedo y lo he hecho. Empaque sus cosas y salga de esta casa».

La señora estaba furiosa.

«Me corresponde un mes de pago adelantado».

«Hable con mi madre, entonces, pero, haga las maletas». Jane miró a su hijo, que estaba observando el intercambio. Tenía lágrimas en los ojos y parecía tan angustiado que le dolía el corazón. «Ven, Arthur», dijo, tendiéndole la mano.

~~~

«Esta es la casa de mi amiga Charlotte», manifestó Jane, cuando el carruaje se detuvo una hora después.

«Me gusta Charlotte», respondió Arthur.

«A mí también. Muchísimo». Se abrió la puerta del carruaje y el conductor los ayudó a salir. «Gracias, Remy».

«Complacido de ayudarlos, milady».

«Si está en casa, usted vendrá en una o dos horas».

«Muy bien», dijo él, alegremente.

La criada que abrió la puerta de la casa de Richards dijo que preguntaría si la señorita Charlotte estaba disponible. Lo que significaba que sí estaba allí.

«¡*Gracias al Cielo!*». Jane nunca había sentido tanta necesidad de una amiga. La experiencia con la institutriz fue perturbadora, y hacía tiempo que no se sentía tan sola.

Los llevaron a la sala de estar y Charlotte apareció rápidamente con una sonrisa de bienvenida. Le dio a Arthur papel y lápices de dibujo. Esto lo mantuvo felizmente ocupado, mientras Jane le contaba lo que había sucedido.

«Tienes toda la razón al despedirla», afirmó Charlotte.

«Lo sé, pero me ha dejado conmocionada», admitió Jane, en voz baja.

Charlotte cubrió la mano de Jane con la suya y la apretó.

«Todo fue perturbador, pero ahora puedes encontrar una institutriz buena y amable, que sacará lo mejor de Arthur». Se apartó, cuando trajeron el servicio de té. «Hablando de té, ¿por qué no viniste el martes pasado?».

«¿Martes?».

«¿De Lady Wrotham?».

Jane sacudió la cabeza confundida.

«No sabía nada al respecto».

Charlotte parpadeó sorprendida.

«Te enviaron una invitación. La envié yo misma desde su casa».

«¿Lady Wrotham?».

Charlotte asintió.

«Es amiga íntima de mi tía abuela y le encanta organizar fiestas de té... Yo nunca había visto tanta variedad de delicias».

Jane se sintió decepcionada.

«No recibí la invitación».

Charlotte frunció el ceño.

«Esa hermana tuya», dijo en voz baja.

«Me lo perdí», expresó Jane con tristeza. «Y aquí me he sentido abandonada y rechazada. Lo siento mucho. Le escribiré para disculparme».

Charlotte hizo un gesto con la mano.

«No es necesario. Se lo explicaré. La veo casi todas las semanas, y ella organiza las reuniones con frecuencia. Lección aprendida. La próxima vez, te entregaré la invitación directamente, en la mano».

«Puede que haya otra explicación», dijo Jane. Alexandria era egocéntrica, pero no tenía sentido que hubiera rechazado la invitación.

«Quizás», admitió Charlotte, mientras se preparaba el té. «Pero, Alexandria siempre ha estado celosa de ti».

Si Jane ya hubiera bebido un sorbo, tal vez lo hubiera vomitado, ante lo absurdo del comentario.

«¡No!».

«Sí», insistió Charlotte. «¿Las miradas que te dirige? ¿Los comentarios que hace? Sé que

tiene su propia belleza y... todo lo que tiene además de belleza, pero sus celos hacia ti son tan evidentes como el día».

«Charlotte, ella piensa que he desperdiciado mi vida. Cree que volvería atrás y lo haría todo de otra manera, si pudiera».

«¡Majaderías!».

Jane sonrió y bebió un sorbo de té. El tema era demasiado ridículo para seguir hablando.

«La gente es divertida, ¿no?», sugirió Charlotte. «Si todos se esforzaran por mejorarse a sí mismos y a sus propias vidas, en lugar de obsesionarse con lo que han hecho los demás...».

«Ella nunca habría elegido mi vida», dijo Jane, sacudiendo la cabeza.

«No, por supuesto que no. No estaba diciendo que lo haría. El dinero y el título son demasiado importantes para ella. Pero tú sigues siendo la hermana mayor, popular y encantadora...».

«¿Popular?», exclamó Jane.

«Sobre quién la gente sigue preguntando. He oído que es ella la que suele decir que no te interesa la sociedad».

Eso hizo callar a Jane. Fue como un golpe inesperado.

«Lo que sea que ella te diga sobre tu vida», continuó Charlotte, mientras se servía un sándwich de ensalada de huevo. «Ella vio cómo tú y Hammond se enamoraron». Miró a su amiga. «No muchas de nosotras somos amadas de esa manera, Jane».

Jane se vio amenazada por las lágrimas y luchó por contenerlas. El sentimiento había sido inesperado. No tenía precio para compensar a su amiga, pero había sido un día difícil, y ella estaba destrozada.

«Y luego está tu hermoso niño», dijo Charlotte, sonriendo en dirección a Arthur. Charlotte miró a Jane con ternura. «Elegiría tu vida. Conozco a muchos que lo harían. Incluso a pesar del dolor de perder a Hamm».

«Gracias», susurró Jane.

Charlotte le dedicó una cálida sonrisa, antes de mirar al hijo de Jane.

«Arthur», lo llamó. «¿Tienes hambre, cariño?».

~~~

Alexandria recogió las cartas, que acababan de llegar, con una sensación de júbilo. La mayoría eran respuestas a su invitación. Contó cinco. Las llevó a la sala de estar para disfrutarlas. Abrió la primera, una aceptación de Jonathan Stewart. Sonrió y la dejó a un lado. La segunda era una aceptación de Eugenia Lee. No era ninguna sorpresa. La tercera era un arrepentimiento por no poder asistir de Constance Baldwin.

Alexandria la maldijo en voz baja. Había elegido a los invitados para lograr un equilibrio perfecto, y el hecho que no estuviera presente la joven heredera más rica lo alteraba. Frunciendo el ceño, abrió la cuarta respuesta y descubrió que Diana Fletcher había aceptado. La quinta era otra respuesta de «no puede asistir» de Irena. ¿Qué? ¿Irena la había abandonado? ¿Después de tantos años de amistad?

~~~

Alexandria seguía enfurruñada, tomando el té con sus padres y se negaba a decir por qué. Al día siguiente buscaría a Irena y se reconciliarían. No permitiría que Irena la abandonara. Levantó la vista, cuando Jane se detuvo en la puerta con Arthur, a su lado.

«Ya estás», le dijo Lady Carrick a Jane. «¿Ya tomaste el té?».

«Lo tomamos».

«Hola, Arthur», dijo el padre.

«Hola, abuelo. Abuela. Tía Alexandria».

«Subiré pronto», le dijo Jane a su hijo, antes que una de las criadas lo acompañara a bañarse.

«Entonces, ¿a dónde fuiste?», le preguntó su madre con firmeza. «Después de despedir a la institutriz».

Jane dio un paso más.

«Fui a ver a una amiga. Por cierto, me enteré que me enviaron una invitación para tomar el té en casa de Lady Wrotham. Una invitación que desapareció misteriosamente. ¿Sabes algo al respecto?», preguntó, dirigiéndose a su hermana.

Alexandria la miró con incredulidad.

«¿Me lo estás preguntando a mí?», lo expresó, en tono de malestar.

«Lo estoy». Jane miró a su madre. «¿O por casualidad, viste esa invitación?».

«No», respondió su madre con el ceño fruncido. «No la vi y nunca he recogido el correo de otra persona, ni lo haré».

«No las estoy acusando... Lo quise decir inocentemente, por supuesto... La carta pudo haber quedado a un lado y extraviado accidentalmente».

«No vi ninguna carta para ti, que se haya perdido por accidente», dijo su madre. «No sé de ninguna invitación de Lady Wrotham». Miró fijamente a Alexandria.

«Bueno, yo tampoco». Alexandria resopló.

Jane miró a su hermana con curiosidad.

«Mi amiga mencionó hoy lo hermosa que soy».

«¿Oh?».

«Y qué extraño es que siempre hayas estado celosa de mí».

«¿Celosa?». Alexandria se rió.

Jane sonrió levemente, consciente que sus padres la observaban con recelo. Se encogió de hombros y miró a su madre.

«¿Quieren hablar sobre el despido de la institutriz?».

«Tenía unas credenciales excelentes», respondió Lady Carrick, enfadada. «Me costó mucho contratarla».

«No deberías haberlo hecho», respondió Jane con calma. «Estoy segura que tus intenciones eran buenas, por lo que te agradezco, pero Arthur es mi responsabilidad. Yo me haré cargo, a partir de ahora».

«¿Por qué la despediste?», preguntó su padre con curiosidad. «Parecía una mujer competente».

«Estaba enfadada e impaciente. Inspiraba miedo y pavor. Y hoy le pegó a Arthur...». Jane notó la sorpresa y la alarma en sus rostros. Así que la señorita Starr no había sido del todo sincera sobre su despido. «¡No lo permitiré!». Salió del salón, dejando un silencio sepulcral detrás. Llegó a las escaleras, pero dudó antes de empezar a subir. Pensándolo bien, se quitó los zapatos y dio unos pasos hacia atrás en silencio, escuchando atentamente.

«¿Qué?», preguntó la hermana a su madre. «¿A qué viene esa mirada?».

«Sabes muy bien por qué», le espetó su madre. «No puede ser coincidencia que el día que hablamos por última vez de las invitaciones, a tu cena, me preguntaras si conocía a Lady Wrotham».

«¡No acepté esa estúpida invitación! ¿Por qué lo haría? Lo siguiente que dirás es que también estoy celosa de Jane».

Hubo un silencio. Jane ladeó la cabeza y esperó.

Alexandria resopló con fuerza, y sonó como si hubiera dado un golpe con la mano contra la mesa. Jane se lo imaginó perfectamente y no pudo evitar sonreír. ¿Entonces, su madre pensaba que su linda y mimada hermana también estaba celosa de ella? Era asombroso. Solo lo había dicho para que Alexandria se enojara. Pero Charlotte había tenido razón en cuanto a que ella le había robado la invitación.

«Ya que hoy todo el mundo me persigue», se quejó Alexandria, «¿por qué no me ayudan? ¡Casi la mitad de los invitados que respondieron a mi invitación me enviaron disculpas! Por eso estaba enojada antes. Ahora tengo todo tipo de nuevas razones».

Jane puso los ojos en blanco y se alejó. Se daría un baño caliente, y comenzaría a ver su vida de una nueva forma. Estaba satisfecha de muchas maneras.

## Capítulo quince

Había más de una docena de periódicos en la ciudad, muchos de ellos eran diarios, y cada uno costaba al menos siete peniques. De ellos, ninguno era más popular que *The Gazette*, cuando aparecía la columna *Espectaculares de la sociedad*, dedicada a las personas, los acontecimientos notables, los logros y, tal vez lo mejor de todo, a los errores de la aristocracia. Un error espectacular era la lectura más jugosa de todas. En las historias más atrevidas o poco halagadoras, los nombres de los protagonistas se omitían con frecuencia, pero, por lo general, era posible determinar de quién trataba cada relato.

Se trataba de una columna mensual, que aparecía el tercer jueves del mes, aunque durante la temporada, la misma era semanal. El autor era Brewer Hall, pero todo el mundo sabía que este era un seudónimo. De lo contrario, lo habrían asesinado hace años.

Año tras año, los temas favoritos eran las debutantes de la temporada y los solteros codiciados, ya fueran dandis o libertinos. Además, por supuesto, los flirteos, las relaciones y los emparejamientos, que se producían en medio del esplendor y la prisa de la temporada. Hall se refería a las debutantes como estrellas de la tarde y le asignaba a cada joven, digna de escribir sobre ella, un nombre apropiado en clave.

El año pasado, Angel Star (ángel estrella) fue mencionada: «... *con el pelo casi del color de las nubes y los ojos del azul de un cielo claro de la mañana*».

¿Quién era ella? Posible interpretación: Delphinia Landers, de pelo platino, que de hecho brilló con fuerza y recibió, al menos, dos propuestas de matrimonio.

Se había escrito que Blinding Star (la estrella deslumbrante) era: «*de tal belleza, gracia y pedigrí, que seguramente eclipsará a muchas otras*».

¿Quién era ella? Posible interpretación: la gloriosa Meredith Hill.

Hace años, Fiery Star (la estrella ardiente) era la referencia a Lakely Walston, pero ahora, rara vez se escribía sobre ella.

Era hora que el autor nombrara a las nuevas estrellas de la temporada, y Alexandria tembló de anticipación, al descubrir el apodo elegido para ella. Estaba recostada en la cama, sin prestar atención a su bandeja de desayuno, mientras se preparaba para devorar cada palabra con deleite. Pasó a la página correcta y la acercó para leerla.

«¡Escuchen ahora! Una nueva tanda de estrellas se ha desatado en el cielo del atardecer, algunas son nuevas, otras permanecen brillantes, y las demás simplemente siguen... ¿Cuál brillará más y cuál está condenada a desvanecerse en la oscuridad? ¿Caerá alguna en desgracia, surcando el cielo, devastadoramente brillante, en un momento, y, sin embargo, quedará ennegrecida hasta convertirse en cenizas, al siguiente?».

La columna siempre empezaba con un texto similar: «*Sigan adelante*». Alexandria lo murmuró.

«*En cuanto a las luces celestiales que aún persisten, Blinding Star baila y brilla como antes. Se especula que se comprometerá, antes del final de la temporada*».

El labio de Alexandria se curvó ante la mención de Meredith.

*«Fair Star y Stylish Star siguen en el horizonte, brillando con elegancia. Un cierto vizconde gravita hacia Dark Star, como si no pudiera romper su hechizo, a pesar de un entendimiento, que mantiene desde hace mucho tiempo con otra. Lo que suceda a continuación debería resultar muy interesante. En cuanto a algunas de las estrellas más veteranas, en la opinión de este escritor, Giddy Star perdió tontamente su mejor oportunidad».*

En ese punto, Alexandria estaba de acuerdo. Por alguna razón incomprensible, Samantha Lens (Giddy Star o la estrella frívola) había rechazado la propuesta de matrimonio de Robert Stenton. La señorita Lens era una tonta propensa a beber champán y reírse demasiado. Stenton le había propuesto matrimonio y cualquiera lo habría aceptado. *«En opinión de este escritor, quienesquiera que sean las influencias que guían a Giddy Star deberían ser ignoradas de inmediato»*, pensó Alexandria.

A la señorita Lens no le harían mucha gracia estos comentarios, aunque tampoco podía hacer nada al respecto.

*«Esperando el primer rocío de las nuevas estrellas».*

¡Ahí estaba! ¿Había habido alguna vez palabras más excitantes? Había estado esperando esto desde siempre. Su mayor esperanza era ser nombrada Princess Star (la estrella princesa) o Glorious Star (la estrella gloriosa) o Splendid Star (la estrella espléndida) o, mejor aún, ser nombrada Rising Star (la estrella en ascenso del año).

Por necesidad, el autor cambiaba con frecuencia los nombres, que ya utilizaba, pero todos los años se nombraba a la estrella en ascenso, que era el máximo galardón para una debutante. Si la premiada triunfaba tan brillantemente, como se predijo, el autor se alababa a sí mismo por su perspicacia. Si la joven fracasaba, el autor la criticaba sin piedad.

El año pasado, la mayoría de la gente esperaba que Meridith Hill recibiera ese honor. No es que el autor no la hubiera elogiado. En efecto, la llamó Blinding Star (la estrella deslumbrante). Sin embargo, el premio había recaído en una belleza de cabello negro, como el ala de un cuervo, Emina Drew, que luego se había comprometido con un rico conde alemán.

*«Faint Star es tan delgada y esbelta que debería tener cuidado de no mimetizarse con el fondo».*

Alexandria jadeó y luego se rió. Beatrice Olsen estaba demasiado delgada, pero, ¡qué insulto! ¡Ser nombrada la estrella débil de la temporada!

*«Valdrá la pena ver a Golden Star, hija de Midas, aunque solo sea por su atuendo y sus adornos. El precio, que se dice que tiene, deja atónitos a muchos, que normalmente no se dan cuenta de nada».*

Obviamente, Constance Baldwin era la estrella dorada. El autor ni siquiera lo dijo con mucho disimulo.

*«Stout Star, una jovencita muy dulce, por lo que vale en el mercado matrimonial, debería tener cuidado de no crecer demasiado. Sería una pena verla caer de las alturas solo por su peso».*

¿Se trataba de Eloise? ¿Era era la estrella robusta y gorda? Eloise había engordado desde la temporada pasada, pero no era obesa. Por supuesto, hubo comentarios maliciosos y a escondidas sobre la necesidad que adquiriera un nuevo vestuario porque no le entraba casi nada del año anterior, pero en su mayoría, estos comentarios eran exageraciones. Eloise tenía una cara bonita y era invariablemente educada y de buen carácter, pero, ¿qué importaba eso realmente?

¡Cielos! Si la dulzura fuera lo único que contara, Irena sería celebrada.

*«La estrella en ascenso del '21, desde el punto de vista de este escritor, es todo lo que una debutante debería ser».*

Alexandria se sentó más derecha y contuvo la respiración.

*«Está claro que fue bien criada, como se esperaría de su posición, es encantadora, inteligente, habla muy bien, y se rumorea que habla tres idiomas con fluidez».*

Alexandria frunció el ceño, confundida. Su francés era fluido, pero, ¿a qué otro idioma se refería Hall? Había intentado aprender un poco de alemán después que Lady Emina atrapara a su príncipe, pero no lo hablaba con fluidez. El autor no había dado suficientes pistas. El dato era vago para provocarla. ¡Qué irritante!

*«Los colores deberían abundar esta temporada, en parte gracias a Red Star, Green Star y Yellow Star. Red Star nació para destacarse».*

«Henrietta», pensó Alexandria. Con su pelo rojo, por supuesto. ¡Ella es la estrella roja!

*«Green Star debería mirar a su propio valor y recordar que la monstruosidad nunca es algo bello».*

Alexandria no tenía ni idea sobre quién se refería Hall con eso.

*«Yellow Star brilla con tanta intensidad que desafía todas las reglas y convenciones; o al menos, eso es lo que se supone. Si crees que un diamante amarillo no es algo esplendoroso, no has tenido la suerte de ver uno».*

«¿Amarillo?». Alexandria tampoco tenía idea de quién era ella.

*«Quizás se pregunten cuáles son los caballeros observadores de estrellas más interesantes de la temporada».*

«No», se quejó Alexandria. ¿Eso es todo? No había ninguna Princess Star ni Splendid Star. ¿Esto significaba que ella era la estrella en ascenso? ¿Por qué él autor no fue más preciso? Podría haber mencionado su cabello rubio o que su nombre estaba inspirado en la grandeza griega.

*«Parece que el monte Olimpo nos ha cedido otro premio: Apolo, heredero de un ducado con un cabello y unas perspectivas tan brillantes como el sol. Se predice que romperá algunos corazones esperanzados».*

Alexandria hizo una mueca y leyó rápidamente el siguiente párrafo:

*«Los Buck están de vuelta, por supuesto, llenos de encanto y vicios, igual que antes. Un hermano menor se suma a la pareja esta temporada. Se predice que este trío problemático causará estragos, antes que alguien se digne a asentarse con alguno de ellos. Uno se pregunta cuándo una cierta dama de la nobleza pondrá el pie en sus travesuras».*

Ella se burló. Una chica tendría que ser muy tonta para involucrarse con uno de los hermanos Peele.

*«Un cierto barón ha visto cómo su propia estrella se alzó. Se predice que se dedicará con seriedad a la búsqueda de la esposa ideal, acorde con su elevada posición social».*

¡Gran Jehosaphat! Prácticamente habían deletreado ese nombre. Stewart... Larrowford... Se suponía que esto debía mantenerse en secreto.

*«Adonis sigue mostrando poco interés en encontrar a su diosa».*

Habiendo perdido el interés por el momento, Alexandria dejó el periódico y tomó su té, ahora tibio, preguntándose si ella era la estrella en ascenso, o si Brewer Hall estaba esperando para revelar su alias la próxima semana.

¡Una semana entera! ¿Cómo podría soportarlo?

~~~

Unas horas más tarde, Alexandria estaba sentada frente a Irena, en la sala de estar de la casa de los Mattingly.

«Eres mi amiga más antigua», dijo Alexandria. Irena no respondió, pero parecía cargada de culpa. «Si he hecho algo para herir tus sentimientos, permíteme disculparme y compensarte».

«Eres demasiado crítica», dijo Irena con tristeza. «Y a veces eres cruel».

«¿Qué dije?», objetó Alexandria. «No creo que sea cruel. Soy honesta».

«Utilizas la honestidad como excusa, como un garrote. El hecho que algo sea cierto no lo hace digno de decirlo... No si hiere los sentimientos de alguien. O si le haría daño, al enterarse».

Alexandria reflexionó.

«Intentaré hacerlo mejor», prometió.

Irena suspiró.

«Por favor, ven a mi cena. No sería lo mismo sin ti. Ni siquiera quiero celebrarla, si no vienes».

Irena la observó por un momento.

«¿Es tan importante para ti?».

«¡Sí!».

«Está bien», cedió ella. «Lo haré».

Alexandria sonrió.

«Bien. ¿Viste la columna de Hall de hoy?».

«Por supuesto. Como todas, estoy segura».

«Comparemos nuestras notas. ¿Quién crees que es Stout Star?».

Irena hizo una mueca.

«Me parece una cosa sumamente cruel de decir».

«¿Pero quién es?».

Irena vaciló.

«Creo que es Eloise Carmicle», dijo Alexandria.

«Puede que no lo sea». Irena se preocupó.

«Pero, ¿quién es Yellow Star?».

«Es fácil. Es la señorita Knox».

«¡Oh! Amarilla. Mitad india. Debería haberme dado cuenta».

«No es mitad india. Su madre era mitad india y ella no tanto. Es increíblemente bonita.

Tiene un aspecto muy exótico».

Alexandria se encogió de hombros con desinterés.

«Su padre ni siquiera es un noble, ¿cierto?»

«Creo que lo nombraron caballero. Sé que hizo una fortuna con la Compañía Comercial de las Indias Orientales. Estuvo en la India durante quince años. ¿Te lo imaginas?».

Alexandria no podía ni imaginarlo y no se molestó en intentarlo.

«¿Quién crees que es la estrella en ascenso?», preguntó con toda la modestia que pudo.

«Rosamund», respondió Irena.

«¿Rosamund?», repitió Alexandria con consternación.

Irena asintió.

«Creo que sí. ¿Quién creías que era?».

«No estaba segura».

«Su padre es un duque. Ella habla varios idiomas».

«¿Qué idiomas?».

«Francés, italiano y griego, creo. Quizás más».

«¿Cómo sabes eso?».

«Hablamos de ello una vez. Tuvo una educación interesante. Tiene un hermano mayor y estudió con él. Sus padres parecen muy progresistas, pero ella también es una persona refinada».

El carrito del té fue empujado por una criada.

«¿Invitarás al señor Buxton a tu fiesta?», preguntó Irena.

Alexandria dudó. Estaba molesta por la posibilidad muy real que Rosamund Whitman fuera la estrella en ascenso, pero necesitaba actuar con cuidado, ya que acababa de recuperar a Irena.

«Lo haré, si tú quieres».

Irena sonrió y asintió.

«Sí, me gusta mucho».

«Pero él está varios peldaños más arriba en la escalera que tú, ¿no?». Por la expresión desanimada de Irena, supo que había cometido un error. «Es solo que no quiero que te lastimes», añadió rápidamente. «Él tendría suerte de tenerte. Y lo invitaré».

«Gracias», dijo Irena con rigidez.

Cuando la criada salió de la habitación, prepararon el té.

«Sé que Red Star es Henrietta», dijo Alexandria.

Irena asintió.

«¿Pero quién es Green Star?»

Irena se sobresaltó un poco.

«No tengo idea», dijo vacilante.

Alexandria ladeó la cabeza. Irena se sonrojó. Estaba avergonzada. ¿Por qué? ¿Era alguien que conocía y le agradaba? Irena tenía un corazón ridículamente blando y se permitía salir herida por culpa de otras personas.

«Yo tampoco. Estoy deseando que aparezcan nuevas pistas».

Irena murmuró y bebió un sorbo de té.

Capítulo dieciséis

Jonathan estaba listo para el intermedio. Necesitaba orinar y quería beber algo. El magnífico teatro Convent Garden estaba lleno para la reposición de *Tamerlán el Grande* de Marlowe, pero el teatro nunca había sido su pasatiempo favorito. Estaba allí porque lo habían invitado a sentarse en el palco privado de Lord y Lady Graveston con Lady Meredith. Ella estaba sentada a su lado, luciendo tan hermosa y majestuosa, como siempre. La invitación indicaba que él era uno de los favoritos entre sus pretendientes, lo que había sido una sorpresa.

Desde que adquirió el título de barón, él quedó atrapado en una ola social, yendo de un lado a otro. Nada de esto era desagradable, pero parecía falso, un poco como una actuación.

«¿Ah, entonces usted es Lord Stewart? ¡Cuéntenos todo sobre usted!».

Deseaba poder decir:

«Yo ya existía antes de convertirme en Lord Stewart. Mi nombre era, y todavía es, Jonathan Stewart. No creo que haya cambiado mucho desde entonces hasta ahora, pero, ¿qué le gustaría saber?».

Se alegró cuando bajó el telón para el primer acto y Meredith se disculpó. Esperó a que ella y su madre desalojaran el palco, y luego salió para atender sus necesidades. Lord Graveston estaba hablando con un amigo, que había aparecido de repente.

Después de regresar, Jonathan se abrió paso entre la abarrotada galería para tomar una bebida. Cuando tuvo un whisky en la mano, se dirigió a un lugar menos concurrido. Había más de mil personas entre el público, pero no había visto a muchas personas conocidas. Mañana sería su primer día en la Cámara de los Lores, así que tal vez eso cambiaría.

Se dio cuenta que una mujer alta de más de veinte años lo miraba con curiosidad. Ella dudó por un momento y luego se dirigió hacia él.

«¿Señor Stewart?», preguntó.

«Sí».

«Sé que esto no es correcto. Espero que me perdone».

Ella se sonrojó, pero no parecía haber timidez en ella.

«Por supuesto», dijo él.

«Soy amiga de Jane».

«¿Jane?».

Ella parecía decepcionada.

«¿Jane Lloyd?».

«¡Ah, sí! La señora Lloyd. Por supuesto».

Su decepción aumentó. Parecía arrepentida ahora de haber hablado con él.

«Fue mi hermano Joel, quien la conoció», explicó.

Su desencanto se desvaneció.

«Sí. Sí, por supuesto. Pensé que usted era él».

«Es comprensible», dijo con tono amable. «Soy Jonathan. Soy ocho minutos más joven y mucho más guapo».

Ella sonrió.

«Fue una tontería de mi parte asumirlo. Sé que ustedes dos son gemelos porque los he visto

en varios eventos. Soy Charlotte Richards. Jane y yo somos amigas desde hace años. Fuimos juntas a la escuela, cuando éramos niñas».

Él asintió y sonrió, pero se sintió avergonzado que ella los hubiera notado, pero él nunca se había dado cuenta de ella. Eso demostraba lo hipócrita que era. Allí estaba él, lamiéndose su maltrecho orgullo por no haberse ocupado de la alta sociedad hasta ahora.

«¿Está aquí la señora Lloyd?», preguntó, esperando tener la oportunidad de conocerla.

«No, esta noche no».

«Ah, bueno, estoy deseando conocer a la dama, que ha dejado a mi hermano boquiabierto».

El placer instantáneo en el rostro de la señorita Richard fue conmovedor.

«Me alegra mucho oír eso», admitió.

«Mi hermano la ha buscado en varias funciones», reconoció.

«No ha salido mucho», respondió Charlotte. «Estamos tratando de cambiar eso, pero ha estado apartada de la sociedad durante años. Su familia incluso llegó a insinuar que la habían olvidado».

«¡Qué crueldad la que se puede insinuar!».

«Después de haber oído la descripción de Jane, me resulta difícil creerlo».

«Yo también, y se lo dije. También fui y la invité a un lugar, pero no pudo conseguir la invitación porque su vil hermana se la robó».

Estaban parados entre una multitud, pero conversaban, como si fueran amigos desde hacía años.

«¿Se la robó?».

«No debería decirlo porque no puedo probarlo, pero sé que fue enviada, y que Jane no la recibió, y sé qué criatura rencorosa es Alexandria».

«¿Alexandria Kingman?». Él parpadeó.

Charlotte se encogió de hombros.

«La conoce», dijo lentamente. «¡Oh, cielos! Por favor, permíteme si...».

«No hace falta», le aseguró. «La he conocido esta temporada. De hecho, me acaban de invitar a una cena en su casa».

«¡Qué mundo tan pequeño!», dijo Charlotte tímidamente. «A veces, demasiado pequeño».

«Jane es la hermana de Alexandria», repitió él. La peculiaridad de eso le puso la piel de gallina. «El mundo es realmente pequeño, ¿no?».

«Es tan pequeño que de repente siento como si me estuvieran apretando», admitió ella, presionando una mano sobre su pecho.

«No se sienta mal, por favor. Me alegro mucho de haberla conocido y de saber quién es Jane. Mi hermano estará... bueno, «encantado» no es una palabra demasiado fuerte, pero no quiero revelar demasiado. Puede que no me lo agradezca».

Una sonrisa iluminó el rostro de ella, nuevamente.

«No es demasiado... Jane es una persona encantadora».

La orquesta empezó a calentar, lo que indicaba la reanudación de la obra.

«¡Qué bien!», dijo él con humor. «Va a empezar de nuevo».

«Es un poco aburrido, ¿no?», dijo ella, confidencialmente.

«Para mí lo es».

«Fue un gran placer conocerlo», manifestó ella, preparándose para partir.

«Y a usted, señorita Richards», dijo con una inclinación de cabeza, «sé que a Joel le gustaría enviarle sus saludos a la señora Lloyd, si la vuelve a ver pronto».

«Lo haré. Y sé que ella querría que yo hiciera lo mismo, por tu hermano».

«Me aseguraré que así sea. Le alegrará la noche. Espero volver a verla, algún día, señorita Richards».

«Y yo a usted, Jonathan Stewart, gemelo ocho minutos más joven».

«Y mucho más guapo», añadió Jonathan. «No olvides esa parte».

Ella se estaba riendo, mientras se iba.

Jonathan se sintió animado, cuando regresó al palco de Graveston. La conversación de cinco minutos con la señorita Richards le había abierto los ojos. De repente, vio todo con más claridad, incluso a sí mismo. Se había centrado en la naturaleza voluble de la élite, pero, ¿era menos pretencioso con ellos? ¿Y con qué propósito?

~~~

Cuando regresó a casa, Joel todavía estaba despierto, leyendo en el salón.

«Tenía la esperanza que no te hubieras ido a la cama todavía. Mañana es el primer día del Parlamento».

Joel levantó la vista.

«Es simplemente una nueva sesión para mí... Pero es tu primer día. ¿Cómo estuvo la velada?».

Jonathan se acercó y se sirvió una bebida.

«Algunas partes fueron muy interesantes».

«Eres un gran entusiasta del teatro», comentó su hermano con ironía.

«Soy un entusiasta de sentarme en el mejor palco, tomar un buen champán y tener una bella dama sentada, a mi lado, mirándome con adoración».

«¡Cielos! Una noche en el teatro y te has contagiado».

Jonathan sonreía, mientras regresaba con su bebida.

«¿Afectado o infectado?».

«Esto último, creo».

«¿Qué estás leyendo?».

Joel lo levantó.

«Un libro sobre la caída del imperio romano. Lo tomé prestado de la biblioteca de Manoria».

«No tienes que pedirlo prestado. Es tuyo». Jonathan se sentó, dejó su bebida a un lado, y comenzó a quitarse los zapatos.

«¿Tienes que hacer eso aquí?», se quejó Joel.

«Sí». Se quitó un zapato y luego el otro, suspirando aliviado. «No huelen mal», dijo Jonathan.

«Sí, es así».

«Bueno, tengo una noticia interesante que te hará olvidar este problema».

«Tendría que ser muy interesante. Prácticamente revolucionaria».

«¿Sería lo suficientemente devastador si, digamos, descubriera quién es Jane?».

Joel se quedó sin aliento y se sentó erguido.

«¿Estaba ella allí?».

«No, pero sí su amiga, la señorita Charlotte Richards. Ella pensó que yo era tú, así que habló y terminamos teniendo una agradable conversación. Es alta, muy sencilla, pero encantadora e ingeniosa. Se siente cómoda en su propia piel».

«No me sorprende que sean amigas, entonces».

«Te sorprenderás de una cosa o dos».

«¿Qué?», preguntó Joel preocupado.

«Tú y yo hemos estado cortejando o, en tu caso, queriendo cortejar a hermanas. Aunque no debería decir que en realidad estoy cortejando a Alexandria».

«¿Qué?», espetó Joel con irritación. «¿De quién estás hablando?».

«Alexandria Kingman».

«¿Y qué pasa con ella?».

«Ella es la hermana de Jane».

Joel se echó hacia atrás.

Jonathan asintió.

«Jane es la hija mayor de Lord y Lady Carrick. Recibí esa invitación para cenar allí, así que sabemos su dirección».

Joel echó la cabeza hacia atrás, y se rió con alivio y alegría.

«También supe que Alexandria es vil, así lo describió la señorita Richards. Ella cree que Alexandria robó una de las pocas invitaciones que llegaron para Jane».

«¿La robó?».

«Así lo dijo y parece astuta».

«Me preocupaba que me estuviera evitando. Que me hubiera imaginado que...».

«No. Al parecer, Jane no está recibiendo muchas invitaciones estos días porque lleva un tiempo apartada de la sociedad».

«Lo mismo dijo en el baile», asintió Joel.

«No la has visto porque ella no ha estado en los lugares, que has ido».

Joel sonrió.

«Pero, ahora sé dónde vive».

«No puedes simplemente aparecer y llamarla, ¿sabes?».

«¿No?».

«No. Alguien en algún lugar lo desaprobaría. Pero, yo no... Yo aplaudiría».

«Primero le escribiré para preguntarle, si me recibirá».

«Esperemos que la vil hermana no agarre esa carta, antes que le llegue a ella», comentó Jonathan.

«Tal vez podría sobornar a un sirviente para que me diga cuál es su habitación, y luego arrojar piedras, a su ventana, hasta que ella aparezca».

Jonathan se reclinó.

«Debo decir que envidio la pasión que sientes. Es muy clara y directa».

«Tengo que volver a verla... Todavía no la conozco, pero.... Él levantó su vaso. «Tengo un buen presentimiento». Joel bebió y su hermano tenía dudas.

«Yo, en cambio, no tanto».

«Eres tú el que sale todas las noches a cenas, a conciertos y al teatro». Jonathan se encogió de hombros, ante el comentario de su hermano.

«Mi plan era aprovechar la ola hasta que durara, pero esta noche me sentí diferente».

«¿Cómo es eso?».

«La señorita Richards, por ejemplo. Es tan genuina y encantadora, que deja a las demás en una tenue sombra».

«¿Señorita Richards?».

Joel arqueó una ceja.  
«No fue así. No era esa atracción entre hombre y mujer. No había nada sensual en ello. Simplemente me gustaba. Ya sabes cómo es cuando estás hablando con alguien divertido y que es muy de sí mismo, y luego la siguiente persona con la que hablas solo se fija en las apariencias».

y los dictados sociales».

«Sí».

«Hubo un momento esta noche», continuó Jonathan, «durante el último acto, Meredith me miró. Yo le devolví la mirada y su expresión era de adoración. Se sonrojó de forma encantadora y bajó la mirada, como si estuviera avergonzada que la hubieran descubierto, y luego volvió a mirar al escenario, sonriendo, como si hubiéramos compartido un momento significativo».

Joel esperó que su hermano siguiera hablando.

«Pensé que había empezado a sentir algo por mí, a pesar de mi posición social, o que había estudiado cómo captar el interés de un hombre».

Joel lo pensó.

«Supongo que el tiempo lo dirá».

«La cuestión es que no siento un deseo ardiente de volver a verla. Ni a Alexandria. Ni a ninguna de las otras hijas de duques que de repente se han dado cuenta que estoy vivo. ¿Esa mirada en tu rostro, cuando te enteraste de lo de Jane hace un minuto? Ojalá yo sintiera eso. Ahora sé a qué se refería Dab con eso de sentir más».

«No puedes compararte con Dab, en ese aspecto. Por alguna razón, él vive la vida en silencio. En silencio sobre todo, excepto sobre los pocos que le importamos. Ojalá supiera por qué. Ojalá pudiéramos ayudarlo, pero no habla de su familia, y el problema tiene que estar ahí».

Jonathan murmuró que estaba de acuerdo. Tomó sus zapatos, y se puso de pie.

«Tomaré mis zapatos apestosos y me iré a la cama, ahora».

«Siéntete libre de quitártelos, cuando tengas noticias impactantes para compartir», dijo Joel alegremente. «Pero no, a menos que...».

Jonathan salió de la habitación.

«Me alegro haberte hecho feliz. Buenas noches».

Joel se puso de pie, lleno de un vigor que no había sentido en días.

«¿Dónde está esa invitación a cenar en casa de Lord y Lady Carrick?».

~~~

Joel tuvo dificultades para redactar la nota, pero al final decidió mantenerla simple.

«Querida Jane,

Espero verte en la gala de Lord y Lady Poole, el sábado. Estaba deseando volver a verte y reanudar nuestras variadas conversaciones. Hasta el sábado. Espero.

Atentamente,

Joel Stewart».

Esta nota se la entregarían mañana.

«Y la veré el sábado», dijo en voz baja.

Capítulo diecisiete

Jonathan no se había sentido tan intimidado desde que era un niño, cuando Joel y él fueron por primera vez a Harrow. Naturalmente, ya había visto el Palacio de Westminster, antes de hoy. El salón era impresionante. Las enormes vigas de roble arqueadas, que se alzaban en lo alto, habían sido diseñadas con un esplendor gótico.

Pensar que desde este lugar se habían dominado los actos más importantes del país, durante más de cinco siglos: discursos de reyes y reinas, el juicio de Carlos I, quien más tarde fue ejecutado por alta traición, el juicio de William Wallace, el juicio de Guy Fawkes y sus conspiradores y mucho más, e incluso, caminar por allí, como un noble, en dirección a la Cámara de los Lores era realmente impresionante.

Jonathan siguió a su hermano hasta esa Cámara, revestida con paneles de madera. Se dirigieron hacia uno de los bancos de roble de un lado particular de un pasillo central y se sentaron. También había bancos, al otro lado de la habitación. La Cámara se estaba llenando y los hombres hablaban entre ellos.

Cada vez le resultaba más evidente que no sabía nada de nada. Reconocía solo a los hombres, que eran famosos, y ahora estaba en la Cámara de los Lores con ellos, como uno de ellos. Joel lo había preparado para lo que le esperaba, presentándole a una veintena de hombres, en el camino, pero la vergonzosa verdad era que Jonathan sabía poco de política.

Mientras Joel conversaba con Robert Reilly, Lord Greenwich, Jonathan miró alrededor del salón. Vio a Lord Graveston. El hombre mayor parecía sombrío, mientras hablaba con otro hombre. Jonathan experimentó una leve conmoción, cuando Graveston lo miró. Jonathan comenzó a asentir con la cabeza, en reconocimiento, pero Graveston frunció el ceño, antes de mirar hacia otro lado. El silencioso desaire hizo que a Jonathan se le encogiera el estómago. Solo la noche anterior, el hombre había sido amable y sociable. Ahora parecía cerrado, como si se hubiera revelado una terrible verdad.

Una extraña sospecha se apoderó de él y se confirmó al final de la sesión del día, cuando Jonathan se encontró con Graveston, al salir del salón.

«Lord Graveston, hola. ¿Conoces a mi hermano?».

Graveston lo miró fríamente, casi acusadoramente, de Jonathan a Joel y de nuevo a Jonathan.

«No. De hecho, no sabía que tuvieras un hermano, y mucho menos un gemelo. Es Lord Larrowford, si no me equivoco», le dijo el hombre a Joel. «Una vez más», añadió con amargura, mirando a Jonathan. Antes de que ninguno de los dos pudiera responder, el hombre mayor dio un paso atrás. «Si me disculpas».

«¿Qué fue eso?», preguntó Joel, cuando él se fue.

«Esa es la explicación de todo. Toda la atención que has recibido. Toda la adulación. Pensaban que tú eras yo».

Joel observó a su hermano con expresión desconcertada.

«¿Qué?».

«Obviamente, alguien se enteró que a Lord Stewart le habían concedido un marquesado. Lord Stewart, yo... pero en realidad pensaron que era a ti».

Joel parecía herido por su culpa.

Jonathan miró hacia otro lado y sacudió la cabeza.

«Muchos comentarios ahora cobran sentido», se maravilló. Volvió a mirar a su hermano. «Sabía que algo no estaba bien».

Joel le dio una palmada en el hombro a su hermano.

«Vamos. Necesito un trago».

Jonathan asintió.

«Quizás necesites cinco o seis».

~~~~

Alexandria había revisado el correo, a toda velocidad, examinando cada pieza de correspondencia dirigida a ella. Ahora, caminaba frenéticamente por el salón con las respuestas en sus manos. ¿Tenía frío? No, ¡era calor! Estaba enferma. ¡Y entró en pánico! Habían llegado tres lamentaciones más por correo, incluyendo una de Templeton Rutley. Había garabateado una nota al pie, indicando que, lamentablemente, ya hizo un compromiso previo. ¿Un compromiso previo? Pero, ella misma había elegido a propósito un miércoles, en el que no había nada más importante programado.

Se detuvo en seco. Había una cena esa noche y una reunión mañana, pero, ¿cómo podría presentarse, después de haber sido tan rechazada? ¿De qué maldito acontecimiento no había estado al tanto para que la mitad de su lista de invitados rechazara su invitación?

Johnson, su mayordomo, se aclaró la garganta.

«Una señorita Lee quiere verla».

«¡Eugenia!». Alexandria frunció el ceño con fastidio.

Dejó escapar un suspiro tembloroso lo más silenciosamente posible.

«Hágala pasar al salón. Estaré allí en un momento». Johnson inclinó la cabeza y fue a cumplir sus órdenes. ¡Maldito momento! Tenía que recomponerse porque Eugenia era la chismosa más grande, que jamás haya existido. Alexandria se acercó a la chimenea y arrojó todo el correo a las llamas. Una carta era para Jane, pero no le importó. Levantó la barbilla y salió del salón.

«Eugenia», dijo con una sonrisa, mientras entraba en el salón. «¡Qué placer verte!».

La mirada de Eugenia recorrió el vestido de Alexandria.

«Te ves bien».

Alexandria se sentó.

«Tú también».

«Acabo de enterarme de algo que te interesará saber», comenzó Eugenia con los ojos encendidos. «Así que corrí a decírtelo».

«¿Qué es?».

«La misma noche que la tuya habrá otra cena. Los anfitriones serán Lord y Lady Graveston».

El corazón de Alexandria se desplomó.

«Escuché que será muy similar a la última, la lista de invitados estará compuesta casi por debutantes importantes y caballeros elegibles».

¡Frustrada! Meredith Hill la había frustrado.

«El mismo día que...».

«¡Sí! El miércoles treinta y uno. Sabía que querías saberlo. Recibí tu invitación un día, y la de ella al día siguiente».

Alexandria casi soltó: «¿Te invitaron?». Aunque logró contener su lengua. Obviamente, Meredith se había enterado de su fiesta, probablemente por Constance Baldwin, y luego decidió

organizar la suya propia. ¡Qué malvada!

«¿Afectará mucho la tuya?», preguntó Eugenia con picardía.

«No», mintió Alexandria. «La fiesta será muy pequeña... será una reunión acogedora. Es principalmente para mi hermana, que se está aventurando a volver a la sociedad».

«¡Qué bonito! ¿De qué número estamos hablando? Me refiero a los invitados».

«No podemos saberlo hasta que tengamos todas las respuestas», dijo sonriendo dulcemente, con la esperanza de poner fin al tema. «¿Vas a ir a la gala, el sábado?».

«Sí. He oído que la lista de invitados es de quinientos».

«Algunas personas creen que los números lo son todo», dijo Alexandria, mientras empujaban el carrito de té. Necesitaba distraerse y pasar a otros cinco o seis temas, antes de poder deshacerse de Eugenia. No podía ser lo suficientemente pronto, ya que tenía una catástrofe entre manos con la que lidiar.

«Lord y Lady Poole y sus hijos  
~Olive Hill Hall~  
Cordial invitación para:

*Lord y Lady Carrick, Ladies Jane y Alexandria*

***A una gala de invierno***  
*Sábado 20 de enero*  
*Siete de la noche*  
*Cena a la medianoche*

*~El hielo se derretirá, las hermosas flores llegarán~».*

## Capítulo dieciocho

Cuando el sábado por la noche el reloj dio las ocho, Jane tarareó una melodía, mientras Arthur y ella bailaban un reel escocés, en el limitado espacio de su dormitorio. Jane estaba vestida para la gala de Poole, mientras que Arthur se encontraba en ropa de dormir y zapatos para estar en la casa, lo que hacía que el baile pareciera cómico.

«No puedo cantar la melodía y reírme», se quejó Jane sin aliento. «Además, vamos demasiado rápido». Se detuvo para recuperar el aliento. «Me cansarás, antes de poner un pie en el salón de baile».

«Quiero hacerlo de nuevo», clamó Arthur.

«Una vez más, pero, es hora de dormir».

«No estoy cansado», se quejó.

«Nunca lo estás».

«¿Milady?».

Jane volteó hacia una de las criadas del piso de arriba, que estaba parada en la puerta.

«¿Sí?».

«Su hermana está preguntando por usted».

«¿Por qué?».

«Ella no se siente bien».

«¿Cuándo fue la última vez que mi hermana preguntó por mí, por cualquier motivo?».

«Enseguida voy». La criada se apresuró y Jane se dirigió hacia Arthur. «Volveré».

Arthur comenzó a cantar y bailar solo.

«Pero es hora que me vaya y que tú te vayas a la cama».

Arthur no parecía haberla oído. Aplicó una sordera selectiva. Se rió entre dientes, mientras su madre salía de la habitación. La puerta de Alexandria estaba entreabierta, pero Jane llamó de todos modos, cuando entró. El penetrante hedor de la diarrea la golpeó. Se llevó el dorso de los dedos a la nariz, e hizo una mueca. Alexandria estaba estirada en la cama en camisón, con las sábanas hasta el cuello.

«¿Qué pasa?».

«Estoy enferma».

Jane se acercó más.

«¿Se ha vaciado la olla?».

«Sí».

Jane se acercó al tocador de su hermana y tomó uno de los frascos de perfume para olerlo con la esperanza que esto la ayudara a soportar el hedor, ya que los aromas de lirio de los valles y jazmín simplemente se mezclaban con el mal olor. Jane usó un poco, se lo aplicó en las muñecas, lo dejó, y se acercó a la cama, donde se inclinó y palpó la frente de su hermana. No tenía fiebre.

«¿Crees que fue algo que comiste?».

Alexandria meneó la cabeza. Parecía una niña vulnerable.

«¿Y entonces, qué?».

«No tengo amigas», dijo Alexandria con voz entrecortada. Se le llenaron los ojos de lágrimas y le temblaron los labios.

Jane contuvo un suspiro.

«¿Por qué?», preguntó con calma.

«Sabías que iba a organizar esa cena».

«Sí».

«Lo había planeado muy bien, pero luego empezaron a llegar los arrepentimientos...».

«No te estaba preguntando por qué llegaste a la conclusión que no tienes amigas. Te estoy preguntando por qué no tienes amigas».

Alexandria se secó la cara con su pañuelo de encaje. Sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

«Celos».

Ahora Jane puso los ojos en blanco.

«¡Oh, Alexandria!».

«¿Qué? ¡Lo preguntaste!».

Jane se sentó en el borde de la cama y miró a su hermana con exasperación.

«En la amistad, la belleza física no es nada. En definitiva, en la vida, no es nada».

«Eso no es cierto».

«Sí, lo es. Con una amiga, no importa cómo te veas. Uno ve lo mejor en una amiga. Bueno, a menudo también ves lo peor, pero lo aceptas y lo pasas por alto. Pero tiene que haber lo suficiente de bueno y digno para...».

«No pedí un sermón», espetó Alexandria.

«¿Qué deseas?».

«No lo sé. Un consejo. No, ningún consejo». Ella resopló. «Necesito a mi hermana».

«¿Desde cuándo?».

«¡Desde ahora que estoy en un punto muy bajo!».

«Entonces deberías analizar por qué estás en un punto bajo. Si necesitas hacer cambios, hazlos. Eres joven».

«No lo entiendes», se lamentó Alexandria. «Se suponía que esta iba a ser mi temporada, pero se arruinó, antes que comenzara».

«¡Ay! «Arruinada» es una palabra fuerte. ¿No es posible que estés exagerando?».

«¿Mamá?», dijo Arthur desde la puerta.

«Vete, Arthur», espetó Alexandria.

Jane se puso de pie.

«No le digas que se vaya», dijo ella, enfadada.

«Te necesito», respondió Alexandria sin disimular su malestar. «Siempre estás con él. ¿No puedes estar una hora conmigo?».

«¿Una hora para hacer qué? ¿No vas a ir a la gala?».

«¡No! No puedo». Comenzó a llorar de nuevo con sollozos ruidosos y los hombros agitados. «¿No lo entiendes? Sería el hazmerreír de todos».

Jane sacudió la cabeza.

«Esto es demasiado, Alexandria», dijo desapasionadamente.

«¡No te importa!», gritó Alexandria.

Jane dio la vuelta y salió de la habitación. Alexandria era una niña malcriada, que necesitaba atención constantemente.

«Le diré a mamá que no te sientes bien».

«Ya lo hice. Les dije que se fueran».

Jane dio la vuelta y preguntó:

«¿Qué se fueran?».

«Sí. Les dije que se fueran sin nosotras. Yo no puedo ir, y a ti no te importan las fiestas. Pensé que te importaría lo suficiente como para quedarte conmigo».

«¿Sin siquiera consultarme?».

«Debería haberlo sabido. Yo no le importo a nadie».

Jane siguió caminando. Tomó la mano de su hijo y bajó las escaleras para ver si sus padres realmente se habían ido sin ella, sin preguntarle, y ni siquiera quería mencionarlo.

Sin embargo, ellos no estaban en el salón. Continuó caminando, mirando habitación tras habitación. Bajó las escaleras y fue a la oficina del mayordomo, llamando a la puerta, cuando llegó.

Johnson se levantó inmediatamente.

«¿Milady?».

«¿Mis padres se fueron?».

«Lo hicieron», respondió, en tono de disculpa.

Tratando de mantener la expresión impasible, le dio las gracias, dio la vuelta y se fue, todavía sosteniendo la mano de Arthur. En el piso de arriba, se detuvo en seco, en el pasillo. ¡Qué insultante! ¡La abandonaron totalmente y fácilmente!

Arthur la miró y le preguntó:

«¿Vas a ir a la fiesta?».

Jane lo miró y luego se agachó para verlo a los ojos.

«No lo sé. Podría conseguir un carruaje de alquiler. Ya me preparé para ello. ¿Qué te parece?».

«Creo que la tía Alexandria no es muy agradable», dijo, terminando en un susurro. «¿Es porque no es feliz?».

«Puede ser, cariño. En la vida, tenemos que elegir las cosas que nos hacen felices y tenemos que elegir las cosas correctas». Se puso de pie. Se había preparado para la gala y esperaba con ansias ir, pero esto era por una sola razón, y es que no había visto a Joel Stewart desde el baile de la otra gala. ¿Qué probabilidades había que él estuviera allí esa noche? «Creo que me pondré la ropa de dormir», decidió. «¿Construimos otro fuerte?».

«¡Sí!».

Era imposible no sonreír, ante su emoción.

«Pero me voy a la cama en una hora. No discutamos».

«Mamá, ¿podemos ir a ver a la abuela y al abuelo mañana?».

Esta fue una excelente idea. Allí nunca la habían pasado por alto.

«Deberíamos quedarnos unos días».

Arthur saltó de alegría.

~~~

Mientras Joel atravesaba el salón de baile con la esperanza de ver a Jane, Dab y Hugh se quedaron mirando a Jonathan, que intentaba conversar con una Meredith Hill, rígida y evidentemente desinteresada. Era lo que Jonathan había dicho que esperaba. Lo vieron inclinar la cabeza, ante la señorita Hill, y comenzar a regresar hacia ellos.

Hugh miró en la dirección, en la que había visto a Joel por última vez.

«Uno de ellos, en busca de una belleza de un cuento de hadas, que ni siquiera dejó atrás una zapatilla de cristal». Su mirada se dirigió a Jonathan. «Y otro, que acaba de descubrir, que una princesa es en realidad una bruja, debajo de su bella fachada».

«Mujeres», dijo Dab con disgusto. «La mayoría son perversas Jezabeles».

Hugh lo miró con preocupación.
«La mayoría no».
Jonathan se unió a ellos.
«Ella es tan fría como el hielo».
«Lo siento», se lamentó Hugh.
Jonathan se encogió de hombros.
«Está bien. Es mejor saber la verdad. Saber cuál es su postura».
«Cuando Joel regrese», reiteró Dab, «vayamos a la sala de juegos. Pronto llegará la primavera para bailar y tener conversaciones sin sentido con mujeres sin corazón».
Hugh miró a Dab.
«¡Cielos, hombre!».
«Él no se irá», dijo Jonathan. «No, si existe la más mínima posibilidad de ver a su Jane».
«¿Su Jane?», repitió Hugh con expresión perpleja.
Jonathan asintió.
«Tiene el aspecto que buscaríamos».
«¿La mirada de Nigel?», preguntó Hugh con una sonrisa.
«Más bien, como el estilo de JG... Es adoración absoluta e impotente».
Dab solicitó otra bebida.
«Joel debería mantener la cabeza fría. Solo la ha visto a ella, unas cuantas veces».
«¡Eres de poca fe!», replicó Hugh.
«No tengo fe», corrigió Dab. «Vamos a jugar a las cartas», añadió con impaciencia.
Jonathan estuvo de acuerdo.
«Él sabrá dónde encontrarnos».

Capítulo diecinueve

En la tarde siguiente, Joel jugueteó con la carta que llevaba. Mientras su carruaje de alquiler pasaba por delante de las elegantes casas de Brook Street. Él había estado buscando a Jane, durante semanas enteras, sin éxito. En fiestas, eventos, incluso en las iglesias. Había asistido a más servicios, en el último mes, que en el año anterior, y no se sentía ni un ápice más justificado por ello. Ella no respondió a su nota ni se presentó a la gala del sábado. Era posible que lo estuviera evitando, pero su instinto le decía lo contrario. Su instinto, o simplemente su esperanza lo impulsaba a verla, lo que significaba que debía buscarla, pero, ¿qué pensaría ella de él, si se presentaba en su casa sin avisar?

Cuando el carruaje se detuvo en la casa de Lord Carrick, Joel le pidió al conductor que lo esperara. Jane podría no estar en casa, o podría estar allí, sin estar dispuesta a recibirlo. Estaba tan nervioso, como un colegial, mientras se dirigía a la puerta principal. Llamó. Cuando la puerta se abrió, ocultó el sobre, detrás de su pierna.

«¿Puedo ayudarle, señor?», preguntó el mayordomo.

«¿Está disponible Lady Jane?», preguntó. Sacó una tarjeta y se la entregó.

El mayordomo miró la tarjeta.

«Me temo que no, milord. Estará fuera unos días».

La decepción se apoderó de su pecho.

«Ya veo. ¿Podría decirle que vine, cuando regrese?».

«Por supuesto que lo haré, milord. Buenas tardes», dijo, inclinando la cabeza.

«Buenas tardes».

Joel volvió al carruaje y le hizo un gesto con el dedo al conductor para indicarle que deseaba volver a casa. ¡Maldición! Esto era ridículo. Se sentía como si estuviera persiguiendo una sombra. Tal vez era hora de afrontar el hecho, que él no había producido el mismo efecto en Jane Lloyd, que ella había tenido en él.

~~~

Jane sintió una soledad desgarradora, mientras se alejaba de la casa de los Lloyd. Llevaba su bolsa de viaje, a su lado, porque había tenido toda la intención de quedarse, cuando salió esa mañana. En cambio, estuvo de visita por un rato, y luego dejó a Arthur con sus suegros, para deleite de ellos. Había visto a Simon Monroe llegar, justo antes que ellos, lo cual fue una suerte. El hecho que él estuviera allí lo cambió todo.

El problema era que Tess y Simon sentían la necesidad de controlar la felicidad, a su alrededor. Ella no quería eso, pero lo había experimentado después de Navidad, cuando Morgan se fue. Su presencia de alguna manera había equilibrado todo. Tess merecía cada momento de felicidad que pudiera tener, y Jane no se interpondría en su camino ni un solo segundo. ¡Cómo odiaba el estado de viudez! Con demasiada frecuencia, era una vida a medias. Un estado de limbo.

Ahora no tenía a dónde ir. No había quien realmente la necesitara o la quisiera. La emoción la invadió, y su rostro le dolía por el esfuerzo de contener las lágrimas.

«No lo haré, no lo haré, no lo haré», canturreaba. «*No sentiré pena por mí misma*». ¡Qué mentira! Tal vez no lloraría, pero definitivamente sentiría pena por sí misma. Al menos Arthur lo

pasaría genial con sus abuelos. Gracias al Cielo por ellos.

El carruaje se acercaba de nuevo a casa y ella cogió su bolso. Iría a dar un largo paseo y luego trabajaría en el invernadero. Se mantendría ocupada. Al día siguiente, ella volvería a visitar a Charlotte. ¿Acaso su vieja amiga se sentía, como si de repente hubiera heredado una carga? ¿Así era? ¡Qué pensamiento tan terrible!

El carruaje pasó por delante de la casa. Jane vio otro carruaje aparcado, por delante, pero, debido a su distracción, tardó unos segundos en reconocer a Joel, que regresaba caminando hacia él. ¡Estaba allí! ¡Se marchaba de su casa! Jane jadeó y, desesperada, buscó la manija de la puerta. La abrió, giró y gritó:

«¡Joel! ¡Señor Stewart!».

El carruaje había llegado a la entrada, pero a ella no le importó. Estaba a punto de saltar. Remy detuvo el vehículo de golpe. Ella tembló al salir, pero, ya era demasiado tarde. El vehículo de Joel estaba en movimiento.

«¿Milady?», preguntó Remy alarmado. «¿Qué sucede?».

«¡Necesito hablar con el caballero que está en ese carruaje!», gritó, señalando el vehículo que se alejaba. «¿Puede seguirlo?»

Por un momento, él se quedó paralizado.

«Por supuesto», respondió, cuando recuperó el juicio.

Ella volvió a entrar con el corazón latiendo con fuerza. ¡Joel había estado allí! Aún así, no era apropiado seguirlo. ¿Qué clase de dama perseguía a un caballero?

«Yo sí», susurró. Estaba temblando por todos lados.

~~~

El carruaje llegó a casa. Joel se bajó y le pagó al conductor.

«Entonces fue un viaje en vano, ¿no?», preguntó el chofer.

«Desafortunadamente, y no es mi primer hijo».

El conductor sonrió y Joel vio que le faltaban los dientes delanteros.

«Le deseo mejor suerte la próxima vez, señor».

«Aceptaré el deseo y se lo agradezco».

El carruaje de alquiler siguió su camino y Joel se encaminó hacia la casa, sintiéndose abatido. ¿La próxima vez? ¿Habría una próxima vez?

«¡Lord!», gritó una voz profunda desde la calle.

Joel dio la vuelta. El conductor de un elegante carruaje azul oscuro se había detenido y lo había llamado. Cuando Joel comenzó a caminar hacia él, la puerta del carruaje se abrió y vio a Jane adentro. Corrió hacia ella.

«Sé que esto no es apropiado», soltó ella, en un torrente de palabras, «pero, cuando llegué a casa, lo vi salir y...».

¡Cómo se le llenó el corazón a ambos!

«Tenía la esperanza de verlo».

«Me alegro mucho de no haberla perdido del todo. Bueno, supongo que sí, pero...».

Su sonrisa se hizo más amplia.

«¿Quiere entrar a tomar el té? O podríamos ir a otro lugar».

«Un té sería maravilloso. Entraré con mucho gusto. Tengo un poco de miedo de perderlo de vista otra vez».

Él se rió porque conocía muy bien esa sensación. Le ofreció la mano y ella la aceptó. Todas las búsquedas, que había hecho, habían valido la pena. Ella sí valía la pena.

«Estoy tan feliz de volver a verla», admitió.
«Yo también».
«Tu chofer también puede venir, o puedo acompañarla a casa más tarde».
«Le pediré que vuelva a buscarme». Se acercó a hablar con Remy. «¿Podría venir a buscarme en una hora?».
«Por supuesto, milady».
«Gracias. Y no hace falta que lo mencione...».
Él sonrió y sacudió la cabeza.
«No es necesario. Vuelvo en una hora».
«¿Podrían ser dos?», preguntó Joel, acercándose.
Jane sonrió y le hizo un gesto con la cabeza a su chofer, quien se inclinó con el sombrero.

~~~

Fue incómodo entrar a la casa de los Stewart y encontrarse con un ama de llaves de mediana edad, que estaba claramente sorprendida de verla.  
«Tomaremos té, señora Parker», dijo Joel.  
«Enseguida», replicó la criada. «Está todo listo». Pero ella no se movió.  
«¿Jonathan ya ha vuelto?», preguntó Joel.  
«No lo he visto, desde el desayuno».  
Joel le hizo un gesto a Jane para que pasara a un acogedor salón, donde se sentaron uno al lado de la otra.  
«He querido desesperadamente volver a verla», dijo. «La he buscado en todos los lugares, a los que he asistido. En algunos me presenté solo porque pensé que usted podría estar allí».  
Ella se sintió avergonzada.  
«Ya no me llegan tantas invitaciones. A mi hermana y a mis padres sí, pero a mí no».  
«Me resulta difícil creerlo, pero así lo sugirió su amiga, la señorita Richards».  
Jane se echó hacia atrás.  
«¿Conoció a Charlotte?».  
«No, fue mi hermano. Ella pensó que era yo, y por eso hablaron».  
«¿Cuando fue eso?».  
«El lunes por la noche, en una obra de teatro, ella habló muy bien de usted, y me transmitió su aprecio. Me dio esperanzas».  
Las palabras fueron tan conmovedoras de escuchar que las lágrimas le pincharon los ojos.  
«Al día siguiente, empezó la nueva sesión del Parlamento y fue el primer día que mi hermano estuvo allí, así que tuve que asistir con él. No me siento tan obligado a ir como antes, ya que el Larrowford, que me precedió nunca asistía, pero siempre iré, cuando sea importante».  
Ella volteó más hacia él, curiosa por saber lo que quería decirle.  
«¿El Larrowford que estuvo por delante?».  
Él asintió.  
«De quien heredé el título de marqués sin previo aviso».  
«¡Ah! Usted dijo que hubo un cambio. Que tenía un nuevo nombre, al que aún no se había adaptado. Así que es Larrowford. Usted es el marqués de Larrowford».  
«Sí. Mi padre lo pidió, pero ni Jonathan, ni yo sabíamos nada al respecto».  
Ella recordó que el padre de Joel había muerto en un accidente unos años antes. Joel se lo había contado en el Cotillón.  
«Debe haber sido un shock».

«Lo fue. Al principio, me sentí... insensible al respecto, supongo. Pero, ahora estoy feliz por muchas razones. Realmente me gusta Manoria, esa es la casa en la finca. Está en Gloucestershire. Un hermoso campo, colinas onduladas, aire limpio».

Ella sonrió.

«Fuimos a visitar a un amigo en Navidad», continuó, «como no tenemos más familia, ¿por qué no?». Se detuvo. «¿Cómo estuvo su Navidad?».

«Fue muy agradable. Arthur y yo lo pasamos con los Lloyd».

«¿Oh?».

Ella asintió.

«Allí tienen una gran riqueza de amor», dijo con una sonrisa cariñosa. «La incorporación de nosotros hizo que el lugar se llenara aún más, pero no les importó. Fuimos bien recibidos. Más que eso, fuimos apreciados, que es lo que se quiere sentir en Navidad».

Él asintió.

«Por supuesto».

«Pero, volvamos a su viaje. ¿Cómo le fue?».

«El pueblo de Larrowford es encantador. Paramos allí primero y almorzamos en un pub. Manoria se encuentra a veinte millas de distancia. Fue construido como un gran pabellón de caza, el siglo pasado».

«Un pabellón de caza», repitió ella, intentando imaginárselo.

«Un gran pabellón de caza. Más tarde, se construyeron alas sobre la estructura principal. Ya lo habíamos visitado, una vez, cuando éramos niños, pero Jonathan y yo habíamos olvidado más de lo que recordábamos».

«Verlo debió haber sido increíble. Como nuevo propietario», añadió ella, tratando de imaginarlo.

«¡Lo fue! La casa. El personal. La tierra. Los inquilinos. Es una empresa que funciona bien y está supervisada por un administrador muy capaz, un hombre llamado Kerr».

Ella asintió, animándolo a continuar.

«En otro orden de cosas, con la ayuda de un amigo, conseguí influir en algunos asuntos, y Jonathan obtuvo el título de barón. Eso también es bueno».

«Es por eso que ahora está en la Cámara de los Lores». Ella se dio cuenta. «Por eso fue su primer día».

«Sí».

«¿Cómo fue para él?».

Joel se puso serio y suspiró, pero antes que pudiera responder, la señora Parker empujó el carrito de té. Además de té caliente, había bollos recién hechos, una olla de crema cuajada y chips de canela.

«Se ve y huele delicioso», le dijo Jane a la señora.

«Así es», respondió amablemente el ama de llaves. «Tenemos una excelente cocinera».

«Señora Parker», dijo Joel. «Le presento a Lady Jane...».

«Jane servirá», intervino ella.

«También conocida como la señora Jane Kingman Lloyd», dijo Joel.

El ama de llaves reaccionó sorprendida, como era de esperarse.

«Es una viuda de guerra con un hijo pequeño».

La señora Parker se sentó cerca de Jane, visiblemente conmovida.

«¿Qué edad tiene?».

«Cumplirá cinco años el jueves».

«Cinco», repitió la señora.

«Jueves», repitió Joel.

«Todavía no puedo creerlo», asintió Jane.

La señora Parker sonrió.

«Recuerdo a este de los cinco años», dijo, mirando a Joel. «Él y su hermano solían hacer travesuras».

«Fue todo culpa de Jonathan», replicó Joel, haciendo reír a las mujeres.

«Fue Jonathan, sobre todo», corrigió la señora Parker. «Bueno», dijo la señora, mientras se ponía de pie. «Fue un placer conocerla, Jane».

«A usted también, señora Parker».

Después que ella se fue, Joel dijo:

«Nunca hemos tenido una relación formal con nuestro personal. Con los pocos que hay, Parker es más como una tía para nosotros».

«Es mucho mejor así», aclaró ella.

«Por cierto, esa es la razón por la que me niego a creer que usted no está recibiendo las invitaciones».

Ella ladeó la cabeza, sin entender.

«¿Cuál es la razón?».

«Usted atrae a la gente, gustándoles al instante, dándole vida y calidez a cualquier lugar».

«¿Qué cosa más maravillosa, acaba de decir!». Giró la cabeza y se secó los ojos, que de repente estaban húmedos. «Me disculpo por comportarme como una niña tonta, pero dejé a Arthur con mis suegros hace un rato, sintiéndome como una manta mojada, que nadie quería que les echaran encima».

«¡No! Explíquese», la instó. Se inclinó hacia delante para servirle té y ella aceptó el suyo y comenzó a prepararlo. «Mi cuñada, Tess, está comprometida con el señor Simon Monroe, alguien que me gusta sinceramente, y adoro a Tess. Pero no quieren ser demasiado felices a mi lado, ya que soy viuda, así que se reprimen sus sentimientos, si estoy allí».

«Aunque eso sea cierto, ellos lo siguen sintiendo», replicó. «Es simplemente que les importan los sentimientos suyos. Probablemente les preocupe recordarle el... vértigo del amor. De lo que usted ha perdido».

Ella asintió.

«Sí, eso es exactamente».

«Significa que son buenas personas y que hay más besos robados entre ellos dos, cuando usted los visita».

Ella sonrió.

«Esa es una mejor manera de pensarlo».

«Hay algo en el hecho que dos personas compartan un sentimiento o un propósito similar que las acerca más».

«Gracias, Joel. Eso me ayuda más de lo que puedo decirle. Quizás la próxima vez no me apresure a salir corriendo».

Él parecía alarmado.

«Oh, no. Si la estoy esperando, vuelva enseguida». Sacudió la cabeza. «Olvide lo que le dije antes. No vuelva a pensar que usted es una aguafiestas».

Ella se rió con deleite.

«Cuéntame más sobre Manoria... y el primer día de Jonathan en el Parlamento».

Jane todavía estaba radiante cuando llegó a casa. El tiempo con Joel había pasado demasiado rápido, pero lo volvería a ver al día siguiente. Él vendría a buscarla al mediodía y cenarían afuera.

Jane oyó voces y fue al salón, donde su madre intentaba calmar a su alterada hermana, diciendo:

«Nadie sabe cuántos fueron invitados. No deberías cancelar ahora».

Alexandria se paseó de un lado a otro del salón.

«¡No puedo continuar con solo siete invitados! ¿Estás loca? La gente hablará y todos sabrán quienes enviaron sus disculpas. ¡Quienes me rechazaron!», terminó con un grito y dando un pisotón.

Lady Carrick se fijó en Jane.

«Pensé que habías ido donde los Lloyd».

«Me olvidé de los planes que hice, pero Arthur se quedó».

«Estoy segura que le gustará», dijo su madre con una mirada de desdén, apenas disimulado, que siempre se ponía, cuando hablaba de los Lloyd.

«Sí», convino Jane. «Le gustará. ¿Qué está pasando aquí?».

«Nada», respondió Alexandria con amargura. «Nada de lo que tengas que preocuparte».

«La cena de la semana que viene...», aclaró Lady Carrick, ignorando a su hija menor.

«¿Qué pasa con eso?», preguntó Jane, mientras se adentraba más en el salón.

Alexandria la fulminó con la mirada.

«¡Alguien, una mujer vengativa, está organizando una cena esa misma noche, solo para fastidiarme!».

«¿Cierto?», dijo Jane con ironía, dudando de la veracidad de su afirmación. Su hermana creía que el mundo entero giraba a su alrededor.

«Sí, es cierto», replicó Alexandria. «La hija del glorioso duque de Graveston, Lady Meredith», pronunció las palabras como si tuvieran mal sabor de boca. «Está claro que le molestó que no la invité, a mi cena, así que van a celebrar una, esa misma noche, y se robaron la mitad de mis invitados. ¡La mejor mitad!».

Jane miró a su hermana fijamente.

«Se los robó. ¿Quiere decir que sus invitaciones llegaron, antes que las tuyas? Pero no. Dijiste que estaba molesta porque no la habían invitado a la tuya».

Alexandria frunció el ceño.

«¿Por qué no regresas a casa de los Lloyd?».

A Jane no le importó. Hoy Alexandria no era capaz de arruinarle la felicidad ni un instante.

«¿Por qué no te calmas y haces un plan para salvar la cena?».

«Eso», concordó Lady Carrick «es exactamente lo que te he estado diciendo».

«¿Qué sabes tú de eso?». Alexandria desafió a su hermana. «¿Cuándo fue la última cena que organizaste?».

«¿Quieres mi ayuda o no?».

«¿Cómo podrías ayudarme?».

«Tengo gente a la que podría invitar. Amigos».

Alexandria resopló.

«¿Qué amigos tienes?».

«Eso es todo», dijo Jane con calma. «Ya terminé». Dio la vuelta y salió del salón.

«Jane, espera», la llamó su madre, antes de mirar con el ceño fruncido a su hija menor.

Alexandria dio la vuelta y les dio la espalda.

«Por favor», añadió su madre. «¿Qué decías?».

Jane dio la vuelta y dijo:

«¿Cuántos invitados están confirmados?».

«Siete», dijo Lady Carrick. «Sin contar a ustedes dos. Cuatro damas, tres hombres. Pero el señor Buxton parece una apuesta segura; su invitación llegó tarde, así que probablemente serán cuatro y cuatro».

Alexandria giró la cabeza para hablar por encima del hombro:

«Necesito al menos tres hombres más».

«Puedo invitar a tres, más otra dama. Así quedaremos en igualdad de condiciones».

Alexandria volteó hacia ella.

«¿Quién?», se burló.

«Una palabra más tuya, con tanta descortesía», advirtió Jane, «y terminaré con esto».

«¿Tienen rango y respetabilidad?», preguntó Lady Carrick.

«Sí, lo tienen», respondió Jane con paciencia.

Alexandria reflexionó.

«¿Tienen menos de treinta años?», preguntó.

«Sí».

«¿Son lo suficientemente impresionantes?».

Su madre miró a Alexandria con una ceja enarcada.

«Tu hermana acaba de decir que tenían rango y respetabilidad, y nunca ha dicho mentiras que yo haya oído».

Alexandria entrecerró los ojos.

«Bien».

Jane se marchó sin apenas contener su sonrisa. Podía sentir que su madre le lanzaba una mirada fulminante a su hermana para que le dijera gracias, algo que Alexandria no podía o no quería hacer.

«¡Gracias, querida!», gritó su madre.

«A tu orden», respondió Jane con desenfado. ¡Qué día tan fabuloso había resultado!

## Capítulo veinte

Joel se sentó frente a Jane, en una mesa de un rincón del restaurante Drayton Arms, después de haber disfrutado de un almuerzo ligero. No solo era fácil hablar con Jane, sino que con ella él conversaba mejor. Había aceptado con gusto unirse a la cena del día 31, y llevar a dos amigos. A ella le sorprendió, aunque le agradó, saber que el hermano de Joel ya fue invitado, y había aceptado.

«Debería haber mirado la lista de invitados», dijo, «pero, supuse que no conocería a muchos de ellos. Mi hermana y yo nunca hemos compartido amigos. No es que no me gusten algunos de ellos. Sí me gustan. Bueno, me gusta una de ellas: Irena. Me pregunto cuánto durará la amistad entre ellas. Irena es dulce y tierna, y Alexandria...».

«¿No tanto?», dijo Joel lentamente, después que ella hizo una pausa.

Jane asintió.

«Hablando de cenas», expresó Joel, «espero que usted venga a...».

«Sí», interrumpió ella.

Él se rió.

«Es un aviso con poca antelación».

«Estoy relativamente segura que no tendré ningún conflicto».

«El viernes por la noche en casa de Lady Vinson». Metió la mano en el bolsillo y sacó una tarjeta con una dirección. «Es la tía de mi amigo Nigel y una mujer carismática. También podrá conocer a mis otros amigos».

Sus ojos brillaban de entusiasmo.

«¡Maravilloso! Lo espero con ansias».

«No es algo formal. Es más bien una cena de tías, sobrinos y sobrinas, a la que el resto de nosotros podemos asistir sin más». Se detuvo. «Se me ocurre que tengo muchas historias y explicaciones que compartir sobre todos ellos».

«No puedo esperar para escucharlas».

«Quizás podríamos dar un paseo después de esto, y caminar por el parque. A menos que haga demasiado frío para usted».

«Para nada. Me encantaría».

Le hizo una señal al camarero, antes de volver a centrar su atención en ella.

«Tengo otra pregunta para usted. ¿Qué hace falta para obligarla a visitar Manoria? ¿Una acompañante?».

«Soy viuda y tengo un hijo, y la mayoría del mundo no tiene idea que existo. Creo que puedo visitar a mis amigos sin una acompañante».

«No quisiera dañar su reputación por nada del mundo», insistió.

«Tengo fama de testaruda, de saber lo que pienso y lo que siento, y de actuar en nombre de los demás. No creo que eso se pueda dañar».

«Y tampoco quisiera cambiarlo».

«Sin embargo», dijo ella, encogiéndose de hombros, «si de algún modo, usted daña mi reputación, simplemente tendremos que fugarnos».

Él asintió con seriedad.

«Bien, entonces. Partamos hacia Manoria, ahora mismo, después de anunciar descaradamente nuestras intenciones a toda esta gente». Ella se rió y él también, como si

estuvieran bromeando.

~~~

Mientras Joel y Jane paseaban por el sendero del parque, él le contó a Jane quiénes serían los invitados, a la cena del viernes. Le dijo que Lady Vinson, la tía de Nigel Walston, tenía unos cuarenta y cinco años y todavía era hermosa. Había sido viuda durante los últimos quince años y no mostró ningún interés en cambiar esa situación.

«Nigel es el siguiente en la lista», expresó. «Lo pondría en el punto justo de lo normal».

Ella sonrió y sacudió la cabeza.

«Necesitaré más que eso».

«No es tan alto como nosotros».

«Necesitaré más que eso».

Él sonrió.

«Tiene el pelo castaño claro. Las mujeres siempre lo han considerado guapo. Es solo que, en comparación con Dab...».

Ella asintió. Todo el mundo sabía quién era Dab. Al menos, sabían lo que sabían, que era magníficamente apuesto, y más que un poco distante y enigmático.

«La esposa de Nigel se llama Alice. Es una mujer encantadora con cabello claro y ojos de distintos colores, uno azul y otro verde».

«¡Qué interesante!».

Él asintió.

«Ella escribe. Es vivaz e inteligente... es norteamericana. No tengo dudas que a usted le gustará Alice».

«Una americana», repitió ella.

«Sí. Su padre es oriundo de Londres. Alice y su hermana Jocelyn viajaron la primavera pasada con sus padres para la primera visita de las chicas». Hizo una pausa y dejó escapar un suspiro.

«¿Qué pasa?», preguntó ella.

«Me acabo de dar cuenta de lo compleja que es esta historia. No parece así, cuando uno está en medio de ella y se está desarrollando, pero, después...».

«Sé lo que usted quiere decir», le aseguró.

«Los hechos importantes son los siguientes: el padre de Nigel se endeudó... por jugar», añadió en voz baja, aunque nadie más lo oía. «El padre de Alice no tiene título, pero pensó que uno sería bueno para su hija. Bueno, ella es una de cuatro hijas, pero, me refiero a Alice».

Jane asintió.

«Entonces los padres de Nigel y Alice empezaron a hablar, planeando una posible conexión para el beneficio de cada uno. A Nigel le cuentan cuál es la situación, pero a Alice no». Se rió entre dientes. «La noche en que todo se volvió obvio, la primera noche, en que se conocieron, es una historia divertida, pero dejaré que la cuenten ellos. Basta con decir que se enamoraron, a pesar de sí mismos».

Ella se rió, ante las expresiones de él.

«Son perfectos juntos. También son perfectos juntos, Jocelyn, la hermana de Alice, y nuestro amigo JG».

«Lo cual tuvo que haber sucedido en el mismo lapso de tiempo», afirmó ella.

«Sí. Parece que hubo magia esparcida entre los Walston y los Weatherly, el verano pasado. El amor floreció entre Alice y Nigel, JG y Jocelyn, y la hermana menor de Nigel, Ada, con

Harrison Bower. También estarán en la fiesta. Ada se parece a Nigel».

«Entonces ella también es completamente normal, supongo».

Él sonrió.

«Sí. Casi siempre. A diferencia de la otra hermana Walston, Lakely».

«Cuéntamelo».

«Por un precio».

«¿Qué precio?». Le ofreció el brazo y ella gustosamente le pasó la mano.

«¿Necesitas un recibo para eso?», bromeó él.

«No. Confío en usted».

Caminaron en un silencio amistoso, durante unos momentos, disfrutando del día y de la proximidad mutua.

«¿Usted podría imaginar el equivalente femenino de Dab?», manifestó. «En cuanto a apariencia, quiero decir».

«Sorprendentemente hermosa, entonces».

«Correcto. Lakely tiene el pelo muy oscuro. Se podría pensar que es la hija de Lady Vinson. Ambas se parecen más que Lakely con su madre».

«La hermana de Lady Vinson», supuso.

«Sí. El nombre de Lady Vinson es Rosemont, la llaman Monty. Es la hermana menor por diez años, diría yo. Ahora bien, en cuanto a personalidad, Lakely y Dab no se parecen. Ella es audaz y franca. Con frecuencia parece que algo se está gestando, justo debajo de la superficie de ella. Algo que bien podría explotar».

«No mencionó la magia que la tocó el verano pasado».

«Por una buena razón. En todo caso, era todo lo contrario. A menudo parecía triste y retraída».

«Quizás con toda la magia que ocurre a su alrededor», supuso Jane.

«Es posible. Siguiendo adelante, JG es pelirrojo y solo unas pulgadas más alto que usted. Es un buen hombre. Un buen amigo. Tranquilo con mucha personalidad. No hay arrogancia en él, a pesar del hecho que su abuelo es un duque, y JG es su heredero».

«¿Qué pasa con... Jocelyn? Se llama Jocelyn, ¿no?».

«Sí. La hermana de Alice. Es bonita y tiene el pelo castaño. Es una persona muy dulce».

Jane pensó en la lista de invitados del viernes.

«Tenemos a Lady Vinson, a quien llaman Monty, Nigel y Alice, JG y Jocelyn, Lakely Walston, su hermana...».

«Ada», agregó él.

«Ada. Y su pretendiente, el señor...».

«Bower. Harrison Bower. Su familia trabaja en el sector bancario».

«Estoy pensando en quién estará en la cena del viernes», explicó ella.

«Todos los que acaba de mencionar, más nosotros, Jonathan, Dab y Hugh... Hugh Pritchett tiene el pelo rubio, lleva gafas, es muy inteligente, amable, nunca conocerá a un hombre mejor».

«Sus amigos suenan maravillosos».

«Lo son. Soy muy afortunado». Puso una mano sobre la de ella, que descansaba sobre su brazo. «De hecho, me siento el hombre más afortunado del mundo, hoy».

Ella sonrió con placer, al ver la expresión cariñosa en su rostro.

«Estoy tan feliz de haberlo buscado a usted».

Él se rió entre dientes.

«Estoy tan feliz de haberla perseguido».

Capítulo veintiuno

El viernes veintiséis de enero, Jane terminó de prepararse para la cena de Lady Vinson, mientras Arthur jugaba, en su cama, con soldaditos de juguete, que le habían regalado sus abuelos paternos. El concepto de soldaditos de juguete le causó escrúpulos a Jane, pero comprendió que era un niño pequeño, que disfrutaba jugando con ellos. Sería imposible mantener los soldaditos de juguete fuera de sus manos durante toda su vida.

Estaba satisfecha que su vestido fuera el adecuado para la noche. Era de un color rosado pálido llamado «palo de rosa». El único desafío era qué joyas combinar con este. Se sentó frente a su tocador y miró su caja de joyas.

«La semana que viene, comenzaré a buscar una nueva institutriz».

Arthur hizo un sonido de protesta.

«Será alguien agradable que te gustará», le prometió.

Su collar con camafeos era ideal. Se lo colocó y añadió unos sencillos pendientes con forma de lágrima, mientras pensaba en las personas, que pronto conocería. Joel los había descrito con tanta claridad, que tenía una imagen clara en su mente. Sería interesante ver hasta qué punto la imagen coincidía con los individuos.

~~~

La residencia de Lady Vinson era una casa elegante en Berkley Square. Jane se dirigió a la puerta principal, sintiéndose nerviosa. No quería decepcionar a Joel. Tocó la aldaba, y pronto la puerta se abrió de golpe, apareciendo una mujer, que no podía ser otra que Lakely Walston. Era increíblemente hermosa.

«Gané la tirada de dados», anunció Lakely. «Mi premio fue abrir la puerta y verte a ti primero. Joel fue excluido, por supuesto. Pasa, pasa», la instó, dando un paso atrás. «¿Puedo llamarte Jane?».

Jane entró, sintiéndose ya más a gusto.

«Por supuesto. Si puedo llamarte Lakely».

«¡Por supuesto!».

Una criada la ayudó con su abrigo y se lo llevó.

«Eres tal como Joel te describió», dijo Lakely. Sus ojos de color azul oscuro brillaban de alegría.

«¿Cómo me describió?». Jane no pudo evitar preguntarle.

«Encantadora, genuina, divertida, inteligente y haces que se sienta mejor persona cada vez que estás cerca de él».

La sonrisa de Jane desapareció. La descripción la conmovió.

«No le digas que te dije todo eso», añadió Lakely, «o hazlo. Puede que quiera estrangularme, pero nunca he visto a Joel intentar estrangular a nadie. Podría ser interesante».

Lakely era exactamente como la había descrito Joel, aunque Jane se abstuvo de decirlo, mientras Lakely la guiaba hacia adelante. Entraron al salón, donde Joel y Jonathan se acercaron a ella de inmediato.

«Aquí está la primera prueba de la noche», dijo Jonathan. «¿Quién de nosotros es quién?».

Ella sonrió y le tendió la mano.

«Hola, Jonathan».

Él tomó su mano y le hizo un gesto con la cabeza a su hermano, quien no parecía sorprendido en lo más mínimo.

«¿Ella es adecuada?».

«Por supuesto que es adecuada», insistió Joel con orgullo.

Joel permaneció a su lado, mientras Lady Vinson se unía a ellos.

«Bienvenida», dijo la señora mayor.

«Lady Vinson, gracias por invitarme».

«Soy Monty y estamos encantados de tenerte aquí». Tomó el brazo de Jane y la arrancó de los brazos de Joel con picardía. «¿Puedo presentarte...?».

«No, no, ya lo sé», replicó Jane. «Nigel y Alice», dijo mirándolos.

Estaban sonriendo, mientras asentían.

«Correcto», confirmó Nigel.

JG tomó la palabra:

«Jane, está perfectamente bien acercarse a Alice y mirarla a los ojos. Todos quieren hacerlo cuando la conocen por primera vez».

«Lo confieso, realmente quiero hacerlo», admitió Jane.

Alice sonrió, mientras ella se acercaba. Se dieron la mano.

«Es un gran placer conocerte», dijo Alice.

«A ti también». Los ojos de Alice eran de dos colores diferentes. ¡Increíble! Buscó a Jocelyn en el grupo. «Y esta es tu hermana, Jocelyn».

«Sí, lo es», confirmó Alice.

«Hola», dijo Jocelyn.

Jane miró a JG.

«Y tú eres el caballero que ama a Jocelyn».

«Sí, lo soy», respondió JG.

Jane inclinó la cabeza.

«Es un placer conocerte, JG».

«Es un placer exquisito conocerte», respondió él.

Jane identificó a Ada, luego a Hugh, a Dab y después a Harrison Bower. Le ofrecieron una bebida a elegir y aceptó un jerez. Todos se acomodaron, y ella escuchó con alegría las bromas relajadas entre amigos.

Hubo bromas, repitieron las frases y también abundaron las risas. Jane se enteró de la estancia de Lakely y Ada en Francia, que acababan de regresar, y del viaje de Joel, Jonathan y Dab a Manoria, y JG le contó la divertida historia del primer encuentro de Nigel y Alice, interpretando todos los roles con brillantez cómica.

Lakely exigió saber cuál de ellos había terminado el rompecabezas, que ella había comenzado, recordando que dejó instrucciones estrictas de no tocarlo. Se hizo un silencio culpable, y luego estalló la risa de la mayoría de los hombres.

«No fui yo», dijo Nigel.

Jonathan parecía molesto.

«¿Qué pasó con los viejos harrovianos más uno, que se unieron contra formidables adversidades?».

«Tengo que vivir con ella», respondió Nigel.

Lakely miró a Jonathan.

«Me alegra que me consideres una enemiga formidable».

Él asintió.

«Siempre lo he hecho y siempre lo haré». Se encogió de hombros y sonrió. «La última parte del rompecabezas fue muy divertida».

«¡Lo sabía! Con la ayuda de Dab, supongo».

«Oye», objetó Dab. «No lo toqué».

Hugh se aclaró la garganta y parecía avergonzado.

Ada se rió.

«¡Tú hubieras sido nuestra última opción!».

«¡Hugh!», exclamó Lakely.

«Lo siento. Era solo una pieza o dos».

«Yo también encontré una», admitió JG. «Quizás dos. Cuando llegas tan cerca del final de un rompecabezas, no puedes evitarlo».

Jane se encontró riéndose con todos los demás.

La cena no fue menos entretenida. Después, amenizaron con varios juegos. Fue simplemente lo más divertido que ella había hecho en años. Se sentía como si perteneciera a este lugar.

## Capítulo veintidós

A primera hora de la tarde del día de la fiesta, en la casa de Lord y Lady Carrick, Joel estaba sentado en el estudio, revisando un paquete, que había llegado desde Manoria. Contenía notas de agradecimiento de los inquilinos por los regalos recibidos el día, después de Navidad. Cada una de las mismas hizo sonreír a Joel. Él había añadido una nota personal y una ayuda monetaria, en cada regalo.

Además, Reedman había escrito noticias sobre el personal. La señora O'Hanlon se había ido, *«con toda la gracia que se podía esperar»*. A Reedman le gustaba una mujer llamada la señora Wahl para el puesto, pero había circunstancias adicionales que considerar. Tenía dos niños pequeños y una hermana menor, a quienes mantener.

*«La hermana se haría cargo de los niños, dejando a la señora Wahl libre para ocuparse de la casa, pero ellos estarían en la residencia. Como esto puede ser algo con lo que usted no se sienta cómodo, esperaré a que usted me diga algo al respecto»*.

La otra noticia era que habían contratado a una criada para fregar y a una lavandera. Joel dejó a un lado la carta de Reedman para terminar de revisar el correo, que se había acumulado. Había ignorado la correspondencia, durante la mayor parte de una semana, debido al tiempo que había pasado con Jane. Sonrió al pensar en ello. Levantó la vista, cuando Jonathan entró por la puerta, elegantemente vestido.

«¿A qué viene esa sonrisa de enamorado?», preguntó Jonathan. «¿Hay alguna otra buena noticia? ¿Te ha nombrado duque un tío del que nunca supimos nada, o estabas soñando despierto con tu dama?».

«Todo va bien en Manoria», dijo Joel, evadiendo la pregunta, aunque no perdió la sonrisa. «La señora O'Hanlon se ha ido».

«Bien. ¿Estás listo para ir?».

«Si nos vamos ahora, llegaremos temprano».

«Lo sé, pero quiero hablar con Alexandria, antes que se distraiga con sus otros invitados».

«¿Puedo preguntar por qué?».

Jonathan se apoyó en el marco de la puerta. Era evidente que algo le pesaba.

«Lady Meredith fingió estar enamorada de mí, cuando pensó que yo era tú».

«Ella nunca pensó que eras yo», objetó Joel. «Ella pensó que eras un marqués».

«Es lo mismo».

«No lo es. Y, por cierto, nunca querrás que alguien se interesare en casarse contigo por un título».

«Es cierto, pero el punto es que quiero saber qué piensa Alexandria, después de dejar claro quién y qué soy».

Joel frunció el ceño, pensativamente.

«¿Te preocupas por ella?».

Jonathan se encogió de hombros.

«No lo sé. Si lo que dijo Charlotte Richards es cierto, entonces definitivamente no. Pero, debo averiguarlo por mí mismo. Es lo justo. Dicho esto, no tiene sentido siquiera considerar si estoy interesado en ella o no, si a ella solo le interesa ser marquesa».

«La mujer adecuada está ahí para ti y te amará por lo que eres».

«Eso espero».

«La verdad es que estas últimas semanas te has dejado llevar por el glamour del estrellato repentino», bromeó Joel.

«Oh, por favor», se quejó Jonathan, mientras daba la vuelta. «Me dará dolor de estómago, antes que se sirva el primer aperitivo. Vámonos».

Joel se rió entre dientes, al levantarse para seguirlos. Sin duda no le importaba llegar temprano. De hecho, tenía algo que hacer, antes de unirse a gente de la fiesta.

~~~

Alexandria rodeó la mesa del comedor, asegurándose de ubicar a los invitados, lo mejor que pudo. Jane solo quería los nombres de pila, en las tarjetas de ubicación, y se negó a proporcionarle más información. Había sido exasperante hasta que Alexandria se dio cuenta de lo bien que esto encajaba con la explicación, que había inventado para Eugenia, que esta noche era principalmente por el bien de Jane.

Se vio en el espejo de la pared del otro lado de la habitación y se detuvo a admirar la imagen. Vestía un verde vibrante con una red dorada sobre la falda, que captaba la luz. Un collar de esmeraldas, pendientes a juego y peinetas con joyas, en el pelo, completaban el conjunto. Brillaba. Esa noche, luciría mejor que todas las demás damas presentes, y establecería su supremacía en las mentes de más de un caballero. Cuando comenzara la temporada, los tendría en la palma de su mano. Si Templeton Rudley no estaba entre ellos, que así fuera. Lady Meredith era bienvenida para él.

El mayordomo se aclaró la garganta desde la puerta.

«Milady, Lord Stewart ha llegado y desea hablar con usted», anunció.

Ella casi sonrió.

«Hazlo pasar a la sala de estar».

Johnson inclinó la cabeza y luego se alejó.

Entonces, Jonathan quería hablar con ella, ¿no? Más bien quería llegar primero para guardar las apariencias. Que pareciera que habían tenido un tête-à-tête. Terminó lánguidamente su recorrido por la mesa. Contenta que las posiciones eran correctas, se dirigió hacia la sala de estar.

~~~

«Arthur», dijo Jane al mismo tiempo, entrando en la habitación del niño. Su hijo levantó la vista del fuerte de bloques, que estaba construyendo para los soldados de juguete.

«¿Sí, mamá?».

«Hay alguien que me gustaría que conocieras». Abrió la puerta para Joel. «Es mi amigo, el señor Stewart».

Joel entró con una sonrisa y las manos a la espalda.

«Hola, Arthur».

«Hola», respondió el niño.

«Escuché que tuviste un cumpleaños la semana pasada».

Arthur sonrió y asintió.

«Tengo cinco años».

«¡Cinco años! ¡Qué edad tan divertida y especial!». Sacó un regalo envuelto de su espalda. «Esto es para ti».

Arthur se levantó de un salto y se acercó rápidamente. Miró a su madre, que asintió, y luego tomó el regalo.

«Gracias».

«Ábrelo», lo instó Joel. «Asegurémonos que te gusta. De lo contrario, podría llevármelo a casa y jugar con él».

Arthur se arrojó al suelo de inmediato para abrirlo. Dentro había un poste de madera con forma de bola atada a una cuerda.

«Se llama bilboquet».

«¿Cómo funciona?».

«Se necesita práctica, pero hay que intentar atrapar la pelota con el extremo ahuecado del palo. Hay que dejar que la pelota cuelgue y luego darle la vuelta. ¿Quieres que te lo enseñe?».

Arthur asintió y se lo entregó.

«Primero, déjala colgando. Luego, hazla girar...». Lo intentó, pero la pelota no aterrizó. Se rió. «Lo intentaremos de nuevo. La levantas y...». Esta vez la atrapó. Arthur sonrió y Jane aplaudió.

«¡Hazlo otra vez!», gritó Arthur.

Joel atrapó la pelota en el siguiente intento, pero falló en el otro.

«Como dije, se necesita práctica. Ahora es tu turno».

Arthur se puso de pie y lo intentó, pero no logró atraparla ni siquiera acercarse a hacerlo.

«Ya te acostumbrarás», le insistió Joel.

Arthur lo intentó, una y otra vez. Atrapó la pelota en su sexto intento, y tanto Jane como Joel aplaudieron.

~~~

Alexandria encontró a Jonathan esperándola, con las manos entrelazadas frente a él. Estaba deslumbrante con un frac cruzado, un chaleco blanco y una corbata de color azul pálido. Ella hizo una reverencia extravagante.

«Lord Stewart».

Él también hizo una reverencia y dijo:

«Lady Alexandria».

Ella sonrió, como si hubieran bromeado, y se acercó.

«Te ves muy elegante esta noche».

«Gracias, te ves hermosa, pero siempre lo eres».

«Gracias», dijo ella con dulzura. «¿Te importaría sentarte?».

«No. No quiero entretenerte mucho tiempo porque pronto llegarán los invitados».

«¿Pasa algo?».

«Espero que no, pero recientemente alguien tuvo una... idea errónea sobre mí».

«¿Oh?».

«Pensaban que me habían nombrado marqués».

Ella parecía confundida.

«Me pregunto por qué pensaron eso».

«Hay una razón, una muy buena, pero no es verdad. Soy barón, y nunca seré más que eso».

Ella apenas parpadeó.

«¿Por qué me cuentas esto?».

«Para estar seguro que no albergas ninguna idea errónea sobre mi posición».

«No, no lo sabía», le aseguró. «No es que me importe. Creo que lo importante es el hombre,

no su título».

Él la observó durante un momento.

«No podría estar más de acuerdo, pero vivimos en una cultura en la que, con demasiada frecuencia, se centran en lo que tiene un hombre».

Ella se acercó a él con su expresión más seria.

«No tienes por qué preocuparte por mí».

«Bien. Me siento mejor sabiendo lo que piensas al respecto».

Ella apartó la mirada con una sonrisa tímida.

«Sin duda no hay tiempo para conocer todos mis sentimientos. Pronto llegarán más invitados».

«Entonces me conformaré con lo que has compartido por el momento. ¿Estás deseando que llegue esta noche?».

«Sí, aunque es sobre todo por mi hermana». Él notó un ligero cambio en la expresión de ella. Una repentina cautela. ¿Por qué? «Jane es viuda, ya ves, y tiene un hijo», explicó. «¿Te había mencionado que tenía una hermana?».

«No».

«Pues sí. Ella es mi hermana mayor. Hace poco que se ha reincorporado a la sociedad, después de una larga ausencia. Una cena es una forma excelente de hacer nuevas amistades, así que pensé: ¿por qué no hacer esto por ella? Invité a algunos amigos y ella invitó a otros».

«En efecto. Bueno. ¿Nos unimos a los demás? No debo monopolizarte».

«Necesito hablar con la cocinera, un momento, antes de regresar. ¿Puedes volver?».

«Por supuesto».

~~~

La expresión de Jonathan se endureció, al salir del lugar. Ella lo había desconcertado por un momento, pero sabía la verdad sobre la relación de Jane con Joel. El hecho que Alexandria hubiera contado una historia delante de él y con tanta sinceridad, era suficiente para negar todo lo que él había dicho antes.

~~~

Alexandria se quedó atrás para hacer acto de presencia. Había sido magistral con Jonathan Stewart. En poco tiempo, él estaría comiendo de su mano.

«No tengo ni idea de por qué alguien sospecharía que eres un marqués en secreto. Solo me importa el hombre, no el título». Esta fue su manipulación. Pero, él dejó al descubierto lo del marquesado.

«¡Qué simples son los hombres!», pensó Alexandria. «Él bien podría haber dicho: «Solo quiero asegurarme de que me amas por lo que soy, y no por mi posición y mi fortuna recién adquirida» ¿Vale la pena este tipo?».

Paseó por el salón, antes de detenerse a servirse una copita de jerez. Brindó en silencio, y luego bebió un sorbo.

Un cuarto de hora después, abandonó el salón y llegó al vestíbulo de entrada, justo cuando llegaba Diana Fletcher. Otras voces, música de arpa y el sonido de risas emanaban del salón, y Alexandria sintió una oleada de emoción. Y pensaba que casi había cancelado la cena.

«¡Qué vestido más bonito!», expresó Diana, como si de alguna manera estuviera sorprendida por ello.

«Gracias».

«Es tan... verde».

«Siempre me han encantado las esmeraldas», replicó Alexandria, mientras acariciaba el colgante que llevaba en el cuello. «¿Cuál es tu gema favorita?».

«No lo sé. No le he dado mucha importancia. Diamantes... Zafiros... Aunque las esmeraldas también son hermosas».

«¿Vamos?», dijo Alexandria, señalando el salón.

«Me enteré de lo de la otra cena de esta noche», manifestó Diana con picardía, mientras caminaban. «¿Tienen una guerra entre las dos?».

Alexandria se rió.

«Por supuesto que no». Se detuvo y volteó hacia la señorita Fletcher. «El malentendido fue culpa mía, en realidad. Mi invitación para ella se perdió accidentalmente en el escritorio de mi madre. Nunca debí haberle dejado el asunto en sus manos. Lo siguiente que supe fue que alguien se había apresurado a decirme lo ofendida que estaba Meredith, y que iba a organizar una cena, esa misma noche, como represalia. Me sentí terrible, pero, ¿qué iba a hacer en ese momento? Especialmente, teniendo en cuenta que esta noche es para ayudar a que mi hermana vuelva a la sociedad, después de su larga ausencia».

Diana Fletcher murmuró que comprendía, pero mantuvo una expresión algo divertida en su rostro. Alexandria realmente no se preocupaba mucho por ella, se dio cuenta. Entraron en el salón. Los invitados tenían aperitivos en la mano y había una sensación de tranquilidad. Eugenia Lee e Irena estaban hablando cerca de la ventana, Carlton Crowther, Neil Buxton, Dabney Adams y otro hombre, que no conocía, estaban en el centro del salón. Jane había invitado a Dabney Adams, seguramente, lo conocía. Esta fue una agradable sorpresa.

Carlton se dio cuenta de esto. Sonrió e inclinó la cabeza, pero mantuvo la mirada fija en Jane. Ella asintió en respuesta.

«¡Qué tonta he sido! Carlton o Jonathan, cualquiera será un partido perfecto. ¿De qué tengo que quejarme? Templeton Rudley puede irse al carajo o irse con Meredith Hill. O ambos pueden desaparecer. Sí. Preferiblemente, ambos», reflexionó Alexandria.

Jane y su amiga Charlotte Richards conversaban al otro lado del salón. La señorita Fletcher se inclinó hacia Eugenia e Irena, y Alexandria la siguió, preguntándose a dónde había ido Jonathan.

«Jane luce maravillosa», comentó Irena, cuando llegaron hasta ellas.

Alexandria sonrió con rigidez y giró para ver si Jonathan las había seguido, pero no lo había hecho. Miró a Carlton Crowther y volvió a verle los ojos. No había forma de perderse el brillo interesado que él tenía en ella.

«Él quiere comer directamente de mi palma».

«Me gusta ese color», le dijo Eugenia. «Es curioso que ya no se use tanto».

Diana se rió entre dientes.

Irena se sonrojó y frunció el ceño.

«La señorita Walston tiene un vestido de ese color y es hermoso. Me gusta mucho».

Alexandria miró su vestido.

«Gracias. A mí también me gusta mucho».

«Ha empezado a nevar de nuevo, así es», dijo Irena. «Es tan perfecto, ¿no?».

Solo Irena podría ponerse tonta con la nieve. Además, había pronunciado al menos dos sonidos con «es», que debería evitar. Irena era una chica dulce, pero Alexandria la había superado hacía años.

«Sí», dijo Eugenia. «Es perfecto para todas las fiestas, que se están celebrando», añadió con un brillo travieso en los ojos.

«Voy a hablar un rato con Jane», dijo Irena. «¿Me disculpan?».

Nadie se opuso.

«Me gustaría que Irena evitara decir palabras con «es», por esa pronunciación suya...», dijo Alexandria, en voz baja, cuando ella se fue.

A Diana Fletcher le gustó eso.

«¿Dónde está Therese esta noche?», le preguntó Eugenia a Diana.

«No tengo ni idea. Probablemente, en la otra cena. Hace semanas que no la veo». Se detuvo. «A veces, hasta las mejores amigas se distancian», añadió con un dejo de amargura.

«Sí», convino Alexandria. «Es cierto».

Las bandejas circulaban. Alexandria y Diana cogieron copas de jerez. Alexandria se dio cuenta que una pareja entraba en el salón: Nigel Walston y su bonita esposa americana. Detrás de ellos venía Jonathan. Dio la vuelta y se preguntó cuál sería la reacción de Diana Fletcher al ver a la americana. Hubo una reacción decepcionantemente suave, un ceño fruncido de desagrado.

«El honorable señor Walston», dijo Eugenia. «Y su encantadora esposa, que tiene los ojos de dos colores diferentes».

«Es una cuestión de distintos matices», se burló Diana. «¿Por qué todo el mundo arma tanto alboroto al respecto?».

«Uno es azul y el otro es verde», afirmó Eugenia. «Nunca he conocido a nadie que tenga los ojos de dos colores diferentes».

«¿La conoces bien?», le preguntó Diana con frialdad a Eugenia.

«En absoluto, en realidad. ¿Y tú?».

«Tan bien como quiero», replicó Diana.

Así estuvo mejor. Alexandria apenas pudo contener una sonrisa.

«¿Qué piensan sobre la próxima temporada?», les preguntó a ambas damas.

«Estoy deseando ver los vestidos de la señorita Baldwin», respondió Eugenia y miró a Diana. «He oído que gastaron veinte mil libras en ellos. Todos fueron confeccionados en París».

«Supongo que no», respondió Diana encogiéndose de hombros. «Si eres la hija de Midas. A ellos les encanta exhibir su riqueza, como hacen los comerciantes». Bebió un sorbo de jerez. «¿Han oído algo sobre Genevieve Ellis? Cancelaron su presentación el año pasado, lo cual fue muy misterioso».

«Ella estaba enferma, en ese momento», respondió Eugenia. «Pero ya se ha recuperado. La vi en el Cotillón y está perfectamente bien. La van a echar de menos este año».

Mientras Alexandria escuchaba con desgano a Eugenia y Diana, intercambiando chismes, notó que su madre caminaba por el salón, luciendo satisfecha de sí misma.

«¿El señor Stewart está cortejando a tu hermana?», preguntó Eugenia.

Alexandria la miró.

«No», se burló. «A él le gustaría cortejarme. Llegó temprano esta noche para decírmelo».

Diana observó en la dirección en la Eugenia veía, y Alexandria también miró. Su sonrisa divertida se desvaneció, y se le heló la sangre al ver a Jane con Charlotte, Irena, los Walston, Jonathan y otro hombre que debía ser el hermano gemelo de Jonathan. Se le hizo un nudo en la garganta. «¿Hermano gemelo?». ¿La habían engañado por completo?

«¿Estás bien?», preguntó Diana al notar su expresión afligida.

Alexandria volteó hacia ellas, un poco mareada.

«Por supuesto». Bebió un sorbo para ganar un poco de tiempo, consciente que Eugenia y

Diana la observaban con avidez, esperando cualquier signo de debilidad del que pudieran charlar en la próxima oportunidad. «No sabía que Jonathan tenía un hermano».

«¿Quién parece estar cortejando a tu hermana?», dijo Diana, saboreando el momento.

«Joel es el primogénito, ¿sabes?», confirmó Eugenia.

Alexandria no podía respirar.

«Hace poco lo nombraron marqués», continuó parlotando Eugenia, «por medio de algún pariente lejano. Pero él y su hermano son tan cercanos que le pasó el título de barón. ¿No es dulce? No tenía por qué hacerlo».

«Es evidente que no he llegado a conocer muy bien a Lord Stewart», respondió Alexandria. «Es encantador...».

«Y guapo», dijo Eugenia, mirándolo.

«Y él quiere cortejarme, desesperadamente», continuó Alexandria, «pero él no es más que un barón», añadió con tristeza.

Diana sonrió con sorna.

«Ni siquiera era eso, antes de la generosidad de su hermano», intervino. «O por su estupidez. Como quiera que se lo mire».

Hubo un momento de silencio, antes que Alexandria continuara:

«Una chica tiene que tener estándares, pero no siempre es fácil desanimar a un caballero que no está a la altura. Especialmente cuando es guapo y encantador. ¿O alguna de ustedes ha experimentado esa situación?». La pregunta fue lo suficientemente mordaz como para desconcertar a las demás por un momento, antes de que ambas respondieran afirmativamente, algo ofendidas.

«¿Me disculpan?», dijo Alexandria, en tono de arrepentimiento. «Debería mezclarme con los demás invitados». Se fue sin poder apartar la mirada del gemelo de Jonathan, Joel Stewart, el verdadero Lord Larrowford, quien estaba atento a cada palabra de su hermana. ¿Cómo diablos había logrado Jane robárselo, cuando apenas había salido de la casa? Era como si le hubieran jugado una broma cruel.

Alexandria captó por accidente la mirada de Jonathan y se detuvo en seco. Al instante, ella se dio cuenta, que él sabía que ella ahora sabía, lo que no sabía antes. Había hablado con sinceridad en el salón. Nunca sería más que un barón. También sabía que ella había creído lo contrario hasta hacía menos de cinco minutos. Él asintió con la cabeza y ella necesitó de todo su dominio de sí misma para mantener una expresión neutral, y asentir de vuelta, antes de seguir caminando. ¿Por qué todo estaba yendo tan terriblemente mal para ella? ¡Esto no era justo!

~~~

Los invitados finalmente comenzaron a marcharse, a las diez y media.

«¡Menos mal!». Parecía que la velada nunca terminaría. Alexandria tenía el cuello y los hombros entumecidos por la tensión, y le dolía el rostro por las sonrisas, que había forzado a esbozar. El único aspecto positivo de toda esa terrible noche era que la fiesta sería reportada como un éxito. Todos, excepto ella, parecían haberlo pasado de maravilla.

Después de la cena, se habían divertido con juegos tontos y ridículos: charadas y Buffy Gruffy. Habían bebido brandy y oporto, y las risas inundaron el salón. ¡Esto fue una tortura para ella! Alexandria no había querido mirar a Jonathan, pero no tuvo otra opción, cuando le llegó el turno. Le resultó irritante que él no pareciera angustiado por su rechazo. Era como si ya se hubiera olvidado de su encaprichamiento con ella.

Alexandria regresó al salón, después de despedir a los últimos invitados, salvo a Jane y

Charlotte, que seguían charlando como urracas. Alexandria fue directamente al aparador, se sirvió una copa de oporto y se la bebió de un trago. Volvió a llenar la copa. Se la bebió de un trago, y volvió a servirse el vaso. Empezó a caminar de un lado a otro, ardiendo de furia.

Cuando Jane entró en el salón con una sonrisa de satisfacción somnolienta, Alexandria se detuvo.

«Debes estar muy feliz contigo misma», susurró.

Jane parecía confundida.

«Pensé que fue una velada maravillosa», replicó con incertidumbre. «Creo que todos se divirtieron».

«No todo el mundo», respondió Alexandria con dureza.

Jane levantó las manos.

«¿Qué es lo que...?».

Alexandria gritó:

«¡Lo arruinaste todo!».

Jane dejó de sonreír.

«¿Qué lo arruiné todo?», pronunció, cuando recuperó el juicio. «Traté de ayudar».

«¿Qué diablos...?», preguntó Lady Carrick, mientras entraba en el salón.

«Se suponía que esta era mi temporada», declaró Alexandria, al avanzar hacia Jane. «¿Por qué tuviste que volver a entrar a la fuerza, ahora? Te diré por qué. ¡Celos! Estás celosa de mí... ¿Dijiste que yo estaba celosa de ti? Es al revés. Siempre ha sido al revés. Soy más bonita y...».

Jane levantó una mano para detenerla.

«Alexandria», dijo con calma.

«¡No me mires así! ¡No te atrevas a burlarte de mí!».

«Deja de decir tonterías», le advirtió su madre. «Deja de hacerlas, ahora mismo».

Lord Carrick entró detrás de ella.

«¿Qué está pasando aquí?».

«Tú». Alexandria volteó hacia su padre para acusarlo. «Dijiste que Lord Stewart sería el marqués de Larrowford».

Jane miró a su hermana, luego a su padre y después a su hermana.

«¿Y esto qué tiene que ver con todo esto?».

«¡Me lo robaste!».

Jane soltó una carcajada.

«¿Yo qué?».

Alexandria apretó con más fuerza su vaso.

«Contrólate», le advirtió fríamente el padre a su hija menor.

«Me voy a la cama», dijo Jane. «Ya he tenido suficiente de esto».

Lord Carrick miró a su esposa con el ceño fruncido.

«Es culpa tuya, ¿lo sabes?».

Ella jadeó.

«¡Mi culpa!».

«Te advertí durante años que la estabas malcriando sin remedio. Ahora mírala. ¡Es una vergüenza!».

El vaso que Alexandria tenía en la mano se quebró por la presión que ejercía sobre él. Lanzó un grito interior y se lo arrojó a Jane con todas sus fuerzas. Jane intentó esquivarlo, pero le dio en la mejilla, gritó y se llevó las manos a la cara. Lady Carrick también gritó por la sorpresa. Jane apartó la mano y todos vieron la sangre.

Alexandria estaba tan aturdida, como todos los demás. Se sentía enferma. De pronto, Lord Carrick se puso al lado de Jane con su pañuelo. «Sujétalo con firmeza». Miró a su esposa. «Consigue un cuenco de nieve», le ordenó. Ella dio la vuelta y salió corriendo con aspecto vacilante. Él descargó toda su furia sobre Alexandria.

«¡Sal de mi vista, antes que te golpee como lo mereces!».

Alexandria dio un paso atrás y se fue tan rápido como sus piernas debilitadas se lo permitieron. Temblaba por todas partes. No había sido su intención hacerlo. No exactamente. Había querido golpear la pared. Eso era todo. Solo había querido golpear la pared, razonó de esa manera.

~~~~~

Un cuarto de hora después, Jane estaba sentada con sus padres en la habitación. La hemorragia se había detenido rápidamente, pero le dolía la mejilla, donde había recibido el golpe del cristal. Cómo debían estar chismorreando los sirvientes ahora. No podía culparlos.

«Te dolerá», dijo su padre con tristeza.

Su vestido también estaba arruinado. Había sangre en el corpiño, que probablemente nunca saldría.

«¿Qué fue eso?», preguntó Jane cansada. El ataque la había dejado exhausta.

Su madre sacudió la cabeza, perpleja.

«Creo que todo salió muy bien esta noche».

«¿Qué fue eso de Joel?». Miró a su padre esperando la respuesta.

Él sacudió la cabeza, confundido.

«¿Joel?».

«Joel Stewart. ¿Era Lord Stewart antes de convertirse en Larrowford?».

«¡Ah! Ese».

«Sí. Ese».

Él suspiró.

«Me pidieron que hiciera una lista de posibles pretendientes para tu hermana, y así lo hice. Alguien mencionó a Lord Stewart, no sabía su nombre de pila. Me dijeron que solo era barón, pero que recientemente fue nombrado marqués, lo que lo elevaba en la lista». Hizo una pausa. «Tu hermana debe haber puesto sus ojos en él».

«Ella ni siquiera lo conoce».

Su padre negó con la cabeza.

«Ella cree que todo lo que tiene que hacer es decidir a qué hombre quiere, y él caerá rendido a sus pies». Miró a su esposa con dureza.

«¡Deja de culparme!», espetó Lady Carrick.

Jane sintió que el resentimiento florecía en su pecho.

«La has malcriado y la has animado», el padre le dijo a la madre, quien levantó la barbilla.

«¿Lo he hecho? Dime qué he hecho por ella, que no haya hecho por ti». Se detuvo. «Menciona una cosa».

Eso desconcertó a Jane. Había vivido una vida diferente a la de Alexandria, pero nunca había necesitado la atención de su madre ni nada material.

«Lo siento». Finalmente, él se apiadó.

La madre sacudió la cabeza, mientras las lágrimas se agolpaban en sus ojos. Tomó la mano de Jane.

«No, lo siento».

«Todos lo sentimos», dijo Lord Carrick con ironía. Se levantó y fue a servirse un whisky.
«¿Alguna de ustedes quiere uno?»

«Sí», respondió malhumorada Lady Carrick.

«Sí», dijo Jane.

Él sirvió y llevó tres vasos en sus manos.

Jane tomó uno.

«Gracias».

Lady Carrick agarró otro vaso.

«Gracias», dijo con frialdad.

Él se inclinó y le besó la mejilla.

«Te lo advertí», expresó con dulzura.

Ella le dirigió una mirada arrepentida.

«Así lo hiciste. Y te patearé los dedos de los pies, si me lo vuelves a recordar».

Rápidamente, él regresó a su asiento con una sonrisa burlona.

«Cuéntanos sobre Larrowford», le dijo a Jane. «¿Cómo surgió vuestra amistad?».

Se reclinó con un suspiro y comenzó a relatar sus primeros encuentros. Sus padres eran un público cautivado y ella encontraba agradable contárselos. ¿Por qué no habían hablado más de esta manera, a lo largo de los años?

~~~

Más tarde, cuando Jane estaba vestida para ir a dormir, se miró en el espejo de tocador el corte en la mejilla y el moretón, que ya se estaba formando. ¡Qué noche tan extraña había pasado! La misma fue una delicia hasta la inesperada diatriba de Alexandria. Y luego terminó de forma agradable con sus padres. Se fue a la cama, preguntándose cómo seguirían adelante, a partir de ahí.

## Capítulo veintitrés

A la mañana siguiente, Jane solo quería escaparse. Lo había pensado, preparándose para el día, pero el moretón, que lucía en su cara, parecía terrible y tenía un dolor de cabeza, que hacía juego con su mala apariencia. No quería que la vieran y no quería ver y mucho menos oír de su hermana. Su casa era grande, pero de repente se sintió, como si estuviera en una prisión.

«Manoria».

La idea de una larga visita a Manoria fue el bálsamo que calmó su agitación. Se preocupó por un momento porque: ¿qué clase de dama se invitaba a la casa de campo de un caballero? Obviamente, la misma clase que lo perseguía, en un carruaje, hasta su casa y luego entraba sin escolta y se quedaba durante dos horas. Ella era una mujer que definitivamente no era una debutante, conocía su propia mente y corazón, y actuaba en consecuencia.

Se sintió mejor por tener un plan de acción, aunque fuera precipitado. Llamó para pedir el desayuno, y luego fue a escribirle una nota para que se la entregaran personalmente a Joel. Por un momento, no supo cómo empezar, pero cuando Rebecca le trajo la bandeja del desayuno, la breve nota ya estaba terminada.

«Querido Joel,

*Después que los invitados se fueron anoche, hubo un giro desagradable de los acontecimientos, cuando mi hermana, furiosa por las malas acciones imaginarias, me atacó. Ahora me encuentro en busca de un respiro. No te pido que dejes todo y nos lleves a Manoria, pero, ¿puedo llevar a Arthur allí para que se quede?*

*Atentamente,*

*Jane».*

Dobló y selló el pergamino. Anotó el nombre y la dirección de Joel en el exterior. Mientras Rebecca preparaba la mesita de la esquina, Jane se levantó de su escritorio.

«Tengo un favor que pedirte».

Rebecca volteó hacia ella y se quedó sin aliento al ver su rostro. Había estado oculto a la vista, mientras estaba sentada en su escritorio.

«¡Oh!». Las lágrimas llenaron los ojos de la chica.

«Estoy bien», le aseguró Jane. «Parece peor de lo que es».

«Sabía que hubo un altercado. Todos lo sabíamos. Pero...».

«Me curaré».

«¿Qué diablos le pasó?», preguntó Rebecca, en un susurro.

No le correspondía a la criada preguntar y Jane no tenía intención de dar esa sórdida respuesta. En cambio, se encogió de hombros.

«¡Tonterías! Necesito ese favor».

«Lo que sea, milady», prometió Rebecca.

«Necesito que la entreguen». Le dio la nota. «Tal vez Remy lo haga, si no está ocupado».

«No lo está. Se encuentra sentado en la cocina, tomando al menos una tercera taza de té, y coqueteando con cualquiera que pase por allí... para diversión del amo Arthur».

Jane podía imaginárselo fácilmente. Desde la partida de la señorita Starr, Arthur había empezado a desayunar y a hacer sus tareas matinales, practicando las letras y los números, en la cocina, bajo la atenta mirada del personal.

«Quizás mi padre necesita a Remy...».

Rebecca negó con la cabeza.

«Se quedará en casa esta mañana. Dijo que tenía cartas que escribir».

Era extraordinario lo mucho que los sirvientes sabían de todo y de todos, en la casa, en cualquier momento.

«Bueno, entonces, pregúntele a Remy por mí».

Rebecca asintió.

«Sí, milady».

«Preferiría que esperara una respuesta, si la hay».

«Se lo diré». Rebecca empezó a irse, pero dudó. «¿Tiene algo para el dolor?».

«Tomé un poco de láudano, antes de acostarme, pero no quiero convertirlo en un hábito».

Rebecca asintió sabiamente.

«Lo mejor es dejar eso para antes de acostarse, y tomar un poco de polvo de corteza de sauce durante el día. Le traeré un poco».

«Gracias».

Rebecca hizo una reverencia y se fue.

~~~

En una obra de teatro, podría haber sido divertido que Jane estuviera rondando por su propia casa, impidiendo que la vieran, pero, ¿evitando especialmente a su hermana? A menos que estuviera equivocada, Alexandria estaría haciendo lo mismo. Ella no querría enfrentarse a lo que había hecho.

Normalmente, Arthur ya habría ido a buscarla, pero los sirvientes debían de haberlo tenido ocupado, así que aprovechó el tiempo para pensar en lo que llevaría a Manoria. No tenía ninguna duda que Joel no solo permitiría la visita, sino que estaría encantado con ella.

Jane miró hacia la puerta, después de oír un ligero golpe.

«¡Pase!», gritó.

Rebecca entró, hizo una reverencia, y luego se apresuró a acercarse con una misiva en la mano.

Jane la abrió de inmediato y sintió un gran alivio.

«¿Remy haría un viaje más?».

«Por supuesto que lo hará. Creo que lo está disfrutando. Actúa como si fuera un espía».

Jane sonrió. Estaba a punto de decir que los dos eran así, pero, pensándolo bien, no quería que Alexandria supiera dónde estaba.

«No importa. Será mejor que demos un paseo, cuando estemos listos».

«Entonces, ¿ahora no necesitará regresar?»., aclaró Rebecca.

«Correcto. No hasta que estemos listos».

«¿Almorzará abajo?».

«Creo que lo haré. Debería hablar con mis padres. Prepara también un lugar para Arthur».

«Por supuesto, milady».

«Y necesitaremos que empaquen cosas para pasar unas semanas en el campo. No necesitare mis mejores vestidos». Pensó por un momento. «O tal vez uno o dos».

«Enviaré tres. Quizás cuatro».

Jane sonrió.

«¿Dónde está Arthur?».

«Está en la cocina, preparando un plato especial para sus tropas. La comida es invisible, por supuesto, pero tiene cuencos y cucharas, y todos hemos probado un poco».

«Gracias por eso», respondió Jane con calidez. «¿Lo enviará, una vez que las tropas estén alimentadas?».

«Sí, milady, pero solo después de haberlos alimentado. Se ponen terriblemente irritables, cuando tienen hambre».

Ella se rió entre dientes.

«Lo entiendo».

Rebecca se fue y Jane devoró de nuevo la nota de Joel. Él estaba tan emocionado, como ella esperaba, y se iba con ellos.

«Dime la hora y estaré allí para buscarte a ti y a Arthur».

Ella suspiró feliz.

«¿Qué te pasó?», preguntó Arthur con el ceño fruncido por la ansiedad, mientras miraba la mejilla de su madre.

«Un accidente tonto», respondió ella con ligereza. «Parece terrible, ¿no?».

Él asintió solemnemente.

«Eso demuestra que hay que tener cuidado por dónde se camina», dijo Jane con tristeza. «Especialmente, cuando llevas un vaso roto. ¿Lo puedes creer? No vi agua que se había derramado en el suelo y me resbalé. Me caí y un trozo de vidrio voló hacia mí».

«¿Duele?».

«Un poquito, pero no es terrible. Ahora tengo algo divertido que contarte».

«¿Qué?».

«Vamos a hacer un viaje al campo».

Arthur se iluminó.

«¿Nosotros?».

«Sí, después del almuerzo. ¿Te gustaría comer con nosotros en el comedor?».

Él asintió con entusiasmo.

Ella le tendió la mano.

«Vamos, tengo hambre».

«Estaba cocinando», dijo Arthur, mientras salían del salón tomados de la mano.

«¿Qué estabas cocinando?».

«Sopa y pastel».

«Espero que no hayas comido mucho. No tendrás apetito para el almuerzo».

«Fue para mis soldados».

«Ah, ya veo. ¿Les gustó?».

Él asintió.

«¿Creen que eres un buen cocinero?».

Él asintió de nuevo.

«Mejor que la señora Croft».

«No le permitiría que me oyera decir eso», dijo él en tono juguetón. «Nunca hay que hacer infeliz a la cocinera... Remy lo dijo».

Ella se rió entre dientes.

«¿Lo hizo?».

Estaba alegre, cuando entraron al comedor. El polvo de corteza de sauce había

mitigado su incomodidad, y Arthur y ella se irían pronto. Sus padres ya estaban sentados. Sus miradas se dirigieron a su herida. Intentaron amortiguar una reacción, pero Jane la vio de todos modos.

«Hola, nieto», dijo su padre.

«Hola», respondió Arthur.

Jane hizo que Arthur se sentara y luego se sentó ella misma. Alexandria aún no se había unido a ellos, y Jane esperaba que fuera así, especialmente cuando escuchara sus voces.

«Nos vamos esta tarde a pasar una estancia en el campo», dijo amablemente.

«¿Dónde?», preguntó su madre con dureza. «¿Con quién?».

Jane cogió su copa de vino y bebió un sorbo, antes de responder.

«No sé quiénes estarán allí», dijo con evasivas. «Es una fiesta en una casa cerca de un pequeño pueblo, en las afueras de Gloucester».

«¿Con este tiempo?», exclamó su madre.

«¿De quién es esta casa?», preguntó su padre, casi en broma.

«Pertenece a Lord Larrowford», admitió.

«¡Jane!», la regañó su madre.

Jane miró a su madre con ternura.

«No te pido permiso, mamá. Soy una mujer adulta y puedo tomar mis propias decisiones».

Lord Carrick cogió la campana y la hizo sonar para anunciar la comida.

«Así es», convino.

Su madre chasqueó la lengua, obviamente preocupada por las apariencias. Pero, ¿quién los vería? ¿Quién lo sabría?

«No puedo dejar que me vean así por un tiempo», agregó Jane para apaciguar a su madre. «Disfrutaremos un tiempo en el campo. Caminaremos y montaremos a caballo», le dijo a Arthur, quien sonrió emocionado. «Veremos ovejas».

«¿Puedo acariciarlas?», preguntó.

«Estoy segura que puedes», respondió ella.

En lugar de la carne fría, el pan y el queso, que solían tomar para el almuerzo, sirvieron una sopa cremosa con carne y verduras.

«Tuvimos un poco de ayuda extra en la cocina esta mañana», le dijo una de las criadas a Arthur con una sonrisa.

«¿Serías tú, jovencito?», preguntó su abuelo.

«Sí, lord».

Lord Carrick probó la sopa y asintió con la cabeza hacia Arthur.

«Preparas una sopa buenísima, Arthur».

Jane miró a su padre.

«¿Cuidarás las plantas, mientras estoy fuera?».

«¿Yo?».

«Por favor».

«¿Por qué yo? Que lo haga una de las criadas».

«Estás afuera de casa, casi todos los días», razonó Jane. «Mandaste a construir el invernadero».

«Porque insististe mucho en ese asunto».

«Necesitan un poco de agua cada ciertos días. Eso es todo. Tengo la sensación que podría gustarte».

«No puedo imaginarme por qué piensas eso. ¿Cómo puedo saber cuánto darles?».

Ella sonrió.

«Lo sabrás. Te lo harán saber».

Él frunció el ceño y tomó aire para decir algo, pero Alexandria entró en ese momento y se contuvo. La tensión en el comedor aumentó al instante. Jane mantuvo la mirada fija en su comida. Alexandria se sentó frente a ella y Jane podía sentir las miradas furtivas de su hermana. Aún así, nadie dijo nada. La criada entró y sirvió un tazón de sopa para Alexandria de la sopera. Le ofrecieron la canasta de pan y Alexandria tomó un trozo. La criada se fue.

Jane terminó su sopa sin apresurarse, a pesar de sus ganas de hacerlo. Cuando hubo bebido suficiente, miró a Arthur.

«Voy a encargarme de preparar el equipaje. Termina tu comida y luego ven a buscarme».

«Sí, mamá».

Ella se levantó y salió del salón, incómodamente silenciosa.

~~~

«¿Vas a ir a algún lado?», le preguntó Alexandria a Arthur, cuando Jane se fue. Con el rabillo del ojo, ella vio el ceño fruncido de su madre.

Arthur asintió.

«Vamos al campo».

«¿Ah, sí? ¿No será divertido?», preguntó con ligereza.

«Vamos a montar a caballo». Miró a su abuelo. «¿Tú montas a caballo, abuelo?».

«Ya no mucho», respondió Lord Carrick. «Claro que sí. Antes sí».

Arthur asintió pensativamente.

«Pero, ¿luego te hiciste viejo?».

Lord Carrick se rió.

«Así es. Luego me hice viejo».

Lady Carrick también se regocijó con esta diversión.

«¡Qué dulce!», pensó Alexandria con amargura. «No es habitual que almuerces aquí», le dijo a su sobrino.

«Para nosotros tampoco es habitual ir al campo», respondió alegremente, lo que volvió a hacer gracia a sus abuelos.

«Él debería venir a comer con nosotros más a menudo», le dijo Lord Carrick a su esposa.

Ella asintió.

«Estoy de acuerdo».

«¿A qué lugar vas exactamente?», le preguntó Alexandria al muchacho.

La pregunta le valió una mirada decididamente sombría de sus padres.

«¿Qué? Solo estaba conversando», dijo ella a la defensiva. «¿Es un secreto?».

«No», respondió su padre. «Pero, esto no es asunto tuyo».

La animosidad apenas disimulada en su rostro la puso nerviosa.

«Tal vez preferirías que no me hubiera unido a ustedes. Que me encerrara en mi habitación». El silencio que siguió fue increíblemente insultante. «Lamento lo que pasó», espetó.

«Arthur», le dijo Lady Carrick a su nieto, que observaba a su tía con recelo. «¿Has terminado, cariño?».

«Sí, abuela».

«Entonces, puedes ser excusado».

Él se levantó y se fue.

«Si me disculpas», le dijo ella a su marido.

Él asintió.

Alexandria resopló.

«¿Ahora me van a ignorar? Dije que lo sentía y lo siento. Nunca quise golpearla».

Su madre la miró con cara de pocos amigos y salió con la mandíbula apretada.

Alexandria observó a su padre.

«¡No lo hice! Lo juro. Mi intención era darme de bruces contra la pared. Si supiera qué hacer para compensar a todos, lo haría».

«Es una pena, Alexandria», dijo él, en voz baja. «Pero no creo ni una sola palabra de lo que dices». Cogió la campana y la hizo sonar. Ladeó la cabeza. «¿Terminaste de comer o quieres que te lo lleven a la habitación?».

Ella resopló, se apartó y se fue. Sabía perfectamente cuándo no la querían.

~~~

Una hora después, cuando vio que sacaban un baúl, Alexandria supo que ya no podía evitarlo. Tenía que disculparse con Jane, o sus padres nunca dejarían de guardarle rencor.

La puerta del dormitorio de Jane estaba abierta. Alexandria se acercó sigilosamente y la vio empacando una bolsa acolchada.

«Jane», comenzó. «No quise golpearte».

Jane soltó una pequeña risa sin humor y la miró con incredulidad.

«Quería arrojar el vaso contra la pared».

Jane volvió a hacer sus maletas.

«¡Lo juro! Pero fue un comportamiento atroz del que me arrepiento. Me avergüenzo», añadió con voz entrecortada.

«Cierra la puerta por favor».

Alexandria dudó.

«¿Quieres que entre y la cierre?».

«No, ¡no quiero que entres!», espetó Jane.

«¿A dónde vas?».

«Lejos».

«¿Cuándo volverás?».

«Más tarde. No lo sé». Miró a Alexandria. «O quizás cambie de idea y me quede en casa. Saldré en público aquí. Podemos ir juntas si quieres. Creo que podemos explicar esto bastante bien», dijo, señalando su rostro. «Tuviste una rabieta y me arrojaste un vaso. No, me equivoqué. Lo arrojaste contra la pared, pero justo me golpeó».

«Di-ije que lo sen-sen-tía», expresó Alexandria, entrecortadamente.

«Ya te escuché. Ahora, cierra la puerta, por favor».

«Nuestros padres ni siquiera me mirarán. No es que espere que a ti te importe».

«Bien. Porque no lo sé».

«¿Por qué todos me odian?»., gritó.

«¡Sal de aquí!»., Jane se dirigió hacia ella, furiosa, lo que hizo que Alexandria diera un paso atrás. Jane le cerró la puerta en las narices. «¡Y quédate afuera!».

Capítulo veinticuatro

Jane se apresuró hacia el carruaje con la mano de Arthur en la suya. El viento helado le picaba la cara y le hacía doler la mejilla. Subieron al interior. Había nevado y ahora caía aguanieve. ¿Por qué diablos consideró la locura de viajar?

La razón era obvia. Su desesperación por huir de la casa la había vuelto tonta. Incluso ahora, no podía encontrar las palabras para detener su huida. Más que nada, quería estar con Joel.

Llegaron a la casa de los Stewart y rápidamente fueron recibidos y escoltados por Jonathan, Joel, un lacayo y la señora Parker. Remy ayudó con el equipaje. Una vez adentro, Jane volteó hacia el chofer.

«Usted es un buen amigo, Remy».

Se inclinó con gracia.

«Estoy feliz de serlo, milady».

Joel estrechó la mano de Remy, transfiriéndole una guinea como agradecimiento.

Remy se fue, y la señora Parker se inclinó hacia Arthur.

«¿Le apetece una taza de chocolate, jovencito?».

«Sí, señora».

Ella sonrió y se enderezó.

«Yo también lo haría. Soy la señora Parker. Cuido de esta casa y de todos los que están en ella». Le ofreció una mano, él la sujetó y se lo llevaron.

Cuando le quitaron el abrigo y el sombrero a Jane, solo Joel, Jonathan y ella permanecieron en el pequeño vestíbulo de entrada.

«Te dejo en un momento», dijo Jonathan.

«No es necesario», intervino Jane.

«¿Qué pasó?», le preguntó Jonathan, suavemente.

«Un arrebato y un vaso arrojado».

Él sacudió la cabeza.

«¡Cielos!».

«Vamos al salón», instó Joel. «Me temo que esta tarde no es para viajar», añadió en tono de disculpa.

«Lo sé», dijo ella. «Se me ocurrió en cuanto salí. Debería haberme dado cuenta antes. Me siento tonta».

Los dos hombres protestaron a la vez. Joel la tomó del brazo y la guió hacia adelante.

«Vamos», le dijo por encima del hombro a su hermano, que había dudado. «Sé que quieres oír esto».

«Es cierto», dijo Jonathan, mientras lo seguía. «Aunque para eso sirven las escuchas clandestinas».

«Está bien, ¿como Lakely?», bromeó Joel.

«Nunca pretendí ser tan bueno como ella».

En el salón, Jane estaba sentada en la misma silla, que había ocupado antes.

Joel se sentó a su lado.

«¿Qué podemos ofrecerte para beber? ¿Té? ¿Chocolate? ¿Algo más fuerte?».

Jonathan se dirigió directamente al aparador, donde se exhibían impresionantes decantadores de cristal llenos de licor.

«Voy a tomar brandy», anunció.

Una joven sirvienta entró, esperando una orden.

«Un chocolate estaría delicioso», le dijo Jane a la criada, quien sonrió y salió corriendo.

«Que sean dos, ¡Ginny!», gritó Joel.

Ginny volvió a aparecer por la puerta, un poco avergonzada y haciendo una reverencia.

Él sonrió.

«Está bien», le aseguró a la chica. «No se preocupe».

Ella se apresuró a irse, sonrojándose intensamente.

«Es nueva», dijo Joel en voz baja. «La sobrina de Parker».

Ella asintió.

«¿Puedo tomar brandy también?».

«Ya viene», expresó Jonathan.

«Que sean dos», le dijo Joel.

Jonathan llevó las copas y todos se acomodaron. El brandy era, de hecho, un licor magnífico. Jane sintió que le calentaba la garganta y el estómago. A la luz del fuego y de la lámpara con el aguanieve golpeando la ventana, sintió que los nudos internos empezaban a aflojarse. Estar allí se sentía como en un puerto seguro. Relató lo que había sucedido. Cuando terminó, Joel dejó escapar un suspiro contenido, y sacudió lentamente la cabeza en señal de agravio.

«¡Maldita sea!», murmuró Jonathan. «Sabía que ella se sentía confundida y acusada, cuando nos vio a ti y a mí juntos», le dijo a Joel.

Joel asintió.

«Lo dijiste anoche».

Jonathan miró a Jane.

«Sospeché que ella había tenido una idea errónea. No fue la primera en pensar que me habían nombrado marqués. Intenté aclarar las cosas, esa misma noche».

«Cuando nosotros estábamos arriba con Arthur», dijo Joel.

Ella asintió. Joel le explicó, en ese momento, que Jonathan estaba hablando con Alexandria. A ella le pareció extraño, pero luego se dejó llevar por Joel, Arthur y el regalo de cumpleaños. Joel se quedó para seguir jugando con Arthur, un rato, así que ella regresó sola. Para entonces, Charlotte había llegado y la fiesta estaba en marcha.

Jonathan se encogió de hombros.

«Le dije que nunca sería otra cosa que un barón. Ella fingió ser completamente inocente, y dijo que lo único que importaba era el hombre, no la posición social».

Jane se rió entre dientes.

«¿Lo hizo?».

Él asintió.

«Me quedé desconcertado por un momento, hasta que ella mencionó que la cena había sido concebida para ti».

«Es mi beneficio», repitió Jane con ironía. «Ya veo».

«Yo conocía la verdadera historia, así que no me engañaron».

Jane sacudió la cabeza, desconcertada.

«Esas maquinaciones deben ser agotadoras. Todas las intrigas y conspiraciones. No tiene sentido. Con su belleza y posición, todo lo que tenía que hacer era...». Las palabras le fallaron. ¿Qué? ¿Ser una mejor persona? Ni siquiera eso. Podría simplemente haber seguido el torbellino de la sociedad, y haber hecho que los caballeros hicieran fila para tener la oportunidad de ganar

su mano.

Joel y Jonathan permanecieron visiblemente en silencio. Ginny trajo tazas de chocolate y se fue nuevamente.

«Te he puesto en una situación incómoda», se disculpó Jane con Joel. «Lo siento mucho».

«No te preocupes, por favor», dijo Joel. «Ya lo solucionaremos».

«Lo único en lo que pensaba era en mi necesidad de escapar».

Él sonrió con simpatía.

«Lo entiendo».

«Si me lo permites», dijo Jonathan, «¿por qué no te escapabas a casa de una amiga aquí, en la ciudad, hasta que las carreteras sean seguras para transitar?».

«Podría ir donde los Lloyd», sugirió.

«O», recomendó Joel, «podrías ir a algún lugar más cercano, donde me gustaría visitarte».

Jonathan asintió.

«Larkspur House».

«La casa de los Walston», explicó Joel.

«No puedo imponerme», replicó ella, preocupada.

Jonathan se puso de pie.

«No será necesario. Conozco a Lakely, ella insistirá. Iré a escribirles una nota». Salió del salón.

«Tiene razón», expresó Joel. «Pero podemos esconderte a ti y a Arthur de forma segura, durante una noche», terminó en un susurro y con una sonrisa tan infantil, que ella no pudo evitar reírse con él.

~~~

No resultó necesario que Joel y Jane pasaran la noche juntos. Antes que se levantaran de la mesa del comedor, después de la cena, Alice, Lakely y Ada entraron a buscar a Jane y Arthur. Las carreteras estaban empeorando, por lo que las mujeres ni siquiera se quitaron los abrigos.

Lakely hizo una mueca, mientras miraba a Jane.

«Eso se ve terrible. ¡Tu hermana es una desgraciada!».

Alice le lanzó a Lakely una mirada suplicante, antes de ofrecerle la mano y una sonrisa a Arthur.

«Ven conmigo, Arthur, y te pondremos el abrigo. Soy Alice. Tengo un sobrino de tu edad».

«¿Tú lo tienes?».

«Sí, pero está en los Estados Unidos. De hecho, tengo dos sobrinos y tres sobrinas. Los extraño».

«¿Cómo se llaman?», preguntó, mientras la acompañaba.

«Samuel, Stephen, él es el que tiene tu edad. Y luego están Annabel, Lola y la bebé Eliza».

Joel miró a Jane con ternura, mientras seguían a todos.

«Te veré mañana», dijo en voz baja.

Ella asintió.

La detuvo y le susurró:

«Me alegro que quisieras escapar conmigo». Y luego la besó en la mejilla.

En cuestión de minutos, Jane y Arthur se pusieron sus abrigos, mientras su equipaje era trasladado al carruaje de los Walston.

«La cena será mañana en nuestra casa», expresó Lakely, mientras se marchaba. Hizo una pausa y miró por encima del hombro. «Joel».

«¿Joel?», repitió Jonathan, después de un resoplido insultante.  
Lakely lo ignoró.  
«Joel, tú también puedes venir», dijo Ada con una sonrisa divertida, antes de seguirla.  
«¿Se trata del maldito rompecabezas?», preguntó Joel, en voz alta.  
«Buenas noches», los llamó Alice.  
«¡Te traeré otro rompecabezas!», le gritó Jonathan a Lakely, quien lo ignoró claramente.  
«¡Diablos! Te traeré diez de ellos».

~~~~

Cuando el carruaje se puso en movimiento, Lakely murmuró:
«Le diré qué hacer con sus rompecabezas».
«Me siento terrible por estar...», empezó Jane.
«No», la interrumpió Lakely. «Nada de eso. Tenemos muchísimo espacio».
Tanto Alice como Ada estuvieron de acuerdo.
«Y la habitación más perfecta para ti, Arthur», dijo Ada. «Tiene un caballo mecedor. Su nombre es Sampson».
Jane se sintió abrumada por la cordialidad con la que la recibieron. Había conocido a estas mujeres apenas una semana atrás, y ya se sentían como muy buenas amigas.

~~~~

La casa Larkspur era extraordinaria. A Jane le dieron la habitación, que estaba al lado de una lujosa guardería. A Arthur lo acostaron, en una de las camas con dosel, después de haber dado un paseo en Sampson, y de haberle prometido que podría volver a montar, al día siguiente, y jugar con todos los demás juguetes de los estantes. Había pelotas, muñecas, peonzas y libros. Había soldaditos de juguete pequeños y otros más grandes. Había carruajes de muñecas y caballos de madera tallados, en un establo. Este era el país de las maravillas de un niño.

Una vez que Arthur se quedó dormido, Jane acompañó a las demás, en el salón. A Nigel lo habían echado y Lord y Lady Merton se habían retirado a descansar, por lo que solo quedaron las cuatro damas.

«Un buen Burdeos», anunció Lakely, mientras servía el vino. «Cuéntanos toda la historia».  
«Solo si quieres», replicó Alice.  
«Se los diré con mucho gusto», respondió Jane, «aunque preferiría que esto no se supiera».  
«Tu hermana se lo merecería», comentó Lakely con ironía.  
«Avergonzaría a toda mi familia».  
«Es cierto», concedió Lakely. «Ninguna de nosotras dirá ni una palabra».  
«Estoy muy agradecida que todas ustedes hayan venido a rescatarme», confirmó Jane.  
«Pero no me aprovecharé de su hospitalidad. Regresaremos a casa tan pronto como mejore el clima. Ahora veo que mi necesidad de huir nubló mi juicio».  
«No tienes por qué tener prisa», dijo Ada. «Nos alegra que estés aquí».  
«Además», añadió Lakely, «no podemos dejarte marchar. Necesitamos cuatro para jugar al whist y Nigel hace trampas».  
Las demás se rieron y menearon la cabeza.  
«Él no hace trampas», afirmó Alice.  
«Estoy segura que no». Jane tomó un sorbo de vino, y luego procedió a contarles lo que había ocurrido.

«Noté que Alexandria no parecía feliz en la fiesta», comentó Alice. «Estaba ansiosa y preocupada, pero algunas personas lo están, cuando organizan una cena».

Jane reflexionó sobre ello.

«Lo confieso, estaba demasiado absorta en mi propia felicidad como para darme cuenta».

Ada sonrió.

«Estamos muy felices por ti y por Joel».

Jane se sonrojó porque era demasiado pronto para ese sentimiento. ¿O no? Estaba muy enamorada de él.

«Joel es un buen hombre», confirmó Lakely. «Es reflexivo, es decir, piensa antes de hablar. A diferencia de su hermano».

Ada miró fijamente a su hermana.

«Estás siendo demasiado dura con él. Solo porque terminó tu rompecabezas...».

«¡No estoy siendo demasiado dura con él!», espetó Lakely. «Ya terminé con Lord Stewart. ¡El título se le ha subido a la cabeza! Y ya tenía una opinión exagerada de sí mismo».

«¡Lakely!», protestó Alice. «Él no tenía ni tiene una opinión tan alta de su persona».

«No es nada diferente de lo que era antes», declaró Ada.

A Jane le había quedado claro que Lakely tenía sentimientos intensos por Jonathan. No era una simple molestia, o bien albergaba o había tenido sentimientos románticos por él. ¿Él tenía alguna idea de eso? Ella supuso que no.

«Lo invité mañana», dijo Ada casualmente.

Lakely la miró con el ceño fruncido.

«Entonces, quizá no vaya con ustedes».

«No seas tonta», la reprendió Ada.

Lakely hizo un gesto brusco con la mano.

«Cambio de tema, si no te importa».

«¿De qué vamos a hablar?», expresó Alice. «¿De la próxima temporada? De eso es de lo único que habla la mayoría de la gente».

Lakely se encabritó.

«Te contaré algo sobre esta temporada. ¡Encontraré un hombre apropiado y nos comprometeremos!».

La proclamación fue seguida por un silencio de asombro. Lakely estaba colorada y sus ojos brillaban con emoción contenida. Joel la había descrito bien. Parecía que iba a estallar en cualquier momento.

Alice miró a Jane con dulzura.

«Arthur es un niño tan hermoso».

Lakely se encogió de nuevo.

«Gracias», respondió Jane.

«Me encantaría tener un hijo», dijo Ada con nostalgia. «O una hija. O ambos. Ojalá ambos».

«¿Cuándo es la boda?», le preguntó Jane.

«El último sábado de abril. El veintiocho. Ojalá pudiera ser antes, pero mamá no lo permitió más pronto. Quiere un compromiso de un año entero».

«Era joven, cuando me casé», expresó Jane. «Mis padres también querían que esperara, pero...».

«¿Cómo era él?», preguntó Ada, cuando Jane terminó de pronunciar su frase.

Jane se dio cuenta que todas estaban interesados en escuchar la respuesta.

«Era apuesto. No tanto guapo como apuesto, especialmente con su uniforme. Me dejó sin aliento». Bajó la mirada hacia su copa, mientras hacía girar suavemente el vino. «Podía ser alegre o serio, pero en el fondo había una gran compasión. Lo conocí en las primeras semanas de mi primera temporada, y me casé con él, en otoño. Resulta que solo tuvimos una relación de unos meses». Siguió unos segundos de silencio. Jane suspiró y bebió un sorbo de vino.

«Fue suficiente para crear a Arthur», expresó Alice con ternura.

«Sí», dijo Jane con una sonrisa.

«Y luego te encerraste», expresó Lakely, en voz baja.

«No me di cuenta del todo de lo que estaba haciendo», explicó Jane. «Primero sentí un dolor terrible, y estaba embarazada. El médico me preparó para que pudiera perderlo. El dolor puede hacer eso. ¡Ah! Pero yo quería a mi hijo, más desesperadamente que cualquier otra cosa, así que mi tarea diaria fue obligarme a comer bien... Todo parece borroso ahora. Tener a Arthur cambió eso. Volví a la vida con él...». Sonrió. «¿Saben qué es gracioso? Se parece a mí, pero tiene algunos de los gestos de Hamm».

«¿En serio?», preguntó Alice.

Jane asintió.

«Tiene ciertas expresiones. Y cuando se acuesta en la cama, mueve los pies hacia un lado y luego hacia el otro, mientras se va a dormir. Hamm solía hacer eso».

«Hamm», repitió Ada.

Jane asintió.

«Hammond. El teniente Hammond Horatio Lloyd. Dijo que con un nombre como ese, tenía que ser como un jamón».

Las demás se rieron.

## Capítulo veinticinco

Al día siguiente, por la noche, Nigel estaba furioso, mientras seguía a Lakely hasta el salón. «¿Qué te pasa?», le preguntó. «Estás siendo indescriptiblemente grosera con Jonathan. ¿Por qué?».

Ella simplemente lo miró fijamente.

«¡No es asunto tuyo!».

«¿No es asunto mío? Él es mi amigo. Tú eres mi hermana. Tu comportamiento se refleja en mí».

Ella se burló.

«¿Él ha dicho o hecho algo indebido?»

Ella se cruzó de brazos y mantuvo la boca cerrada.

«Si lo hizo, incluso sin saberlo, se disculpará. ¿De qué se trata?»

Ella levantó la barbilla.

«Ya te dije lo que es».

«No. ¡No lo has hecho! ¿Qué es?».

«No es asunto tuyo», expresó ella, lentamente.

Jonathan entró en la puerta.

«Es asunto mío», lo dijo con una voz tranquila. Miró a Nigel. «¿Puedo hablar con Lakely en privado?».

Nigel levantó las manos y salió.

«Adelante. Personalmente, preferiría darme cabezazos contra la puerta».

Lakely dio la vuelta y se alejó de Jonathan. Nunca había sido tan grosera con él. Pero, en general, él la ignoraba a ella. Tal vez él había recibido algunos comentarios ásperos, aunque ninguno de ellos fue dirigido directamente a él.

«Lakely», empezó. «Somos amigos desde hace mucho tiempo. Si te he ofendido...».

Ella dio la vuelta y dijo:

«No somos amigos. Eres amigo de mi hermano».

Él se quedó desconcertado.

«Pensé que lo éramos», replicó, cuando se recuperó de esta sorpresa.

¡Maldita sea la expresión herida en su rostro!

«¡Oh, querido! ¿Herí tus sentimientos?», preguntó con toda la tristeza que pudo, aunque estaba furiosa. «Bueno, estás en el lugar correcto... En mi propio club privado de sentimientos heridos».

«¿Qué sentimientos heridos?», preguntó, acercándose. «¿He herido tus sentimientos?».

Ella lo miró con enojo.

«¡Oh, no! Los últimos años han sido maravillosos, y ustedes me han ignorado casi por completo».

«Nadie puede ignorarte, Lakely», replicó él con cuidado.

«Pero, estas últimas semanas han sido un placer particular. Escuchar que casi fuiste un marqués, al menos a los ojos de Meridith Hill y Alexandria Kingman, y de cuántas mujeres más. ¡Pobre de ti, Jonathan! Ellas no vieron ni les importó tu verdadero yo».

Él negó con la cabeza, desconcertado por esa hostilidad.

«Conozco esa sensación», expresó él, en voz baja, mientras se aproximaba, tan cerca que

podían tocarse fácilmente. «Así que terminemos con esto».

«¿Con qué?».

Ella tembló de rabia y frustración.

«He estado enamorada de ti, desde que tenía quince años, pero nunca lo viste, ¿cierto? Mi verdadero yo, mi yo real». Su mandíbula se había relajado. Ella tenía un fuerte deseo de darle una bofetada. «No más», dijo, dando un paso atrás. «No albergaré más esos sentimientos».

«Lakely» dijo, asombrado. «No tenía ni idea».

«¡Oh! Lo sé. No importa cómo me veía o lo que hiciera, o dijera».

«Eres la hermana de Nigel», replicó, tímidamente.

Ella se encogió de hombros, despreocupadamente.

«Es so-olo que hay una es-es-pecie de có-odigo», tartamudeó.

«No importa», interrumpió ella.

«Sí, es así», insistió.

«No, no es así, porque todos los sentimientos que tenía por ti son cosa del pasado. Cualquier resto que quede de ellos, los pisotearé hasta convertirlos en polvo, y luego me marcharé y los olvidaré». Se detuvo, pero él parecía demasiado aturdido para poder hablar. Ella respiró profundamente y enderezó los hombros. «Cuando decido hacer algo, lo hago. ¿Has oído la historia sobre mi nombre?».

«Sí, Lara Lakely Walston. Lo he hecho». Ahora él parecía molesto y, sin embargo, todavía estaba herido.

«Entonces, ya entendiste mi punto. Espero que me disculpes».

«Por supuesto», manifestó él con tristeza.

Ninguno de los dos se movió.

«No me voy», afirmó ella con vehemencia. «Tú sí».

«Puedo decir, simplemente...», comenzó.

«Ojalá no lo hicieras. Sobre todo si es que siempre me has visto como la hermana de Nigel. Si es verdad, me conviertes en una tonta, aún más grande».

«Está claro que te he hecho daño. No tenía ni idea y lo siento. Ojalá no hubiera sido tan ciego».

Ella tomó aire y se apartó de él, mientras las lágrimas se agolpaban en su rostro, en una oleada ardiente y dolorosa. Esas lágrimas serían malditas, si ella permitiera que él las viera. Trató de controlar sus temblores, pero estaba peligrosamente cerca de perder el control. Todo lo que podía hacer era contener la respiración. Pero todo lo que él tendría que hacer era extender la mano y tocarla para que ella se derritiera en esos brazos, y se retractara de cada amenaza que ella había hecho.

«Espero que puedas perdonarme», dijo él.

«¡Vete! ¡Por favor, vete!».

Un momento después, la silenciosa petición de ella fue concedida. Él se marchaba. Cuando sus pisadas se apagaron, ella se llevó una mano a la boca y aspiró aire, a través de los dedos. Estaba mareada y no sentía las piernas. Se desplomó en el suelo, sollozando tan silenciosamente, como pudo.

~~~

Nigel volvió al salón y vio que las damas, Alice, Jocelyn, Ada y Jane estaban jugando a las cartas. Joel, JG y Dab estaban juntos hablando, probablemente desconcertados por la inexplicable actitud grosera de Lakely. Nigel se unió a sus amigos y se encogió de hombros.

«Fue como hablarle a un poste de cerca».

«Debió haber dicho algo para molestarla», razonó Joel. «Ya sabes cómo es él. Habla primero y piensa después».

«Suenas como yo», dijo JG.

Dab ladeó la cabeza. Miró a Joel y luego a Nigel.

«No creerás...».

«¿Qué?», preguntó Nigel.

«Eso», comenzó Dab. Miró a las mujeres que estaban absortas en su juego de cartas sin decir palabra. ¡Demasiado absortas! Ninguna de ellas parecía estar desconcertada por el comportamiento de Lakely. De hecho, se habían marchado a jugar a las cartas tan pronto como Lakely salió del salón. Y eso se debía a que sabían de qué se trataba. La mirada de los hombres siguió la de él.

~~~

Jane miró a escondidas, a los hombres, por encima de sus cartas.

«Creo que Dab puede haberlo descubierto por casualidad», dijo en voz baja. «Y los demás pueden hacerlo pronto».

Alice intentó no sonreír.

«Mmm... pensé que tal vez faltan unas palabras sencillas y unos cuantos diagramas».

Ada resopló de alegría, lo cual fue demasiado para el resto y ellas estallaron en risas.

Nigel resopló y miró a Dab.

«Ella tiene sentimientos por él», explicó Dab.

«¿Quién?», preguntó Nigel, provocando un nuevo frenesí en la hilaridad de las mujeres.

«Los hombres pueden ser tan tontos», destacó Jocelyn.

JG se dirigió a las mujeres:

«¡Ya lo oímos!»

«¿Lakely?», preguntó Nigel, sin entender todavía.

Dab asintió.

«¿Tiene sentimientos por Jonathan? ¡Ha estado tratando de arrancarle la cabeza de un mordisco!».

Nuevamente, Dab asintió.

Nigel frunció el ceño, mientras se acercaba al juego de cartas. Rodeó la mesa para mirar a su esposa. Ella se sujetaba el costado y una lágrima se le había escapado, por haberse reído tanto.

«¿Es cierto?». No hubo respuesta porque ninguna de ellas podía dejar de reírse. «No logro ver qué es tan gracioso».

Ada dio una palmada en la mesa.

«¡Deténganse!», suplicó ella. «No puedo respirar».

«¿De verdad es eso?», preguntó Joel con asombro.

«No tenía idea», respondió JG.

Las risas se calmaron, aparecieron los pañuelos y Jonathan volvió a entrar en el salón. Se unió a los hombres, pálido y solemne. Nigel se acercó a él.

«Me voy ahora», dijo Jonathan.

«Los hombres siempre son los últimos en enterarse», se lamentó Dab en voz baja.

Jonathan suspiró.

«Caminaré un rato», le dijo a Joel, «y luego tomaré un carruaje de alquiler».

«No hace falta», replicó Joel. «Estoy listo».

«No. Necesito algo de tiempo». Miró a Nigel con pesar. «Le hice daño», lo manifestó en tono de disculpa. «Nunca quise hacerlo ni me di cuenta de que lo estaba haciendo, pero lo hice. No se enojen con ella. Buenas noches», le dijo Jonathan a las mujeres y se fue.

Nigel volteó hacia Alice, que estaba observando la interacción. Ella ya no parecía que se estuviera divirtiendo.

«¿Por qué no me lo dijiste?», preguntó él.

«Prometí no hablar de ello», respondió ella.

«¿Cuándo? ¿Cuándo fue esto?».

«El verano pasado, durante los ensayos del baile».

A ella se le cayó la mandíbula.

Ada se levantó para ir a ver cómo estaba su hermana.

«Lakely lo mantuvo en secreto», le dijo a Nigel. «Alice fue la primera en verlo».

JG sacudió la cabeza con expresión triste.

«Las mujeres son pozos profundos».

Jocelyn se tapó la boca y trató de no reírse otra vez, pero la mirada que Alice le dirigió lo hizo imposible y las tres damas de la mesa volvieron a estallar en carcajadas. Esta vez Joel se sumó a la risa, al igual que Dab. JG quería hacerlo, pero no estaba seguro de haber entendido el chiste. Nigel, por otro lado, estaba muy seguro que no le veía la gracia.

## Capítulo veintiséis

Lady Vinson llamó a la puerta del dormitorio que Lakely estaba usando, y luego la abrió. Era casi mediodía y su sobrina todavía estaba en la cama de la habitación, a oscuras. Lakely había estado viviendo con ella, durante más de una semana, y cada día parecía peor. Estaba miserable y sin vida.

Monty sabía la verdad detrás de todo esto y había tratado de ayudarla. De hecho, todos trataron de consolarla y razonar con ella, pero sin éxito. Lakely insistió en cortarse la nariz para fastidiarse a sí misma. Su terquedad era enloquecedora. Cuanto más insistían sus amigos y familiares, Lakely se aferraba más a su posición. Había terminado con Jonathan, cuando él no tenía ni idea de sus sentimientos, para empezar.

Monty cruzó la habitación y abrió las cortinas, inundando el lugar con toda la luz, que el día brumoso tenía para ofrecer.

Lakely gimió y enterró su cara contra una almohada.

«¡Levántate!», le ordenó Monty.

«No estoy lista para levantarme», se quejó Lakely.

«Levántate y prepárate para el día, o te sacaré de esa cama, y te salpicaré con el agua de la jarra».

Lakely se enderezó, y miró ceñuda a su tía.

Satisfecha por el momento, Monty volvió a salir, pero dejó la puerta abierta.

«¡Cierra la puerta!», gritó Lakely.

Ella fue ignorada. Por lo que se levantó furiosa para cerrar la puerta de golpe.

«¿*Por qué la gente no me deja en paz?*».

Antes que pudiera dar dos pasos, hacia atrás, la puerta se abrió de nuevo, y Monty apareció allí con una mirada formidable.

«El almuerzo se servirá en media hora y el banquete de los Gorman es esta noche. Estarás presente en ambos». Volvió a cerrar la puerta de golpe.

~~~

Lakely bajó veintisiete minutos después con el pelo gris y el ceño fruncido. Su cabello trenzado le caía sobre un hombro. Se dirigió al comedor, pero el sonido de un hombre, que se aclaraba la garganta, desde el salón por el que había pasado sin mirar adentro, la hizo retroceder. Respiró profundamente y vio a Jonathan de pie allí.

«No te entretendré mucho», dijo. «Casi todos van a ir al banquete esta noche, y no quiero que te sientas incómoda por eso, así que no voy a ir».

Ella levantó la barbilla.

«¿Por qué me sentiría incómoda?», preguntó con frialdad. «No tienes por qué cambiar tus planes por mí».

«¿Podemos hablar un momento?».

«¿Qué estamos haciendo ahora mismo?».

Él giró y avanzó más hacia el interior del salón.

Ella dudó y luego lo siguió.

Él le dio la espalda y le dijo:

«Respetaré tus deseos, tus sentimientos».

Ella se mordió la punta de la lengua. Su concesión le hizo sentir ganas de gritar. No debería permitirle que fuera magnánimo.

Él dio la vuelta para mirarla.

«Pero, no estás siendo justa».

«Es justo». Ella se burló de él.

«Sí, es justo. Supongo que recibiste mis cartas. ¿Las leíste?».

«Lo hice».

«Nunca me había dado cuenta», lo dijo de manera suplicante.

«Así lo dijiste. Y al parecer hay un código entre los caballeros en lo que respecta a sus hermanas. Me considerabas sacrosanta. Y así sucesivamente...».

«Es como si me odieras ahora», protestó.

«¡No te detesto!», espetó ella. Hizo una pausa. «O tal vez... un poco».

Él suspiró.

«¿Un poco?».

«Esto pasará... Así que no cambies tus planes por mí. Es hora que siga con mi vida y tú deberías hacer lo mismo». Casi se encogió de hombros, ante su ridícula expresión: «No es que no estuvieras... siguiendo con tu vida».

Él asintió lentamente, antes de hablar:

«Llevabas un vestido amarillo».

«¿Qué?».

«La primera vez que me fijé en ti como... mujer, no podía admitirlo, por supuesto. Todas teníamos un entendimiento sobre nuestras hermanas».

Ella apenas pudo evitar poner los ojos en blanco.

«Pero te felicité. Te dije que era un vestido amarillo precioso, y tú me dijiste que era de color prímula... Prímula vespertina».

Ella intentó permanecer impassible, pero recordaba la velada con una claridad cristalina. Tenía diecisiete años. Apartó la mirada de él con brusquedad, temerosa que las lágrimas iluminaran sus ojos y la traicionaran vilmente.

«¿Prímula vespertina?», repitió ella. «No puedo creer que recuerdes eso».

«Sí, lo hago», dijo él, y dio un paso para estar más cerca de ella. «Luego estuvo ese baile del platero, que compartimos».

«¿Tiene esto algún sentido?».

«Desde que supe de tus sentimientos, es decir, de tus antiguos sentimientos, he recordado al menos una docena de momentos, entre nosotros, en los que saltó una chispa. No puedes saber cuánto desearía que una de ellas me hubiera quemado».

Ella lo miró, dispuesta a aceptarlo.

«Al menos, entonces, habría prestado la debida atención».

Ella sintió que se debilitaba, así que sacudió la cabeza. ¡No lo haría!

«Si me dieras una oportunidad, una oportunidad, de compensarte...».

Esas eran las palabras que ella tanto había ansiado oír. Las lágrimas llenaron sus ojos, pero las mantuvo allí con una extraordinaria fuerza de voluntad.

«No-o pue-edo», dijo ella, entrecortadamente. «Pensarás que soy terca, pero no es eso».

Lakely se quedó en silencio, durante un largo e inesperado momento.

«¿Puedes decirme qué es?».

Ella bajó la mirada hacia sus propias manos apretadas, frente a su persona, buscando las

palabras adecuadas. No es que no lo amara. Probablemente, lo amaría toda su vida. Había sido su sueño romántico, en la adolescencia, pero ella ya era una mujer adulta, quien necesitaba un hombre, que la viera como ella misma y la quisiera con una indudable pasión.

«Está bien», dijo él con ternura.

Lakely lo miró de nuevo. Al igual que ella, él había pasado noches sin dormir últimamente.

«Me iré», le aseguró. «Pero, antes quiero que sepas dos cosas. La primera es que me mantendré fuera de tu camino y de tu vista por ahora, durante la temporada».

«Eso no es necesario», objetó ella.

«Para mí lo es. No puedo verte enamorarte de otra persona, ahora que me doy cuenta de lo que podríamos haber tenido».

«¡*Maldición!*». Ella cerró los ojos con mucha fuerza.

«Esto siempre será mi mayor arrepentimiento».

Mientras él salía del salón, ella dio la vuelta y se llevó las manos a la boca, en actitud de oración, pero sus plegarias quedaron tan destruidas como su corazón. ¡Destrozado en mil pedazos!

«El conde y la condesa de Haultonshire

Extienden su bienvenida a

Una velada en la Casa Sarret

~10 de marzo de 1821~

Ocho en punto

¡Para celebrar que ha llegado la primavera!

Confirmación de asistencia en la calle Berry Street 7».

Capítulo veintisiete

Jane se aplicó un toque de colorete en los labios y quedó satisfecha con el efecto. Sin duda, no había mejor cosmético que la felicidad. Se veía mejor que en años. Desde su regreso a casa, tres días después del violento arrebato de Alexandria, Joel había solicitado y recibido el permiso de sus padres para cortejarla. Desde entonces lo había visto cada pocos días. Habían decidido esperar a que el tiempo mejorara para visitar Manoria, y finalmente había llegado el momento. Se irían mañana.

Fue maravilloso tener nuevos amigos, nuevas preocupaciones y una nueva institutriz para Arthur. Su nombre era la señorita Penélope Florence, tenía veintiséis años y Arthur la adoraba. La vida cotidiana había sido tranquila e incluso cordial en casa. La noche de la cena había desencadenado un cambio de opinión, pero no del todo negativo. Alexandria estaba más tranquila y reflexiva que antes, y ahora Jane disfrutaba de una relación más estrecha con sus padres.

Estaba lista para la velada, así que salió de su habitación para despedirse de Arthur. La velada sería el evento más importante de la temporada, hasta el momento, y ella lo esperaba con ansias.

~~~

Alexandria vio a Jane pasar por la puerta abierta de su habitación con un vestido azul cerúleo. Hizo una mueca frente al espejo y luego levantó la barbilla para darse un toque más de color en las mejillas. Vestía de blanco con una amplia faja violeta y pendientes de amatista. Era el blanco de la inocencia, como le corresponde a una debutante, mientras que los adornos morados le daban un toque dramático, a su personalidad.

«El púrpura es para la realeza», dijo, en voz baja.

El mes pasado fue terrible. La habían despreciado en tres ocasiones distintas y no la habían invitado a al menos dos fiestas, que ella supiera, pero estaba más decidida que nunca a triunfar. La temporada estaba a punto de comenzar, y ella seguiría brillando como ninguna otra mujer.

~~~

Lakely estaba sentada en el salón, mirando el fuego de la chimenea. No se daba cuenta que su vestido de satén de color peltre resplandecía. Su collar brillaba a la luz. Ada entró en la habitación sin que ella lo percibiera. O tal vez sí la sintió, pero no dio ninguna señal de ello.

«¿Estás lista?», preguntó. «Nos están esperando en el carruaje».

«Sí», replicó Lakely, poniéndose de pie.

Ada la miró preocupada.

«Intenta pasar un buen rato».

Lakely frunció el ceño con fastidio, al pasar junto a ella.

«Obviamente, lo haré».

Ada suspiró porque no había nada obvio en ello. Lakely se había hundido en la desesperación desde la revelación de Jonathan, y nadie parecía poder sacarla de allí. Su hermana era el ser humano más testarudo sobre la faz de la Tierra. Ella había decidido cómo serían las cosas, aunque esto la hiciera sentir miserable, pero no tenía por qué ser así. Ella estaba siendo tan

obstinada como tonta, haciéndose daño a sí misma.

Jonathan no estaba en mucho mejor estado. Su melancolía estaba mezclada con remordimiento. Había dejado de asistir a todos los eventos, a los que Lakely iba, lo que significaba que a menudo se quedaba sin nada que hacer. Todo era terriblemente frustrante para ambos.

~~~

Lord Carrick tenía gota en el pie, por lo que se quedó en su casa.

«No quiero que esto se convierta en una noche larga, chicas», dijo Lady Carrick, mientras cabalgaban hacia la velada.

«Está bien», replicó Jane, amablemente.

Alexandria asintió sin comprometerse.

«¿Irás mañana?», le preguntó Lady Carrick a su hija mayor.

«Sí», respondió Jane.

«¿Y Arthur?».

«No. Se quedará. La señorita Florence lo llevará con los Lloyd, la semana que viene».

Alexandria miró a su hermana.

«No serán solo Larrowford y tú, ¿cierto?».

«No te preocupes. Estaré debidamente vigilada, en todo momento», respondió Jane.

«En efecto», afirmó Lady Carrick con firmeza. «De lo contrario, nunca lo habríamos aceptado».

Jane miró hacia la ventana, sintiéndose identificada con su madre por una vez. Era una sensación sorprendentemente dulce.

«¿Quién va a ir a esta excursión al campo?», preguntó Alexandria.

«No creo que los conozcas», respondió Jane con ligereza.

«Bueno, quienquiera que vaya se perderá el baile de Ruttinger la próxima semana», aclaró Alexandria.

Jane asintió en señal de aprobación.

«Sí».

«¿Volverás para los bailes en Almack's?».

«Lo más probable es que sea a mediados del próximo mes».

«No me perdería ni uno solo por nada del mundo», declaró Alexandria.

Su madre le sonrió:

«Ninguna debutante debería hacerlo, querida».

~~~

Jane salió de la pista de baile con Joel, y se abrieron paso entre la multitud para unirse a Hugh, JG y Jocelyn. ¡Qué diferencia habían supuesto los últimos meses! También para Alexandria. Había estado en su elemento en el Cotillón, pero su estrella se había apagado. En ese momento, Alexandria estaba de pie con otras chicas de su edad y parecía que las dominaba, pero el tamaño del grupo se había reducido notablemente desde diciembre.

Jane se dio cuenta que Alexandria estaba al tanto y, discretamente, desdeñaba el grupo, que rodeaba a Meridith Hill. El grupo de la señorita Hill también conocía y temía a Alexandria. Era evidente que Alexandria había creado y exacerbado una competencia con la señorita Hill, pero las cosas no habían resultado a su favor. Como de costumbre, la situación era sorprendentemente

innecesaria. Alexandria imaginaba o pensaba en adversarios, sin embargo, realmente, ella era su peor enemiga.

«¿Quieres un poco de ponche?», preguntó Joel.

«Por favor», respondió Jane.

~~~

Alexandria se había posicionado para observar a Meredith, a sus compinches y a sus admiradores sin que esto pareciera evidente. Por supuesto, Templeton Rudley estaba allí. También Carlton Crowther. No es que Alexandria le hubiera dado una segunda mirada a Carlton esa noche, pero él no le había dado una a ella, lo cual era culpa de Meredith. Alexandria parecía divertida por un poco de la charla incesante de Eugenia, mientras evaluaba sus perspectivas. Si Carlton realmente la había abandonado, necesitaba un reemplazo.

Vio de reojo a Jonathan Stewart, que atravesaba el salón, a grandes zancadas, guapo y seguro de sí mismo. Aunque fuera un simple barón, no había nadie peor que Lord Stewart. Intentó mirarlo a los ojos, pero él no la vio.

«Llega Lord Stewart», confirmó Eugenia. «No lo he visto desde la cena que tuvimos».

«Yo tampoco», murmuró Alexandria.

Diana Fletcher e Irena miraron en su dirección, lo que atrajo la atención del barón. Eugenia le hizo un gesto con un fervor embarazoso. Él dudó un momento y luego se dirigió hacia ellas. Alexandria abrió su abanico y lo usó. Lo importante era que ella permaneció indiferente. Cautelosamente interesada, pero indiferente.

«Buenas noches», saludó, al llegar hasta ellas.

«Buenas noches». Alexandria sonrió.

«Buenas noches, Lord Stewart», replicó Irena con una sonrisa amistosa.

«No estuviste en el asunto de Tilton», dijo Eugenia.

«No, no estuve. ¿Cómo fue?».

«Muy agradable», ratificó Eugenia.

«Te extrañamos», le dijo Alexandria.

Él parecía desconcertado.

«¿Así fue?».

«Sí», respondió Alexandria.

«Sí», dijo Diana Fletcher, en el mismo momento, con entusiasmo.

«¡Qué halagador!», expresó él, inclinando la cabeza.

~~~

Lakely recibió un codazo accidental de alguien que pasaba por allí. Miró hacia atrás con disgusto y vio a Jonathan de pie entre un grupo de jóvenes, que lo adulaban, incluyendo a Alexandria Kingman. El calor subió a la superficie de la piel de Lakely, antes de que ella mirara deliberadamente hacia otro lado. ¡Desearía tanto mantenerse fuera de su vista!

Intentó concentrarse en otra cosa, pero ella no pudo evitar mirarlo de nuevo. Ahora todos se reían. ¡Qué mentiroso es ese hombre! Se disculpó, abandonando el grupo, en el que estaba, y comenzó a caminar en dirección contraria a él. Necesitaba tomar un poco de aire. Había llegado al otro lado del salón de baile, cuando inesperadamente se topó con él. Como si él lo hubiera organizado de alguna manera.

«Señorita Walston», la saludó.

«¿Se está burlando de mi?».

«Lord Stewart», replicó ella, desapasionadamente.

«¿Puedo tener el siguiente baile?».

Ella parpadeó.

«¿Qué pasó con eso de evitarme esta temporada?», preguntó ella, enojada.

«Cambié de opinión. Si estás decidida a elegir un pretendiente, posiblemente el hombre que se convertirá en tu marido, pensé que podrías necesitar mi ayuda. Mi consejo».

Ella seguía enfurecida.

«No lo sé». Se cruzó de brazos, apenas entendiendo lo que él había dicho. «¿Quién te dijo que estoy decidida a encontrar un pretendiente?».

«Un pajarito».

«Supongo que se llama Ada. La estrangularé».

Él sonrió.

«Yo también encontraré a mi amada esta temporada. Estoy decidido».

Él la exasperaba.

«¡Qué bueno para ti!».

«Seguro que me vendría bien tu consejo».

«¿Qué juego está jugando?».

Él sonrió encantadoramente.

«Pero, por ahora, ¿bailamos?».

Ella tomó aire para rechazarlo, pero la gente a su alrededor estaba prestando atención.

«¡Malditos chismosos! No puedo hacer una escena aquí».

«Por supuesto, Lord Stewart», dijo con toda la frialdad que pudo. Él le ofreció el brazo y ella lo sujetó. Cuando llegaron al borde de la pista de baile, ella habló en voz baja. «¿Qué es esto?».

«¿El baile? Creo que es *La doncella de Avenel*. ¿O te refieres a la canción?».

Ella le dirigió una mirada fulminante.

«Sabes exactamente a qué me refiero».

Él se quedó en silencio, por un momento, con sus ojos de color azul hielo, brillando con una emoción reprimida.

«No soy yo el que me hago el muerto. Quiero cortejarte. Quiero conocerte de una manera completamente diferente, a la que eras antes. Mis ojos se han abierto. Tengo la bendición de tu padre y tu hermano...».

«¿Realmente, se los dijo?».

«La única bendición que necesito en lo que a mí respecta...».

«Ahí está ese incendio», la interrumpió. «Lo echaba de menos».

«¡Solo lo dijo para irritarme!».

Él se puso serio.

«Hemos determinado que fui un idiota, pero no debería ser castigado por eso para siempre. Más importante aún, tú tampoco deberías hacerlo».

El baile terminó, los bailarines abandonaron la pista y otros entraron. Comenzó un nuevo set, pero ellos continuaron mirándose, fijamente.

«Dame una oportunidad para compensarte», dijo.

Su rostro estaba incómodamente cálido y su corazón latía con fuerza. ¿Tenía alguna idea de lo tonta que él la había hecho sentir? Ella apartó la mirada de él.

Jonathan continuó:

«¿Sabes lo doloroso que es darse cuenta que lo que has anhelado ha estado a tu alcance, durante años, y que estabas demasiado ciego para verlo? Y luego que te lo hagan saber... junto con una negación de ello».

Ella se sentía cada vez más débil. Era cierto que podría haber manejado las cosas de otra manera. Podría haber permitido que Alice se lo confesara a Nigel, quien habría recurrido a Jonathan, y él habría abierto los ojos en privado, y ella no habría hecho el ridículo.

Sin embargo, ella había sufrido demasiado. ¿Debería olvidarlo tan fácilmente? Por otra parte, ¿quería apartarlo de su vida? ¿Realmente quería conformarse con otra persona y ver que él hiciera lo mismo?

«Consideraré lo que has dicho».

Él suspiró aliviado.

«Gracias».

Ella sonrió.

«Alexandria Kingman se sentirá decepcionada, si te perdono».

«Pobre chica», dijo él, en voz baja.

Ella lo miró fijamente.

«¡Será mejor que no te refieras a ella! ¿Quién eres tú para...?».

«¿Alexandria? He conocido a más mujeres malcriadas, conspiradoras e infelices en los últimos meses, que en toda mi vida, pero ella se lleva la palma».

Malcriada... Conspiradora... Infeliz... Ella reflexionó sobre las palabras. Le parecieron demasiado adecuadas para su comodidad.

«Tal vez pienses que todas somos del mismo estilo», lo desafió.

«No, por supuesto. Y preferiría no relacionarme con nadie que sea de esa calaña».

«¿Ya no lo haces?», lo cuestionó con desdén. «Desde que te descubrieron».

Él se rió entre dientes.

«Estoy trastornado. Admito libremente que mi cabeza voló por estas situaciones. Ojalá me hubieras pateado el trasero, mucho antes de lo que lo hiciste».

Ella apenas pudo contener la risa. Satisfecha por el momento, observó a los bailarines, que giraban en círculo. A continuación vendría un baile, aún más animado, y ella lo estaba esperando con ansias. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que disfrutaba de un baile? ¡Demasiado tiempo! Ya era hora que lo volviera a disfrutar. Lo cual no tenía nada que ver con Jonathan. De hecho, bailarían con varios caballeros, esa noche. Si él pensaba, que ella iba a caer rendida, a sus pies, porque prácticamente le había dado un golpe para que entrara en razón, él estaba muy equivocado.

De repente, ella se sintió maravillosa.

Capítulo veintiocho

Que una dama y un caballero solteros se fueran juntos era algo absolutamente inapropiado, pero a Jane no le importaba esto, en absoluto. Si solo se tratara de deseo, podría haberse dejado llevar por el desenfreno y la lascivia con él. Una parte de ella lo deseaba. Sin embargo, también eran amigos que se protegerían mutuamente, comportándose con absoluto decoro.

Él la había rescatado. Por muy teatral que sonara, así se sentía ella. Tal vez anhelaba un interludio erótico, pero, más que eso, quería pasar toda la vida con él. Quería mil interludios eróticos con él.

Cuando conoció a Hammond, era una chica sin experiencia. Enamorarse de él había sido un torbellino fantástico. Habían creído que el amor lo conquistaría todo y que vivirían felices para siempre. Ella ya no era ingenua. En los años siguientes, ella se había convertido en una mujer fuerte y segura de sí misma. Era una madre. Era una mujer con necesidades. Tenía más amor para dar del que sabía qué hacer con él.

Esta excursión le pareció un nuevo comienzo, pero ella todavía no era Lady Larrowford, así que en cada posada de carretera se presentaban como hermano y hermana, tomaban habitaciones separadas y actuaban en consecuencia. Por el bien de las apariencias, esto era perfectamente apropiado. No esperaba ver a nadie conocido, y nadie, excepto su familia, Jonathan y algunos de sus amigos más cercanos, sabía dónde estaban. Esta era la aventura clandestina de su vida.

El carruaje, en el que viajaban, era ideal para dos. Era muy estrecho con asientos orientados hacia adelante y atrás. Cada quien tomó uno, frente al otro. En el suelo había un calentapiés, que ambos usaban. Era tan ancho que sus pies y piernas se tocaban. Y la manta, que cubría sus regazos, creaba una sensación de intimidad aún mayor. Como de costumbre, su conversación fluyó. Hablaron del tiempo de él en el Parlamento, y de los experimentos de ella, en el invernadero. Compartieron experiencias escolares y hablaron de amigos y familiares. Ella aprendió más sobre su historia. La madre de Joel falleció, cuando él tenía diecisiete años y su hermana menor, Jillian, murió unos años después, mientras estaba en un internado.

«Acababa de cumplir catorce años, cuando murió nuestra madre. Sabía que iba a pasar porque estaba allí todos los días, ayudando, pero aún así es un shock, cuando sucede».

Jane asintió.

«¿Tenía institutriz?».

«Tuvo una, pero la despidieron o se fue por alguna razón, ni siquiera estoy seguro de cuándo. En algún momento, por la época en que mamá enfermó». Se detuvo. «Mamá falleció a principios de mayo. El período escolar no había terminado, pero regresamos a casa temprano, y la familia pasó el verano, junta, antes que Jonathan y yo nos fuéramos de nuevo a la universidad. Papá se había lanzado al trabajo. Al mirar atrás, Jill debe haberse sentido terriblemente sola, una vez que nos fuimos. Comenzó a portarse mal. Siempre había sido animada, pero no era rebelde ni desafiante. Necesitaba atención constante, así que se decidió que iría a un internado. Encontramos uno bueno en Bath».

«¿Cómo se sintió ella al respecto?».

«Lo odiaba durante los primeros meses. Luego pareció cambiar de opinión. Desafortunadamente, todavía había algún comportamiento atroz. Bebía... Desafiaba el toque de queda... Mentía... De hecho, la directora la puso en libertad condicional», suspiró y miró por la ventana, antes de continuar, «el trimestre en la escuela estaba a punto de terminar, cuando mi

padre apareció para recogernos, un jueves por la tarde, para ir a un partido de cricket. Supimos por su mirada que algo terrible había sucedido». Hizo una pausa. «Nos enteramos que Jillian se había ahogado».

Jane se estremeció.

«¿Cómo?».

«Su escuela, el internado Marcott's, está muy cerca del río. Nos dijeron que había tomado prestada una barca sin permiso... Seguramente se volcó... La encontraron volcada... Su cuerpo nunca fue encontrado, pero su chal y un zapato aparecieron en la orilla... Les había contado a sus amigos lo que estaba haciendo y así supieron dónde buscarla».

Ella extendió la mano y agarró la de él.

«¡Qué terrible!».

«Lo fue... Esto fue difícil de aceptar. Pero la búsqueda continuó durante cinco días, río arriba y río abajo. Con cada día, con cada hora, la esperanza se desvanecía. Nos dijeron más de una vez, que no podrían conseguirla, después de tanto tiempo. Que no la reconoceríamos... Que los cuerpos en el agua...».

«Lo entiendo», afirmó ella, suavemente.

«Pero no tener su cuerpo para enterrar hizo que cada ritual pareciera vacío».

Ella asintió. No había visto el interior del ataúd de Hamm. Nadie lo había visto. Nunca les habían dicho exactamente cómo había muerto. Pero ella jamás había querido ni necesitado ver las heridas mortales. Sin embargo, una hermana menor que solo estaba estudiando en la escuela y que no debería haber muerto era un asunto diferente.

Se hizo un silencio entre ellos, durante varios minutos.

«Yo diría que necesitamos un tema más alegre», sugirió él. «¿Qué pasa con Arthur? ¿Qué están aprendiendo él y la señorita Florence estos días?».

Ella sonrió y procedió a contárselo.

~~~~~

Jane pensó que estaba preparada para Manoria. Joel le había contado todas sus impresiones, aunque la grandiosidad del lugar la tomó por sorpresa. En el vestíbulo principal, el personal estaba en formación para recibirla y hacer las presentaciones. Primero le presentaron al señor Reedman, quien, a su vez, presentó a los demás, algunos de los cuales Joel no conocía.

«Lord Larrowford», comenzó Reedman, «Lady Jane, esta es nuestra nueva ama de llaves, la señora Wahl».

La señora Wahl hizo una reverencia con gracia.

«Milord, milady».

Era más joven de lo que Jane había esperado. Su estimación más acertada era de veinticinco o veintiséis años. Era delgada, luciendo modales reservados y tímidos.

A continuación, la cocinera, la señora Duffy, se presentó, quien era exactamente lo que Jane esperaba, y también las criadas Clarice y Georgia. La nueva criada de la cocina era una joven robusta llamada Dulcie. La nueva lavandera, Marcella, era una mujer corpulenta de unos treinta y tantos años. Por último, llegó el joven Ben.

«¿Van las cosas bien?», le preguntó Joel a Reedman.

«Sí, milord. Muchísimo. ¿Su viaje fue agradable? Espero que sí».

Reedman había hecho esta pregunta a ambos, así que Jane respondió:

«Sí, gracias».

«¿Hay alguna comida o bebida en particular que desee o que no le guste?», le preguntó

Reedman.

«Le resultará muy fácil complacerme», respondió Jane, dirigiéndole una sonrisa a la señora Duffy. «Me gusta casi todo».

La señora Duffy le envió una sonrisa y un guiño que la animó.

«¿Necesita una doncella o algún alojamiento en particular?», le preguntó Reedman.

«Necesitaré un poco de ayuda, aquí y allá, pero no necesito a nadie a mi disposición».

«Muy bien, milady». Reedman dio la vuelta y les hizo un gesto con la cabeza a los demás, quienes volvieron rápidamente a su trabajo. «Llame cuando quiera algo», le dijo a Jane, cuando los sirvientes se fueron. «Y si cambia de opinión, podemos llamar a otra criada».

«Gracias, señor Reedman».

«Entonces», dijo Joel, «¿los nuevos trabajadores están dando resultados?».

«Sí, milord. La señora Wahl se ocupa de sus asuntos con tranquilidad y eficacia. Rara vez hemos oído hablar de sus hijos».

«¿Dónde están?», preguntó Jane.

«En el ala este, milady. El personal tiene habitaciones allí».

«¿Están con la hermana de la señora Wahl?», preguntó Jane.

«Sí. La hermana es la señorita Astrid, una chica muy dulce».

«¿Y los niños?», insistió Jane.

«Hay un niño y una niña. Gabriel, el niño, tiene cuatro o cinco años, creo».

Ella sonrió.

«Mi hijo Arthur tiene cinco años».

Él le devolvió la sonrisa.

«Sí, milady. Pensamos que podría visitarlos».

«Lo hará», dijo Joel con entusiasmo. «Pronto. Será agradable para él tener un compañero de juegos».

«¿Qué edad tiene la niña?», preguntó Jane.

«Creo que tiene ocho años. Se llama Noemí. ¿Le gustaría conocerlos?».

«Mucho, pero...». Miró a Joel. «Creo que nos instalaremos primero».

Joel asintió.

«Y recorreremos el lugar. Esta vez yo seré el guía», le dijo a Reedman.

«Muy bien, milord. La habitación blanca ya está preparada para Lady Jane. Es la última a la izquierda».

«Excelente», respondió Joel. «Gracias. Creo que tomaremos el té, a primera hora, en el salón principal».

«Me encargaré de ello», replicó Reedman, antes de alejarse.

Jane le sonrió a Joel.

«¿Qué?», preguntó él.

«Pareces muy a gusto, Lord Larrowford. Como en casa».

«¿Lo estoy?».

Ella asintió.

«Hogar», murmuró pensativo. «Este podría ser mi hogar».

Ella estuvo de acuerdo. Podía verlo perfectamente.

«Me gustan todos. Espero poder conocerlos mejor».

Él le ofreció el brazo y ella lo sujetó, antes que él la guiara hacia el salón.

«Ahora, acerca de todas esas cabezas montadas», dijo ella.

Él sonrió.

«Si te gustan, puedes quedarte con ellas. No son mis favoritas».

«Me parecen un poco horripilantes», admitió. «¿Hay una sala de trofeos aquí? Si es así, todas podrían entrar allí y entretenerse unas con otras. Cualquier cazador que venga de visita quedará muy impresionado».

~~~

Fue interesante ver qué atrajo la atención de Jane, mientras caminaban por las habitaciones del nivel principal. Subieron las escaleras de caracol, y ella miró a su alrededor. A él le encantaba verla asimilarlo todo.

«¿Cuál es tu primer pensamiento?».

«Me encanta la luz», expresó. «Las ventanas son enormes. ¡Cielos, cuántos pies de tela se necesitaron! Pero...».

«Dilo», la instó. «Por favor».

«Parece un espacio desperdiciado».

«Porque lo es», convino. «Todavía no puedo imaginarme que se necesiten veinticinco habitaciones para huéspedes».

«Yo tampoco», dijo ella, meneando la cabeza. «Sobre todo si los invitados borrachos tienen que subir esas escaleras».

«¿De qué sirve esto?».

Ella se encogió de hombros.

«No lo sé. Un aula. Una sala de juegos. El estudio de un artista. Muéstrame más», lo solicitó con los ojos brillantes.

«¿Te gustaría ver las cocinas?».

«Quiero verlo todo».

Él se inclinó y la besó en la frente.

«Luego veremos las cocinas. Y el lavadero». La besó en la suave mejilla y la oyó suspirar. «Y hay una habitación tranquila». Le besó la otra mejilla. Ella apoyó las manos sobre el pecho de él, sintiéndose maravillosa. «Luego bajaremos a la bodega, y podré impresionarte con mis conocimientos sobre vinos».

«¡Oh, Cielos! Tal vez puedas impresionarme con tus conocimientos sobre vinos».

«O simplemente podemos encontrar etiquetas, que nos resulten interesantes».

Ella se rió.

«Luego te mostraré el ala oeste y tu habitación. Y luego, algo especial».

«¿Qué?».

«Es una sorpresa».

«Me gustaría preguntar si todo está bien, pero...». Ella sonrió con picardía.

«¡Lady Jane! ¿No estarás insinuando que no somos del todo decentes?».

«Bueno, estar aquí juntos no parece del todo decente».

La mirada de Joel recorrió ese hermoso rostro sonrojado. Cómo ansiaba besarla de una manera maravillosamente indecente.

«Te aseguro que la sorpresa es completamente legítima».

~~~

Su sorpresa, cuando llegaron allí, fue el invernadero. Joel solo había echado un vistazo al sitio antes. Pero este le pareció espeluznante con su olor a descomposición y restos secos de

plantas y enredaderas muertas, que lo invadían todo. Los paneles de vidrio estaban sucios, pero él sabía que ella lo vería de manera diferente a él.

«¡Es maravilloso!», gritó.

«¿Lo es?».

«Así es. ¿No sientes la vida que quiere brotar de aquí?». Empezó a mirar los rincones y el suelo. «Estoy deseando empezar».

## Capítulo veintinueve

«¡Esto no es justo!». Joel se dio cuenta, una semana después, cuando entró al invernadero, donde Jane se instaló felizmente. Él había pasado la última semana, buscando la caja fuerte escondida en la casa sin suerte. Mientras que ella estuvo limpiando, despejando y empezando a plantar de nuevo. Hoy él iba a ayudarla.

Ella se levantó de su posición agachada, giró hacia él, mientras se sacudía la tierra de las manos.

«¿Qué no es justo?».

Él empezó a arremangarse la camisa.

«Cuánto he tenido que compartirte con todos los demás en esta casa».

Ella sonrió.

«En realidad, Reedman aún no ha venido a ayudar».

«Todos te adoran», dijo él con una sonrisa orgullosa.

«Ha sido un placer conocerlos. Hay algo en el hecho de trabajar juntos, que atrae a la gente. Todos tenemos nuestras propias historias, pero realmente tenemos mucho en común».

Él se acercó y la besó.

«Se ve maravilloso aquí».

Cuando la luz de la mañana iluminó los limpios paneles de vidrio, él vio el atractivo.

«Se verá bien», dijo ella. «Por el momento, es casi un lienzo en blanco».

«Que tú amas».

«Sí». La sonrisa de ella se atenuó levemente.

«¿Es demasiado pronto para admitir cuánto te amo?», preguntó él, suavemente. Las lágrimas llenaron sus ojos y ella sacudió la cabeza, lentamente.

«Hubo muchas veces en las que sentí que no podía contenerlo ni un momento más», admitió ella.

«Te amo», insistió él. «Y muchas veces me he sentido de la misma manera».

Él la envolvió en sus brazos y la abrazó con fuerza.

«Serás feliz aquí, ¿no?».

«Sí, sí. Estoy muy feliz».

«Debí haberme arrodillado y pedirte que te casaras conmigo, antes de decir todo esto».

Ella le dedicó una sonrisa tan amorosa, que a él le dolió el corazón.

«Creo que no hace falta decir que quieres casarte conmigo», respondió ella, «y mi respuesta tampoco es necesaria. Pronto te tendré de rodillas, moviendo algunas de estas ollas más pesadas, que no puedo mover».

Él dio un paso atrás y meneó la cabeza.

«¿No moverás algunas de las ollas más pesadas, que no puedo mover?», preguntó ella, vacilando con una sonrisa burlona.

Él se arrodilló y le tomó las manos.

«No había planeado hacer esto hoy, aquí, pero, lo haré ahora que hemos llegado tan lejos. No te engañaré de esa manera. ¡Has llenado mi corazón y mi vida! Ojalá tuviera las palabras. Ojalá fuera lo suficientemente poeta para decir lo que eres para mí. Cómo iluminas el mundo que tiene la suerte de estar a tu alrededor».

«¡Oh, Joel!», suspiró ella.

«Lady Jane Kingman Lloyd, ¿quieres ser mi esposa y compañera en todo?».

Ella asintió y una lágrima le resbaló por la cara.

«Sí».

Él se levantó, la abrazó y la besó tan fuerte y profundamente, como lo había deseado. Ella lo agarraba con fuerza, su pasión era igual a la de él. Y tan vertiginosa...

~~~

Cuando lograron separarse y recomponerse lo mejor que pudieron, mareados y eufóricos, ella dijo:

«Te ensució toda la camisa».

«Tenía pensado ensuciarme. ¿En qué puedo ayudarte?».

«Entonces, ¿has abandonado la búsqueda de la caja fuerte?».

«Por ahora», dijo, «he revisado todas las salas públicas y la mayoría de los dormitorios, y no he encontrado nada. He examinado las tablas del suelo y he sacado las alfombras. He mirado detrás de los cuadros y los tapices».

«¿Podría ser que estuviera en una de esas cabezas?», preguntó ella.

Él se rió.

«No lo había pensado. ¡Qué chica tan lista eres! Pero estoy harto de buscarla. Puede que ni siquiera esté aquí. Puede que ni siquiera exista. Tal vez, él la regaló».

«¿Pero a quién?», preguntó ella.

«La verdad es que estoy cansado de pensar en ello. Volveré a hacerlo en algún momento, por supuesto, pero no hoy... Precisamente, hoy es el día para proponerle matrimonio a la mujer que amo y ensuciarme los codos».

Ella estaba sonriendo.

«Y toda mi camisa», dijo, quitándosela un poco. Este era un gesto muy propio de su parte, que lo emocionaba. ¡La amaba tanto! «Será mejor que me digas qué planeas, aquí, antes que te levante, te lleve a la cama y haga lo que quiera contigo».

Ella jadeó, pero su sonrisa permaneció intacta.

«Así que tengo que tomar una decisión».

«¡Jane!», se lo advirtió.

Ella sonrió.

«Está bien, me comportaré. Por ahora». Dio un paso atrás. «Plantas ornamentales por aquí, creo. Hierbas en esta zona. Quiero cultivar verduras también, pero el espacio es limitado».

«¿Deberíamos hacer otro?».

Ella volteó hacia él.

«¿Otro invernadero?».

«Sí. Lo que tú quieras».

En los ojos de ella brillaba la emoción.

«Si lo hiciéramos, este se podría utilizar únicamente para verduras y hierbas. La señora Duffy estaría encantada y todos estaríamos más sanos. El personal estaría complacido de colaborar para ello».

Él asintió.

«Encontraremos un lugar más tarde hoy».

Ella se arrojó en sus brazos. Y él la mecía.

«Me gusta estar comprometido».

«Eso significa que todo esto puede ser ornamental», dijo ella, dando un paso atrás. «Y

árboles frutales. ¡Será hermoso! Me gustaría probar con una higuera allí, pero no puedo mover esa maceta».

Él se acercó a ella. La jardinera tenía una base cuadrada y estaba achaparrada de hierro con una tapa, que parecía un jarrón de latón muy deslustrado.

«¿Dónde la quieres?».

«Por ahora, un poco alejada de la esquina».

Él se inclinó y la empujó, pero la misma no se movió.

«Puede que haga falta que dos empujen», dijo ella, acercándose.

«Hará falta hacer una palanca», expresó, mientras se movía. «Usaré mis piernas».

«Pero, es una ubicación muy extraña», destacó ella. «¿A dos pies de la esquina? Probablemente, contenía algo con ramas desbordantes o...».

Él se echó a reír.

«¿Qué?», preguntó ella. Él le hizo un gesto para que se aproximara y Jane se acercó para mirar el otro lado. Vio una manija en la base y luego un dial grabado, en una placa redonda de latón, y una cerradura. «¡Oh!».

«¡Sí! ¡Oh! La encontraste, ¡descarada! La estuve buscando y tú la estabas mirando».

«¡No tenía ni idea!».

Se agachó con cuidado, del mismo modo que el último señor de la mansión debió hacerlo para abrir la caja fuerte, que estaba oculta en la base de la jardinera. Probó con el picaporte, pero estaba cerrada. Al parecer, necesitaría la llave y una combinación. La llave que tenía era una esperanza. Seguramente, era la llave que estaba en el cajón del escritorio.

«Una combinación». Él la miró con una sonrisa feliz. «Al menos la primera parte del misterio está resuelta».

Ella se rió detrás de sus manos entrelazadas.

«Esto demuestra claramente que somos unos excelentes socios». Se puso de pie. «Tengo que ir a buscar la llave a la oficina».

Ella asintió.

«Me pregunto cuál es la combinación».

«No tengo ni idea. Ven conmigo y pensemos».

Se marcharon de la mano, sonriendo de emoción.

«Quizá sea su cumpleaños», sugirió ella.

«Tal vez. Seguramente podamos averiguar qué es eso, pero podría ser cualquier cosa. La longitud y el ancho de su pie seguidos de la circunferencia de su cabeza».

«No seas pesimista», replicó ella. «Pienso que la dejó con alguien».

«Pero, ¿quién? Gerald Gibbon fue un hombre solitario».

«Fue lo suficientemente considerado como para dejarte esa linda nota», continuó Jane.

Joel se detuvo de golpe con el corazón latiendo desbocado. ¡La carta! La extraña nota con ciertas palabras, que también tenía números subrayados. ¿Podría ser eso?

«¿Su nota?», exclamó ella, aparentemente pensando lo mismo.

Él asintió.

«Tal vez. Escribió que obtuvo el marquesado en el noventa y seis, ¿no es así?».

Ella asintió.

«Creo que sí».

«Luego mencionó una docena de ocupantes».

«Y lo subrayó», dijo ella. «Y terminó con...».

«El indicado», hablaron al unísono.

¿Podría ser eso? 96-12-1. Prácticamente corrieron hacia la oficina. Revisaron la carta, cogieron la llave y se dirigieron de nuevo al invernadero. Él se puso en cuclillas, como estaba antes.

«Esto es ridículo», dijo él con ironía. «Como si esta posición no fuera lo suficientemente incómoda, me tiemblan las manos».

«No es nada ridículo. Yo también estoy temblando por todos lados».

«No sé exactamente cómo hacerlo», murmuró él. Introdujo la llave, pero la misma no giraba. La sacó de nuevo, probó la combinación y luego volvió a introducir la llave, pero seguía sin girar. Lo intentó, una y otra vez, antes de ponerse de pie, y mirarla con el ceño fruncido.

«¿Quieres intentarlo?».

Ella asintió y cambiaron de lugar. Joel le entregó la llave y Jane se sentó, mientras él la miraba fijamente por un momento. Luego ella giró la manilla del dial, varias veces.

«Estoy confundiendo», dijo ella, haciéndolo sonreír a él. Puso el dial en cero. «Serán noventa y seis a la derecha, luego doce a la izquierda...».

Él asintió.

«Sí. Directamente al doce. Y luego gira a la derecha otra vez, pasa el doce y ve al uno».

«Eso será dar muchas vueltas».

«Sí».

«¿Y ya lo probaste?».

Ella se encogió de hombros. «Sí, pero no soy hermoso como tú».

Ella lo miró fijamente.

«No podría estar más en desacuerdo». Introdujo la llave y giró, haciendo que el dial saltara. Ambos jadearon.

«Lo puse en cero».

«Prueba la combinación», dijo sin aliento. Ella lo hizo. «Ahora prueba, moviendo la manilla».

Ella siguió las instrucciones y la puerta se abrió. Él estaba de pie con una sonrisa radiante.

«El honor debería ser tuyo», reconoció ella, levantándose y dando un paso atrás hacia él.

Joel la besó, apasionadamente.

«El honor siempre será nuestro. Los riesgos, las recompensas, todo...».

Ella le dio un pequeño empujón.

«¡Deja de ser poético y mira lo que hay adentro! Me muero de curiosidad».

«No puedo contar todo eso». Se puso en cuclillas y abrió la puerta. Adentro había fajos de billetes y una caja de madera llena de monedas de oro. Suspiró, sonrió y la miró. «¿Qué te gustaría comprar, hermosa prometida mía?».

*«Su presencia es solicitada
Para una recepción y baile*

*Tatham Hill
6 de abril
19:00 horas*

=P. Morris Wimley=».

Capítulo treinta

Alexandria llamó a la puerta, al entrar en la habitación de su madre, sorprendiendo a Lady Carrick, que estaba sentada en su tocador, terminando de arreglarse para la noche.

«Necesito tu gargantilla de perlas», dijo Alexandria al entrar. «La de cuatro hilos».

«¿Discúlpame?», dijo su madre, enfadada.

«¿Qué?», preguntó Alexandria, desconcertada por esa expresión iracunda.

«Nadie entra en la habitación de otra persona sin invitación. ¡Qué educación más atroz!».

Alexandria resopló.

«Jane se fue de paseo con un hombre hace casi un mes, ¿y a mí me regañan por entrar en la habitación de mi propia madre?».

«Por irrumpir de forma grosera», la corrigió su madre, girándose para mirarla. «Y Jane no está de juerga con un hombre. Está con un grupo en el campo. No te comportes como una niña malcriada de cinco años ni trates de desviar la atención hacia tu hermana, cuando te llamen la atención por tu comportamiento grosero».

Alexandra frunció el ceño.

«¿Salgo a tocar la puerta y espero a que me invites, o me prestas tu gargantilla? Por favor...», añadió, como si esto le hubiera ocurrido después.

Lady Carrick lo pensó y estuvo tentada de enviarla de vuelta.

«¿Qué le pasa a la tuya?».

«No tengo un collar de cuatro hilos. Puedo agregarle un colgante al tuyo, y tengo uno que quiero usar».

El vestido de Alexandria era de un suave color melocotón.

«No recuerdo que tenga nada que combine con eso».

«Jane tiene uno que voy a tomar prestado».

«¿Sin su permiso?».

«¡Ella no lo está usando!».

«Mantente fuera de la habitación de tu hermana y de sus cosas», advirtió Lady Carrick.

«Ya lo tengo. Sé que no le importará. Nunca sabrá que lo tomé prestado».

«¡Esto no lo hace aceptable!». Alexandria emitió una exclamación de impaciencia con la boca cerrada que casi hizo que su madre perdiera el control. Aunque ella se levantó y fue hasta su baúl de joyas. Sacó la gargantilla y se la entregó. «Listo».

«¿Por qué papá dejó de venir con nosotras?», preguntó Alexandria, mientras lo tomaba.

«Su gota. Ya lo sabes».

Alexandria se encogió de hombros levemente y giró para irse.

«Pero, ¡estoy complacida!», espetó su madre.

Alexandria dio la vuelta, y le hizo una reverencia dramática y baja.

«Gracias, mamá».

Cuando se enderezó, su madre la miró con evidente desaprobación.

«Prepárate en media hora».

~~~

Alexandria nunca había tenido tan claro que era necesario cambiar la situación rápidamente.

Solo tenía un puñado de amigas, y ninguna de ellas le agradaba especialmente. Sí, sentía cariño por Irena, pero ya no la quería. Además, Irena solo tenía ojos para Neil Buxton.

Se había hecho evidente que Jonathan Stewart estaba enamorado de Lakely Walston, y Templeton Rudley parecía estar enamorado de Meredith, la malévola. De sus perspectivas originales, solo quedaba Carlton Crowther, y él no estaría presente, esa noche. Tenía que ampliar su lista de candidatos. Ella había sido demasiado limitada en sus selecciones.

La gota de su padre no ponía en peligro su vida, pero sí le recordaba su mortalidad. Cuando muriera, la herencia pasaría al varón más cercano de su linaje. Esa persona era su primo, un hombre, no mucho más joven que su padre, que tenía hijos. Su dote estaba asegurada, pero también necesitaba asegurar su matrimonio, antes de eso. ¿A quién más debería tener en cuenta? Al mirar alrededor del salón, se dio cuenta que ese era el grupo de contendientes, y la temporada estaba en pleno apogeo... Mientras que los bailes en Almack's comenzaban la semana siguiente.

Necesitaba al menos tres posibilidades más y estaban allí, en alguna parte. ¿Quiénes? Eugenia estaba parlotando, como siempre, pero no hablaba nada le interesara a Alexandria.

«¿Comprometida?», exclamó Diana Fletcher.

La atención de Alexandria se agudizó.

«¿Quién?».

«Therese St. Clair», contestó Eugenia. «Me enteré que lo conoció el otoño pasado en su casa de campo y se enamoró perdidamente de él».

«¿Con quién está comprometida?», preguntó Alexandria.

Las demás la miraron, desconcertadas, porque aparentemente ella se había perdido la conversación de los últimos cinco minutos.

«Walter Featherston», respondió Irena.

Alexandria se había olvidado por completo de él. Su padre era el conde de Lynton, donde pasaban la mayor parte del tiempo. Tenían una casa en la ciudad, que solo usaban durante la temporada.

«Therese estaba enamorada de Nigel Walston», dijo Eugenia. «Pero, una vez que él se casó...».

«Sí», ratificó Irena con una mirada de simpatía. «Siempre fue cuestión de encontrar al hombre adecuado».

Alexandria notó la expresión de desagrado en el rostro de Diana. Therese y ella habían sido amigas durante años. Debió haber habido una pelea entre ellas.

Neil Buxton se acercó y le pidió a Irena que bailara con él, y los dos se fueron.

«Neil Buxton», pensó Alexandria. Como era un vizconde, tal vez debería considerarlo, aunque heriría los sentimientos de Irena.

«¿Quién más ha venido a la ciudad para la temporada, recientemente?».

«Sir Martin y su familia», replicó Eugenia. «Los Zimmer».

«¿Me disculpas?», dijo Diana, antes de irse abruptamente. Al hacerlo, Alexandria notó que Carlton Crowther estaba hablando con una mujer, a la que ella no conocía, al otro lado del salón. No parecía una simple charla, más bien era un coqueteo. La chica se sonrojó y Carlton sonrió con su sonrisa más encantadora. Alexandria sintió que el pánico se apoderaba de ella. Todo se le estaba escapando de las manos.

«Creo que los Vanderlin todavía están en su casa de campo», aclaró Eugenia. «Pero, cualquiera pensaría que ya estarían todos aquí».

«Ciertamente, hay menos supervisión en el campo», respondió Alexandria con amargura. «Más libertad, más travesuras».

Eugenia se rió entre dientes.  
«¡Oh, cielos! ¿Sabes algo que yo no sé?».  
«Sé que mi propia hermana está allí. Con Larrowford», susurró.  
«Tu hermana es muy sensata», razonó Eugenia. «No puedo imaginarla haciendo travesuras. Ella nunca se comprometería». Todos pensaban que Jane era perfecta.  
«Se casó con un soldado, en su primera temporada». Alexandria se burló. «Y entonces, Larrowford la miró con malos ojos, y...». «No están solos, ¿cierto?». Alexandria dudó y sorbió levemente.  
«Me dijeron que hay otros». «¿Quiénes?». Ella se encogió de hombros levemente.  
«No tengo idea. No me lo dijo». «¿No estuvo ella en la sinfónica la semana pasada?». «No. Hace casi un mes que se fue». Eugenia soltó un suspiro. Sus ojos se abrieron de par en par. Alexandria sintió una punzada de arrepentimiento.  
«Por favor, no digas nada». De repente, ella se sintió angustiada. ¡Era Eugenia, precisamente! «Te pregunto por nuestra amistad». Eugenia asintió solemnemente.  
«Por supuesto. Ya sabes cuánto la valoro». «Yo también», prometió Alexandria.

~~~~~

Ada Walston estaba con su madre y dos amigas de ella, charlando sobre su boda. Era agradable ver a su madre al tanto de cada pequeño detalle, pero ya habían hablado de ello hasta el cansancio. Pero, en tres semanas, todo habría terminado y ella sería una mujer casada.

Harrison y su padre habían salido a fumar, y ella no vio a su amiga Lucy con quien había estado hablando antes, por lo que se sintió atrapada por el momento.

Nigel y Alice estaban en el teatro, esa noche, y ella no había visto a Lakely, en más de una hora. Había otros eventos en marcha, y obviamente la mayoría de sus amigas decidieron asistir a uno de ellos.

«Larrowford», dijo en voz baja una señora cercana. Ada escuchó con más atención.
«Uno de los gemelos Stewart», habló otra señora.
«¿Y Jane Kingman?», preguntó la primera dama. A Ada se le cortó la respiración.
«No es Kingman. Se casó con un plebeyo. ¿Recuerdas?». «Ada, querida», dijo su madre. «¿Estás bien?». Ada intentó sonreír para tranquilizarla.
«Sí, pero, ¿me disculpas? Veo a una amiga». «Por supuesto», respondió Lady Merton. «Por un momento pensé que habías visto un fantasma».

Ada se rió levemente y se alejó. Un chisme nuevo y jugoso tenía la capacidad de abrirse paso frenéticamente por el salón, y Ada podía sentir que esto estaba sucediendo, y se trataba de

sus amigos. Se abrió paso entre la multitud, escuchando fragmentos de la conversación.

«¿Juntos y solos?», exclamó una señora.

Ada se detuvo y miró a su alrededor, como si estuviera buscando a su grupo, pero en realidad esto era para observar mejor al grupo de damas, que estaban conversando.

«¡Se arruinará! Me pregunto si Lord y Lady Carrick lo saben».

«De todos modos, la muchacha prácticamente renunció a su lugar en la sociedad. Se casó con el soldado hace años, y luego él murió».

«Lady Carrick está aquí esta noche. No parecía molesta en lo más mínimo cuando la vi».

«¿Será que ella no está informada sobre dónde se encuentra su propia hija?».

Ada siguió caminando. Los chismes la habían provocado, pero, ¿qué podía hacer? Era cierto que Joel y Jane se habían ido juntos a Manoria, pero esto no era algo de conocimiento público. De hecho, este era un secreto muy bien guardado, así que: ¿cómo lo sabían?

Se dio cuenta que la desaliñada y madura Lady Filmore se abría paso entre la multitud, como si fuera a una batalla. ¡Hablando de entrometidas! Lady Filmore fue quien la delató después del baile Buckley la primavera pasada. Sí, había bailado con Harrison demasiadas veces, pero no había sido asunto de Lady Filmore, la quejona. Ada siguió los pasos de esa mujer.

Lady Filmore se detuvo detrás de Lady Carrick y se aclaró la garganta. Lady Carrick volteó con una expresión agradable y se intercambiaron algunas palabras, antes que Ada estuviera lo suficientemente cerca para oírlas. Cuando lo estuvo, Lady Carrick parecía afligida.

«Eso no es cierto», declaró.

«¿Qué razón tendría tu otra hija para decir eso?», preguntó Lady Filmore con aire de suficiencia.

Lady Carrick palideció.

«Jane está allí», dijo, «pero no está sola. Hay un grupo de... varias personas. Ella ha sido vigilada todo el tiempo. Todo ha ido perfectamente bien. Debes haber entendido mal».

«¿No entiendes que ella está en el campo, lleva un mes... con Lord Larrowford?».

Lo dijo con tanto sarcasmo que Ada no pudo soportarlo. Se dio cuenta que otras también estaban escuchando la conversación.

«Perdonen la interrupción», dijo. «Escuché un poco de eso, cuando pasaba». Miró a Lady Carrick. «No tenía intención de escuchar a escondidas», manifestó, apretándose el pecho con las manos.

«Por supuesto que no», replicó Lady Carrick. Miró a Lady Filmore antes de añadir, «no lo dije en voz baja».

«Es que...», empezó Ada. «El nombre Larrowford me llamó la atención porque, bueno, es amigo de nuestra familia».

Lady Filmore hizo una declaración entrecortada, que decía mucho.

Lady Carrick asintió.

«No te preocupes, sabemos que es un hombre honorable». Le lanzó una mirada acusadora a Lady Filmore.

«Sí, lo es», convino Ada. Se dio cuenta de que Harrison se había acercado por detrás de ella y estaba escuchando la conversación. «Nos invitaron a la reunión en Manoria... su casa en Gloucestershire», explicó, dirigiéndose a Lady Filmore. «Pero todavía tenía que ultimar los detalles de la boda». Ahora se sentía más segura con la historia. Más atrevida. Volvió a mirar a Lady Carrick. «Pero mi tía fue, como creo que ya sabes».

Lady Carrick asintió con expresión inexpresiva.

«Sí».

«Como acompañante de Lady Jane», le dijo Ada a Lady Filmore. ¡Cómo despreciaba ella a la vieja! «Son buenas amigas».

La presunción de Lady Filmore se atenuó.

«¿Lady Vinson?».

Ada sintió una repentina oleada de miedo. ¿Y si Monty estaba presente esa noche y ella simplemente no la había visto todavía? ¿O si Lady Filmore la había visto muy recientemente?

«Sí», dijo de todos modos. Ya ella se había atrincherado en su historia.

«¡Oh!», expresó Lady Filmore, sorprendida.

«Jane es tan encantadora y tan educada», continuó Ada. «No quisiera que nadie pensara mal de ella».

«No», convino Lady Filmore. «Yo tampoco. Por eso quería que su madre conociera el rumor que se ha extendido».

«Gracias», dijo Lady Carrick a la mujer. «Como dije antes, debió ser un malentendido. Lord Carrick y yo nunca permitiríamos que una de nuestras hijas se vea en una situación, moralmente comprometedora».

«Sí, bueno», replicó Lady Filmore, «como la confusión parece haber venido de su hija menor, tal vez quiera comenzar sus averiguaciones por ahí».

El rostro de Lady Carrick se sonrojó.

«Sin duda empezaré por ahí... para averiguar con quién habló ella, con aquella persona que malinterpretó lo que le dijeron».

Lady Filmore se alejó, luciendo poco feliz.

«¿Ada?», preguntó Harrison.

«Un momento», suplicó en voz baja y volteó hacia Lady Carrick.

«Gracias, querida», dijo Lady Carrick, en voz baja.

La pobre mujer parecía profundamente conmovida y Ada no la culpó en absoluto.

«Tengo a Jane en la más alta estima. Y a Joel también. ¿Me disculpas?».

«Por supuesto».

Ada se alejó con Harrison.

«Creo que Lady Filmore te volvió a ofender», comentó Harrison.

«Ella siempre ofende. Mete las narices en todo lo que puede. Intenta causar problemas».

Él le dirigió a su futura esposa una sonrisa cariñosa.

«¿Deberías avisarle a Monty?»

«Supongo que sí», dijo ella, en tono de disculpa. «No lo pensé bien, ¿cierto?».

Él sonrió, mientras se iba. Ella lo vio irse, amándolo con todo su ser.

~~~

Alexandria estaba saliendo del baño de damas, cuando su madre se acercó a ella con cara furiosa y la agarró del brazo, con tanta fuerza, que ella jadeó de dolor y sorpresa. Lady Carrick miró a su alrededor para asegurarse, que había suficiente privacidad.

«Se ha corrido la voz de que tu hermana está sola con Larrowford, en su casa, y que lleva así un mes».

Alexandria adoptó su expresión más sorprendida e inocente.

«Bueno, yo ciertamente...».

«Silencio», susurró Lady Carrick. «Eso es lo que tú has dicho. Todo el mundo lo dice».

Alexandria se sintió mareada.

«No», dijo con voz pastosa. «Yo...».

«Le expliqué a Lady Filmore, que debió haber sido un malentendido, ya que es evidentemente falso. O un malentendido, una mala interpretación o una mentira descarada destinada a dañar la reputación de una o ambas de mis hijas».

Las palabras le causaron una horrible sensación de inquietud. Si se hubiera corrido la voz que Jane estaba avergonzada y ella había sido la que había revelado el secreto, también se sentiría herida. A menos que pudiera transmitir que estaba tan angustiada por el abandono de los principios por parte de su hermana, y accidentalmente le habría contado la verdad a una amiga, en la que creía que podía confiar.

Su madre se le acercó más.

«Me gustaría poder sacudirte hasta que te castañeteen los dientes y luego arrancarte de aquí, agarrándote de la oreja».

Alexandria tragó saliva, ante el veneno de su madre. Nunca la había visto tan enojada.

«Pero, debemos mantener las apariencias y lo haremos», continuó su madre con voz temblorosa. «Nos han hecho daño. Circula un rumor perverso que hay que frenar». Bajó la mirada y se alisó la falda. «Quizás haya sido un malentendido inocente».

Alexandria asintió.

«Debió haber sido así», dijo débilmente.

«Arréglalo», susurró su madre, antes de darse la vuelta y alejarse.

Alexandria no pudo moverse ni por un momento.

«¡Maldita Eugenia!».

~~~

Al día siguiente, Alexandria permaneció en su habitación hasta que sus padres la llamaron. Temía enfrentarse a ellos. Había hecho todo lo posible por corregir el malentendido de Eugenia, pero parecía que esto no serviría para nada. A la gente le gustaba creer lo peor. Entró en el salón, donde sus padres la esperaban, como juez y verdugo, y cerró la puerta.

«Explícate», empezó su padre.

«No dije...».

«¡No mientas!», le espetó furiosa su madre. «¿Cómo te atreves a quedarte ahí parada y mentirnos? Eres una joven mentirosa».

A Alexandria se le cortó la respiración, no solo por las palabras sino por la expresión de disgusto en los rostros de sus padres.

«¿Te das cuenta de lo que has hecho?», le preguntó su madre. «Al intentar hacerle daño a tu hermana, por cualquier razón que hayas tenido que hacerlo, te has hecho daño a ti misma».

«¡Dije que estaba con un grupo! ¡Lo dije!».

«Es por ti», aclaró su padre, «te dijimos que no hablaras de ello, en absoluto».

«Se le escapó a una amiga en la que pensé que podía confiar, pero nunca le dije que estaba sola con él».

Prevaleció el silencio durante varios segundos.

«¿Por qué, Alexandria?», preguntó su padre, como si estuviera realmente confundido.

«¿Por qué? ¿Qué?», preguntó ella, dócilmente.

«¿Por qué eres como eres? Cruel, mezquina, siempre conspirando».

«¡No soy así!».

«Lo eres. Eres una decepción mayor de lo que jamás hubiéramos imaginado».

Ella se quedó herida en lo más profundo.

«No saldrás de esta casa sin nuestro permiso», concluyó. «Ahora, sal de nuestra vista».

Ella dio la vuelta y salió del salón, demasiado aturdida para hablar, incluso si tenía algo que decir.

Capítulo treinta y uno

La habitación favorita de Jane en el complejo lugar de las cocinas era la sala de destilación. En el aire flotaban interesantes aromas y una sensación de alquimia mágica. Aquí se elaboraba: cerveza, sidra y perada. Se destilaban diversos vinagres, y se creaban: medicamentos, jabones, limpiadores y abrillantadores para el hogar.

Del techo colgaban hierbas secas: lavanda, salvia, ajeno, menta, perejil y romero. Una chimenea dominaba una pared y en un rincón había una pieza de cerámica. En el centro de la habitación se encontraba una mesa de trabajo muy gastada. Muchas manos habían creado su magia, en esa mesa rayada y abollada.

Examinó los artículos que había en los estantes: especias, mermeladas, verduras encurtidas, hojas de té y granos de café. Había cestas con velas, botellas de agua con tintura y licores de colores, con corcho de corcho. También se encontraban cajas de madera, que contenían cenizas de madera, tarros de grasa de cordero, manteca de cerdo y sebo, y potes con flores y hierbas secas.

Tenía muchas cosas que aprender. Había recopilado páginas de notas, basadas en las necesidades y los consejos de la lavandera, la cocinera y el ama de llaves, después de preguntar qué podía cultivar que fuera útil. Gran parte de lo que había aprendido le había sorprendido. Siempre le habían gustado las plantas por su atractivo estético, pero también eran los componentes vitales de las cosas, que se fabricaban y almacenaban en este lugar.

«Pensé que podría encontrarla aquí», dijo Clarice desde la puerta.

Jane dejó de mirar fijamente a la ansiosa muchacha.

«Todo el mundo la está buscando», añadió Clarice.

«¿Buscándome?».

Clarice asintió.

«Hay gente aquí».

«¿Qué gente?».

«Gente amable. Me alegro de verlos».

«¿Para verme?», repitió, mientras salía de la habitación. «¿Se le informó a Lord Larrowford?».

«Sí, milady. Él también la está buscando».

El desconcierto de Jane creció y la velocidad de su paso aumentó.

«Están en el salón», afirmó Clarice.

Jane subió apresuradamente las escaleras, atravesó el comedor y entró en el salón para ver a Lady Vinson y Lakely Walston.

«¡Oh, cielos!», exclamó con una sonrisa. «¡Qué agradable sorpresa!».

Las dos mujeres se pusieron de pie. Lakely cerró la distancia entre ellas y le dio un abrazo.

«Te ves maravillosa». Se apartó y la evaluó. «¡Tan feliz!».

Jane asintió.

«Lo estoy».

«Si la vida en el campo fuera tan beneficiosa para mí, viviría en Merton Park, diez meses al año».

«Me encanta estar aquí», manifestó Jane. «Nos quedamos más tiempo del que pensábamos, pero teníamos pensado irnos mañana».

«Sí», replicó Lady Vinson. «Joel lo dijo».

«Es un lugar fascinante», reiteró Lakely. «Estoy deseando explorarlo».

«Pero vayamos al grano», le dijo Lady Vinson a su sobrina.

«Sí», dijo Lakely con resignación. «Al grano».

«Ven a sentarte», instó Lady Vinson a Jane.

Algo estaba claramente mal.

«¿Qué sucede?», preguntó Jane con un nudo en el estómago. «¿Arthur está bien?».

«¡Sí!», dijeron ambas damas a la vez.

«Está aquí», confirmó Lakely. «Vino con nosotras».

Jane jadeó.

«¿Está aquí?»

La sonrisa de Lakely era cálida y tranquilizadora.

«Lo está. Al igual que Jonathan».

Los ojos de Jane se abrieron de par en par.

«¿Ah, sí?».

Lakely hizo un gesto con la mano.

«Ya hemos superado todo eso. Lo he perdonado... en gran parte».

Lady Vinson sonrió burlonamente.

«Dentro de un mes o dos, tal vez ella incluso consienta en permitirle que la corteje».

Jane apenas podía contener la emoción.

«¿Dónde está? ¿Dónde está Arthur?».

«Con Joel, buscándote», respondió Lakely.

Lady Vinson puso una mano sobre el brazo de Jane.

«Sin embargo, ha ocurrido algo que debes saber. Ven y siéntate».

Jane se acercó al sofá y se sentó junto a Monty. Lakely tomó la silla que estaba a su lado.

«Hubo una gala la semana pasada», comenzó Monty.

«Tu hermana dijo que estabas aquí», soltó Lakely.

«Demasiado brusco, ¡Lakely!». Su tía hizo una mueca.

«A solas con Joel», añadió Lakely, «ya sabes cómo son los chismes. Bien podrían convertirse en un incendio forestal».

Jane se sintió conmovida. Sacudió la cabeza.

«¿A quién se lo contó Alexandria?».

Monty suspiró.

«¿Ves que es mejor es empezar una historia poco a poco?», le preguntó a Lakely.

«Sí, supongo», admitió Lakely. Miró a Jane. «En la gala, Ada escuchó a alguien decir «Larrowford» seguido de tu nombre... Lo esencial fue que los dos están aquí, de manera muy inapropiada... Ella empezó a captar chismes sobre ustedes dos. Entonces vio a Lady Filmore. ¿Sabes quién es?».

Jane negó con la cabeza.

«No lo creo».

«Bueno, es una arpía. La detestamos. Vive para causar problemas. De todos modos, Ada fue hacia tu madre...».

Jane se puso rígida.

«Allí fue donde escuchó todo lo que se dijo. Que se había dicho que estabas aquí sola con Joel. Tu madre declaró que era mentira... Dijo que estabas aquí, pero que eras parte de un grupo. Entonces, Lady Filmore preguntó: «¿por qué tu hija menor dijo lo contrario?». ¿Lo entiendes?».

Jane se llevó el puño a la boca. Se sintió enferma y avergonzada. Había hecho exactamente lo que quería sin pensar en las repercusiones, que esto podría tener para sus padres.

«Ada se acercó y explicó que había escuchado accidentalmente lo que dijeron, y que sabía a ciencia cierta, que lo que decía tu madre era cierto. De hecho, insistió que estás aquí con un grupo y, además, te acompaña nada menos que...». Ella hizo un gesto hacia Monty.

Jane dejó caer el puño en su regazo y miró a Lady Vinson, quien sonrió y dijo:

«He disfrutado estas últimas semanas aquí».

«Eso hizo que la vieja se callara», continuó Lakely, «pero, por supuesto, no se puede volver a meter humo en una botella».

Monty ladeó la cabeza.

«¿Cómo se puede meter humo en una botella?».

«¿A quién se lo contó Alexandria?», preguntó Jane.

Monty puso su mano sobre la de Jane.

«Tu madre vino a verme al día siguiente. Para entonces, ya había llegado al fondo del asunto. Tu hermana se lo contó a Eugenia Lee, pero ella jura que no te dijo que estabas sola con Joel».

«Pero, ¿lo insinuó? ¿Para ser despectiva?», pensó Jane.

«¿Cómo está mi madre?», preguntó Jane preocupada.

«Debo admitir que la experiencia la sacudió», respondió Monty. «Está muy enojada con tu hermana. Al igual que tu padre».

Jane se reclinó y suspiró.

«Es culpa mía».

«¡Mamá!», gritó Arthur, mientras entraba corriendo a la sala.

Ella se levantó y lo levantó en brazos.

«¡Oh, cariño! ¡Te he extrañado tanto!».

«Yo también te extrañé».

Jane miró a las mujeres.

«No puedo creer que lo hayan traído. No hay mejor regalo en el mundo». Jane besó a su hijo. «¿Cómo has estado?».

«Me he portado bien, mamá. Fuimos a casa de los abuelos y nos quedamos diez días. El tío Morgan estaba allí».

«¿Él?».

Arthur asintió.

«Debe haber tenido un buen entrenamiento», dijo.

Arthur asintió de nuevo.

«Aprobó con gran éxito».

Las mujeres se rieron.

«Eso suena como algo que él diría», respondió Jane. Le había escrito a su cuñado, y él le había respondido rápidamente, diciendo que había llegado a la misma conclusión que ella. No sabía si era verdad o no, pero esta era la respuesta ideal.

Joel y Jonathan entraron en el salón.

«¿Entonces lo saben?», le preguntó Joel a Jane.

Ella asintió.

«Hola, Jane», saludó Jonathan. «¡Sorpresa!», añadió con humor.

«Fue una sorpresa maravillosa», dijo, y dejó a Arthur en el suelo.

Joel se acercó a ella y le preguntó:

«¿Estás bien?».

«Me siento... un poco como una criminal que ha sido atrapada».

«No te sientas así», insistió Monty para tranquilizarla. «Todo saldrá bien».

«Por otra parte», manifestó Joel, «he estado recordando algo que dijiste, cuando almorzamos aquella primera vez».

Jane se sonrojó. Sabía exactamente a qué se refería: que si su reputación se veía perjudicada por su relación, tendrían que fugarse.

«Sé que eres una dama de palabra», añadió. «¿Será Gretna Green o...?».

Lakely jadeó.

«¿Qué diablos?».

«En realidad no es tan sorprendente», le dijo Joel a Lakely. «Ya habíamos decidido casarnos».

Se escuchó un grito de alegría.

Joel levantó la mano en el aire.

«Si...», dijo con un tono significativo. Miró a Arthur y luego se puso en cuclillas junto a él. «Si a ti te parece bien».

Arthur miró a su madre, que le sonreía con cariño. Volvió a mirar a Joel.

«¿Serás mi papá?».

Joel dudó un momento.

«Tu padre siempre será tu padre. Y tus abuelos siempre serán tus abuelos. Seguirás teniendo a tu tío Morgan y a tu tía Tess, y ninguno de ellos te querrá menos. Pero yo seré otro padre para ti. Así que, sí, seré tu papá».

«¿Viviremos aquí?».

«Algunas veces, sí».

Arthur sonrió y asintió.

«¿Es así? ¿Puedo casarme con tu madre?».

«Sí».

Joel le tendió la mano y Arthur la estrechó.

Los ojos de Jane se llenaron de lágrimas y su visión se volvió borrosa, cuando Joel abrazó a Arthur.

«¡Esto es fabuloso!», exclamó Jonathan. «Voy a tomar champán». Miró a Lakely. «¿Alguien quiere ver la bodega?».

Monty volteó hacia Jane.

«Soy una excelente acompañante», declaró. «¡Felicitaciones a los dos!». Le tendió la mano a Joel y él la tomó.

«Gracias», dijeron ambos.

«Sí», los apoyó Lakely. «¡Felicitaciones!». Se acercó y abrazó a Jane nuevamente. «Seremos cuñadas», susurró antes de soltarla.

Jane asintió.

«Hay algo más que quiero compartir contigo», añadió Monty, dirigiéndose a Jane, «tus padres estarán aquí la semana que viene».

La sonrisa de Jane desapareció, ya que estaba muy sorprendida.

«¿Vienen aquí?».

Monty asintió.

«¿Y qué hay de la temporada? La temporada de Alexandria».

Monty se encogió de hombros y negó con la cabeza.

«Solo sé que tu madre está harta de ella. Cuando la vi, ya había enviado un mensaje a sus primos, pidiéndoles que vinieran a acompañar a tu hermana». Se detuvo y sonrió. «Así que tal vez la iglesia del pueblo sea una mejor opción que Gretna Green. Especialmente con tu padre aquí para acompañarte al altar».

Los ojos de Jane se llenaron de lágrimas. Esto era demasiado perfecto.

Joel asintió.

«Kerr puede encargarse de las amonestaciones y la licencia de matrimonio».

Jane suspiró y asintió.

Él le devolvió la sonrisa.

«Me voy a tomar champán», dijo Jonathan, mientras se dirigía a la puerta.

«Iré contigo», indicó Lakely, alegremente.

«¿Puedo ir yo también?», le preguntó Arthur a su madre.

Monty se acercó a él y le dio unas palmaditas en los brazos.

«Vamos juntos».

Los dos siguieron a Lakely de la mano, dejando a Joel y Jane solos. Ella volteó hacia él y puso sus manos sobre su pecho, aturdida por todas las revelaciones.

«Necesito apoyarme en algo sólido por un momento», dijo.

Él le rodeó las muñecas con las manos en señal de protección.

«Me tienes a mí», le aseguró. «Siempre me tendrás a mí».

Capítulo treinta y dos

Alexandria regresó con su prima Stella y sabía que no aguantaría más el baile. Se presentó y bailó dos veces, así que nadie podía decir que le había faltado valor para mostrar su cara. No obstante, estas fueron unas de las horas más difíciles y desagradables de su vida.

Había recibido miradas de desdén y otros la ignoraron. Ninguna amiga había acudido a rescatarla, aunque tampoco tenía amigas de verdad. Tres mujeres diferentes preguntaron por su hermana con sonrisas apenas disimuladas, y ella oyó la palabra «verde», susurrada repetidamente a sus espaldas. ¡Verde! ¡Oh, no! Todas pensaban que ella era Green Star. Por supuesto, esto era insultante, intolerable y se sentía cerca de perder el control.

«¿Dónde está Althea?», preguntó Alexandria con rigidez.

«Bailando», respondió Stella con orgullo.

Althea era la hija de diecinueve años de Stella. Para las dos, ser sus acompañantes había sido la emoción de sus vidas. De lo contrario, nunca las habrían invitado a esos eventos. Pero las invitaciones habían dejado de llegar.

«Tengo que irme», afirmó Alexandria.

Stella apartó la mirada de lo que podía ver de la pista de baile.

«¿Irte?».

«Sí. Me voy. En cuanto ella regrese».

«¿Por qué?».

«Porque sí», susurró Alexandria. «Porque no puedo soportar ni un momento más de ser detestada y objeto de burlas. Los primos estaban allí solo por ella. ¡Puede irse cuando quiera!».

Stella adoptó una expresión suplicante.

«Esta es una oportunidad extraordinaria para Althea. ¿No puedes quedarte una hora más por ella?».

«¡Una hora! ¡Una hora más de persecución! ¡No!», respondió Alexandria.

Stella se enojó.

«Bueno, entonces vete».

«¿Sin ti? Estás aquí solo por mí».

«Sin embargo, estamos aquí y deseamos quedarnos. Como no te importa ninguna persona viva más que a ti misma, y no puedes soportar la carga de quedarte más tiempo por el bien de Althea, entonces, ¡vete!».

Alexandria tembló de frustración.

«Podría hacer que las echen a ambas», amenazó en voz baja para que nadie la oyera.

«Eres una chica egoísta y rencorosa», replicó Stella con la misma calma. «Podrida hasta la médula. Tal vez esa sea la razón del tinte verde», añadió con maldad.

Alexandria habría jadeado, si hubiera podido llevar aire a sus pulmones.

«Haz lo que tengas que hacer», le exigió Stella, dándole la espalda. «Si nos piden que nos vayamos, no será la aventura que esperaba, pero será una aventura de todos modos».

Alexandria dio la vuelta y se alejó intentando no mirar a nadie, pero la mortificación aguda la apuñalaba con mil alfileres y agujas.

Capítulo treinta y tres

La bandeja del desayuno de Alexandria estaba frente a ella, junto con el periódico, como todos los jueves, pero no se atrevía a agarrarlo, y mucho menos a leerlo. Durante días había dormido poco y tenía pesadillas, cada vez que se quedaba dormida. No había asistido a ninguna fiesta o evento ni había hecho ninguna visita. Tampoco había recibido visitas. Estaba arruinada. Ni siquiera era mayo y estaba abatida, abandonada y odiada. Bien podría estar muerta. ¿Qué clase de futuro podría tener ahora?

Tomó un sorbo de té y sintió que le golpeaba el estómago. Incluso había comido tan poco en días. ¿Qué podía hacer para salvar algo? Necesitaba perdón, absolución y un nuevo comienzo, pero, ¿quién se lo concedería?

¡Nadie!

Si Jane hubiera estado allí, le habría aconsejado que dejara de compadecerse de sí misma. Le habría dicho que habían ocurrido cosas peores que la vergüenza, que ella misma había provocado. Le habría aconsejado que mirara hacia adentro, encontrara respuestas, y cambiara lo que fuera necesario.

Estaba claro que necesitaba cambiar. Nadie acabaría siendo tan impopular, si no necesitara cambiar. Pero, ¿qué diferencia habría ahora?

Tomó un trozo de pan tostado, lo untó con mermelada y le dio un mordisco. ¡No le gustaba que la odiaran! Nunca antes había considerado la miseria de ser una paria. ¿Cuánta compasión había sentido alguna vez por las chicas, que cometieron un error, y fueron desechadas, como apestosas lavanderas para pescado? ¡Ninguna! Esa constatación era parte de su castigo.

Solo quedaba una cosa por hacer: disculparse con aquellos, a quienes había ofendido.

Irena... Ella siempre debió haber sido más amable con Irena.

Con sus padres, porque había demostrado ser una decepción.

Y con Jane... Por revelar su secreto. Por robarle la invitación a la taza de té a Lady... como se llame. Por tirarle el vaso. Por los innumerables comentarios sarcásticos.

Alexandria se encogió de hombros y se le llenaron los ojos de lágrimas.

¿Por qué? ¿Por qué era así?

Soltó la tostada, agarró la servilleta y se llevó el paño a la cara. Lo sentía tanto que le dolía físicamente. Era una chica muy, muy malvada que merecía ser odiada.

Cuando salió a tomar aire, dejó caer las manos a los costados. Sentir lástima por sí misma no le ayudaría a seguir adelante. No bastaba con sentir lástima. Tenía que pedir perdón, suplicar si era necesario, empezando por sus primos. Tenía que aprender una lección y cambiar para tener alguna posibilidad de redención. Terminó la tostada y se obligó a comer un huevo cocido. Tenía un día de trabajo por delante.

~~~

Alexandria miró el reloj de la repisa de la sala de estar de la mansión de Lord Graveston. Había esperado veinte minutos hasta ahora. No, veintiuno. Bueno, esto era de esperar. Y, después de toda la espera, Lady Meredith podría no estar disponible para hablar con ella. ¿O prevalecería su curiosidad? Como mínimo, una visita servil de Green Star podría proporcionar diversión al círculo dorado.

Alexandria escuchó pasos que se acercaban, justo antes que apareciera Meredith con una doncella detrás de ella. Meredith entró vestida de rosado pálido, y su criada se quedó atrás en la puerta.

«¡Qué sorpresa!», resaltó Meredith con frialdad, mientras miraba el vestido verde de Alexandria.

«Gracias por recibirme», replicó Alexandria. Se quedó de pie porque no la habían invitado a sentarse.

Después de un momento de vacilación, Meredith se acercó y señaló una silla, a modo de invitación.

«Por supuesto», dijo, antes que ambas se sentaran.

Alexandria había pensado en lo que iba a decir, pero le costaba pronunciar las palabras.

«Llevas puesto el color verde», dijo Meredith.

El tema había sido abordado para que fueran directo al grano.

«Penitencia», respondió Alexandria.

Meredith parpadeó.

«¿Cómo dices?».

«En un principio, elegí ese color porque me gustaba, pero luego pasó todo lo que pasó... pasó. Así que ahora es penitencia».

«No te sigo».

Alexandria dudó por un instante.

«Creo que sí. Estoy aquí para disculparme».

Hubo un silencio.

«¿Por qué?».

«Por mi mezquindad», admitió Alexandria. «Brewer Hall tenía razón. Estaba celosa de ti».

«¿Así fue?», preguntó Meredith con picardía.

Esto fue como un duelo de espadas, pero esto no era sorprendente.

«Tú has ganado. Yo he perdido».

Meredith arqueó la ceja.

«No estaba compitiendo contigo».

«Yo sí. O al menos pensé que sí... Y lo lamento».

Meredith se encogió de hombros, levemente.

«No me has hecho ningún daño».

«Me doy cuenta de eso. Solo me hice daño a mí misma».

«Esto ya terminó».

«Y lo siento de verdad». Alexandria salió con fuerza porque estaba al borde de las lágrimas, ante la humillación. Meredith no hablaba, y ella ya había dicho lo que vino a decirle. «No me esperabas hoy, así que no te entretendré más. Gracias de nuevo por recibirme». Se levantó. La criada la estaba esperando para acompañarla hasta la puerta.

Meredith se puso de pie.

«Supongo que te veré en la fiesta esta noche».

«No, no asistiré».

«¿Por qué no?».

«Para mí la temporada ha terminado».

Meredith la miró fijamente.

«¿Hablas en serio?».

«Sí. Por primera vez en mucho tiempo. Buenos días, Lady Meredith». Hizo una reverencia

y se dirigió hacia la doncella.

«¡ Alexandria! ».

Ella se detuvo y dio la vuelta. No sabía lo evidentes que eran las lágrimas, que se acumulaban en sus ojos, pero no podía evitarlo. Apenas lograba contenerlas.

«La temporada todavía es joven», dijo Meredith. «En realidad, apenas ha comenzado. En mi opinión, no hay que darse por vencida».

Alexandria ya había tomado una decisión, pero era posible que Meredith le estuviera dando un hueso.

«Gracias por eso. Es muy amable de tu parte decirlo».

«Si pudiera darte un consejo, sería que no vuelvas a vestir de verde». Hizo una pausa. «Dijiste penitencia», repitió Meredith.

«Sí».

«Si eso es verdad, demuéstalo con palabras y hechos. ¿Quién lo sabrá si te escondes?».

La declaración dejó atónita a Alexandria, quien inclinó la cabeza y se fue.

## Capítulo treinta y cuatro

El veintiséis de abril, Jane, Joel y los demás regresaron en caravana, a la ciudad. En dos días, Ada y Harrison se casarían en la iglesia de St. James. Jane y Joel se habían casado con mucha menos fanfarria. En ese momento, Jane y Arthur estaban regresando a casa con los padres de ella.

Mañana o tal vez al día siguiente, se mudarían a la casa de los Stewart hasta que regresaran a Manoria. Con el tiempo, Joel les compraría otra casa adosada, pero este arreglo les convenía por el momento.

Cuando la familia Kingman llegó a casa, Johnson les abrió la puerta y vieron al resto del personal formado para saludarlos y felicitarla. Fue conmovedor. Después, su padre se movió a un lado, su madre por otro, Arthur se fue con la institutriz y Jane subió las escaleras hasta su habitación. Alexandria estaba en el pasillo esperándola.

«Bienvenida a casa», dijo Alexandria, nerviosamente.

«Gracias».

«Estoy ansiosa por escuchar sobre ello», agregó Alexandria.

Jane abrió la puerta y entró.

«Jane, ¿puedo hablar contigo?».

Jane dio la vuelta y vio que Alexandria no había entrado.

«Supongo que deberíamos hacerlo. Entremos».

Alexandria entró con paso reticente y cerró la puerta tras ella. Juntó las manos.

«Te debo una disculpa. O cien».

Había una seriedad en Alexandria, que no había existido antes. ¿O era solo una actuación?

«Estoy escuchando».

«Robé tu invitación de Lady Wrotham».

Jane casi se rió. No era lo que esperaba oír.

«Parece que eso fue hace siglos».

«No fue hace tanto... Lo hice y luego mentí al respecto. Fue despreciable». Las lágrimas llenaron sus ojos y se desbordaron. «No sé por qué lo hice». De inmediato se encogió y sacudió la cabeza. «Sí, lo sé», concedió, frunciendo el ceño ante la mentira. Se secó la cara con ambas manos, antes de buscar a tientas su pañuelo y secárselo debajo de la nariz. «Tu amiga Charlotte tenía razón», admitió con cansancio. «Siempre he estado celosa de ti».

«¿Por qué?».

«¿No es obvio? Eres querida. Siempre lo has sido. Es como si todo te resultara fácil. Eres tan segura de ti misma».

«Ciertamente, no siempre he estado segura de mí misma».

Alexandria apretó las manos.

«Yo también... como estoy segura que ya sabes... como todo Londres sabe, te dije dónde estabas y con quién estabas».

«¿Por qué?», preguntó Jane con calma.

«Fue un momento... me desahugué. Las cosas me estaban yendo mal, te habían mencionado una vez más y...».

«Lo veo».

«Lo siento mucho».

«Ya lo veo. Para ser sincera, esto me sorprende».  
Alexandria dejó escapar un suspiro tembloroso.  
«Sí, bueno, resulta que la persecución ayuda a crecer y a ver la verdad».  
«¿No es la persecución una exageración?».  
«No, pero yo misma me lo busqué. Como intentaste decirme una vez. O más de una vez».  
Se encogió de hombros. «No pude verlo entonces. Estaba demasiado cegada por la vanidad».  
Jane se acercó y le tendió las manos. Alexandria las tomó y comenzó a llorar.  
«Te perdono», dijo Jane.  
«Ni siquiera he llegado a los comentarios m-malos que he hecho y... a tirarte el vaso», sollozó.  
Jane abrazó a su hermana.  
«Está bien», le dijo, dándole una palmadita en la espalda. «Lo perdono todo».

~~~

Una hora después, Jane se enteró de lo que sucedió y había visto varios espectáculos de la sociedad. Le disgustaba mucho Brewer Hall, pero Alexandria había causado un lío. Las hermanas estaban sentadas a la mesa del salón, tomando té. Jane dejó el periódico y se sirvió otra taza.

«Entonces, ¿no fuiste a la gala de Thoreson de la que tanto hablaste?».
«No. Ni a la cena de Bousfield ni a los últimos bailes en Almack's, ni al té y desfile de moda de Lady Grassley. Pero nuestros primos y yo asistimos a la fiesta de Kershaw, el sábado». Se detuvo. «Las palabras de despedida de Meredith sí me impactaron. Me sentí cobarde por seguir evitando a la gente».
«¿Cómo estuvo la fiesta?».
«No ha cambiado mucho con respecto a antes. Muchos me ignoraron. Recibí algunas miradas fulminantes, que pueden dejar marcas de quemaduras».
«¡Oh, cielos!», respondió Jane.
«Solo me pidieron bailar dos veces... y nadie de importancia. Dicho esto, aguanté dos horas y media».
«Bien. Y no vestías de verde, supongo», bromeó Jane.
Alexandria sonrió.
«No».
«¿Y sobreviviste?».
«Lo hice y me alegré mucho. Irena estuvo conmigo, al igual que Eloise Carmicle. Ambas son muy generosas, les estaré eternamente agradecidas».
Jane estaba orgullosa de ella. Alexandria pasó por una prueba de fuego, pero había salido de ella moldeada, mejor y más fuerte.
«Al final de la velada», continuó Alexandria, «Eugenia me acorraló y tuvo el descaro de preguntarme, si la odiaba. Le dije que no, por supuesto. Que todo había sido un gran malentendido. Eso que no la odiaba no es del todo cierto, pero mi nueva costumbre es tomar el camino correcto».
Jane asintió.
«Así tendrás menos motivos para reprocharte algo más tarde».
«Cierto».
Jane tomó un sorbo de té.
«Bueno, no es la temporada que esperabas».

Alexandria soltó una carcajada.

«No podría estar más lejos de la temporada que esperaba, pero era la que merecía. Solo puedo esperar que la del año que viene sea menos abismal. Pero basta de hablar de mí, Lady Larrowford. ¡Quiero saber sobre la boda, Manoria y todo lo demás!».

Jane sonrió.

«La boda fue sencilla, tal como la queríamos. Manoria es maravillosa y absolutamente única. Estoy deseando enseñártela».

Alexandria parpadeó.

«¿En serio?».

La pregunta fue tan vulnerable que a Jane le dolió el corazón.

«Por supuesto que sí».

Alexandria le tendió la mano y Jane la tomó.

«Gracias», dijo Alexandria.

Tenía los ojos irritados y el rostro enrojecido por el llanto anterior, pero a Jane le parecía que ella era más bonita.

«Bienvenida a la hermandad», dijo Jane con ternura. «Nos ha llevado mucho tiempo llegar hasta aquí, ¿no?».

Alexandria suspiró y asintió.

«El baile de Buckley

Se solicita su compañía para una noche de entretenimiento.

Steadfield Manor

Sábado 5 de mayo, a las nueve en punto.

-Sir Horacio Buckley».

Capítulo treinta y cinco

Realmente fue difícil precisar qué hizo que el baile de Buckley fuera tan extraordinario, aunque prevalecía una alegría y un sentido del humor, que faltaban en muchos otros. La música era más alegre y el baile más libre. Había otros eventos más formales, al mismo tiempo, así que tal vez los lores y las ladies habían asistido a ellos.

Lo único que Jane sabía era que lo estaba pasando de maravilla, al igual que todos los que la rodeaban. Alexandria, de pie con sus amigas al otro lado de la sala, estaba radiante esa noche. Jane había prometido que le pedirían que bailara más de dos veces, y que sin duda serían caballeros importantes, incluyendo a su propio marido. Naturalmente, Joel había accedido, al igual que Hugh, Dab y JG.

Jane y Joel se encontraban con su grupo de amigos, todos menos Ada y Harrison, que estaban de luna de miel. Ellos estaban tratando de idear el brindis perfecto para la velada. Al parecer, Lakely había ofrecido una especie de brindis profético, el año pasado. El brindis, por una velada memorable, lo habían compartido Alice, Ada y Jocelyn. Después, Ada y Jocelyn conocieron al hombre del que se enamorarían, y Alice y Nigel formaron un vínculo, que resultó inquebrantable.

«Algunos de nosotros ya estamos bajo una especie de hechizo», dijo Jonathan. «Hicimos un brindis en Navidad, Joel, Dab y yo, y se cumplirá en la próxima Navidad. Así que el brindis de esta noche no puede interferir con eso. Aunque...». Miró a Joel. «El tuyo ya se ha cumplido». Sonrió y le guiñó el ojo a Jane. «Así que supongo que eres libre de pedir algo más».

Jane y Joel intercambiaron una mirada significativa.

«Yo también estaba deseando lo mismo», le dijo ella.

«¿Cuál fue tu deseo en Navidad?», le preguntó Lakely a Jonathan.

«Fue algo noble», respondió.

«Y lo cumples», le dijo Joel. «Lo logras cada día».

Lakely arqueó una ceja, curiosa, pero sin insistir.

«¿Y el tuyo?», le preguntó a Dab.

Dab se encogió de hombros y negó con la cabeza.

«Estaba demasiado borracho para recordarlo, así que realmente no debería contar».

Joel y Jonathan sonrieron, sin creérselo.

«Hugh debería pensar en algo», sugirió Dab. «Su vida necesita un cambio».

Hugh se rió entre dientes.

«No siento la necesidad de un cambio radical, muchas gracias. Solo brindaría por los buenos amigos».

«Toma, toma», aprobó JG.

«¡Qué aburrido!», replicó Jonathan. «Jane, ¿qué te parece?».

«Creo que es un brindis encantador», le dijo a Hugh, quien levantó su copa para saludarla. «El mío no sería más emocionante. Sería... una felicidad continua. Y un reconocimiento de esa felicidad».

«Sí», dijo Jocelyn con exuberancia. «Bien dicho».

«Muy bien dicho», asintió JG.

Todos los vasos se elevaron al aire y bebieron un sorbo.

«No lo sé», dijo Lakely un momento después. Estaba enfurruñada y juguetona. «Me siento

un poco engañada».

«Bueno, pues», sugirió Jonathan, «brindemos de nuevo por una velada memorable. Podremos hacer que todo esto sea realidad».

Ella le dirigió una mirada divertida, que no engañó a nadie.

Hugh acudió en su ayuda.

«Siempre me ha gustado este baile», expresó. «En realidad, más bien es como un baile country».

«*Tal vez era eso*», pensó Jane. Ese era un evento más informal, al que asistían más personas que no eran de la alta sociedad.

«Hablando de baile», le dijo Joel a Jane, «¿te gustaría bailar, Lady Larrowford?».

«Por supuesto, Lord Larrowford». Le ofreció el brazo, ella lo sujetó y se dirigieron hacia la pista de baile. En el camino, vio de reojo a sus padres, que la observaban con orgullo. Fue una sensación agradable. No vio a Alexandria hasta que casi habían llegado a la pista, y entonces fue una sorpresa verla hablando con Meridith Hill. Parecía un intercambio amistoso.

«¡*Bien!*».

Joel y ella se detuvieron en el borde de la pista de baile, esperando que llamaran al siguiente baile.

Joel se acercó más.

«Lo único que lamento en este momento», manifestó en voz baja, «es no poder abrazarte tan fuerte como quisiera y besarte».

Ella sonrió y lo miró.

«¿Quién dijo que no puedes?».

Joel recibió el estímulo que él necesitaba. La besó. Si había un baile en el mundo, que no fuera demasiado terriblemente impactante, era este. Y ambos no se habían dado cuenta, pensando que el mismo era terriblemente impactante... bueno, bueno.

«Espectaculares de la sociedad»

Este autor rara vez ha visto un fracaso tan espectacular como la fiesta de presentación de la señorita T. No se pudo evitar la lluvia, pero, ¿un techo con goteras, en el salón de baile? ¡Imperdonable! El salón, que ya estaba casi criminalmente abarrotado, se convirtió en una miseria para quienes se encontraban en el camino de la fuga. Una gruesa gota de lluvia cayó de lleno sobre la nariz, demasiado empolvada, de cierta dama prominente. La vista provocó risas desesperadas entre quienes la rodeaban, mientras ella salía a toda prisa e intentaba ocultar su rostro con el abanico.

La debutante tenía dos pies izquierdos, en la pista de baile. La cena fue mediocre. A medianoche, solo quedaban la familia y los amigos más fieles. Eran buenos amigos, en verdad.

Siguiendo adelante. **El Gran Baile de Lord y Lady Roxon** es más esperado que nunca. Después de la actuación del año pasado, este un espectáculo glorioso, que se ganó una columna dedicada exclusivamente al mismo, por lo que uno se pregunta si el entretenimiento mostrado puede estar a la altura. Pronto lo sabremos.

La lista de bailarines no es menos secreta que la del año pasado, pero, como es solo para participantes solteros, los invitados no podrán disfrutar de una nueva actuación del honorable Nigel Walston y su esposa, la ex señorita Weatherly. ¡Qué lástima!

En otro orden de cosas, es raro cambiar el nombre de una estrella y casi inaudito hacerlo en el apogeo de una temporada, sin embargo, hay ciertos cambios que merecen ser mencionados. Por ejemplo, Stout Star ha perdido una circunferencia preocupante. Al final de la temporada, puede que cambie su nombre a Svelte Star, por estar más delgada.

Después de un comienzo de temporada lleno de colorido, los tonos se suavizaron o se han vuelto más brillantes. Yellow Star brilla más dorado que amarillo. Es posible que consiga más admiradores que cualquier otra.

Al contemplarla, Red Star es más tenue de lo que se suponía, en un principio, ahora luce un tono rosado más interesante. De ahora en adelante, la llamaremos Rose Star. Cualquier noble debe estar de acuerdo con esto. Se rumorea que ella ha recibido una docena de rosas, todos los días, durante el último mes.

Green Star parece haberse desvanecido del horizonte. Durante semanas desapareció por vergüenza de su infamia. La estrella que regresó ahora parece más azul que verde, y el azul se ha ido desvaneciendo continuamente hasta el punto, que ya no se puede distinguir contra el cielo que la rodea. La estrella seguramente permanecerá y es posible que en el futuro reciba un nuevo nombre. Su propio comportamiento lo determinará todo.

A menudo se ve a Fiery Star emparejada con un nuevo par del reino. Tal vez, ella haya tenido en cuenta la advertencia de cierto autor.

Dos de los Buck han sido encerrados en un establo o en una jaula. Según se informa, el mayor ha sido enviado a Oriente. El más joven ha estado notablemente ausente últimamente, ya que supuestamente fue sorprendido en flagrancia con cierta hija única de un vizconde. El

terremoto causado por el descubrimiento aún no ha comenzado a disminuir. De hecho, puede que esto agriete el suelo, en Mayfair.

Escuchemos las campanas de boda del recién ascendido Lord Larrowford y Lady Jane Lloyd, de soltera Kingman, hija mayor de Lord y Lady Carrick, quienes se casaron en silencio, en una iglesia de un pueblo de Gloucestershire.

También se casaron el honorable Bernard Addison y la señorita Cornelia Wains, hija adoptiva de Lord y Lady Hinton. El vestido de novia, de color lila y marfil, era espectacular, al igual que el velo de encaje, que caía de una corona de flores.

Finalmente, el señor Harrison Bower, heredero de la fortuna bancaria Bower-Vasey, y la señorita Ada Weatherly, hija de Lord y Lady Merton, se casaron en la catedral de St. James. Los novios destilaban juventud y felicidad.

Las aventuras de la próxima semana incluirán: El Gran Baile, El Baile de Guilder, El Royal Ascot y otros eventos, que deberían brindar una gran cantidad de cosas espectaculares para contar. Hasta entonces, queridos lectores, ¡que les vaya bien! Mejor aún, ¡que les vaya espectacularmente bien!».

El fin.

Acerca de la autora

Jane Shoup es una autora galardonada que vive en Carolina del Norte con su marido, Scott, un perro muy apegado a ella, Gabby, y cerca de sus hijas adultas y sus familias, incluyendo cuatro nietos (pronto serán cinco). Ha estado trabajando en el próximo libro de la serie Hijos de barones. Si bien tardó en encontrar su camino hacia la era de la Regencia, la disfruta tanto que le resulta difícil irse de allí.

Visita su sitio web en: www.janeshoup.com

Copyright

Primera edición en inglés: *Nearly a Marquess*.

Copyright © 2021 Jane Shoup.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.